



LIBRO DOS

Humo **Y ACERO**



CHRISTINE D. SHUCK

Humo y Acero

Libro 2 de la serie Servicios de Seguridad Benton

por Christine D. Shuck

©2024 Christine D. Shuck

Todos los derechos reservados

Tabla de Contenidos

[Una Voz del Pasado](#)
[Sin Escapatoria](#)
[Todo lo que Tenéis es el Uno al Otro](#)
[La Dama de Azul](#)
[Grupo de Búsqueda](#)
[No Puedo Dormir](#)
[Rebote](#)
[Noche Difícil](#)
[Debería Irme](#)
[Tómate el Día Libre](#)
[Fiebre Ardiente](#)
[Sin Recuperación](#)
[Hazte a Un Lado](#)
[En el Lugar Equivocado, en el Momento Adecuado](#)
[Soñé Contigo](#)
[Las Paredes Tienen Oídos](#)
[Juégueme al Scrabble](#)
[La Práctica Hace al Maestro](#)
[Un Paseo por el Bosque](#)
[¿A qué Precio?](#)
[Estudio de la Presa](#)
[Hora de Morir](#)
[El Precio que Pagas](#)
[La Madriguera](#)
[Tu Nueva Vida](#)
[La Situación en Cuestión](#)
[Adonde Tú Vayas, Yo Voy](#)
[Llamando a Todos los Cazadores](#)
[Nota del Autor](#)

Una Voz del Pasado

En la actualidad...

—Te amo, Jack —El sentir su cuerpo acurrucado en el hueco de su brazo; sus suaves labios capturados en los suyos era tan real. Entonces, el ruido de una pistola de clavos en la distancia lo sacó de su sueño. Su ensoñación se evaporó, dejando tras de sí un vacío que oprimía su corazón. Habían pasado cinco años, tiempo suficiente para superarla, pero el sueño la trajo de vuelta como si fuera ayer.

El sol apenas iluminaba el horizonte, creando un resplandor brumoso e indistinto a través de la gran ventana panorámica al otro lado de la habitación. El último incendio forestal, ahora contenido, había atrapado bolsas de neblina en el valle. Un buen viento y una lluvia intensa se encargarían de ello, pero la Madre Naturaleza parecía reacia a cooperar. La calidad del aire seguía siendo mala, y lo había obligado a hacer su carrera diaria en la cinta de correr dentro de la casa, donde los filtros de aire limpiaban la calidad del aire y el humo no le quemaba la garganta ni le enrojecía los ojos.

Suspiró, se estiró y miró hacia el otro lado de la cama. No echaba de menos a Tiana, y ciertamente no soñaba con ella. Unos meses de diversión, pero no valían la pena la mezquindad ni los juegos mentales absurdos. Quería algo más que un cuerpo bonito a su lado. Se pasó la mano por el pelo, pensando en Kaylee. La suavidad de su piel, cómo se había sentido en sus brazos; flotaba en el aire, tal vez un eco de lo que tuvo, lo que aún deseaba.

Quizás quiero demasiado.

En toda su vida, solo una mujer había capturado su corazón. Y estaba a medio continente de distancia y probablemente se había olvidado por completo de él.

Jack se incorporó, apartó las sábanas y se puso de pie. La neblina lo estaba volviendo loco, el tráfico y la gente plástica de Los Ángeles lo estaban enloqueciendo aún más. Quería irse, escapar a algún lugar, a cualquier parte, y alejarse por un tiempo. Este pensamiento fue rápidamente descartado cuando necesidades más básicas se hicieron notar.

En el opulento baño de mármol lleno de colores austeros de negro, blanco y gris, se paró frente al espejo, inspeccionando su reflejo. Su cabello ya no era negro, vetado con solo un poco de gris. Ahora era predominantemente gris, con solo unos pocos mechones negro azabache restantes. Su padre había sido igual. El color se había ido a los cuarenta años, incluso si su rostro había permanecido juvenil. Se preguntó brevemente cómo se vería papá hoy; ¿el gris se habría vuelto blanco?

Jack se pasó la mano por la barba incipiente y luego se puso sus pantalones cortos de correr.

Saldría a correr, luego se ducharía y se afeitaría antes de que llegara Azule. Sacudió la cabeza pensando en su asistente; ella había estado preocupada por algunas inversiones que habían fracasado y quería hablar con él a primera hora sobre Benton Security Services. La mente de Azule era un arma formidable, una que ella blandía a diario. No estaba seguro de lo que iba a decir, pero sabía que algo le molestaba. Lo había estado haciendo durante semanas, y temía la conversación que tendrían en unas horas.

Salió de su suite y bajó por la escalera curva hasta la planta principal. Presionó un panel en la pared y lo atravesó hasta otro conjunto de escaleras que conducían al sótano. La puerta se cerró, suave y silenciosa detrás de él. El sótano comprendía un espacio habitable completamente autosuficiente que incluía tres dormitorios, cada uno con su propio baño, que compartían una pequeña cocina y una gran sala de estar. Habían convertido un dormitorio en una sala de ejercicios, trasladándola de su ubicación original en la sala de estar. No había ventanas, nada que mostrara siquiera que la casa de arriba tenía un sótano. Y había cumplido bien su propósito una o dos veces en el pasado. Era literalmente una *suite* del pánico, más que una habitación del pánico.

Malcolm todavía estaba dormido, no es que esperara algo diferente. Su hermano menor rara vez se desviaba de su rutina, y eso significaba que tenía al menos una hora antes de que Mal emergiera del dormitorio más alejado y subiera las escaleras. Tiempo suficiente para hacer ejercicio.

Jack se estiró primero. Podía sentir los músculos tensarse alrededor de la cicatriz que recorría su abdomen, una curva de tejido cicatricial plateado que se envolvía desde la izquierda de su ombligo en una larga curva ascendente hacia su espalda. No importaba cuántos años hubieran pasado, o cuánto hubiera continuado trabajando sus músculos o tonificando su cuerpo, el tejido cicatricial aún le daba punzadas. Era un recordatorio permanente de su fracaso en mantener a salvo a la mujer que amaba.

Mientras alcanzaba las pesas y realizaba sus repeticiones, tonificando cada músculo, lenta y constantemente, no podía pensar en nada más. Había sido el sueño el que lo había iniciado. Ciertamente había marcado el tono de su mañana.

Jack sacudió la cabeza, deseando poder sacudirse los pensamientos sobre ella. No servía de nada pensar en ello, no servía de nada extrañarla.

Se subió a una de las dos cintas de correr y presionó el preajuste para una agotadora caminata de cinco millas, sus pies estirándose mientras la cinta se elevaba. No era lo mismo que estar al aire libre, corriendo por un sendero, pero tampoco estaría jadeando como un asmático en menos de diez minutos. La calidad del aire seguía siendo mala, gracias a los incendios forestales y la neblina que llenaba el aire.

Dos horas más tarde, Jack estaba sentado en su oficina frente a Azule y deseaba haber seguido ese breve deseo de despertar de huir de Los Ángeles.

—Benton Security Services se ha pasado del presupuesto en casi cien mil dólares en los últimos seis meses —declaró la mujer grande y voluptuosa, sus labios carnosos apretados, con desaprobación escrita en toda su suave cara morena—. No tiene sentido desde el punto de vista empresarial.

Jack se reclinó y cruzó los brazos contra su pecho, imitando inconscientemente a la mujer frente a él. —Entiendo eso, Az, pero...

—Pero nada, jefe. No puedes dirigir las cosas con pérdidas, no en esta economía, y no si quieres seguir siendo rico. Benton Security Services está desangrando dinero y tus otras inversiones no se mantienen al día.

Jack ocultó una sonrisa. Azule era una maga financiera, entre otros talentos centrados en los

negocios, pero tenía una mentalidad bastante unidireccional. Para ella, si el dinero no crecía, entonces estaba en peligro de ir en la dirección opuesta. Tal como estaban las cosas, podría gastar el doble de lo que había gastado, dos veces al año durante el resto de su vida y aún así nunca vería una disminución significativa en su valor general. Nadie, ni siquiera Azule, tenía acceso a todos sus negocios financieros. Sin embargo, el hecho de que le molestara era exactamente la razón por la que la mantenía. Azule cuidaba sus intereses y él le pagaba un 50% por encima del salario promedio del área.

—Este es un proyecto en el que estoy dispuesto a asumir pérdidas.

Azule lo miró con el ceño fruncido, su rica piel oscura mostrando líneas de preocupación alrededor de los ojos mientras contemplaba qué decir a continuación, si debía seguir discutiendo, antes de sacudir la cabeza y poner los ojos en blanco. ¿Estaba apelando a los cielos para que la salvaran de las garras de un hombre blanco loco con demasiado dinero y no suficiente sentido común? Jack no estaba seguro, pero no pudo evitar sonreír cuando ella levantó las manos en señal de disgusto.

—Haz lo que quieras, Jack —sus ojos se entrecerraron—. ¿Dónde está la manticora? No la he visto en días.

—¿Manticora? —preguntó Jack, riendo.

—Sabes de quién estoy hablando.

—¿Tiana?

—Exacto, ella.

Jack no podía parar de reír.

—¿Por qué la llamaste manticora?

Azule suspiró, poniendo los ojos en blanco tan fuerte que vio cómo el color desaparecía.

—Las mujeres como esa no te quieren a ti, solo quieren tu cuenta bancaria. Te apuesto a que estaba con un par más por ahí. Espero que hayas usado tu poncho pélvico cuando te la tiraste.

Jack echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. El sonido llenó la habitación mientras repetía las palabras en su mente.

Definitivamente, "poncho pélvico" es un término que no olvidaré pronto.

Entonces sonó el teléfono. No el del escritorio que Azule insistía en contestar, sino su móvil privado, que solo un puñado de personas conocía. Jack metió la mano en el bolsillo y lo sacó, arqueando las cejas al ver el código de área 816. No reconocía el número, pero solo había una persona que se le ocurría que vivía en el corazón del país, y era la que él había ayudado a llegar allí.

Imaginó su rostro mientras miraba fijamente el teléfono. Sonó de nuevo, insistente.

Azule lo miró con curiosidad, pero no dijo nada, con las cejas levantadas.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuatro años? ¿Casi cinco? Ni una sola llamada, ni correos electrónicos, nada. El silencio había sido total. Se había sentido como una muerte. Todavía lo sentía así.

El teléfono sonó por tercera vez, y presionó el botón verde, llevandoselo al oído.

—Jack al habla.

—Hola, Jack —su voz era la misma, inconfundible, y una que no podía olvidar. Su corazón latió más rápido, y pudo sentir un calor extendiéndose por su cuerpo. Era como si ella estuviera aquí, de pie junto a él, y su aroma único de miel y vainilla llenó su nariz.

—Kaylee —exhaló su nombre, su mente un torbellino de emociones, y los ojos de Azule se arrugaron en una sonrisa, una que parecía casi victoriosa. Asintió a Jack, y luego se puso de pie, saliendo de la habitación y cerrando la puerta firmemente tras ella.

—Siento llamarte así, pero... —hubo silencio y pudo imaginarla mordisqueándose el labio inferior, un hábito que había intentado erradicar pero que era intrínseco a quien era ella—. Necesito tu ayuda, Jack. Es para una amiga.

—Cinco años —las palabras escaparon de sus labios—. Han pasado cinco años.

—Lo sé —suspiró entonces. Podía ver su cara, imaginar exactamente cómo se veía. Ojos cerrados, su rostro una mezcla de tristeza y arrepentimiento—. Pensé que sería lo mejor. Para ambos. Para Malcolm. Solo quería olvidar mi vida de antes y concentrarme en empezar de nuevo.

Jack quería estar enojado. Lo había estado. Pero ahora, ¿ahora qué? Sabía cuán asustada había estado, que la sombra de las muertes de su familia, y de la fuerza más oscura de las personas detrás de esos asesinatos, dos fuerzas que parecían demasiado grandes, eran demasiado abrumadoras para que ellos lucharan. Era por eso que ella había estado en peligro. Las personas que habían matado a su familia le habían quitado todo, la habían roto, y ella había visto morir a todos los que amaba. Se había ido para protegerlo, incluso si él no necesitaba protección. Si no lo manejaba bien, ella volvería a huir, y Jack no estaba listo para eso.

—Lo entiendo —decir esas palabras se sentía como si estuviera masticando vidrio afilado. Era una mentira. No lo entendía, no podía.

—Estoy llamando por una amiga —continuó—. Alguien que necesita protección. Creo que su vida está en peligro.

¿Cuánto tiempo había esperado su llamada? Y aunque no fuera para que ella volviera a él, no podía evitar aprovechar esta pequeña oportunidad.

—Cuéntame más —dijo, con voz de negocios—. Estaré encantado de ayudar.

Jack escuchó mientras ella describía la situación. Su voz sonaba más fuerte, más segura de sí misma, y tenía tantas preguntas. Pero esperarían. Le dio el número de teléfono principal, el que se dirigiría a través de Azure y pondría en marcha un equipo de guardaespaldas. La propiedad allí en Kansas City, Kansas, serviría como casa segura. Estaba bien abastecida y preparada. Se había asegurado de eso cuando supo que Kaylee terminaría viviendo en la zona. Por lo que se oía, la amiga de Kaylee la necesitaba desesperadamente.

—No te preocupes, me aseguraré de que esté a salvo —prometió.

El alivio en su voz era inconfundible.

—Gracias, Jack —hizo una pausa, luego susurró—: Por todo.

Hubo un clic, el rápido triple pulso que mostraba que la persona que llamaba había colgado al otro lado, y luego nada. Jack miró fijamente la pantalla oscura. ¿Eso era todo?

Azure estaba esperando a que él volviera a emerger, sus largas y ornamentadas uñas tecleando en la computadora. Levantó la mirada, le dio una mirada evaluadora y dejó de escribir.

—¿Y bien?

—Benton Security Services recibirá una llamada de una tal Lila Benoit en Kansas City —dijo—. Pon a Jesse en eso. Se mudó a la zona el mes pasado para trabajar en el KCPD, pero podría tener tiempo.

Azure negó con la cabeza.

—Está fuera hasta el final de la semana. Tuvo esa emergencia familiar, una hermana enferma.

Jack gruñó.

—Maldición, lo olvidé por completo —pensó por un momento—. ¿Qué hay de Ellis?

Azure asintió.

—Lo llamaré y arreglaré el vuelo —dijo, garabateando los detalles en un bloc de notas.

Luego lo miró expectante.

Él se encogió de hombros, giró sobre sus talones y regresó a su oficina. Cuando la puerta se cerró tras él, sus pasos se ralentizaron y miró fijamente el bosquecillo de árboles fuera de su ventana. Como el resto de las colinas de L.A., se veían secos, desecados. Había habido demasiado calor y no suficiente lluvia. El Niño estaba en plena fuerza.

Cinco años.

El solo hecho de escuchar su voz lo había hecho revivir todo. Su cuerpo entero estaba reaccionando. Incluso después de todo este tiempo, lo único que Jack deseaba era rodearla con sus brazos, hundir su nariz en su cabello y sentir el cuerpo de ella contra el suyo. Su reacción lo sorprendió, pero la emoción de volver a conectar con ella le ayudó a darse cuenta de que había una razón por la que ninguna otra mujer había permanecido en su vida por más de unos meses. Esta vez, iba a hacer algo al respecto.

¿Esta vez? No voy a quedarme ahí parado simplemente viendo cómo se aleja.

Sin Escapatoria

Cinco años antes...

No tenía sentido luchar contra las ataduras. No podía liberarse de ellas. Claro, lo había intentado al principio, y se dio cuenta de que sería mejor tratar de doblar barras de acero. Tuvo suerte de que el hombre mayor no las hubiera apretado más y cortado la circulación sanguínea. Quizás lo había hecho a propósito. Tal vez así sería más fácil administrar las drogas.

Adrienne observó cómo el hombre mayor se quitaba el abrigo, mostrando claramente una placa del LAPD en la camisa azul que llevaba debajo. El hecho de que no le importara que ella supiera que era policía resultaba aterrador. Significaba que, cuando decidieran que ya no tenía información útil, eso sería todo, fin de la historia. Pensó en Rainier, Lincoln y la sangre que se había acumulado bajo sus cuerpos. A estos hombres no les importaba que ella supiera que eran policías porque la única forma en que esto terminaría sería con ella enterrada en una zanja poco profunda.

La bandeja tenía una botella, pero no podía leer la etiqueta. Era demasiado pequeña, estaba demasiado lejos, a pesar de su excelente vista. Su estómago se hundió mientras veía al hombre insertar una aguja en el pequeño frasco y llenar la delgada jeringa con el líquido incoloro.

—Átale el brazo... No quiero fallar la vena —dijo, y el hombre más joven envolvió un trozo de tubo alrededor de su brazo, apretándolo con fuerza.

Adrienne podía sentir su corazón latiendo con fuerza, todo su cuerpo temblando de miedo. La mordaza en su boca le impedía hablar, argumentar, incluso suplicarles. Podía sentir gotas de sudor formándose en su frente, a pesar de la fría humedad del almacén. Un pie se retorció contra sus ataduras.

No importaba lo que hiciera. Estaba fuertemente atada, completamente a merced de estos dos hombres, y la misericordia no parecía ser algo de lo que ninguno fuera capaz.

Intentó captar la mirada del hombre más joven, suplicar su caso, desesperada por encontrar alguna forma de evitar que le inyectaran esa aguja. Fuera lo que fuera que contenía, la mataría o la sometería.

El hombre mayor retiró la aguja del frasco y dio un pequeño apretón. El arco de diminutas gotas giró en el aire, desvaneciéndose. La miró impasiblemente y ella negó con la cabeza lentamente, deseando tener el poder de detenerlo, de disuadirlo de lo que vendría a continuación. Las comisuras de su boca se curvaron en una pequeña sonrisa mientras acortaba la distancia entre la bandeja y la silla de Adrienne.

Ella gimió de miedo, un sonido bajo y primario. El hombre más joven se dio la vuelta.

—Por favor, quédate quieta —dijo el hombre, con tono indiferente—. Esto no te matará, simplemente te soltará la lengua, pero si desperdicio la inyección y fallo la vena, la segunda dosis casi seguramente te hará daño. Una sobredosis podría detener tu corazón. Así que sé una buena chica y quédate quieta.

La aguja tardó segundos en deslizarse en su lugar, pero se sintió como una eternidad mientras lo observaba presionar lentamente el émbolo. Podía sentir el frío extendiéndose, mezclándose con su sangre, y luego corriendo por su cuerpo con cada latido de su corazón.

Él habló de nuevo, pero esta vez se dirigió al hombre más joven.

—Quítale la mordaza y déjala así a menos que haga algo estúpido como gritar. La droga puede causar náuseas y no quisiera que se ahogara con su propio vómito —Se había alejado de Adrienne y dejó la jeringa en la pequeña bandeja antes de alcanzar su abrigo que colgaba a unos metros en un clavo—. Llevo treinta y dos horas sin dormir y necesito cafeína. ¿Tú?

El hombre más joven asintió.

—Eh, sí, ¿podrías traerme un Red Bull? Había una tienda de conveniencia a unos tres kilómetros por la carretera exterior.

El hombre mayor asintió, y para Adrienne de repente se veía borroso, casi difuminado.

—Perfecto. Tardará unos minutos en hacer efecto la droga y luego empezaremos.

Se puso el abrigo, metió la mano en un bolsillo y hizo sonar las llaves en su mano. Parecía un gesto tan normal. Como algo que Rainier haría antes de salir a encontrarse con sus amigos. Pero no había nada normal en esto. Adrienne podía sentir lágrimas bajando por sus mejillas. Rainier estaba muerto. Lincoln estaba muerto. Su padre estaba muerto. No quedaba nadie en quien confiar, y ya no había ningún lugar donde estuviera a salvo.

Mi culpa, mi culpa, mi culpa.

Observó cómo el hombre mayor se alejaba, saliendo por la puerta lejana, hacia la lluvia y el viento. Unos segundos después, escuchó el familiar motor de un coche arrancando y la grava saltando bajo los neumáticos. Había pasado la mayor parte de un día encerrada en el maletero de ese coche; estaba demasiado familiarizada con el sonido de su motor.

El hombre joven se había vuelto hacia ella cuando el otro hombre dejó la aguja. No le gustaban las agujas, y eso era lo único que había aprendido hasta ahora.

Aunque, miró mis pechos un poco más de un segundo. Lo cual es mucho mejor que cómo el hombre mayor me había mirado como si ya estuviera muerta. Bien podría ser un mueble en lo que a ese tipo respecta.

Se inclinó y le quitó la mordaza, sacando el áspero paño de su boca antes de dejarlo en la mesa de madera tosca junto a la bandeja. Ella tosió un poco y se lamió los labios secos y agrietados.

—Por favor —pidió—, ¿un poco de agua? —Podía sentir el comienzo de un dolor de cabeza, uno que latía al ritmo de su corazón. También se sentía nauseabunda. Ya fuera por las drogas o por el constante estado de miedo en el que se había encontrado durante las últimas veinticuatro horas, no estaba segura, pero sentía que aumentaba por minutos.

El hombre más joven murmuró algo y se alejó. Un momento después, regresó con un vaso y lo colocó bruscamente contra sus labios. Sus ojos se apartaron de los de ella.

No le gusta esto. No quiere hacerme daño. Puedo trabajar con eso. Solo necesito que me deje ir.

—Gracias por el agua.

Él no respondió.

—Mi nombre es Adrienne.

Sin respuesta.

Adrienne buscó qué decir a continuación. Cada palabra importaba. Recordó al instructor diciéndole que eligiera sus palabras cuidadosamente.

Mantenlo simple. Haz que tu captor se conecte contigo como persona. Diles tu nombre. Puede que ya lo sepan, pero eso no importa. Lo que importa es que estableces una conexión, una en la que te vean como algo más que un signo de dólar o algo para abusar y matar.

Las palabras del instructor se habían quedado con ella, aunque habían pasado más de tres años desde que tomó el entrenamiento.

De alguna manera, tenía que lograr que él la mirara de forma diferente.

—Por favor, yo... —Adrienne hizo todo lo posible por parecer avergonzada—. Necesito hacer pis urgentemente.

—Aguántate —dijo él, mirando hacia el otro extremo del almacén. Adrienne se preguntó cuánto tiempo tenía antes de que regresara el hombre mayor.

—He estado aguantando desde que estaba en el maletero. Voy a explotar. Por favor —su voz se convirtió en un susurro—. No quiero hacerlo en esta silla, pero si no voy pronto, yo... —dejó que su voz se apagara y bajó la mirada, esperando que su expresión coincidiera con sus palabras y fuera suficiente para convencerlo de liberarla de sus ataduras.

Podía sentir su mirada fija en ella. Pasó un momento. ¿Cuánto tiempo le quedaba? El tipo más joven había dicho que la tienda estaba a dos millas por una carretera secundaria. Dos millas, a cuarenta millas por hora, más al menos tres a cinco minutos en la tienda, significaba, ¿qué?, siete, tal vez ocho minutos como mínimo. Al menos habían pasado dos desde entonces. Tenía que liberarse de sus ataduras, incapacitar a su captor, encontrar las llaves y escapar antes de que regresara el hombre mayor.

—Dios mío —sollozó—, por favor, no me hagas ensuciarme, por favor. Solo, de todas las... —Lágrimas reales corrían por sus mejillas y apretó las piernas—. Por favor.

—Joder. Está bien, de acuerdo. Pero no intentes nada. Te juro que si lo haces, te mataré yo mismo.

Él se acercó a la primera atadura y ella curvó su cuerpo hacia adentro, encogiéndose, esperando contra toda esperanza que todo lo que él viera fuera debilidad y miedo. La droga, fuera lo que fuese, hacía que todo se sintiera extraño, nebuloso. Esperó hasta que él removió cada una de las ataduras, con los ojos bajos y los hombros caídos. Él se apartó.

—Levántate, entonces —dijo, haciéndole un gesto, confundido—. El baño está detrás de ti.

—No, no puedo. Estoy mareada y con náuseas, y no sé si puedo mantenerme en pie por mí misma.

Necesitaba que él estuviera cerca. Muy cerca.

—Cristo —levantó las manos—. Solo no vomites sobre mí, ni te orines aquí mismo. Maldita sea. Debería esperar a Ro... —Se detuvo antes de decir el nombre completo del hombre—. No importa, solo, aquí, apóyate en mí.

Adrienne dejó que él deslizara su brazo alrededor de ella y la levantara de la silla. Estaba temblando, ya fuera por los nervios, las drogas o el miedo real a fracasar y morir aquí, no estaba segura. Pero lo aprovechó, convirtió el temblor en su ventaja tal como había aprendido en la clase con Rainier y otros dos, gemelos, cuya familia poseía la mayor parte de las acciones de Berkshire Hathaway. Todos ellos ricos, todos vulnerables al secuestro.

Colocó su mano izquierda en el costado de su chaqueta. Le faltaban centímetros. ¿Recordaba él lo que había allí? ¿Alguna vez lo había usado siquiera?

Él no reaccionó, y ella se movió lentamente, temblorosamente, como si estuviera sobre

piernas inciertas y medio entumecidas, y calculó cuánto tiempo tenía hasta que él lo recordara o ella perdiera la oportunidad.

No hay mejor momento que el presente.

Se sacudió, como si tropezara, y las manos de él se apartaron brevemente de ella, el tiempo suficiente para que alcanzara lo que buscaba y se girara, las palabras de su instructor grabadas en su memoria al igual que los movimientos mismos.

Da un paso, arrastra tu talón hacia abajo por el empeine, luego gira alejándote de ellos.

Fue un movimiento de manual, y mientras él reaccionaba, ella se alejó de él y clavó el táser que tenía en la mano en su costado, presionando con fuerza los botones laterales. Los electrodos del táser se incrustaron en su pecho y él se puso rígido, sus manos cayendo, un aullido entrecortado brotando de su boca. Ella presionó los botones nuevamente, manteniendo sus dedos en su lugar.

Él gritó y agitó sus extremidades, moviéndolas como si tuvieran mente propia. Casi le arranca el táser de la mano. Cayó al suelo, su cabeza golpeando con fuerza contra el concreto.

Adrienne sabía que no debía detenerse. ¿Cuántas veces lo había olvidado y había sido arrastrada de vuelta por el instructor? Demasiadas para contar hasta que aprendió la lección. Echó la pierna hacia atrás y luego la balanceó con toda la ferocidad posible hacia su entrepierna. Su cuerpo se estremeció y quedó inmóvil. Ya fuera por la fuerza del golpe de su cabeza contra el concreto o por su patada destructora de testículos, Adrienne no estaba segura, pero sí estaba segura de que estaba inconsciente.

Buscó el bulto de llaves en su bolsillo delantero, con los dedos temblorosos y el corazón acelerado. Él debía haber conducido hasta aquí por separado, porque había estado aquí, afuera junto al coche cuando este se había detenido sobre la grava. Lo había oído caminar hacia el vehículo incluso antes de que el hombre mayor saliera del coche.

Corrió hacia la puerta, con el estómago revuelto, el dolor de cabeza habiendo envuelto sus tentáculos alrededor de su cerebro y apretado, el sudor goteando por su frente y en la parte baja de su espalda. No tenía tiempo, no tenía tiempo para salir de aquí, pero iba a intentarlo.

Había sido casi el anochecer cuando llegó por primera vez, atada como un pavo de Navidad, lista para el matadero. Una lluvia ligera había estado cayendo entonces, pero ahora era un aguacero, fuerte, implacable, y apenas podía distinguir el contorno de un Civic destartado. Miró las llaves en su mano. ¿Perteneían al Civic? Adrienne no estaba segura. Corrió hacia el vehículo y la puerta se abrió a su toque, sin seguro. Escaneó el horizonte. No había nada a la vista más allá de este almacén largo y bajo. Ni luces, ni árboles, ni edificios, y solo un camino de entrada y salida. Su única oportunidad de salir. Aquí estaba.

Adrienne se deslizó en el asiento, cerró la puerta y metió la llave más grande en el encendido. Encajaba. Estaba a punto de girarla cuando vio un par de luces parpadear en el horizonte. El camino aquí se había sentido como una serie de colinas bajas, el coche inclinándose hacia arriba y hacia abajo con cada colina que cruzaban. Adrienne observó cómo los faros desaparecían y el vehículo que se acercaba se hundía fuera de la vista.

Adrienne giró la llave en el encendido, lo que fue recompensado con un lento rugido. Se puso el cinturón de seguridad, con los dedos temblorosos, y miró para ver si la puerta del almacén estaba cerrada. Lo estaba. Hora de irse. Si se atrevía a conducir pasando el coche que se acercaba, aún estaba a cierta distancia. Podía ver los faros aparecer y luego desaparecer de nuevo.

Es ahora o nunca.

Puso el coche en marcha y pisó el acelerador, una lluvia de grava salió disparada cuando las

ruedas giraron y luego agarraron y el vehículo se precipitó fuera del pequeño estacionamiento hacia la carretera, hacia el coche que se acercaba.

En segundos, pudo verlo volando hacia ella, y luego lo había pasado y seguía avanzando, acelerando tanto como podía sin arriesgarse a despegar del suelo, mientras navegaba por el asfalto mojado en la oscuridad. De vez en cuando miraba hacia atrás. Seguramente el coche habría dado la vuelta, reconociéndola. Pero no lo hizo.

Y justo cuando estaba segura de haber escapado, vio el cruce del ferrocarril delante. Las barreras estaban bajadas, el tren ya bloqueaba la carretera, y no había a dónde ir. No había más remedio que detenerse y esperar. Los momentos pasaban. El tren retumbaba, la lluvia golpeaba, y el miedo de Adrienne aumentaba por segundos. Tenía que salir de allí antes de que el hombre mayor llegara al almacén, se diera cuenta de que había huido y la alcanzara.

Sus ojos seguían alternando entre el tren y el espejo retrovisor. ¿Eran esos los faros que acababa de ver? Se giró para mirar a través de la ventana trasera que se empañaba rápidamente y contuvo la respiración cuando apareció un breve destello de faros, que luego desapareció colina abajo. Estaban a tres, tal vez cuatro colinas de distancia.

Adrienne volvió a mirar el tren. Ahora podía verlo, el final estaba a la vista, un pequeño vagón de cola en la parte trasera a lo lejos, acercándose.

Su estómago se revolvió de nuevo, y sintió el ardor del ácido estomacal en la garganta. Volvió a mirar fijamente el espejo retrovisor. Los faros estaban más cerca. Una vez más, desaparecieron de la vista.

—¡Vamos, vamos, vamos!

El tren seguía retumbando, ajeno, fijo en sus costumbres e indiferente al peligro. El vagón de cola estaba más cerca, casi allí.

Los faros destellaron de nuevo. A una, tal vez dos colinas de distancia.

El vagón de cola pasó con un chasquido, pero las barreras del cruce no se movieron, no lo harían hasta que el tren hubiera pasado por completo y se hubiera alejado.

Adrienne giró bruscamente el volante a la izquierda y pisó el acelerador. El Civic saltó hacia delante, esquivando por poco una barrera y rompiendo el extremo de la segunda mientras pisaba a fondo el pedal y aceleraba a través del cruce del tren. El terreno era más nivelado aquí, y sus ojos se dirigieron al espejo retrovisor y vieron los faros aparecer y desaparecer por última vez.

Con el corazón acelerado y la boca seca, condujo más rápido de lo que era seguro. A lo lejos, vio los faros coronar la última colina y ahora permanecer estables en su espejo retrovisor.

Los kilómetros volaban y finalmente vio las señales de la Autopista 101, giró hacia ella y aumentó su velocidad hasta que el viejo Civic se estremeció en protesta. Pasó rápidamente junto a otros coches, algunos le tocaron la bocina, pero la autopista estaba despejada, gracias al aguacero.

Una, dos veces, sintió que el pequeño coche aquaplanaba, y redujo la velocidad lo suficiente para recuperar el control antes de acelerar de nuevo. Cuando las luces de Los Ángeles aparecieron en la distancia, supo que tenía que salir de la autopista. No era seguro permanecer en ella, no con el tráfico que se avecinaba, ralentizándose y enredándose, a medida que se acercaba a la ciudad.

Necesito abandonar este coche, encontrar otro.

La idea de volver a confiar en la policía la hizo estremecerse. La policía había acabado con las vidas de su hermano y su amigo. Nunca más podría confiar en ellos.

Las drogas que el hombre le había inyectado, combinadas con la falta de sueño, desgastaban los bordes de su conciencia. Adrienne tiró del volante, tomando la siguiente salida sin leer el

cartel. Necesitaba llegar a un lugar seguro.

No hay ningún lugar que sea seguro. No hay donde esconderse.

El coche temblaba ahora, un símbolo de advertencia amarillo parpadeaba, y Adrienne redujo la velocidad. La lluvia había amainado un poco, y la carretera que había elegido estaba oscura, vacía. Una carretera de dos carriles se extendía y serpenteaba ante ella, flanqueada por árboles, nada más. Condujo por ella, notando un ligero aumento de la elevación, y entradas de coches a largos intervalos, que se curvaban alejándose de la carretera y desaparecían de la vista, probablemente grandes fincas privadas.

Si entro en cualquiera de estas y pido ayuda, solo llamarán a la policía. Y la policía está en el bolsillo de estos tipos. Vamos, Adrienne, ¡piensa!

Pensar, sin embargo, era algo que se hacía mejor con una mente bien descansada y libre de drogas, ninguna de las cuales poseía.

Pasaba entrada tras entrada, y ocasionalmente un destello de relámpago iluminaba el cielo de arriba, que estaba mayormente oculto por el espeso follaje de los árboles. Una vez, un par de faros que se acercaban le hicieron contener la respiración, su ritmo cardíaco acelerándose de nuevo, hasta que Adrienne se recordó a sí misma que vendrían por detrás, no por delante. Detrás de ella, la carretera permanecía vacía de todo excepto lluvia y hojas.

Fue uno de esos momentos de mirar fijamente el espejo retrovisor, aterrorizada por lo que pudiera venir por ella, lo que distrajo su atención en un momento crucial. Solo medio segundo, realmente, y eso fue todo lo necesario. En la oscuridad de la noche, los habitantes del bosque se desplazaban, lloviera o no. Y la familia de mapaches, un grupo de quizás tres adultos y media docena de jóvenes, quedó iluminada por los faros del Civic, un baño de luz amarilla que los hizo detenerse en seco en medio de la carretera.

Adrienne pisó los frenos y sintió que se bloqueaban mientras el volante se ponía rígido en sus manos. El coche derrapó de un lado a otro, lo suficiente para sacar a los mapaches de su trance inducido por los faros. Se apresuraron a apartarse, mientras Adrienne luchaba por recuperar el control. El coche giró, fuera de control, y ella sintió que los neumáticos mordían el borde del asfalto, luego se deslizaban por el terraplén, en caída libre.

Lo último que Adrienne vio antes de que todo se oscureciera fue una enorme roca atrapada en la luz de los faros.

Fue la lluvia golpeándola lo que la despertó primero, húmeda y fría, cayendo a través de los restos destrozados de la ventanilla del lado del conductor. Adrienne levantó la cabeza y al instante se arrepintió. Su cuello y espalda estaban en agonía, y le dolía la cara donde se había golpeado contra el airbag, cuyos restos la rodeaban. Alcanzó con su mano derecha y buscó el cierre del cinturón de seguridad. El coche estaba en silencio. Adrienne miró alrededor en el interior tenuemente iluminado.

¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

No había ningún reloj para informarle, y sus captores se habían llevado su teléfono móvil. El tablero del Civic estaba oscuro, sin responder, y lentamente examinó el coche, con la cabeza confusa. Ya fuera por las drogas o por el impacto, no lo sabía. Sintió, más que vio, la sangre seca y costrosa en su boca. Un diente se sentía flojo. Después de un momento de tanteo, finalmente encontró el botón del cinturón de seguridad y se lo desabrochó, agradecida de haberlo llevado puesto en el impacto. El coche estaba en una pendiente pronunciada y su cuerpo cayó hacia adelante sin el cinturón que la sujetara en su lugar. Todo le dolía y Adrienne gimió.

Tenía el pelo empapado. El vestido también.

¿Cuánto tiempo llevo sentada aquí?

Deslizó los dedos de su mano izquierda hacia la puerta, encontrando finalmente el pestillo. Tiró de él, pero la puerta no se movió. Por más que tiraba, no lograba abrirla, y moverse le dolía. No tenía huesos rotos, pero aún así podía sentir dolor en una docena de lugares distintos.

Si salgo de esta, voy a estar llena de moretones.

No había otra opción. Tendría que salir por la ventana. Se movió lentamente, dolorida, con los pensamientos confusos, y poco a poco se impulsó para salir del coche destrozado. La roca estaba al alcance de su mano, oscura y gris, cubierta de líquenes y musgo. El cristal de seguridad de la ventana ya se había hecho añicos en cientos, no, miles de pedazos cuadrados que la pinchaban incómodamente mientras gateaba y se deslizaba fuera del coche.

Podía oír el rugido del agua cerca, un estruendo bajo que se distinguía del aguacero.

Había poca luz, solo el resplandor lejano de la vasta ciudad le ayudaba a abrirse camino en la oscuridad. Si no hubiera estado lloviendo, habría podido ver lo suficiente para caminar, pero la lluvia y la capa de nubes se combinaban para envolver el bosque y los árboles en una espesa penumbra que la hacía tropezar mientras intentaba avanzar hacia el sonido del agua.

Unos minutos después, ahora arañada y sangrando por las caídas, con un tobillo dolorido después de resbalar unos metros en el barro, Adrienne había encontrado la fuente del agua. En un día normal, probablemente no sería más que un arroyo burbujeante con muchas rocas para mantener el equilibrio al cruzar. Ahora, sin embargo, era un torrente embravecido de agua helada, que se agitaba y rugía. No había forma de cruzarlo. No a menos que quisiera ahogarse.

Adrienne intentó primero ir río arriba, luego dio media vuelta y se dirigió río abajo. No hacía ninguna diferencia; era completamente infranqueable. En el punto más alejado río abajo, descubrió un puente de madera, cuyos extremos sobresalían menos de medio metro. El resto desaparecía bajo el torrente de agua turbulenta, espumosa y rugiente.

No tenía elección; tendría que subir la colina, de vuelta hacia la carretera. La idea la asustaba. ¿Y si estaban allí, buscándola? ¿Y si no podía encontrar un lugar para refugiarse?

Adrienne podía sentir la diferencia entre la lluvia y sus lágrimas. Sus lágrimas eran cálidas y rápidamente se lavaban con el frío. Le castañeteaban los dientes y estaba muy cansada. Pensó brevemente en volver al coche, refugiarse en sus restos destrozados, y luego sacudió la cabeza.

Ese sería el primer lugar donde buscarían si encontraban las huellas fuera de la carretera.

Tenía que seguir moviéndose. Lentamente, con el agotamiento filtrándose en su cuerpo cansado y dolorido, se arrastró por la empinada ladera, hacia la carretera, hacia la civilización o un refugio.

Todo lo que Tenéis es el Uno al Otro

Parecía una eternidad. Los miembros de Adrienne se movían cada vez más despacio, y arrastrarse por el empinado terraplén le llevó una eternidad. El coche había recorrido un largo trecho antes de detenerse en el fondo. Sus párpados pesaban, la adrenalina que tan bien le había servido para escapar de sus captores ahora se desvanecía. Fuera lo que fuese lo que había en la aguja que el hombre mayor le había inyectado, combinado con la falta de sueño durante los últimos tres días, la agotaba. Se arrastró colina arriba, acercándose poco a poco a la misma carretera de la que había venido. Tenía que encontrar ayuda o un lugar donde refugiarse. Le dolía cada parte de su cuerpo.

Cerca de un árbol, se detuvo, con el pie enredado en las raíces que sobresalían del suelo. El árbol se erguía inclinado, desesperado por mantener su lugar a pesar del pronunciado ángulo del terreno, decidido a sobrevivir. No era muy diferente de cómo ella se sentía. Adrienne se detuvo entonces y descansó, con el corazón martilleándole en el pecho. Tenía frío, los dedos rígidos, cubiertos de barro y hojas, el vestido desgarrado. Se apoyó contra la base del árbol, con los párpados caídos. La lluvia amainó y Adrienne cedió al agotamiento que la acechaba.

Sus ojos se cerraron y cayó en un recuerdo de la infancia, de su madre. La lluvia y la oscuridad fueron reemplazadas por el recuerdo del calor de una húmeda mañana de verano en Nueva Orleans.

Adrienne estaba al lado de la cama de su madre y esperaba a que abriera los ojos. No tardó mucho... rara vez lo hacía. Mamá siempre parecía saber cuándo su hija la necesitaba.

Los ojos de Colette se abrieron de golpe y segundos después apareció una sonrisa. Su piel estaba cenicienta, y las únicas manchas de color eran las oscuras sombras grises bajo sus ojos.

—Buenos días, abejita —susurró.

Cuando Adrienne no sonrió, apareció una mirada de preocupación. —¿Qué pasa?

—Rainier me dijo que me fuera. Dice que soy una pesada.

—Oh, cielo, ¿qué le hizo decir eso?

—Quería jugar a Mario Kart con él, pero no me deja. Solo tiene un amigo de visita, y hay cuatro mandos, ¡así que debería dejarme jugar también!

—Rainier tiene un amigo de visita, cariño. Recuerdas cómo te sientes cuando viene Sydney. Todo lo que quieres es pasar tiempo con ella. No con nosotros, ni con Rainier o sus amigos.

—Pero... —Adrienne se detuvo, frunció el ceño y miró al suelo. Sabía que mamá tenía razón y no se le ocurría ningún buen argumento. Sydney estaba en el campamento, y cada día desde que se fue, Adrienne se había aburrido hasta las lágrimas. Normalmente Rainier la habría

dejado jugar con él y su amigo, pero desde el año pasado, cuando cumplió trece años, su hermano era diferente, menos amable, más impaciente con ella. Ya no quería pasar tiempo con su hermana de nueve años.

Colette suspiró. —Abejita, tú y tu hermano tienen que resolver esto. A veces, Rainier necesita estar solo y otras veces es importante que pase tiempo contigo. Tiene que haber un equilibrio, mi amor.

El labio inferior de Adrienne sobresalió. —No hay equilibrio. ¡Ninguno! —Se habría marchado corriendo de la habitación si no hubiera sido por la mano de su madre en su manga.

—Adrienne, mi amor, todo lo que tenéis es el uno al otro. —Los ojos de su madre brillaban con lágrimas contenidas—. Cómo me gustaría haber tenido más hijos para que tuvieras otros con quienes jugar. Pero vivimos con la vida que nos ha tocado, mi niña.

Adrienne se acurrucó junto a su madre en la cama y vieron dibujos animados durante horas hasta que mamá tuvo fuerzas para levantarse, los círculos oscuros bajo sus ojos eran solo una de las muchas señales de que mamá no estaba bien. Adrienne observó cómo su madre se ponía la ropa lentamente, su cuerpo pálido y delgado.

—¿Mamá?

—¿Sí, abejita?

—¿La operación te pondrá mejor?

Su madre le sonrió, blanca y brillante, en marcado contraste con las cansadas líneas de su rostro. —Oh sí, espero que sí.

—Y vas a tener una hister... hister...

—Histerectomía.

—Eso. —Adrienne se puso las zapatillas de conejo que había dejado al lado de la cama—. Rainier dice que eso significa que ya no podrás tener más bebés.

—No, quiero decir, sí, eso es lo que significa. No más bebés. —Adrienne pudo oír la tristeza en la voz de su madre.

Colette se sentó en el borde de la cama. —Hay otras formas de tener hijos, abejita. Y una vez que tenga la operación y tiempo para recuperarme, me sentiré mejor, más fuerte, no tan cansada todo el tiempo. —Pasó una mano por el pelo de Adrienne, le besó la frente y sonrió—. Podemos ir a Disney World, visitar Nueva York en Nochevieja, o tantos otros lugares, una vez que esté mejor. ¿Te gustaría eso?

—¿Qué otras formas, mamá? —La curiosidad de Adrienne se despertó.

—Bueno, está la acogida, la adopción. —La sonrisa de Colette se ensanchó—. ¿Por qué? ¿Te gustaría tener otro hermano o hermana?

—Una hermana, pero no un hermano. Creo que los hermanos son demasiado molestos —respondió Adrienne, con los ojos brillantes de emoción.

Colette se rio. —Bueno, falta mucho para eso. Y tu padre y yo ni siquiera lo hemos hablado, pero tendré en cuenta tu petición. —Se levantó, agarrándose al poste de la cama para estabilizarse mientras se balanceaba en el sitio—. Ahora toca tomar algunas decisiones muy importantes, abejita. —Las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa cómplice—. ¿Crepes en Muriel's o Huevos Hussarde en Brennan's?

Adrienne saltó de arriba abajo. —¿Solo nosotras dos?

—Por supuesto, abejita. Además, Rainier y Jesse ya se habrán comido una tonelada de gofres Eggo a estas alturas, si los conozco bien. Solo tú y yo.

—¡Crepes! ¡Crepes! —Adrienne saltaba de emoción y su madre se rio—. ¿Podemos ir al parque después y dar de comer a los cuervos? —A Adrienne le encantaban los cuervos que se

congregaban en el Parque Louis Armstrong, a unas pocas manzanas del restaurante. Se había sentado pacientemente, con una semilla en la mano, hasta que uno se le acercó y se la cogió de los dedos. Después de eso, se había convertido en algo que hacían cada vez que visitaban el restaurante.

Mamá le sonrió. —Puede que tengamos que ir en coche al parque en lugar de caminar.

Adrienne gritó de felicidad. —¡Voy a ponerme los zapatos ahora mismo!

Su madre se rio y le gritó a Adrienne mientras salía corriendo del dormitorio: —¡Cámbiate también el pijama!

El brunch había sido maravilloso, pero acortaron su aventura al salir del restaurante, Colette temblorosa, con la piel pálida y húmeda al tacto.

—Abejita, lo siento, pero no me siento lo suficientemente bien para ir al parque —había dicho mientras se aferraba a la pared del edificio y se apoyaba en ella—. Te prometo que iremos la próxima vez, ¿de acuerdo? —Mamá había logrado esbozar una pequeña sonrisa cansada, y Adrienne la había rodeado con un brazo, tratando de brindarle el apoyo que su madre necesitaba para llegar al coche que estaba estacionado cerca.

—Está bien, mamá. Lo pasé de maravilla contigo hoy —Adrienne había parpadeado para contener las lágrimas, triste al ver a su madre tan débil, tan frágil—. Comer crepes contigo es mejor que jugar a Mario Kart con Rainier cualquier día.

Colette se había reído entonces y había pasado los dedos por el cabello de Adrienne.

—Mi niña dulce. ¿Qué haría yo sin ti? Te prometo que iremos al parque pronto. ¡Lo juro por mi vida!

Pero no hubo más visitas al parque. Ni más brunch en Muriel's. Mamá había entrado para la cirugía apenas dos semanas después. Algo sencillo, habían dicho todos, y Adrienne había besado a mamá en la mejilla y corrido hacia el coche donde su mejor amiga Sydney y su madre la esperaban, dando la espalda a mamá sin darse cuenta de que sería la última vez que la vería.

—Estas cosas a veces pasan —había dicho su padre, con el rostro demacrado y los ojos enrojecidos y hundidos—. Los médicos hicieron todo lo posible, pero simplemente se quedó dormida y nunca despertó.

Ya no había mamá. Y con ella se había ido cualquier conversación sobre acogida o adopción. No más hermanos. Y si era sincera, fue el comienzo de la pérdida de papá también. Él ya trabajaba largas jornadas y pasaba meses del año viajando por el mundo, gestionando el negocio de transporte marítimo, antes de que mamá muriera. Ahora se enterraba en su trabajo, aislándose de sus hijos, de su hogar.

Rainier, cuatro años mayor que Adrienne, también había cambiado abruptamente. Dejó de ir a casa de sus amigos a dormir y limitó las que hacía en casa, aunque no hubiera nadie que se lo impidiera. En cambio, cada noche, entre semana o en fin de semana, se hacía tiempo para jugar a Mario Kart con Adrienne. Era la única luz en su nueva oscuridad. Después de Mario Kart vinieron las damas, el ajedrez, las cartas y el Scrabble. En los meses siguientes a la muerte de su madre, durante los cuales Gerard Cenac estuvo notoriamente ausente del hogar familiar la mayoría de las noches, Rainier asumió el papel de padre para Adrienne. La ayudaba con sus deberes, pedía comida o preparaba algo sencillo, y luego los hermanos jugaban hasta que era hora de acostarse. Y así habían seguido sus vidas, hasta que todo dio un vuelco una vez más, menos de un año después de la muerte de Colette Cenac.

Adrienne abrió los ojos de golpe. ¿Cuánto tiempo había estado sentada allí, apoyada contra el árbol? Lo suficiente como para que su cuerpo se sintiera rígido, sus articulaciones protestando al moverse. Tenía que subir el terraplén, volver a la carretera y encontrar refugio, un lugar

seguro.

Movió las piernas, que se sentían entumecidas, y se impulsó desde el árbol. La agotó por completo, pero tenía que seguir adelante. Un relámpago estalló en lo alto y pudo ver que aún le quedaba un largo camino por recorrer. Cien pies, tal vez más, para llegar a la carretera de arriba. Suspiró y comenzó a trepar. Era doloroso, lento, y se arrastraba, aferrándose a raíces de árboles, ramas y rocas mientras luchaba por cada paso cuesta arriba.

Pronto su respiración se volvió entrecortada y, una vez más, la consciencia se convirtió en una criatura escurridiza, lista para escapar en cualquier momento. El relámpago destelló en una rápida ráfaga, tiras irregulares de luz que le lastimaban los ojos y al mismo tiempo iluminaban su camino. Veinte pies más. Parecía una eternidad. Una rama afilada se clavó en su pierna, provocando una ardiente quemadura al cortarle la piel. Siguió adelante. Trepando. Las manos se aferraban a raíces, árboles, cualquier cosa que pareciera lo suficientemente estable para soportar su peso mientras luchaba por subir la colina. Le había tomado segundos bajar volando, pero ahora, cada pie ganado era una lucha.

La lluvia continuaba. En un momento, Adrienne miró hacia arriba y vio las gotas cayendo del cielo como una lluvia de joyas que se precipitaban hacia ella. Un momento hermoso, solo un segundo de belleza antes de que la realidad interviniera. Tenía frío, estaba empapada de pies a cabeza. Su cuerpo le dolía por el accidente y la miríada de abusos que había sufrido en los últimos días. Su piel ardía por el frío. Se detuvo, su respiración entrecortada, el barro, las rocas y las plantas clavándose en sus rodillas y manos. No podía continuar mucho más. Todo lo que quería hacer era acurrucarse en una bola y cerrar los ojos.

En cambio, miró hacia arriba y lo vio. El borde de la carretera. Solo unos pocos pies más, solo un par más. Se lanzó hacia adelante, poniendo toda su energía en hacer que su cuerpo se moviera. Dedos raspados, rodillas adoloridas, un zapato perdido, vestido rasgado. Respirando bocanadas de aire frío y húmedo en sus pulmones hasta que, finalmente, sintió el áspero macadán bajo sus dedos. Un último puñado de raíz de árbol retorcida y estaba arriba, en la carretera misma, donde se desplomó en el suelo. Sin importar el frío o el terreno áspero bajo su cuerpo, su agarre en la consciencia se deslizó una vez más y Adrienne no supo nada más.

La Dama de Azul

Jack se esforzaba por ver la carretera. El viento azotaba los árboles y la oscuridad era casi absoluta, con la lluvia cayendo en grandes cortinas desde el cielo. Las únicas fuentes de luz eran sus faros y los ocasionales relámpagos que iluminaban el cielo con destellos brillantes. Había reducido la velocidad del coche deportivo a unos modestos cincuenta kilómetros por hora. Aun así, se sentía demasiado rápido en la negrura de la noche, y el motor rugía irritado, luchando contra el peso de su pie en el pedal del freno. Si fuera un ser vivo, gruñiría de impaciencia ante el ritmo sosegado que llevaba, pero en ese momento estaba mucho más preocupado por salirse del borde de la carretera. A un lado había un acantilado alto, con algún árbol ocasional luchando por aferrarse a la oscura pared de roca. Al otro, un espeso bosque y un terraplén empinado que se alejaba de la carretera. Excepto por las ramas y las hojas, no había nada más que un oscuro abismo.

La fiesta había sido la típica escena de Hollywood, con abundante alcohol de alta gama y mujeres de mirada vacía que temían comer del bufé y hablaban de sus carreras de modelo como si fuera una forma de arte. Se había aburrido en cuestión de minutos, y se había quedado el menor tiempo posible antes de escapar. Había sido complicado; algunas mujeres podían olfatear el dinero como si estuviera hecho de chocolate. Una se había aferrado a su brazo como una lamprea y se negaba a soltarlo. Sin embargo, al final se había aburrido y se había marchado "al tocador", lo que era un código para drogarse con las bandejas de cocaína de cortesía en los baños excesivamente dorados.

La había visto irse y había escapado segundos después.

El relámpago destelló, impactando contra un árbol más adelante. La luz fue intensa, cegadora, y el estallido ensordecedor del trueno fue simultáneo. Jack sintió el sonido atravesar el vehículo y redujo aún más la velocidad del coche. Este acto salvó su vida, y la del coche, cuando tres ciervos, una hembra y dos cervatillos, cruzaron la carretera a toda velocidad. Pisó el freno y derrapó ligeramente antes de detenerse abruptamente en la oscura carretera empapada por la lluvia.

Se balanceó con el coche, su cuerpo presionando contra el cinturón de seguridad tensado.

—¡Jesús bendito! —juró Jack, con el corazón martilleándole en el pecho. Eso había estado cerca.

Se quedó allí sentado mientras los ciervos desaparecían de la vista, saltando de la carretera hacia el oscuro abismo y pasando junto a algo arrugado al lado de la carretera.

—¿Qué demonios...?

Puso el coche en punto muerto y se desabrochó el cinturón de seguridad, agarrando una pequeña linterna Maglite del panel central. La lluvia empapó instantáneamente su cabello mientras el aguacero continuaba. Presionó el botón y encendió la Maglite, pasándola por el borde de la carretera. Rocas, ramas de árboles, helechos y un cuerpo. *Un cuerpo*.

—Oh, mierda.

Corrió hacia él, ese bulto arrugado de azul en el suelo. Piernas blancas y pálidas, moretones, un zapato puesto, el otro perdido. Tenía arañazos en las piernas, sucias y ensangrentadas. Los moretones no eran recientes. Al menos, no de un accidente de coche. Sus ojos se detuvieron en las abrasiones y los oscuros moretones en sus tobillos y muñecas. Llevaba un vestido azul que estaba rasgado, ensangrentado, y la lluvia había pegado su cabello al cráneo. Ramitas y hojas se enredaban en su largo cabello rubio miel. Sus ojos estaban cerrados, sus labios de un gris azulado. Su teléfono estaba en el coche y Jack se sentía dividido. ¿Se atrevía a tocarla y ver si estaba viva o simplemente corría de vuelta al coche y llamaba a la policía?

—¿Señorita? —preguntó. Tocó su hombro con una mano. Su piel estaba fría, pero ahora podía ver el subir y bajar de su pecho. Estaba viva. Tenía que sacarla del duro suelo y de la lluvia.

¿Era seguro levantarla?

Jack miró alrededor. Había marcas de neumáticos, surcos profundos en el barro al borde de la carretera. Muy abajo, podía ver el brillo del metal, deformado y doblado. Si ella había venido de allí, había subido un terraplén empinado para salir.

Dudo que la lastime si la levanto entonces.

—Señorita, voy a tener que levantarla y sacarla de la lluvia, ¿de acuerdo?

Deslizó suavemente sus brazos debajo de ella y se puso de pie con facilidad; levantaba pesas más pesadas que ella cuatro días a la semana. Su cabeza se balanceó sobre su brazo derecho y ella gimió ligeramente. Tenía que sacarla del diluvio. Esa era la primera prioridad. Estaba agradecido de que no hubiera nadie más en la carretera. Estaban en una curva ciega y cualquier vehículo que se acercara tendría segundos para reaccionar. Esos surcos en el barro al lado de la carretera mostraban cómo le había ido a ella. Un accidente de coche, seguro. ¿Podría haber alguien más allá abajo? Intentó mirar a través de los árboles para ver si podía vislumbrar el coche en algún lugar más abajo pero, a pesar del brillante espectáculo de luces en el cielo, no pudo ver a nadie más.

Sacudió la cabeza, dio media vuelta y caminó hacia su coche, equilibrando suavemente el cuerpo inconsciente de la mujer contra él mientras se las arreglaba para abrir la puerta del lado del pasajero y luego la acomodó con cuidado dentro. Sus párpados temblaron, pero no se movió.

Jack corrió hacia su lado del coche y se deslizó dentro, limpiándose el agua de los ojos. La fuerte lluvia lo había empapado por completo. Las ventanas se empañaron. Las pestañas de ella volvieron a temblar, y abrió los ojos una rendija, temblando de frío. Jack se maldijo a sí mismo por no haber puesto el kit de emergencia en su coche.

Ella se estremeció cuando Jack habló.

—¿Señorita? Necesito sacarnos de la carretera y alejarnos del tráfico que se aproxima. ¿Estaba en un coche? ¿Había alguien más con usted? ¿Alguien por quien debamos volver?

Ella negó con la cabeza y susurró "No" antes de cerrar los ojos de nuevo.

—De acuerdo, mi casa está justo adelante. Aguante. Encenderé la calefacción hasta que pueda llevarla adentro y calentarla. —Extendió la mano y puso la calefacción al máximo, arrancó el motor y se abrochó el cinturón de seguridad antes de enderezar el coche y continuar por la carretera. La lluvia había amainado un poco, por lo que Jack estaba muy agradecido. Podía

conducir más rápido, y en cuestión de minutos estaba girando hacia el largo camino privado y pasando por las puertas. El agua que goteaba de ambos había empapado los asientos y podía oír un goteo constante de su vestido en el suelo del coche. Sus ojos estaban cerrados de nuevo, su piel pálida, sus labios azules por el frío. Probablemente necesitaba llamar a la policía, pero en ese momento lo único en lo que podía pensar era en sentarla frente a la gran chimenea en la sala principal y calentarla.

La puerta del garaje se cerró silenciosamente detrás de ellos y el Ferrari ronroneó hasta detenerse, el calor de las rejillas cesando en el instante en que el motor se apagó. La chica seguía sin moverse. Bajo la luz brillante y dura del garaje, era evidente lo joven que era. Quizás veinte años, posiblemente menos. Jack abrió su puerta y se inclinó, murmurándole suavemente mientras la sacaba del coche. Con unas pocas zancadas rápidas atravesaron el espacioso garaje para seis coches, pasaron por el cuarto de servicio y entraron en el pasillo trasero. Unos segundos más de caminata los llevaron a la sala principal, donde ardía alegremente un fuego en la chimenea de mármol importado tallado a mano. El calor del fuego los envolvió, y Jack sentó suavemente a la chica en una silla cerca de la chimenea.

—Vuelvo enseguida —dijo, cubriéndola con una manta gruesa y lujosamente suave.

El medio baño proporcionó un botiquín de primeros auxilios casi oculto en la parte trasera del armario del lavabo. Jack lo agarró, junto con un puñado de toallas, y vislumbró su reflejo en el espejo. Su camisa, una camiseta de seda negra de Versace, estaba embarrada y empapada. Sus pantalones no estaban mucho mejor. El agua aún goteaba de su pelo por la nuca. Cogió una bata esponjosa con su mano libre.

Se dio la vuelta y volvió a la sala principal. La joven seguía allí, mirando fijamente el fuego, temblando incontrolablemente.

—Tengo un botiquín de primeros auxilios y algunas toallas. Y una bata si quieres quitarte esa ropa mojada. —Ella sacudió la cabeza, y él no estaba seguro si era por los temblores o si le estaba diciendo que no.

Se arrodilló a sus pies y le quitó suavemente el zapato que le quedaba, limpiando ligeramente las ramitas y hojas que cubrían su pálida piel. Ella se estremeció, y él levantó la mirada hacia ella, dándose cuenta de repente que estaba rígida de miedo.

Está aterrorizada de mí.

Sus pupilas estaban enormes.

¿Está drogada? ¿Teme que la policía la atrape conduciendo bajo la influencia?

—No te haré daño. Estás a salvo aquí —dijo Jack suavemente, con gentileza. Le recordaba a un guepardo, y casi esperaba que saltara lejos de él y se perdiera en la tormentosa noche—. Debería llamar a la policía, ellos podrían ayudar...

—No, por favor, nada de policía. —Su voz era suave, casi suplicante—. No es lo que piensas.

—Honestamente, no sé qué pensar —respondió Jack, centrándose de nuevo en sus piernas. La rodilla izquierda era un enredo de barro, sangre y carne destrozada—. Si no hubiera sido por el ciervo cruzando la carretera, nunca te habría visto. Podrías haber muerto allí fuera.

Sintió más que vio su asentimiento, y su rodilla se apartó bruscamente ante su contacto. Ella contuvo la respiración, haciendo una mueca mientras él limpiaba suavemente la herida. Sus piernas tenían moretones, los tobillos eran un desastre de abrasiones. Los moretones no parecían provenir de un accidente de coche, sino como si alguien la hubiera retenido.

Un escalofrío lo recorrió. Y el rostro de Allie apareció ante él. Sus ojos eran diferentes, y por supuesto Allie había sido más joven, solo dieciséis años, pero aun así.

Esto, fuera lo que fuese, era más que un simple accidente de coche.

—Me llamo Jack, Jack Benton. —Esperó a que ella lo reconociera, pero no respondió, solo lo miró fijamente. Una oleada de alivio lo recorrió. Ella no sabía quién era él. No había habido mirada de reconocimiento, ni cambio a un coqueteo seductor, como las chicas en la fiesta de la que acababa de venir, la mirada que delataba su alegría al conocer a un multimillonario, y soltero además.

Esta chica, quienquiera que fuese, se apartó en cambio, sin decir nada, mordiéndose el labio. Él esperó, pero ella no habló.

Y entonces se dio cuenta. —Tienes miedo, ¿verdad?

La suavidad de su tono surtió efecto. Cuando ella levantó la mirada de nuevo, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Se derramaron, incluso mientras intentaba apartarlas, recuperar el control de sus emociones. Asintió, aún temblando bajo la manta.

—Puedo ayudarte. Sin condiciones. Sin expectativas —dijo Jack, apartando la mirada de sus lágrimas, centrándose en cambio en la rodilla—. Podría decirse que he hecho de ello mi carrera.

Probablemente se había caído en la ladera durante la larga subida. Había piedrecitas y tierra en la carne desgarrada. Echó otro vistazo a las abrasiones en sus tobillos, observó los otros moretones. Eran recientes, pero diferentes. Alguien había lastimado a esta chica, la había aterrorizado, abusado de ella y la había retenido. Y de alguna manera, ella había logrado escapar, posiblemente había tenido un accidente de coche, corrido a través de la noche y la lluvia, y se había derrumbado al lado de esa carretera solitaria.

—Mira, déjame limpiar esta rodilla, y hay una gran suite de invitados arriba que puedes usar. La puerta se cierra por dentro. Puedes darte una ducha, cambiarte la ropa mojada. Te prepararé un té o un café; quizás quieras comer algo. Y luego podemos hablar, o no, sobre tus opciones. ¿Qué te parece? —Volvió a mirar su rostro, tan pálido, tan asustado, y ella asintió, con un pequeño movimiento de cabeza.

¿De qué o de quién estaba tan asustada?

—Bien. Limpiaré esto y lo vendaré, y no te preocupes si se afloja en la ducha; tengo muchos más y podemos volver a aplicarlo. He sacado la suciedad y esto puede picar un poco. —Ella hizo una mueca cuando roció el Bactine—. Lo sé, siempre decían que no se suponía que doliera. Spray sin dolor y todas esas tonterías. O quizás yo era demasiado sensible de niño, pero esta cosa siempre dolía como el demonio. —Jack captó la pequeña sonrisa que cruzó sus labios y desapareció con la misma rapidez.

Su viaje escaleras arriba fue lento. Ella se movía despacio, con cuidado, sus pies probablemente magullados e hinchados. En lo alto de las escaleras había un largo pasillo a la derecha, que los llevó más allá de varias puertas. —Yo estoy en esa primera puerta a la izquierda, arriba de las escaleras, y te voy a poner aquí, en la suite de invitados —dijo, su brazo apoyándola suavemente mientras cojeaba sobre la gruesa y mullida alfombra—. Tiene un baño completo y hay algo de ropa en el armario que probablemente te quede bien. Puedes usarla si quieres. —Se detuvieron en la entrada y él abrió la puerta, revelando una espaciosa suite con techo alto, accesorios modernos y una pequeña sala de estar junto al dormitorio—. Avísame si necesitas algo. Voy a cambiarme y luego estaré abajo. ¿De acuerdo?

Ella asintió y entró. Mientras Jack se giraba y se dirigía hacia su habitación, oyó la puerta cerrarse suavemente y el cerrojo activarse.

Es justo. Ella no me conoce.

Entró en su habitación, una extensa suite que incluía su oficina, una biblioteca, una pequeña sala de ejercicios y un espacioso dormitorio con baño. Excepto por la comida, podría pasar la

mayor parte de sus días aquí sin necesidad de salir. No lo hacía, pero vivir en esta casa gigante se sentía bastante solitario, incluso con la presencia silenciosa de Malcolm. Cuando Allie había estado aquí, no se había sentido como ahora. Allie había estado llena de vida, y había sido imposible no notar cómo llenaba de energía y luz todo lo que tocaba. De todas las propiedades que poseía, era aquí, en lo profundo de las colinas de Los Ángeles, donde más sentía su ausencia. Ella había amado la casa, amado la sensación de aislamiento del lugar con los vecinos más cercanos a más de medio kilómetro de distancia.

Se quitó la camisa y la arrojó al cesto de ropa sucia en la esquina de su armario, alcanzando una camiseta de seda color carbón, y miró sus pantalones con sorpresa. Tenía cardos a lo largo de una pierna. También se los quitó y se puso unos vaqueros Rag and Bone, quitándose los zapatos y dejando sus pies descalzos. Se tomó un momento para secarse con una toalla los últimos restos de lluvia del cabello.

Mientras bajaba las escaleras, podía oír el agua corriendo en la suite de invitados.

La cocina era grande y rústica. Las pesadas vigas de madera se encontraban con el elegante negro mate de los electrodomésticos. Jack abrió el refrigerador Sub-Zero y sacó una caja de huevos, un trozo de prosciutto, champiñones y queso. Puso la pesada sartén de hierro fundido a calentar en la estufa y se dispuso a cortar los champiñones. Jack acababa de terminar de cortar el jamón en finas lonchas y ya tenía un montón de champiñones y una pequeña cebolla picada dorándose cuando oyó que el agua se cerraba. Añadió una cucharada de mantequilla a la sartén y esta chisporroteó al derretirse. Jack batió los huevos hasta que quedaron espumosos y los vertió en la sartén con mantequilla, añadiendo los champiñones y la cebolla cocinados y el queso rallado, y volteó la tortilla con mano experta cuando oyó que se abría la puerta de la suite de invitados arriba.

—¿Prefieres café o té? —preguntó, echándole un vistazo. Ella llevaba unos pantalones de yoga y una camiseta que desaparecía bajo una sudadera con cremallera. Una punzada de tristeza lo golpeó. Allie había adorado ese conjunto.

—Café —respondió ella, hizo una pausa y luego añadió—: Por favor.

—Sírvete tú misma —dijo Jack, y señaló con la cabeza la estación de café—. Hay crema y azúcar si quieres. Y he hecho una tortilla. Supongo que ya es pasada la medianoche, lo que lo convierte en mañana, así que es hora del desayuno, ¿no?

Una pequeña sonrisa. —Gracias.

Deslizó la tortilla fuera de la sartén y la cortó por la mitad, poniendo una mitad en el plato de ella y la otra en el suyo. Comió el suyo lentamente, fascinado mientras observaba a la chica devorar el suyo con un apetito que no había esperado. Momentos después, el plato estaba limpio. La mitad de su comida permanecía. Le pasó el plato, sonriendo, y recibió una sonrisa genuina a cambio mientras ella lo demolía en un puñado de bocados.

Su cabello se estaba secando rápidamente formando una masa de rizos rubios y castaño miel. Algo de color había vuelto a sus mejillas. Sorbía su café y los ojos de él se posaron en los moretones de sus manos, las marcas rojas de rozaduras en sus muñecas.

Ella notó su mirada y tiró del puño de la sudadera hacia abajo, tratando de ocultar las marcas. —Gracias por la comida. No recuerdo cuándo comí algo tan bueno. —Era, por mucho, la mayor cantidad de palabras seguidas que había dicho en voz alta desde que la había encontrado.

—Entonces, ¿empezamos con tu nombre? —preguntó él, esperando que estuviera lista para hablar.

—Cuanto menos sepas de mí, mejor. Especialmente mi nombre.

—Ya veo. —Sorbó su café y reflexionó sobre eso—. Bueno, tengo que llamarte de alguna

manera.

La chica guardó silencio por un momento.

—Llámame Kaylee. Siempre me ha gustado ese nombre.

Jack sonrió. —Ah, trae recuerdos de *Firefly*. Conocí a Nathan Fillion en una fiesta hace unos meses. Es un buen tipo.

La chica parpadeó mirándolo, y Jack creyó ver el fantasma de una sonrisa cruzar sus labios y luego desaparecer.

—Entonces, Kaylee, ¿qué puedes contarme sobre ti?

—Nada.

—¿Nada?

Ella se llevó las manos a las sienes y se las frotó. Parecía exhausta. —¿Honestamente? Pareces agradable. Realmente agradable, y no quiero que nadie más muera por mi culpa.

Grupo de Búsqueda

—¿Es posible que haya venido por aquí? —preguntó Stephan.

Rohan desvió su atención de mirar por el parabrisas que se empañaba rápidamente y la fuerte lluvia, para tratar de ver hacia donde señalaba su compañero. Redujo la velocidad hasta casi detenerse.

—No veo nada. —Extendió la mano y presionó el botón del desempañador.

¿Acaso esta cosa funciona?

Stephan le apartó la mano de un manotazo. —Acabas de apagarlo, idiota.

Rohan le gruñó a su compañero: —Entonces arréglalo para que pueda ver, joder. Porque ahora mismo, parece que estuviéramos en un maldito banco de niebla de 'Cisco en lugar de L.A.

La boca de Stephan se crispó, y Rohan pudo ver cómo el chico apretaba los dientes. Reprimió una sonrisa de satisfacción. Stephan había nacido y se había criado en San Francisco. Rohan sabía que a los nativos de la ciudad les molestaba que llamaran a su amada ciudad 'Cisco. El chico era sarcástico, pretencioso, y Rohan no sentía un pequeño placer en socavar la fachada profesional de su joven compañero. Esto era especialmente cierto esta noche, cuando todo era culpa de Stephan que la chica se hubiera escapado. Su cabeza, al menos la más grande, no había estado en el juego. *Piensa con la polla y acabarás perdiendo las dos cabezas, estúpido imbécil.*

Sacó el paño de sus lentes del bolsillo y limpió el parabrisas; el coche se deslizó hacia el borde de la carretera y la alerta de borde incorporada envió una vibración profunda a través del vehículo. Rohan lo devolvió al carril, deseando poder ver mejor la línea del medio. Aunque no importaba, no había ni un coche a la vista. Maldita lluvia. La vista de árboles y carretera sinuosa era pintoresca durante el día. ¿A quién no le encantaría un paseo soleado y arbolado por el sur de California? A intervalos regulares había caminos privados poco llamativos que conducían a algunas de las casas de celebridades más ricas de la zona. Sin embargo, en este momento, justo después de la medianoche, era una pesadilla navegar. La lluvia era intensa, tanto que seguramente habría informes de deslizamientos de tierra en algún lugar de esta masa de caminos sinuosos y estrechos por la mañana. Los árboles se inclinaban, las hojas arrancadas por la fuerza de la lluvia, una masa verde y húmeda que reducía el inmanejable coche de la ciudad a un lento arrastre. Ella había conseguido las llaves del coche destartado de Stephan. Si hubiera robado el coche de la ciudad, habrían podido rastrearlo a través de OnStar, pero como la suerte quiso, le había dejado al chico los huevos adoloridos y le había arrebatado las llaves. Bastante astuta, considerando que la niña rica había estado atada cuando Rohan salió a por un café. Sin embargo, si no la encontraban, serían las cabezas de ambos en una bandeja, sin importar que el chico

hubiera sido el que intentó conseguir algo en el tiempo que Rohan había tardado en ir a buscarles un café y un par de donuts medio rancios que debían tener casi un día. El mismo café que estaba de vuelta en las instalaciones, probablemente frío como una piedra a estas alturas. Tenían que encontrarla, y pronto. ¿Hasta dónde podría haber llegado, de todos modos?

¿A quién quiero engañar? Podríamos haber pasado justo a su lado en la carretera y no haber visto nada.

—¿Cómo están tus huevos? —le gruñó al chico. Stephan murmuró algo indistinto, que sonaba sospechosamente a que se fuera a la mierda—. ¿Sí? Bueno, ¿adivina qué? Si no la encontramos y tengo que informar de esto, voy a tirarte bajo el autobús. Que me condenen si voy a ser sancionado solo porque no puedes mantener tu cabeza pequeña bajo control.

Stephan murmuró algo más, con la cabeza vuelta.

—¿Qué has dicho? —preguntó Rohan mientras giraba bruscamente el volante para evitar una rama bastante grande en la carretera.

—Dijo que necesitaba hacer pis.

Rohan soltó una carcajada corta. —¿Y te lo creíste? Joder, ¿qué tan estúpido eres? —Volvió a reír—. Y yo que pensaba que todo era porque querías mojar el churro.

—Apenas pesaba cuarenta y cinco kilos empapada —protestó Stephan.

—Sí, ¿y qué? A esos niños ricos les dan entrenamiento especial sobre cómo salir de situaciones peligrosas. Su familia vale decenas de millones. Diablos, tal vez más. ¿Crees que no les enseñan desde jóvenes cómo salir de una situación desagradable? ¿Que no saben qué decir, o mejor dicho, cómo decirlo, y luego pelear sucio en cuanto tienen la oportunidad? —Rohan negó con la cabeza y dejó que el coche se desviara al otro carril para evitar lo que parecía ser la mitad superior de un árbol que cubría su lado de la carretera—. ¿Naciste ayer?

Stephan no dijo nada, solo se quedó mirando por la ventana hacia la oscuridad.

Rohan volvió su atención a navegar por la carretera. La lluvia no amainaba, y las ventanas seguían empañándose, a pesar de que el aire soplaba a toda potencia en el desempañador. —Mierda, nunca la vamos a encontrar. Esa chica probablemente está a kilómetros de aquí, solo necesitamos...

Stephan lo interrumpió con un grito. —¡Detén el coche!

El coche de la ciudad patinó sobre el asfalto antes de detenerse bruscamente. Stephan abrió la puerta de golpe, sus pies resbalando en el espeso barro y las hojas mientras luchaba por mantener el equilibrio. Un momento después había desaparecido casi de la vista, y Rohan solo podía ver la débil luz de la linterna del joven rebotando a unos diez metros detrás del coche. Se ralentizó, luego se detuvo, mientras Rohan ponía el coche en punto muerto y salía, maldiciendo entre dientes mientras su camisa absorbía el torrente de lluvia que caía del cielo, cegándolo. Tuvo el sentido común de cerrar su puerta, a diferencia de su joven e impulsivo compañero. Resbaló dos veces en las hojas que cubrían el asfalto, deseando tener una gorra para evitar que la manguera de incendios del cielo casi lo ahogara en agua hasta el punto de no poder ver dónde terminaba el asfalto y comenzaba el bosque.

La linterna de Stephan rebotó impacientemente y luego abandonó el lado de la carretera. Rohan apenas podía ver más que su silueta mientras intentaba negociar un descenso. La pendiente era empinada pero llena de árboles más pequeños para agarrarse.

—Hay marcas de neumáticos que bajan por el costado. Voy a ir a investigar —gritó Stephan, su voz ya se desvanecía mientras se deslizaba por el barro.

Rohan escupió el agua que le goteaba en la boca, se inclinó hacia adelante y luchó por mantenerse en pie en el barro resbaladizo. —Sí, haz eso.

La luz de Stephan se desvaneció rápidamente de la vista, apareciendo ocasionalmente mientras se movía de árbol en árbol, resbalando y deslizándose por la empinada pendiente. Finalmente, el chico debió haber entrado en un dosel de árboles mucho más espeso, porque la luz desapareció por completo, dejando a Rohan envuelto en la oscuridad y preguntándose si debería volver al vehículo. No podía ver una maldita cosa, y estaba empapado hasta los huesos y con frío. No estaba sumando a su positividad, para nada.

Los minutos pasaban y le dolían los ojos de tanto esforzarse por ver alguna luz en el bosque de abajo. ¿El chico realmente había visto algo? ¿O simplemente estaba lleno de esperanza de que, de alguna manera, esa loca niñita rica se hubiera salido de la carretera y se hubiera eliminado de la ecuación? A la jefa no le importaría si la chica terminaba muerta. Al fin y al cabo, ese era su destino, de todos modos, una vez que se hubieran asegurado de que no había hablado con nadie más aparte de su hermano y el periodista. Y unas cuantas preguntas bien colocadas después de que las drogas hubieran hecho efecto habrían bastado. Solo necesitaba un chute de energía. Una simple taza de café, quizás una rosquilla, y la cafetería estaba a solo cinco minutos, por el amor de Dios. Diez, quince minutos como máximo, y había sido suficiente para que ella engañara a Stephan para que aflojara sus ataduras hasta el punto de que pudo derribar al chico con una patada sólida en los testículos. Cuando Rohan regresó, café en mano, y vio que el coche había desaparecido, supo que había sido el coche de Stephan el que lo había adelantado en la carretera. Pero Rohan tenía que asegurarse. Así que entró corriendo, solo para encontrar a Stephan, todavía en una neblina de dolor, moviéndose más lento que un octogenario, con un pequeño rastro de vómito mojando su camisa. Le había dado justo en el centro de las pelotas. El chico apenas podía caminar. Por lo poco que había dicho, ella lo había dejado inconsciente. Luego había agarrado sus llaves y colgado el candado en el exterior de la puerta del contenedor de almacenamiento, impidiéndole seguirla. No es que lo hubiera intentado. Cuando Rohan llegó, todavía estaba en el suelo, junto a un charco de vómito. Esa chica era una fiera.

—¿Algo? —gritó Rohan al vacío. No hubo respuesta. O si la hubo, no pudo oírla por el aguacero. Estaba a punto de regresar al coche cuando vio la linterna de Stephan aparecer y desaparecer entre los árboles. Stephan tardó más en subir la colina. Cuando lo logró, estaba cubierto de barro, con una cadena constante de maldiciones mientras resbalaba, gateaba y luchaba por subir la colina. Cuando llegó a la cima, el chico se detuvo, con los costados jadeantes, y luego señaló hacia el coche.

Regresaron chapoteando hasta el vehículo, y Rohan se dio cuenta, al deslizarse en el fresco interior, que realmente no importaba que hubiera cerrado su lado. El viento y la lluvia habían sido tan feroces que todo el interior del vehículo estaba tan empapado como el exterior. Estiró la mano y giró el dial a la configuración más caliente, sin importarle si el interior se empañaba.

—¿Y bien?

Stephan estaba sentado allí, con la mandíbula apretada, un goteo constante cayendo de su pelo sobre la tapicería. —Se salió de la carretera, se estrelló contra un árbol. El airbag se desplegó. No vi sangre. Pero no estaba por ningún lado. No pude asegurarlo, pero parece que pudo haber subido por el terraplén hacia la carretera. La maldita lluvia borró cualquier rastro de huellas, así que por lo que sé, podría estar en el bosque en alguna parte. No lo sé.

—Tenemos que informar de esto —gruñó Rohan—. Ella va a estar cabreada.

—¿Cuánto de cabreada? —preguntó Stephan, sin siquiera tratar de ocultar la mirada de preocupación en su rostro.

—Esperemos que la pillemos de buen humor.

—Mierda. —Rohan observó cómo Stephan apretaba y aflojaba los puños. El chico no

llevaba mucho tiempo en este negocio, y si su jefa estaba de mal humor, no tendría tiempo para cometer otro error. ¿Cuántos habían "reportado a la oficina en persona" para no volver a ser vistos? Maldita sea si llevaba la cuenta, pero si alguna vez ella le decía que quería una reunión cara a cara, abandonaría todo: coche, teléfono, incluso su ropa e identificación, quemaría o cortaría el maldito tatuaje de su muñeca y desaparecería. Había visto lo suficiente para saber que no te despedían ni te amonestaban, no en este negocio, y no trabajando para esta gente. Desaparecías. Estaba malditamente decidido a que sería él quien desapareciera sin ayuda de la Dirección. Sin embargo, cada uno se las arreglaba como podía, y Stephan se había buscado esto él solito.

Rohan se abrochó el cinturón de seguridad y puso el coche en marcha. Tenía frío, estaba empapado hasta los huesos, y la chica se había esfumado. Haría la llamada cuando llegaran a un motel y tiraría al chico bajo el autobús. Diablos, probablemente terminaría debajo con él, pero su historial era mucho mejor que el del chico. Probablemente salvaría su trasero de la trituradora. Con suerte, no lo emparejarían con alguien tan novato de nuevo. Necesitaba trabajar con alguien mucho más competente, que no se dejara engañar por un par de grandes ojos marrones y la promesa de portarse bien. El chico se lo había buscado, y Rohan sabía que no debía sentir lástima por él. En este negocio, o hacías el trabajo, o ya sabes.

Condujeron en silencio. La lluvia seguía golpeando el parabrisas, y él conducía lentamente, rodeando cada curva con cuidado, los neumáticos ocasionalmente resbalando sobre la gruesa capa de hojas en la carretera. Ella estaba aquí, en alguna parte. Quizás se había arrastrado hacia una de las casas escondidas en los acantilados y valles. El coche de Stephan estaba destrozado, pero eso también significaba que ella no había llegado a la autopista. Todavía estaba aquí. E incluso si significaba despertar a la jefa, también podría significar que él no se hundía en llamas con el chico. Podría ayudar a averiguar dónde había ido la chica. Tenía que ponerla al día... ahora.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Stephan, mientras Rohan sacaba su teléfono y presionaba unos botones en el flamante Samsung Galaxy que la Dirección le había entregado la semana pasada. No se molestó en responder. Era suficiente con conducir a través del vendaval y sostener el teléfono en su oreja. Ella contestó al tercer tono.

—Es tarde —dijo ella, con voz áspera—. Confío en que esto sea importante.

—Sí, señora. Hemos perdido el paquete que esperaba que abriéramos.

—Ya veo. —Pudo sentir un hilo de escarcha emanando a través de la conexión—. ¿Y quién es el responsable de esta... pérdida?

No le respondió inmediatamente, y ella suspiró. —¿Fue el novato?

—Sí, señora. —El Proyecto Tirar al Compañero Bajo el Autobús estaba oficialmente en marcha—. Pero el paquete definitivamente está en la zona. Solicito pies adicionales en el terreno para ayudar a localizarlo.

—Los tendrás en una hora. —Tenía el dedo suspendido sobre el botón de Finalizar Llamada cuando ella habló de nuevo—. Espero una explicación completa cuando esto termine.

—Sí, señora. —Presionó el botón y deslizó el teléfono en su bolsillo.

—¿Está cabreada? —preguntó Stephan—. ¿Qué pasa ahora?

Rohan giró el volante bruscamente hacia la izquierda para evitar una gran rama. —Lo que pasa ahora es que encontramos a la chica. Ahora cállate y vigila por si la ves. Nunca se sabe, podría haber vuelto hacia la carretera.

El chico exhaló un suspiro de alivio. Rohan mantuvo una expresión agradable en su rostro. El chico era un idiota. Diablos, era un hombre muerto que caminaba y hablaba. Pero estaba bien.

No era su trasero el que iba a arder. Él encontraría a la chica, le sacaría la información a base de tortura y la enterraría con los demás. Y seguiría haciendo el trabajo por el que le pagaban tan condenadamente bien, se mantendría fuera de problemas y correría como alma que lleva el diablo si la Dirección lo llamaba para una reunión cara a cara.

Rohan estaba en esto para sobrevivir.

No Puedo Dormir

No había llegado a ninguna parte con sus preguntas. Kaylee, o cualquiera que fuese su verdadero nombre, había demostrado ser bastante reticente. Y, en realidad, ¿podía culparla? Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido, estaba asustada.

En su lugar, le había ofrecido un pequeño brandy después de la comida y había cambiado de tema. En lugar de centrarse en ella, le había hablado sobre la casa después de ver cómo su mirada recorría las paredes, estudiándola con una intensidad que revelaba un interés por la arquitectura.

—Frank Lloyd Wright —dijo Jack, anticipándose a su siguiente pregunta.

—¿Perdón?

—Era un famoso arquitecto —explicó Jack.

—Sí, sé quién es —dijo Kaylee, con una pequeña sonrisa en los labios—. Y ciertamente puedo reconocer su trabajo. Esta casa tiene muchos elementos de la Casa de la Cascada, pero el piso de arriba es diferente.

Jack asintió, un poco avergonzado. No había querido menospreciarla, y por supuesto que sabría quién era Frank Lloyd Wright... ¿quién no lo sabía?

—Recuerda al estilo de John Henry Howe —añadió ella—. Estudié a Wright el verano pasado como parte de mi solicitud para Cornell. John Henry era su dibujante jefe y ocasionalmente hacía cambios como los del segundo piso. No estuvo exento de controversia, sin embargo, incluso si Wright solía permitir las modificaciones.

Jack parpadeó; esta chica sabía de arquitectura. —Eso es impresionante. Obviamente lo has estudiado porque este edificio fue diseñado casi exclusivamente por John Henry Howe. Era amigo de mi abuelo. Estudiaron juntos. La mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él, así que es más fácil atribuirle esta casa a Wright. —Ladeó la cabeza y la miró fijamente—. Cornell está muy lejos de California.

Ella se encogió de hombros. —Nunca llegué a ir. Mi padre vetó la idea. Mi hermano se salió del camino, se tomó un año sabático y se encontró a sí mismo, así que me tocó a mí continuar con el negocio familiar. —Apuró el brandy y miró al vacío—. Adiós a hacer lo que te gusta. —Pasó los dedos ligeramente sobre la piel en carne viva alrededor de sus muñecas—. En realidad, habría sido un desastre como arquitecta.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy obsesionada con la arquitectura victoriana —admitió, frunciendo los labios—. Nada más encaja. —Hizo un pequeño encogimiento de hombros—. Es decir, intenté estudiar otra arquitectura, de verdad que sí. Me centré en Wright como parte de mi solicitud, y dije todas las

cosas correctas, pero en el fondo de mi corazón, lo que realmente quiero es no hacer otra cosa que reproducir y vivir en casas victorianas ridículamente ornamentadas y exageradas. No hay ni mercado ni una forma asequible de hacerlo en esta época. —Extendió el vaso para que se lo rellenara—. Habría sido muy infeliz.

Jack le rellenó el vaso y asintió pensativo. Parecía tener los pies en la tierra, no era malhumorada ni voluble, no como las actrices y debutantes de Hollywood que encontraba todos los días. Era sorprendente para alguien tan joven como ella evidentemente era, pero podía entender por qué su padre la había elegido para continuar con el negocio familiar.

—Puedo entenderlo —dijo, inclinando la licorera y añadiendo un chorrito más de brandy a su propio vaso—. Mis padres realmente me presionaron para que obtuviera un doctorado en derecho, lo cual hice, y me ha sido útil a lo largo de los años, pero no podría hacerlo a tiempo completo. No soporto toda la inmoralidad, así que he encontrado otras formas de prosperar. Mi familia ya tenía una variedad de propiedades, y yo he iniciado una o dos por mi cuenta. No trae el todopoderoso dólar, pero lo disfruto.

Jack miró su reloj y se dio cuenta de que eran más de las cuatro. —Deberías dormir un poco, Kaylee. Mañana, bueno, más tarde hoy, estaré encantado de llevarte a donde quieras ir, y también eres más que bienvenida a quedarte aquí.

Se arriesgó y extendió la mano, tomando la de ella entre las suyas. Ahora estaba cálida, una marcada diferencia de la mano fría y húmeda que había agarrado por primera vez hacía apenas unas horas cuando buscaba el pulso. Podía ver las marcas de ligaduras enojadas y en carne viva donde había sido atada. —Estás a salvo aquí, Kaylee. Te lo prometo.

Ella se había puesto rígida en los primeros segundos en que él le tomó la mano. Respiró hondo y lo soltó, visiblemente tratando de relajarse. —No puedo dormir. Simplemente, no puedo.

Jack podía ver el agotamiento en sus ojos. Se diera cuenta o no, estaba a punto de desplomarse. Dormir era precisamente lo que necesitaba.

Su mano aún estaba entre las suyas y él frotó su pulgar cerca del borde de su piel en carne viva, evitando la piel magullada y desgarrada. —Lo entiendo, de verdad. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que tuviste un sueño decente de seis horas o más?

Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo, y se detuvo un momento antes de responder: —Ni siquiera puedo recordarlo. Tal vez —su frente se arrugó mientras se concentraba—, ¿qué día es hoy?

Jack miró el reloj. —¿Ahora? Es domingo.

—¿Domingo?! —Retiró su mano y se frotó los ojos—. Creo que dormí por última vez el viernes. En un avión.

Así que había volado hasta aquí desde algún otro lugar.

Jack silbó por lo bajo. —Podría darte algo para ayudarte a dormir.

Ella retiró la mano bruscamente. —Nada de drogas, nada que me incapacite. No. Estaré... estaré bien.

Él arqueó una ceja. —Iba a sugerir un té de manzanilla.

Kaylee se sonrojó, obviamente avergonzada. —Lo siento, no quise decir...

Jack volvió a tomar su mano. Sabía que probablemente debería darle espacio, pero algo se sentía correcto al sostener su pequeña mano de huesos finos entre las suyas. —Está bien, de verdad. Manzanilla y un cuento para dormir, ¿qué te parece?

Su expresión cambió de avergonzada a confundida. —Eh, ¿un cuento para dormir?

Él sonrió. —Bueno, en realidad, en este momento estoy leyendo poesía... Keats, para ser más

específico. Lo leo en voz alta, así que si prefieres el sofá de aquí, eres bienvenida, y podría prepararte una taza de té de manzanilla y leer a Keats. Voy por *Oda a un ruiseñor*, que es uno de sus poemas más reconocidos.

La chica parpadeó y él observó cómo una sonrisa iluminaba lentamente su rostro. —Eres una persona muy interesante, Jack Benton.

—Tomaré eso como un sí —dijo, soltando su mano con relucencia. El calor de su mano entre las suyas le daba una sensación de paz—. Dame solo un momento.

Momentos después, le había traído una manta suave y una almohada, y una taza de té de manzanilla. Lo había endulzado ligeramente con la miel que había comprado el fin de semana pasado en el mercado de agricultores a unas millas de distancia, y una cucharada de crema para enfriarlo.

—Espero que te guste con miel y crema —dijo mientras lo colocaba en la mesa de cristal y acero junto a ella, luego se sentó en otra silla cercana y abrió un libro desgastado.

Jack la observaba mientras ella sorbía el té de manzanilla y cerraba los ojos, con una expresión de satisfacción extendiéndose por su rostro. Su cabello castaño miel aún estaba húmedo en algunas partes. Sus ojos color avellana parecían enormes en su rostro pálido y expresivo. En ese momento, lo golpeó con fuerza una sensación abrumadora de que estaba en presencia de alguien muy especial, hermosa y amable. Cómo deseaba preguntarle qué había sucedido y quién la había lastimado. Quería extender sus brazos, abrazarla y mantenerla a salvo del mundo. Y mientras estos pensamientos corrían por su mente, ella abrió los ojos y se encontró con su mirada.

—¿Qué?

Él negó con la cabeza.

—Nada, no es nada —se concentró en la página frente a él y leyó las palabras lenta y deliberadamente.

*—Me duele el corazón, y un sopor entumecedor
Aflige mis sentidos, como si hubiera bebido cicuta,
O apurado algún narcótico insípido hasta las heces
Un minuto antes, y me hubiera hundido hacia el Leteo:
No es por envidia de tu feliz suerte,
Sino por ser demasiado feliz en tu felicidad,
Que tú, Dríada alada de los árboles,
En algún rincón melodioso
De verdes hayas y sombras innumerables,
Cantas al verano con plena libertad.*

Jack levantó la mirada. Kaylee había dejado la taza vacía en la bandeja y relajado su cuerpo contra el diván. Sus ojos se habían estado cerrando, y esbozó una pequeña sonrisa.

—Por favor, continúa. Lo estoy disfrutando.

Jack volvió a mirar la página y siguió leyendo.

*—¡Oh, por un trago de vino! que haya sido
Enfriado largo tiempo en la tierra profunda,
Con sabor a Flora y al verde del campo,
Danza, y canción provenzal, y alegría tostada por el sol.
¡Oh, por una copa llena del cálido Sur,
Llena del verdadero, del ruboroso Hipocrene,
Con burbujas perladas guiñando en el borde,*

*Y la boca teñida de púrpura;
Para que pueda beber, y dejar el mundo sin ser visto,
Y contigo desvanecerme en el bosque umbrío.*

Alzó la vista. Los ojos de Kaylee estaban cerrados, sus largas pestañas como un abanico oscuro contra su pálida piel. Su respiración era regular, profunda. Se veía tan frágil, tan pequeña y delicada, recostada allí con la ropa de Allie, la manta bien ajustada a su alrededor.

Jack sintió que su corazón se contraía. A primera vista, con esa ropa, solo podía pensar en Allie. Pero después de haber hablado con ella, de haberla observado durante estas pocas horas, podía ver cuán diferente era de su hermana. Fuera lo que fuese lo que hacía que su corazón diera volteretas así, se sentía diferente, embriagador.

—No dejes de leer —dijo Kaylee, sacándolo de su ensueño. Jack se sobresaltó sorprendido. Había pensado que estaba dormida, pero una pequeña sonrisa le indicó lo contrario. Volvió al poema frente a él. Perdiéndose en la lectura, se sumergió en las imágenes forjadas por palabras escritas hace más de doscientos años.

Lo leyó sin pausa, el resto de las palabras brotando de sus labios hasta el último verso...

Huyó esa música: —¿Estoy despierto o dormido?

Lo susurró, con los ojos fijos en la chica acurrucada en la ropa de su hermana muerta.

Esta vez Kaylee estaba realmente dormida, y Jack debatió si debía arriesgarse a despertarla levantándola y llevándola a su habitación. En su lugar, optó por hacerse un nido en el otro sofá a unos metros de distancia.

Rebote

Adrienne sentía como si se estuviera hundiendo en un suave y cálido cojín de confort. Podía oír la voz de Jack recitando el poema, y las palabras eran reconfortantes, regulares, puntuadas con inflexión. Descendió a las profundidades de la inconsciencia, adentrándose en los recuerdos de otra voz que le leía suavemente, una voz que sabía que nunca volvería a escuchar.

Rainier acababa de pasar la página, haciendo una pausa al hacerlo, y Adrienne, acurrucada en el sofá, con los ojos muy abiertos, temblando de anticipación mientras esperaba que Rainier continuara, cuando su padre entró. Para Rainier, cuya boca se torció en una mueca, la aparición de Gerard era una distracción inoportuna. Acababa de llegar a la parte más intensa de *La Orden del Fénix*, algo que había estado esperando leerle a su hermana, y ahora, aquí estaba su padre, de pie, esperando que lo dejaran todo. Frunció el ceño y dejó el libro mientras Adrienne se levantaba de un salto para abrazar a su padre.

Gerard le sonrió con indulgencia y asintió hacia el libro.

—Recuerdo a tu madre leyéndote toda la serie, Rainier. Me alegra ver que mantienes la tradición.

Adrienne observó cómo Rainier asentía rígidamente sin decir nada. Echaba terriblemente de menos a su madre, y la ausencia de Gerard se había sentido como un abandono, pero lo abrazó de todos modos, frunciendo el ceño ante la reacción de su hermano.

—Es bueno tenerte de vuelta, padre. ¡Te echamos de menos!

Gerard la abrazó a su vez, levantándola del suelo.

—Yo también os eché de menos, abejita. Y tengo una pequeña sorpresa.

—¿Delicias turcas? ¿Agua de rosas? —preguntó Adrienne, con los ojos brillantes. Gerard había estado en un viaje de negocios en Oriente Medio durante dos semanas. Normalmente traía algo único y brillante para mamá, y una golosina regional para Adrienne. Se balanceó un poco sobre sus talones, preguntándose si ahora podría recibir una pieza de joyería brillante.

—Bueno, sí, pero... yo, eh, conocí a alguien y, bueno, sé que ha sido difícil para todos nosotros desde que vuestra madre se fue —Gerard miró sus pies, y los arrastró torpemente antes de continuar—. Y Julianna nunca reemplazará a vuestra madre, pero, bueno...

Adrienne miró por encima de su hombro a Rainier, que ahora estaba fulminando con la mirada, primero a su padre y luego hacia la puerta principal. Allí estaba una mujer elegante. En varias zancadas largas de sus tacones de aguja, estaba al lado de Gerard, con una sonrisa excesivamente brillante plasmada en su rostro.

Echó un rápido vistazo al ceño fruncido de Rainier antes de centrarse en Adrienne. Extendió

la mano y tomó las pequeñas manos de Adrienne entre las suyas.

—Eres tan hermosa y dulce como Gerard te describió. Estoy encantada de conocerte.

—Estoy, eh —Adrienne se volvió para mirar a Rainier, que ahora temblaba, con los ojos llenos de lágrimas contenidas—. Estoy, eh, encantada de conocerte también —Miró a la hermosa mujer, a su padre y luego de nuevo a Rainier—. No... no entiendo.

—Es nuestra nueva madrastra —gruñó Rainier, con una única lágrima recorriendo su mejilla, su rostro contorsionándose en una mueca de desprecio—. Padre echaba tanto de menos a mamá que fue y se casó de nuevo —Su hermano escupió las palabras y Adrienne luchó por entenderlas. Rainier sonaba amargado.

—¡Rainier! —comenzó el padre, pero Rainier ya estaba de pie y corriendo fuera de la habitación. Y tras él, Adrienne lo siguió. Arrancó sus manos de las de Julianna y corrió tras Rainier, en parte por lealtad, en parte por miedo a esta extraña mujer en su casa. ¿Quién era? ¿Y por qué su padre se había casado con ella? La puerta de su hermano se cerró de golpe segundos antes de que ella llegara y Adrienne se detuvo, insegura de si volver o esconderse en su propia habitación. Decidió ir a su propia habitación, cerrando la puerta tras ella silenciosamente. Rainier nunca había actuado así, y Adrienne se sentía perdida. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía decir? Se sentó en su cama, tratando de entender cómo su padre podía haber superado a mamá tan rápidamente.

Oyó un crujido fuera de su puerta, luego un suave golpe, antes de que la puerta se abriera un poco.

—¿Adrienne? ¿Puedo entrar?

Adrienne no podía confiar en su voz, así que simplemente asintió y Julianna se deslizó dentro, cerrando la puerta tras ella. Era alta, más alta de lo que había sido mamá, y vestía un traje pantalón de seda color crema. Sus labios llevaban un brillante lápiz labial rojo y su piel era impecable, su cuerpo tonificado. Era hermosa y Adrienne sintió un destello de culpa por siquiera pensar eso. ¿Cómo podía su padre haberse casado tan pronto? ¿Acaso no había amado a mamá?

Julianna le sonrió.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Adrienne asintió y ella se sentó, a unos centímetros de distancia, y su mirada recorrió la habitación.

—Tienes una habitación preciosa, Adrienne. ¿La decoró tu madre para ti? He oído que tenía mucho talento para la decoración de interiores y la pintura, y por lo que he visto hasta ahora de la casa, y especialmente de tu habitación, puedo ver que tenía un gusto impecable.

Adrienne se encogió de hombros, insegura de cómo responder. Tenía algunos recuerdos de mamá redecorando su habitación cuando era más pequeña, quizás a los cinco años, y Sydney siempre le decía lo mucho que deseaba tener un columpio en la suya igual que el de Adrienne. El columpio de mimbre en forma de huevo estaba en un rincón, lleno de cojines y un gran perro de peluche. En los días posteriores a la muerte de mamá, había dormido en él cada noche, acurrucada contra el gran animal de peluche, el columpio meciéndose suavemente. Ahora lo miraba fijamente y se preguntaba qué se suponía que debía decirle a esta mujer que estaba aquí para reemplazar a su madre.

—Le dije a tu padre que deberíamos habernos dado a ambos alguna advertencia y haber ido más despacio con esto —dijo Julianna, retorciendo sus manos en su regazo—. Sé lo difícil que debe ser esto para ti.

Adrienne no dijo nada.

—Adrienne, lo siento mucho por esta sorpresa. Sé que no deseas nada más que tener a tu

madre de vuelta, y yo soy un pobre sustituto. Pero espero que me dejes intentarlo —Extendió una mano y tomó suavemente la mano de Adrienne entre las suyas. Adrienne se maravilló de las elegantes uñas de Julianna pintadas del mismo rojo sangre que sus labios. Una delicada pulsera de oro con un solo dije colgando rodeaba la muñeca de Julianna—. Creo que deberías llamarme Julianna, no madre, si te parece bien.

Le sonrió a Adrienne, y Adrienne hizo todo lo posible por devolverle la sonrisa y lograr un pequeño asentimiento.

Su padre debía de estar teniendo una conversación similar con Rainier, aunque por las voces alzadas, no estaba yendo tan bien. Hubo muchas voces alzadas en las semanas siguientes, y la relación entre Rainier y Julianna permaneció tensa. Adrienne, quizás por ser más joven, encontró que Julianna era amable y paciente. Actuaba más como una hermana mayor, y se unieron a través de una miríada de delicias caseras que eran tan deliciosas y abundantes que Adrienne podía compartirlas con sus amigos. Así como Adrienne y su madre solían ir a casa de Muriel o al parque a alimentar a los cuervos, ahora Adrienne pasaba una o dos tardes a la semana horneando scones o preparando deliciosos beignets que se deshacían en la boca, rellenos de cremas y mermeladas. Rainier se quedaba en su habitación o pasaba cada vez más tiempo con sus amigos en sus casas, evitando interactuar con Julianna a toda costa.

Su padre estaba más ocupado que nunca. Con su matrimonio había llegado una afluencia de nuevos negocios y Gerard estaba ocupado con ello, regresando a casa tarde por la noche, mucho después de que Adrienne estuviera en la cama. Una noche, las voces alzadas despertaron a Adrienne, y ella dejó su nido en el columpio para ir a beber agua. El vaso de su baño había desaparecido. Tendría que bajar. Cuando Adrienne abrió la puerta, de repente se dio cuenta de la ira en la voz de su padre. Rainier estaba sentado en lo alto de las escaleras escuchando, y levantó su dedo a los labios en señal de advertencia. Adrienne se sentó a su lado, curiosa y sin querer bajar cuando su padre sonaba tan enojado.

—¿Quién es esta Corporación Oladni, Jules? —Su padre sonaba molesto, enojado.

Los hermanos apenas podían distinguir la respuesta más silenciosa de Julianna.

—Gerard, mi hermano ha hecho negocios con ellos durante años.

—¿En serio? Porque no puedo encontrar nada más antiguo que dos años atrás sobre ellos y, francamente, Tom está preocupado por lo que hay en los contenedores que estamos enviando.

—Cariño, ¡deja de ser tan paranoico! Cambiaron de nombre hace unos años. Te lo dije.

—Cenac Shipping siempre ha mantenido una alta reputación, Jules, y de todos los que han subido y caído, hemos demostrado ser fiables en el transporte de mercancías legales en todo momento.

—¡Por supuesto que sí, Gerard! Y siempre será así. La Corporación Oladni también valora la privacidad, debido a la carga que envía alrededor del mundo para su clientela. ¡No hay nada de qué preocuparse, cariño. Te lo prometo!

Sus palabras eran tranquilizadoras, pero la voz de su padre seguía alzada.

—No me importa a quién moleste, Jules, el próximo envío pasará por la Aduana y será minuciosamente examinado, como cualquier otro envío a bordo de los barcos de carga de Cenac. ¿Está claro? —Adrienne se estremeció ligeramente al oír el acero en su voz.

—Por supuesto. Ahora, por favor, tomemos una copa y dejemos de preocuparnos por cosas que no son un problema. Llamaré a mi hermano y le pediré que aclare las cosas con Oladni para que esto no vuelva a suceder.

Sus voces se desvanecieron mientras se movían hacia el estudio, y una pesada puerta se cerró tras ellos.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Adrienne, bostezando.

—Algo que se envió no pasó por la Aduana —respondió Rainier, frunciendo el ceño.

—¿Eso es malo?

—Bueno, normalmente si de alguna manera logran que la carga no pase por la Aduana, podría ser porque hay algo ilegal dentro que no quieren que nadie vea. —Su hermano parecía preocupado—. Pero padre nunca permitiría que eso sucediera. Dice que Cenac Shipping es la mejor porque rechazamos negocios sucios y nos centramos en lo bueno.

Adrienne bostezó de nuevo y se volvió hacia su habitación. Simplemente bebería del grifo. Ya no quería bajar después de todo eso.

—Ella es mala noticia, Adrienne, y no es alguien en quien deberías confiar —dijo Rainier en voz baja.

Ella se dio la vuelta para decir algo y de alguna manera defender a Julianna. Pero su hermano ya había desaparecido en su habitación y cerrado la puerta. Adrienne regresó a su habitación. El sueño la eludía. Daba vueltas en la cama, las palabras de Rainier resonando en su cabeza. Julianna era amable con ella. Había pasado tiempo con Adrienne, le había enseñado a hacer deliciosos postres, le había pintado las uñas y no estaba tratando de ocupar el lugar de mamá, ni forzaba a Adrienne a llamarla madre. Pero algo indefinible la molestaba, manteniéndola despierta hasta que finalmente, exhausta, Adrienne sucumbió al sueño.

Se habría quedado dormida a la mañana siguiente si no hubiera sido por Julianna despertándola. Tal como estaba, apenas podía mantener los ojos abiertos en Historia, una de sus materias favoritas. Más tarde, en Educación Física, se quedó atrás de los demás, su cuerpo lento, su cerebro aletargado. El profesor tuvo que llamarla dos veces antes de que ella levantara la mirada, parpadeando sorprendida al ver a Julianna de pie en la puerta del gimnasio, con los ojos rojos e hinchados. La Sra. Walker, la subdirectora, estaba a su lado.

El Sr. Jenkins puso una mano en su hombro.

—Adrienne, tu ma... eh, um, tu madrastra está aquí para recogerte. Ha habido un accidente.

El cerebro de Adrienne daba vueltas mientras miraba boquiabierta primero a su profesor de gimnasia y luego a Julianna, que ahora avanzaba por el suelo del gimnasio. Llegó hasta Adrienne, tomó su mano y se inclinó para abrazarla. No era como si Julianna no la hubiera abrazado antes. Lo hacía a menudo, en realidad. Y a Adrienne le había gustado, incluso se había sentido reconfortada por ello.

Este abrazo era diferente. Julianna estaba temblando.

—Cariño, tenemos que ir al hospital. Tu padre y Rainier, bueno, ha habido un accidente.

—¿Un... accidente? —Adrienne apenas podía hacer que las palabras pasaran por sus labios. La última vez que había estado en el hospital, mamá había muerto. No se resistió cuando Julianna la soltó del abrazo y la arrastró tras ella. Podía sentir los ojos de sus compañeros de clase sobre ella, silenciosa mientras era sacada del gimnasio resonante, llevada al coche y luego al hospital.

Julianna llenó el viaje con un monólogo nervioso. Habían programado a Rainier para un examen, una visita de seguimiento después de haberse lesionado un ligamento hace un mes durante la práctica de fútbol.

—Y, bueno, yo lo habría llevado, pero ya sabes cómo es tu hermano, así que Gerard lo llevó y la policía dijo que el coche simplemente se salió de la carretera por un terraplén. Y estoy segura de que estarán bien, Adrienne, estoy segura de que lo estarán, pero dijeron algo sobre que Gerard necesitaba cirugía y yo... —Sus uñas perfectamente manicuradas se aferraron al volante y lo giraron bruscamente a la derecha, subiendo ligeramente a la acera mientras se detenía con un

chirrido en el estacionamiento y soltaba un gran suspiro—. Simplemente pensé que deberías estar aquí conmigo.

—Gracias —Adrienne forzó las palabras a salir de su boca. Su estómago se revolvía. Su agotamiento se evaporó, reemplazado por un doloroso dolor de miedo que le subía por la nuca.

Se le había cerrado la garganta mientras corrían por las puertas del hospital hacia la gran entrada principal. El olor no era desagradable, solo un ligero aroma a antiséptico, pero suficiente para recordarle cuando regresó a la sala de espera con Rainier. Aún podía ver la alta figura de su padre inclinándose de desesperación ante la noticia de que la cirugía rutinaria de su esposa se había convertido en tragedia.

Horas después, el sol se había puesto afuera, los rosados, rojos y dorados cedieron paso a la oscuridad de la noche, interrumpida solo por el resplandor de la ciudad y las luces del estacionamiento. Adrienne estaba sentada en el duro asiento de plástico de la sala de espera, con el estómago rugiendo de hambre, pero el muffin que Julianna había comprado en la tienda de regalos permanecía intacto a su lado. Miraba fijamente hacia la oscuridad. A su lado, Julianna se había acurrucado en posición reclinada y su respiración era regular, profunda y pausada.

—¿Señora Cenac? —Un médico con uniforme azul estaba cerca de la entrada de la sala, sus ojos recorriendo el lugar. Los demás en la sala de espera se habían movido cuando él apareció, pero bajaron la cabeza al escuchar el nombre desconocido. No era su ser querido sobre quien venía a informar. Julianna respondió a la mano de Adrienne que la sacudía para despertarla, y el médico se acercó.

—Señora Cenac, soy el doctor Watanabe. Acabo de terminar la cirugía del señor Cenac y del joven Rainier.

Julianna se puso de pie, alisando las arrugas de su ropa. —¿Cómo están, doctor?

El Dr. Watanabe asintió y sonrió. Fue algo breve. Apareció y luego desapareció de nuevo. — Su hijo Rainier se recuperará por completo. Su pierna tenía múltiples fracturas que requieren inmovilización. Serán unos meses de curación, seguidos de fisioterapia. Su esposo, sin embargo, sufrió extensas lesiones en la columna vertebral, señora Cenac. Yo y el Dr. Batanides, que se especializa en lesiones de la médula espinal, hicimos todo lo que pudimos, pero el daño es extenso y, desafortunadamente, parece ser permanente.

—¿Lesiones en la columna? —respondió Julianna, cubriéndose la boca con los dedos.

—Sí, lamento mucho informarle que el señor Cenac ha sufrido una parálisis permanente. Parece que se seccionó la médula espinal al mismo tiempo que aplastó la vértebra T4 en el accidente. Si el señor Cenac hubiera llevado puesto el cinturón de seguridad, como el joven Rainier, probablemente habría estado bien. —El médico hizo una mueca por su propia elección de palabras—. Es decir, no habría sufrido lesiones tan permanentes.

Julianna se secó las lágrimas, pidió ver tanto a Rainier como a Gerard, y luego se volvió para coger su abrigo y su bolso.

El médico se alejó, luego se detuvo en la puerta y se volvió hacia ellas. —Señora Cenac, sé que esto es difícil, pero su esposo y su hijastro están vivos. Y después de una caída de ciento cincuenta metros por el terraplén, eso es todo un milagro.

—En efecto, lo es, doctor Watanabe. En efecto, lo es. Estoy tan feliz de que ambos conserven sus vidas. —Mientras se colgaba el bolso al hombro, Adrienne vislumbró una expresión en el rostro de su madrastra que parecía cualquier cosa menos feliz. Estuvo allí y desapareció en meros segundos, reemplazada por una mirada de esperanza agradecida que hizo que Adrienne dudara instantáneamente de lo que acababa de ver. Después de todo, Julianna era amable con ella. Incluso era amable con Rainier, que era grosero y distante. Todos tenían suerte

de tenerla.

Solo está preocupada por padre y Rainier.

Julianna salió a grandes zancadas de la sala de espera, y Adrienne se apresuró tras ella.

Noche Difícil

Jack yacía en el sofá escuchando la respiración lenta y rítmica de Kaylee. Sería un tonto si no admitiera que le gustaba; más que eso, se sentía atraído hacia ella, una atracción que no tenía nada que ver con protegerla y que crecía lentamente.

Ella no era como las mujeres con las que salía. Donde ellas eran duras, Kaylee era vulnerable. Donde ellas eran astutas, Kaylee le parecía inteligente y problemática, pero decidida. Rápidamente había descartado cualquier sospecha de que estuviera involucrada en drogas o en algo realmente ilegal. A pesar de parecer que estaba bajo la influencia de algo cuando despertó por primera vez en su coche, estaba igual de seguro de que ella era la víctima inocente.

Sus labios estaban ligeramente entreabiertos, y podía ver sus ojos moviéndose en los rápidos vaivenes del sueño REM. Sus pestañas, espesas y oscuras, se extendían sobre las sombras oscuras bajo sus ojos. Se preguntó qué estaría soñando mientras su rostro se crispaba y se acurrucaba más bajo la manta.

La piel de su mejilla izquierda estaba raspada. ¿Se había caído? ¿La habían maltratado? La ira creció en él al pensar en quienquiera que la hubiera lastimado.

Cada parte de él quería darles caza y asegurarse de que nunca tuvieran la oportunidad de lastimarla de nuevo. Y su último pensamiento mientras caía en el sueño, y en el sueño, fue cómo se sentiría deslizar sus labios por su mandíbula y capturar sus labios con los suyos.

El sueño, más bien un recuerdo, era el mismo. Nunca variaba. A pesar de saber exactamente cómo terminaría, Jack no podía despertar de él, ni escapar. Tenía que dejarlo desarrollarse, tal como lo había hecho durante los últimos diez años, cada paso en falso un recordatorio de que sus elecciones y errores lo habían llevado a la vida que tenía ahora.

Comenzaba, como siempre, con el día antes de que todo se desmoronara...

Jack besó a su madre en la mejilla.

—Me voy ahora.

—Cariño, por favor ten cuidado. E intenta no quedarte fuera hasta muy tarde —dijo ella, abrazándolo—. Tu padre quiere salir temprano.

Jack puso los ojos en blanco.

—Lo sé, lo sé. Aunque en realidad, mamá, no me gusta mucho esquiar.

—¡Pero si te encanta! No nos hemos perdido nuestro viaje anual a Tahoe desde que te dio estreptococo a los seis años. Es una tradición familiar.

Jack se rio.

—Me encantaba el snowboard hasta que me estrellé contra el árbol y me rompí la clavícula.

Ahora prefiero beber en el chalé, buscar algunas lindas chicas de la nieve y jugar al billar. Pero no te preocupes, estaré en casa a las dos, quizás a las tres como muy tarde. Puedo dormir en el avión.

Renaé Benton sonrió a su hijo.

—No olvides que le prometiste a tu hermana que pasarías algo de tiempo haciendo snowboard con ella. Me quedará más tranquila saber que estás con ella en las pistas.

—Mierda. Sí, de acuerdo. Una promesa es una promesa. ¡Me tengo que ir!

Se deslizó por la puerta principal y casi había llegado al coche cuando la voz de William Benton flotó sobre el patio.

—¿Adónde vas?

Jack se volvió para ver a su padre cerrar la puerta de la oficina y dirigirse hacia él.

—Solo voy a jugar unas partidas de billar con algunos amigos, papá. Volveré pronto.

El mayor de los Benton frunció el ceño.

—No estarás planeando beber toda la noche, ¿verdad? Y son tus amigos, no Jerry, ¿cierto?

Jerry Banks, a quien conocía desde la secundaria, era dos años mayor y servía como su piloto. William lo había contratado poco después de que abrieran una sucursal de la firma de inversiones en la Costa Este y otra en Canadá. La mayoría de las semanas, el mayor de los Benton viajaba de un destino a otro y no estaba aquí para juzgar el entusiasmo de Jack por las fiestas. Hoy, sin embargo, era diferente.

—Nah, solo me voy a encontrar con un par de amigos, nada loco.

Su tranquilización no hizo nada para cambiar la expresión sombría en el rostro de William.

—Mahoney me llamó esta tarde. Estás reprobando una de tus clases.

Jack mantuvo su rostro en calma con dificultad. Si no fuera suficientemente malo que papá insistiera en que siguiera una carrera de derecho, William Benton también se había asegurado de que fuera una universidad que él eligiera, no la primera elección de Jack, UC Santa Cruz. Se había burlado de la sugerencia de Jack, llamándola un lugar donde ibas a obtener un doctorado en fiestas. No estaba equivocado, pero había dolido. En cambio, él había empujado a Jack hacia Stanford, donde su amigo era decano. Considerando el enfoque despreocupado de Jack hacia sus estudios en la secundaria, tuvo suerte de entrar allí. Ciertamente no se lo había ganado, pero el dinero y las conexiones hacían toda la diferencia en el mundo. Sin embargo, no podían convertirlo mágicamente en un estudiante de diez.

—He traído mis libros; lo arreglaré en poco tiempo.

La mirada en el rostro de su padre traicionaba su falta de confianza en la respuesta suave de Jack.

—Volveré pronto, en un par de horas, y me aseguraré de llevar a Allie a las pistas y vigilarla.

Mamá era protectora, pero ¿papá? Él escribió el libro sobre la sobreprotección cuando se trataba de su única hija.

—Asegúrate de hacerlo.

William se apartó de él y, con ello, despidió a Jack sin otra palabra.

Horas más tarde, arrastrándose a casa en el coche a la velocidad más baja posible para que su cerebro empapado de alcohol mantuviera el brillante coche deportivo rojo en la carretera, Jack podía sentir el dolor de cabeza de la resaca serpenteando en él. ¿Cuántos tragos se había tomado? ¿Cuántos se había tomado Banks? Había perdido la cuenta entre los tragos, bailando con gemelas pelirrojas. Eran idénticas y con ojos verdes penetrantes, por Dios. Una pelea en el bar entre dos hombres bajos y morenos había interrumpido el baile y había perdido de vista a las chicas y a Jerry Banks y se dio cuenta de que eran las tres de la mañana. Había pasado una

hora, posiblemente más, serpenteando entre vecindarios, evitando controles de sobriedad y perdiéndose. Ahora, mientras se quitaba los zapatos y entraba en la casa, el negro oscuro de la noche se estaba volviendo gris.

¡Cristo, me está matando la cabeza!

La casa pronto despertaría. Sus padres eran madrugadores, al igual que su hermana. Jack era la oveja negra. Si tuviera la oportunidad, dormiría todo el día y se levantaría al ponerse el sol. Esto había hecho que sus clases matutinas fueran especialmente difíciles, de ahí la calificación reprobatoria.

—Papá está cabreado —la voz de Allison en la oscuridad casi hizo que se le saliera el corazón—. Acabo de oírlo hablar con mamá.

—¡Joder, qué susto me has dado! —Jack apenas podía distinguir su silueta, estirada en el sofá—. Espera. ¿Ya está despierto?

—Eh, sí —dijo Allison, con ese tono despectivo que había cultivado durante el último año al entrar en la adolescencia—. Son más de las cinco.

—No, el reloj del coche marcaba las cuatro —entonces se dio una palmada en la frente—. El cambio de hora. Mierda, sigo olvidándome de arreglarlo.

Allison se rio.

—Faltan dos semanas para que atrasemos los relojes. Mejor déjalo como está.

—Sí, sí —Jack se dirigió hacia la puerta que daba a su habitación en el sótano. Ya no habría tiempo para dormir. Además, no había hecho la maleta. ¿Quién hubiera pensado que la primera nevada de la temporada llegaría tan pronto? Normalmente no era hasta las vacaciones de Navidad, o más tarde, cuando volaban para su viaje anual a Tahoe. Sin embargo, este año la nieve se había adelantado. Las decoraciones de Halloween aún estaban puestas, pero habrían desaparecido cuando regresaran. Un grupo de sirvientes las guardarían en el almacén, luego colocarían los colores otoñales durante un mes antes de pasar a la Navidad.

Media docena de empleados dirigían la finca de los Benton con precisión y una eficiencia silenciosa.

Una hora después, Jack se deslizó en el asiento trasero junto a Allie y deseó haber tomado una segunda aspirina. Su cabeza era una agonía, con el latido del corazón como fuego pulsante en su frente. Estaba cansado, con resaca, y ya había recibido una bronca del señor Benton. Mamá no dijo nada, pero eso era típico. Dejaba que su marido se encargara de las conversaciones incómodas, y eso la dejaba a ella para las actividades más amables y los recordatorios sutiles. Nunca la había visto perder la compostura, excepto quizás por Malcolm. Sus labios se tensaron al pensar en su hermano pequeño atrapado en alguna maldita institución. Solo porque era diferente, solo porque no cumplía con las expectativas de su padre sobre lo que era aceptable o no.

Se habían detenido sin que él lo notara, y su padre ya estaba fuera del coche gruñendo a cualquiera que se le acercara. La madre de Jack se inclinó y le puso varias pastillas en la mano, diciendo:

—Cariño, tómate otra de estas; te sentirás mejor. Vitamina C, multivitamínico y otra aspirina. Estarás como nuevo en un abrir y cerrar de ojos.

Caía una llovizna gris y la temperatura estaba bajando en picado. Jerry alcanzó la bolsa de Jack y se estremeció, luego sonrió.

—¿Dónde demonios te metiste? Las gemelas llevaron la fiesta a su casa. Te buscamos, ¿sabes? Izzie estaba loca por ti, pero Lizzie era más mi tipo —se detuvo, frunciendo el ceño—. ¿O era Izzie la que estaba loca por mí? Bueno, qué demonios, tengo su número para la próxima

vez que quieras salir de juerga.

Jack le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—Vas a tener que darme los detalles más tarde, tío. ¡Joder! ¡Siento haberme perdido eso!

Más tarde, mucho más tarde, recordaría su conversación. Y durante años después, intentaría en vano recordar cuántos chupitos le había comprado a Jerry, y cuál de ellos había sido el que lo había llevado demasiado lejos. Quizás todos. Quizás ninguno, si Jerry había seguido bebiendo con las gemelas, Izzie y Lizzie, en las horas siguientes. No importaba, la culpa seguía siendo pesada, constante. Se manifestaba en los gritos de su madre y su hermana, mientras el avión, cubierto de hielo y pilotado por un hombre privado de sueño y con resaca, se precipitaba hacia el profundo lago. La misma culpa se hundió tan profundamente en su psique como Jerry, sus padres y el avión cuando se hundieron en las aguas heladas. Estaba cargada profundamente en las preguntas de los investigadores después.

La culpa se enquistó mientras se sentaba junto a Allison en la UCI esperando que su hermana pequeña despertara. Se veía tan pequeña, tan vulnerable allí en la cama. Allison no parecía tener quince años en esos momentos. Parecía como cuando tenía diez. El maquillaje hacía mucho que se había lavado de su rostro, que estaba magullado y amoratado por el impacto con el agua. Ella había estado más cerca de él, con su ventana ya rota por el impacto. Había hecho todo lo posible para desabrochar su cinturón de seguridad y el suyo, para sacarla por la ventana y patear, patear, patear su camino a través del agua helada hacia el oxígeno que daba vida arriba.

La culpa había explotado dentro de él semanas después mientras veía cómo se desmoronaba su rostro al recibir la noticia de que había perdido a sus queridos padres.

El consejero era obligatorio, y la División de Menores era inflexible.

—Si deseas llevar a tu hermana a casa y tener su custodia, necesitamos saber que estás en condiciones de cuidarla.

Por una vez, el dinero de su familia no tenía ninguna influencia. No frente a una máquina burocrática entrometida.

Se había sometido a sus exigencias. Se sentó en un despacho excesivamente sencillo frente a un hombre que ganaba en un año entero lo que las inversiones de la familia de Jack generaban en un día. El psicólogo del hospital era de mediana edad, calvo, y su barata chaqueta de tweed estaba deshilachada.

—Veo aquí que has rechazado los analgésicos para tu húmero fracturado —el psicólogo levantó la vista de sus notas—. Mi suegro tuvo una fractura de húmero. Era extremadamente dolorosa.

Jack no dijo nada, solo se encogió de hombros con el brazo ileso. El dolor de su brazo latía a través de la espesa niebla de su dolor. Le costaba pensar a través del dolor, pero de alguna manera era más fácil sentir el dolor que estar entumecido. No merecía el regalo anestésico de los analgésicos. Esto era culpa suya, su falta, su culpa, su error.

Jack y el psicólogo se quedaron en silencio por un momento, luego otro, mirándose el uno al otro.

—Esto irá mejor, más rápido, si pudieras decirme qué estás pensando. Cómo te sientes ahora mismo, sentado aquí en mi despacho.

Jack suspiró, el aire saliendo de él, un gran éxodo de desesperación.

—¿Cómo me siento? Les he fallado. A mis padres, a Allie. Joder, incluso a Malcolm.

—Este es tu... —el psicólogo consultó sus notas— ...hermano menor, ¿es correcto?

—Es autista no verbal. Mi padre lo internó en una institución hace dos años, cuando tenía

diez. No lo he visto desde entonces.

—¿Te gustaría verlo? —preguntó el hombre, con el bolígrafo listo—. ¿Cómo te hizo sentir verlo llevado lejos?

Las preguntas continuaban, aparentemente interminables. Lo único que Jack quería era volver al lado de Allison, donde había permanecido, día tras día, mientras ella se recuperaba lentamente. Además de una grave lesión en la cabeza, había sufrido dos costillas rotas y un bazo contusionado. Los médicos también le habían diagnosticado una arritmia cardíaca, algo de lo que ninguno de los dos había oído hablar antes, y Jack odiaba apartarse de su lado, incluso por una hora.

Después de dos reuniones llenas de preguntas invasivas, el hombre finalmente había cedido y escrito una carta de recomendación a la División de Menores para que dejaran a Allison bajo el cuidado de Jack.

El mes siguiente pasó rápidamente. El decano Mahoney se había puesto en contacto con Jack y le había ofrecido acceso a un curso en línea acelerado en lugar de clases presenciales. Jack, repentinamente haciendo malabares entre cuidar de Allison y ahora de Malcolm, se maravilló de su recién descubierta concentración y completó el curso antes de tiempo, a pesar del horario de estudio más intenso.

—Ya no estás de fiesta todo el tiempo —dijo Allie, con el rostro casi curado y los últimos moretones ocultos bajo una cuidadosa aplicación de maquillaje—. Si cuentas las horas que pasabas haciendo eso, y especialmente el tiempo que tardabas en recuperarte, puedes ver la gran diferencia que supone. —No se equivocaba. Tal como estaban las cosas, iba camino de presentarse al examen de la abogacía en seis meses más a este ritmo. No era el trabajo de sus sueños, pero podía ver que era algo que lo haría avanzar en la construcción de su propio legado en la fortuna del clan Benton.

La trabajadora social seguía viniendo mensualmente, pero Jack podía ver un cambio de actitud en la mujer. Cualquiera día firmaría la aprobación de Jack, y la División de Menores se retiraría y dejaría en paz a la familia Benton. Allie había recuperado parte de su exuberante personalidad una vez que sus costillas sanaron, y tener a Mal de vuelta había sido un cambio enorme, pero bienvenido. Nadine Roberts le había pedido a Jack que considerara darle a su hija Azure un puesto en la oficina ahora que se había graduado, y él la contrató de inmediato. Conocía a Az desde que ambos eran pequeños, y era prácticamente de la familia. Cuando vio a Malcolm luchando en esos primeros días, había sido su sugerencia darle al chico algunas palabras magnéticas y ver qué pasaba. Los resultados fueron instantáneos. Jack no podía evitar preguntarse cuánto tiempo había estado su hermano esperando para hablar, para comunicarse. Ahora ciertamente lo tenía. La simple caja de palabras magnéticas se había expandido rápidamente a una carpeta. Y sus vidas, estos tres hermanos juntos en la casa que su abuelo había construido, con los miles de millones en riqueza de tres generaciones de astutos negocios, lentamente encontraron un patrón y un ritmo. Había sido un buen momento, a pesar de la terrible pérdida; si tan solo hubieran permanecido juntos.

Jack se movió, el sueño terminando, la consciencia volviendo lentamente. Estaba en el sofá, y la forma de Kaylee, ahora de espaldas a él, era visible en la tenue luz de la mañana. Los recuerdos de su comportamiento, del accidente aéreo y de los crueles giros que la vida aún tenía que darle, lo atormentaban. Se preguntaba si siempre lo harían, si siquiera tenía derecho a desear algo más, o mejor, de su vida.

Debería Irme

Kaylee se movió, un pie se deslizó fuera del calor de la manta. Sus ojos se abrieron de golpe, su cuerpo reaccionando en un momento de pánico y desorientación. —¡Lluvia!

Cualquier sueño que hubiera estado teniendo pareció dispersarse en fragmentos. Se sentó, con cuidado, e hizo una mueca de dolor, sin duda por la miríada de rasguños y moretones que cubrían su cuerpo.

Jack, estirado en el sofá a solo unos metros de ella, también se sentó. —Buenos días. ¿Cómo te sientes?

Ella lo miró boquiabierta.

—Yo, eh. —Hizo una pausa, tomó un respiro profundo—. Estoy bien. Um, mejor. Mal sueño. —Sus ojos se desviaron hacia su pecho desnudo, se detuvieron allí por un momento y luego apartó la mirada.

Jack se movió lentamente, primero estirándose, luego poniéndose la camiseta descartada que había dejado en el sofá. Kaylee le recordaba a un pájaro asustado, uno que esperaba que no saliera volando. Se veía nerviosa, como si supiera o al menos sospechara que él había estado observándola dormir. Jack esperaba no haberla asustado demasiado. Se había visto tan pacífica acostada allí, con los labios entreabiertos, su respiración lenta y regular.

Afuera ya era de día, y por el ángulo del sol, se acercaba rápidamente al mediodía. A Jack le sorprendió haber permanecido en el sofá tanto tiempo, observándola dormir, pero había sido hipnotizante. Tenía tantas preguntas, y quizás hoy ella hablaría y compartiría su historia. Quería saber por qué estaba tan asustada, quién la había lastimado y por qué no quería hablar con las autoridades.

Kaylee intentó ponerse de pie y siseó de dolor. Su tobillo izquierdo, que había estado hinchado y amoratado unas horas antes, estaba moteado de oscuros moretones y se había hinchado significativamente. No parecía roto, pero era posible que fuera un esguince.

—Aquí —dijo Jack, pasando un brazo alrededor de ella—, déjame ayudarte.

—Estoy bien, de verdad... —Volvió a sisear cuando intentó apoyar su peso en el pie izquierdo.

—Déjame ayudarte, Kaylee.

Ella sonrió entonces y asintió agradecida mientras él la ayudaba a llegar a una silla en la barra del desayuno. Se oyó un pequeño clic desde la pared lejana y Kaylee jadeó mientras miraba por encima del hombro de Jack, su cuerpo tensándose.

El hermano de Jack, Malcolm, estaba allí, su cabello largo y lacio cubriéndole los ojos.

Jack sonrió. —Lo siento, no mencioné a mi hermano Malcolm.

Malcolm estaba allí de pie, sin decir nada. Tenía una carpeta gruesa bajo el brazo.

—Buenos días, Mal, ¿tienes hambre?

Malcolm asintió ligeramente, luego movió la carpeta para mostrar el frente. Tenía una palabra escrita. El joven la señaló, pero no dijo nada.

AGUACATE

—Tortilla de aguacate y queso será.

Kaylee lo miró fijamente e inclinó la cabeza confundida.

Jack se encogió de hombros. —Mal se comunica usando letras y palabras magnéticas. —Lo dijo de manera natural, como si estuviera acostumbrado a explicárselo a otros—. Los aguacates son una de sus comidas favoritas. Normalmente le hago una tortilla de queso y aguacate para el desayuno. ¿Te gustaría una?

Ella asintió, con los ojos fijos en Malcolm y llenos de preguntas.

—¿De dónde salió? ¿Fue como si apareciera de la nada!

Jack se rio suavemente y señaló una larga extensión de pared revestida de madera. —Presiona suavemente el tercer panel desde la izquierda.

Se dio la vuelta y abrió el refrigerador mientras ella cojeaba lentamente hacia la pared.

Los paneles de madera eran una rica mezcla de dorado y marrón, y se podía ver la artesanía en cada una de las piezas incrustadas. La pared era una obra de arte. Solo cuando estuvo a un pie de distancia se inclinó hacia adelante, viendo la grieta casi imperceptible en el lado derecho del tercer panel. Jack la observó mientras lo presionaba. La pared se abrió en silencio. Dentro había un pequeño rellano, una enorme extensión de pared cubierta de hermosas pinturas y un conjunto de escaleras circulares que conducían al sótano.

—A mis padres les encantaban las puertas y pasajes secretos. Cada casa que poseemos los tiene, ya sea porque ellos los mandaron a instalar o porque yo mantengo la tradición. Mal vive abajo en el sótano en uno de los dormitorios.

—Vaya —dijo Kaylee, cerrando suavemente la puerta. La pared retomó su forma apropiada con solo un susurro de clic—. Eso es asombroso.

Malcolm se había deslizado en uno de los asientos altos de la barra del desayuno, con su carpeta abierta. Kaylee cojeó de vuelta y luego se deslizó en su propio asiento, dejando una silla entre ellos para Jack. Podía ver lo que parecían ser cientos de palabras, todas negras sobre fondo blanco, organizadas ordenadamente en hojas magnéticas.

Malcolm volteó las hojas, devolviendo AGUACATE a su lugar. Lo acomodó precisamente en su caja negra, alineándolo cuidadosamente hasta que estuviera derecho, luego volvió a la parte trasera de la carpeta por otra palabra. Kaylee observaba fascinada. Al poco tiempo, el chico empujó la carpeta hacia Jack. Había dos palabras en el frente...

QUIÉN ELLA

Jack lo leyó y dijo: —Es una amiga, Mal, alguien que necesita nuestra ayuda.

Malcolm inclinó la cabeza y asintió rápidamente. Sus manos movieron palabras y deslizó la carpeta de vuelta a Jack.

NO PERRA

Kaylee miró a Jack, frunciendo el ceño con preocupación.

Jack hizo una mueca. —No Mal, no lo es. —Se volvió hacia Kaylee—. Lo siento. Yo tuve... bueno, hubo esta mujer y ella... —Hizo una pausa, ordenó sus pensamientos y dijo—: Estuve con alguien y no funcionó. Ella no se sentía cómoda con Mal, y él no se sentía cómodo con ella.

Mal no dijo nada, solo golpeó las palabras con su dedo dos veces e inclinó la cabeza para poder darles una mirada de reojo a cada uno. Jack observó los ojos de su hermano deslizarse rápidamente sobre ella. Estaba curioso acerca de ella, y eso era una buena señal. Mal rara vez le agradaban lo suficiente los visitantes como para preguntar por ellos.

—¿Tienes otros hermanos? —preguntó Kaylee, mirando fijamente a Malcolm.

La sonrisa de Jack desapareció. —Los tenía, pero ahora solo somos Mal y yo. —Se dio la vuelta y se concentró en las tortillas.

Podía oír a Mal revolver su carpeta de palabras magnéticas, volteando página tras página. Con una pequeña mirada de reojo a Kaylee, Mal cubrió con su mano, bloqueando su vista mientras la deslizaba hacia adelante.

Jack se dio la vuelta, con un omelet perfecto en el plato y una hilera de aguacate pulcramente cortado a un lado, y colocó el plato junto a la mano ahuecada de Mal. Sus ojos leyeron las palabras, lanzó una mirada de disculpa en dirección a Kaylee y luego apartó la pizarra.

—Basta de preguntas, Mal. Y sabes que es de mala educación no mostrar las palabras. Come.

El rostro impasible de Mal mostró un atisbo de ceño fruncido, y asintió levemente. Empezó a devorar el omelet y momentos después, Jack puso otro omelet perfectamente cocinado frente a Kaylee.

—¿Salsa? ¿Crema agria? ¿Salsa picante? —preguntó mientras ella daba un bocado y cerraba los ojos con satisfacción.

—Salsa picante, si tienes. Esto está fantástico, por cierto —logró sonreír. Jack reprimió el repentino rubor de atracción que sintió al verla. Era hermosa. Se había quedado allí sentado viéndola dormir e intentando alejar sus pensamientos de lo que sería besarla.

Se deslizó en el asiento entre Kaylee y Mal con su propio omelet un momento después y comenzó a comer. Levantó la mirada y sorprendió a Kaylee observándolo en el reflejo ondulado creado por el salpicadero de costosas y brillantes baldosas de la cocina.

¿Quién es esta chica? ¿Por qué tiene tanto miedo de la policía o del hospital?

Mal terminó primero. Sin palabras, magnéticas o de otro tipo, antes de deslizarse fuera del alto asiento y llevar su plato y tenedor al fregadero para lavarlos a mano. Desapareció con la misma rapidez, dirigiéndose de vuelta a su guarida, probablemente para leer. Jack le había traído una pila de novelas de ciencia ficción de Greg Bear y Mal parecía estar devorándolas, a juzgar por la pequeña pila de libros terminados que había dejado cerca de la puerta principal.

Tan pronto como su hermano desapareció por la puerta secreta en la pared, Kaylee se volvió hacia Jack.

—Tu hermano, ¿es autista?

—Sí. Está clasificado como autismo no verbal. Sin embargo, como viste, tiene mucho que decir —se encogió de hombros—. Cómo aprendió a leer está más allá de mi comprensión, pero simplemente lo sabe.

—Mi mejor amiga de la infancia, Sydney, tenía un primo que era autista. Hablaba, pero realmente le costaba —Kaylee suspiró—. Venía una semana cada verano a casa de Sydney. Era excelente en las damas y el ajedrez, nos ganaba rotundamente. Luego su madre murió y lo pusieron en un hogar grupal.

—Mis padres le hicieron eso a Mal. Tenía ocho años. Lo traje a casa después de que fallecieran cuatro años más tarde. Él pertenece aquí; este es su hogar tanto como el mío.

Kaylee sonrió y abrió la boca para decir algo más, cuando sonó un suave timbre.

—Hay un vehículo en la puerta —anunció el sistema de seguridad.

Jack agarró su teléfono y abrió la aplicación. El icono de espera parpadeó por un segundo antes de mostrar el vehículo, un coche de ciudad con dos hombres dentro.

Hubo un pequeño jadeo de Kaylee cuando vio a los hombres y se apartó bruscamente de la imagen en el teléfono.

—¿Esto es bidireccional?

—No.

—¿Pueden oírnos?

—No —repitió Jack.

La piel de Kaylee había palidecido, sus labios se apretaron en una fina línea, sus hombros se curvaron y retrocedió, mirando por las ventanas. Parecía un animal salvaje desesperado por escapar.

El timbre sonó de nuevo.

—Hay un vehículo en la puerta.

—Kaylee, dime qué pasa.

Ella negó con la cabeza, formándose lágrimas en sus ojos.

—Debería irme. Por favor, no les digas que estuve aquí.

Cojeó hasta la base de las escaleras, buscando la salida más cercana mientras Jack decía:

—No los dejaré entrar ni les diré nada. Solo... quédate aquí. No huyas. Te prometo que estás a salvo aquí.

Presionó un botón en el teléfono, llevándose un dedo a los labios antes de hacerlo.

—¿Sí?

El conductor sostuvo una tarjeta frente a la cámara.

—Soy el detective Daniels del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—De acuerdo —respondió Jack y esperó.

—Estamos investigando un accidente y una mujer desaparecida. Encontramos su coche a un lado de la carretera, a cerca de un kilómetro y medio de aquí, y nos preguntábamos si ha visto algo.

—Lo siento, pero no —contestó Jack.

El conductor mostró una fotografía a continuación, una que sin duda era de Kaylee.

—Se la busca en relación con una serie de robos, así que si la ve...

—Me aseguraré de contactar al LAPD de inmediato, detective —respondió Jack.

Unos cuantos intercambios de cortesía más tarde y el coche retrocedió, maniobró en el desvío, dio la vuelta y se dirigió de vuelta a la carretera principal.

Jack observó cómo el coche de ciudad desaparecía de la vista y luego cerró la aplicación. Miró a Kaylee. Ella estaba negando con la cabeza.

—Están mintiendo. ¡Ni siquiera he robado una máscara de pestañas!

Jack parpadeó. No estaba seguro de que robar máscaras de pestañas fuera algo común, pero ella parecía absolutamente escandalizada ante la idea de que fuera una ladrona.

—Mira, te creo.

Levantó las manos. Ella aún parecía lista para huir.

—Kaylee, siéntate antes de que te caigas. Por favor.

Ella asintió y se frotó el brazo antes de hundirse en el escalón inferior.

—¿Eso era video en vivo o grabado?

—Grabado. ¿Quieres verlo de nuevo?

Ella asintió, y Jack dijo:

—De acuerdo. Espera. Puedo ponerlo en la pantalla grande.

Le tomó un momento para subirlo y Kaylee cojeó lentamente hacia el sofá, sentándose en el borde de un cojín. Jack la observó mirar repetidamente por las grandes ventanas de la casa.

—Cerramos la puerta con llave, Kaylee. Hay una valla de casi dos metros de altura alrededor.

Presionó un botón.

—Aquí vamos.

Los ojos de Kaylee se fijaron en la enorme pantalla de televisión y palideció mientras miraba las imágenes. Jack hizo zoom, seleccionando y recortando las imágenes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, mirándolo de reojo.

—Voy a averiguar quiénes son estos hombres. Teeny se especializa en rastrear a la gente —dijo Jack, mientras abría su correo electrónico y enviaba un mensaje a Teeny.

—¿Quién es Teeny? —preguntó Kaylee.

—Él diría que bebe y sabe cosas —respondió Jack mientras cerraba el cliente de correo electrónico y volvía a la imagen completa de los dos hombres.

Kaylee subió los pies al sofá y apoyó la barbilla en sus rodillas. Jack miró de reojo y vio que las comisuras de su boca se movían.

—Entonces, ¿*Juego de Tronos*? —preguntó ella, recuperando el color en sus mejillas.

—En efecto. Es un enano, así que el nombre no es un juego de palabras; realmente es diminuto —se sentó en la silla a la derecha de ella y miró fijamente la pantalla—. ¿Fueron estos los mismos hombres que te hicieron eso? —señaló sus muñecas amoratadas y ella se bajó las mangas, ocultando sus muñecas, antes de volver su mirada a la pantalla sin ofrecerle más que silencio.

—Bueno, solo para que conste, Kaylee, no tengo la costumbre de entregar mujeres a sus abusadores, por si te lo preguntabas.

Esperó a que ella volviera a mirarlo. Tras un momento de silencio entre ellos, ella apartó los ojos de la pantalla y los fijó en los de él.

—Gracias por no decirles nada —dijo ella.

—¿Eso es todo? —preguntó Jack, arqueando una ceja.

El rostro de Kaylee reflejaba conflicto, y él podía ver que ella luchaba por encontrar qué decir. Finalmente, habló:

—Nos habrían matado a todos. Aún podrían hacerlo si piensan que estoy aquí. Debería irme. Jack asintió, manteniendo su voz calmada.

—¿A dónde irías, Kaylee? ¿Dónde estarías a salvo?

Ella escondió su rostro detrás de la seguridad de sus rodillas y su cabello, que le cayó sobre los ojos. Se quedó allí en silencio por un momento, y cuando levantó la mirada, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No lo sé, no creo que haya un lugar seguro. Y yo... simplemente no quiero que nadie más salga lastimado.

Jack asintió de nuevo.

—¿Y ellos lastimaron a otros?

—Los otros están muertos, Jack —estalló en un gemido desesperado de miedo, seguido de más lágrimas.

Una mujer llorando nunca había sido algo excitante para Jack. Pero en ese momento, todo lo que quería hacer era tomarla en sus brazos, silenciar sus lágrimas y luego envolver su cuerpo alrededor del de ella. Se estaba enamorando de una chica que había conocido hace menos de doce horas, en la peor de las situaciones, y todo lo que Jack sabía era que no podía dejarla ir.

Se arrodilló frente a ella y tiró suavemente de sus manos hasta que se desenrolló de su posición encogida.

—Te prometo, Kaylee, que estoy aquí para ayudar. Y estoy mucho mejor preparado para defenderme a mí mismo, a Malcolm y a ti de lo que podrías imaginar. Necesito que confíes en mí. He enviado las imágenes a Teeny. Dejemos que haga su magia, y mientras tanto, tú y yo veremos una película. ¿Qué te parece comida tailandesa para el almuerzo más tarde? La haré entregar en la entrada.

Las manos de Kaylee temblaban entre las suyas. Asintió sin decir palabra, y él soltó sus manos y alcanzó el control remoto.

Cuando la película comenzó, la voz de Julie Andrews resonó desde el prado y Kaylee le lanzó una mirada de reojo.

—¿Te gusta esta película?

—Es una de mis favoritas —dijo él, y le sonrió.

Tómate el Día Libre

El domingo había pasado volando entre varias películas, comida para llevar de Ayara entregada en la puerta como se había prometido, y Kaylee quedándose dormida a mitad de la tercera película, con los restos de su Pad See Ew aún en la mano. La mañana del lunes había sido agradable, pero Kaylee apenas había tocado su desayuno. Ahora estaba mirando por la ventana hacia la entrada principal, con los ojos muy abiertos.

Jack siguió su mirada hacia fuera de la ventana, confundido por la expresión de pánico de Kaylee.

—No te preocupes, es Azule. Trabaja para mí.

El coche de su empleada avanzaba por el largo y sinuoso camino de entrada. Echó un vistazo al reloj de la cocina. Justo a tiempo. Cada mañana de lunes a viernes, cinco minutos antes de las nueve, aparecía el coche de Azule, sin importar los atascos o los cortes de carretera. No sabía cómo lo hacía, pero su habilidad para llegar exactamente cinco minutos antes de la hora era un talento que había visto día tras día durante más de diez años. Atascos, terremotos, ni siquiera los incendios forestales alteraban su horario. No podía creer que se hubiera olvidado de que venía. El fin de semana con Kaylee y Malcolm había pasado demasiado rápido.

Sus palabras, destinadas a tranquilizarla, solo la asustaron más.

—No, nadie puede saber que estoy aquí.

Se puso de pie, haciendo una mueca cuando sus pies heridos tocaron el suelo, pero igual de decidida a escapar antes de que alguien más supiera de su presencia en la casa.

—Vale, vale, espera. Saldré y le pediré que trabaje desde casa hoy —extendió una mano—. Quédate aquí, ¿de acuerdo?

Kaylee asintió en silencio; su expresión tensa, temerosa.

Podía sentir los ojos de Kaylee sobre él mientras caminaba hacia afuera, descalzo. El cemento estaba fresco bajo sus pies y Azule frenó cuando él levantó una mano.

Su ventanilla bajó.

—Buenos días, jefe —su rostro redondo y de piel morena frunció el ceño por un momento—. ¿Qué pasa?

Jack luchó por pensar en una excusa.

—Oye, Az, escucha, he tenido un fin de semana difícil con Mal. Odio pedirte esto, pero ¿crees que podrías trabajar desde casa hoy?

—¿Trabajar desde *casa*? —el rostro de Azule mostraba una mezcla de sospecha y asombro—. ¿Te sientes bien, Jack?

—Sí, Az, estoy bien, es solo que... —tropezó con sus palabras—. Necesito un día. A solas. Aquí con Mal —odiaba tener que mentirle a Azule, pero le había prometido a Kaylee que no diría nada. Le había dado su palabra.

Los ojos de Azule se entrecerraron. Se desviaron hacia la casa como si intentara ver a través de las ventanas, decidida a descubrir lo que él estaba ocultando.

—¿Qué hay de la información para los accionistas en la que querías que trabajara? Necesito tener acceso a los archivos, que están aquí.

—Necesito que pospongas esa reunión hasta la próxima semana.

—Pero, jefe...

—¿Por favor? Azule, prometo explicártelo todo más tarde. Solo, ahora mismo, necesito que trabajes desde casa hoy. ¿Puedes hacer eso?

Azule frunció aún más el ceño y luego asintió lentamente, con los ojos preocupados.

—Esto no es algún asunto de delfín en el jacuzzi, ¿verdad?

Jack reprimió una risa. La mente de Azule era como una trampa de acero. No olvidaba nada. Años atrás, cuando había empezado a trabajar para él, le había dicho que había ciertas frases clave que necesitaba que memorizara, para su protección y la de él. No llegas a ser multimillonario sin tener medidas de seguridad. Elegía diferentes frases clave para diferentes cosas, pero la frase "El delfín está en el jacuzzi" era el código para "Llama a la policía".

—No, Az. No hay delfines en jacuzzis por aquí. Lo prometo. Todo está bien. Tómame un día por mi cuenta, Az. Relájate. Te explicaré todo cuando pueda.

Azule meditó sus palabras por un momento.

—Está bien, jefe. Me iré a casa. Pero si me necesitas, llámame.

—Lo haré, Az —retrocedió del coche y Azule subió la ventanilla, aún frunciendo el ceño. Tenía veinticuatro horas, como máximo, para averiguar qué le había pasado a Kaylee y cómo ayudarla, antes de que Azule volviera.

La vio alejarse, saludándola con la mano mientras lo hacía. Azule no descansaría hasta tener sus respuestas. Era algo en lo que dependía la mayoría del tiempo, pero ahora mismo, era un verdadero dolor de cabeza.

Mientras se alejaba, Azule Roberts no podía recordar un solo día que hubiera faltado al trabajo. Tampoco podía pensar en una sola ocasión, excepto por un terremoto de 4.2 hace dos años, en que Jack le hubiera dicho que se quedara en casa. Había habido una buena razón para esa orden. La carretera fuera de su casa en Compton había descendido cinco pies, desmoronándose en un socavón intransitable. Cada día de la semana durante tres meses después, Jack había enviado un coche para recogerla justo después de la calle bloqueada. Incluso había organizado la entrega de comestibles.

Lo vio saludar y luego darse la vuelta y volver a entrar en la casa. Entonces giró en la carretera sinuosa y rápidamente perdió de vista la casa entre los árboles. Era un largo viaje de vuelta a la ciudad, y Azule sintió un leve fastidio. ¿Por qué no la había llamado para decirle que no viniera? Parecía distraído, no molesto. ¿Y no estaría molesto si Malcolm estuviera pasando un mal momento?

No puedo decir que alguna vez haya visto al chico pasar un mal momento, con lo bien que Jack lo cuida.

Azule sabía que, antes de que Jack se hiciera cargo del negocio familiar, y antes de que sus padres murieran en un accidente de avión, los padres de Jack habían considerado necesario internar a Malcolm. Había parecido una reacción extrema al diagnóstico de autismo no verbal del niño, algo que tenía el hijo menor de su tío. Isaac era difícil, mucho más que las interacciones

casi diarias de Azule con Mal, y había sido violento. Pero Mal era tranquilo en comparación. Intentó imaginar al chico rebelándose o siendo destructivo y simplemente no pudo.

A menudo se había preguntado por qué los padres de Jack habían sentido la necesidad de enviar a su hijo menor lejos, incluso si era un lugar mucho mejor de lo que la mayoría de las personas en la misma situación verían jamás. El dinero compraba cosas, eso era seguro.

Azule había empezado a trabajar para Jack poco después del accidente de avión. Había estado allí cuando trajo a su hermano de vuelta por primera vez y los vio interactuar. El chico había sido un desastre. A punto de cumplir trece años, era incommunicativo y retraído.

Jack lo había sacado de ese estado. También ella, de hecho. Se le había ocurrido la idea de la carpeta y las letras magnéticas, y Jack la había puesto en práctica de inmediato.

Ver a Malcolm salir del lugar oscuro en el que había estado había sido tan bueno para el chico como para Jack.

Y por eso nada de esto tenía sentido. Le erizaba los pelos de la nuca. Aunque Jack se hubiera reído de la frase sobre el delfín. ¿Podría estar aún en problemas?

Los árboles se hicieron menos densos y apareció la estrecha carretera de dos carriles. Redujo la velocidad y esperó a que pasara lentamente un coche de ciudad con dos hombres. La miraron fijamente, descarados, curiosos, y Azule sintió otra punzada de preocupación. Su coche parecía fuera de lugar y ellos también.

Podrían estar inspeccionando la zona, buscando casas para robar.

Azule observó cómo pasaban despacio e hizo una nota mental de su matrícula. Le pediría a Teeny que la investigara más tarde, solo como precaución. Frunció el ceño mientras maniobraba su coche hacia la concurrida y congestionada autopista y se dirigía a casa.

—¡Tía, ya estoy en casa! —gritó Azule, dejando sus llaves en el cajón cerca de la puerta principal antes de cerrarla con llave detrás de ella. Había estado abierta, lo que era extraño, ya que recordaba claramente haberla cerrado cuando se fue—. Has dejado la... —Se detuvo a mitad de frase cuando su primo Marley apareció a la vista.

—Hola, Az —le sonrió; sus dos dientes delanteros amarillentos pero con bordes dorados.

—¿Qué estás haciendo aquí, Marley? —espetó Azule. Su primo era problemático, no había duda, y por la expresión de su cara, seguro que no esperaba que ella entrara justo en ese momento.

—Solo vine a ver a Mamá, eso es todo —le dio una sonrisa burlona que ella no devolvió.

—¿Sí? ¿Cuánto le estás pidiendo prestado esta vez?

Marley puso los ojos en blanco.

—Vamos, Az, no veo por qué tienes que preocuparte por...

Lorna apareció detrás de él, con una sonrisa ausente en su rostro.

—Hola, Azule, cariño. ¿Ya es hora de cenar?

—No, tía, todavía es por la mañana. Hoy tuve un día corto —no quería entrar en detalles, no con Marley parado justo allí.

—¿Sigues trabajando para ese ricachón blanco? —preguntó Marley—. Sabes que tengo esta oportunidad de inversión que...

—Ahórratelo, Marley. Él no está interesado y yo tampoco —gruñó Azule—. Tía, necesito hablar con Marley en privado —hizo un gesto hacia la puerta. Él le sonrió y se mantuvo firme.

—Ahora.

Él hizo un espectáculo de actuar como un hijo obediente con la tía de Azule mientras abrazaba a la mujer mayor.

—Mamá, volveré pronto a verte. Jugaremos canasta, ¿de acuerdo?

—Está bien, hijo, hazlo. Y tráeme esa ropa que necesitas que te arregle, no soy demasiado vieja para cuidar de ti, ¿sabes? —gritó mientras Azule abría la puerta principal y empujaba a Marley fuera de la casa.

Azule cerró la puerta firmemente detrás de ella y se dio la vuelta, con las manos en las caderas.

—¿Así que cuánto le sacaste esta vez?

Marley levantó las manos frente a él.

—Honestamente, prima, no sé por qué piensas...

—Ahórratelo, Marley. Ni se te ocurra mentirme. Te pregunté cuánto.

—Solo trescientos —miró a lo lejos, evitando sus ojos.

—¿Y cuánto debes?

—Vamos, Az, ya te dije que estoy buscando...

—¿Cuánto? —le ladró.

Marley le echó un vistazo, luego miró al suelo, en silencio. Arrastró el pie por el concreto roto.

—Muchísimo más que trescientos.

—Ella no puede ayudarte, Marley —Azule se cruzó de brazos—. Y yo tampoco voy a hacerlo.

—¡Az!

—No me vengas con "Az", Marley Remus Black —él retrocedió cuando ella soltó su nombre completo—. Ya hemos tenido esta conversación. Sabes que sí. El año pasado fui y saqué lo último del dinero de la tía, y pagué a ese maldito corredor de apuestas después de que la cagaste. Yo cuido de la tía, y le envío a Jamal lo suficiente en la cárcel para evitar que sea el último de la pila allí. Y eso es todo, Marley. Tienes que ayudarte a ti mismo y encontrar una manera de salir de esto. He terminado de arreglar tus errores.

La boca de Marley se movió de la manera en que lo hacía cuando eran niños y estaba tratando de encontrar algo que decir, alguna forma de hacerla cambiar de opinión o convencerla de que le diera lo último de su dinero. Habían crecido juntos. Él era un bebé cuando los abuelos de Azule murieron y la madre de Azule se mudó con la tía Lorna. Décadas después, cuando Lorna necesitó ayuda, la madre de Azule, Nadine, insistió en que viniera a vivir con ellas. Marley era unos años mayor que ella. En aquel entonces, había sido mucho más eficaz para conseguir lo que quería. Ella había aprendido mucho en las décadas siguientes. Si no se enfrentaba a Marley, nadie lo haría, y ya había hecho suficientes estragos en sus ahorros.

—Ni te molestes en discutir conmigo, Marley. He terminado. Y he terminado con que te lleves lo poco que tiene tu mamá.

—¿Y cómo vas a evitar eso? —le espetó—. Simplemente volveré mañana, o pasado. No vas a estar aquí para detenerme.

Azule sonrió entonces.

—Ella no tendrá más efectivo a mano, Marley. A diferencia de ti, yo guardo mi dinero en cuentas bancarias, certificados de depósito y una cartera de inversiones. Cuando la tía Lorna pidió esos trescientos, fui yo quien fue al banco y los sacó.

La sonrisa petulante se deslizó del rostro de Marley.

—Porque era mi dinero, no el de ella. La dejaste seca hace dos años, y yo he estado cuidando de ella desde entonces. Y está bien. Seguiré cuidando de ella. Se lo prometí a Mamá. Pero te lo digo ahora, primo, este pozo se ha secado.

Y con eso, volvió a entrar en la casa y luego se dio la vuelta y le cerró la puerta en la cara a

su primo.

—Azule, cariño, ¿está todo bien? —la tía Lorna estaba sentada en su mecedora, con un montón de tejido en su regazo. Su rostro estaba suave, con solo algunas arrugas, pero su mente había comenzado a fallar hacía casi una década. Era una de las razones por las que la tía Lorna ya no podía cuidar de sí misma. Marley, y Jamal antes que él, habían saqueado los escasos ahorros de su madre hasta que no quedó nada.

—Todo está bien, tía —respondió Azule, con las entrañas revueltas. Ese bueno para nada de Marley. Era tan malo como Jamal, peor. Era el menor de tres, y Lorna mimaba a Marley. Al menos él no había terminado como pandillero como sus dos hermanos mayores. Terrell, el mayor de Lorna, había muerto en un tiroteo cuando Marley apenas tenía diez años. Jamal había estado en prisión durante los últimos diez años, atrapado vendiendo drogas y sin querer delatar a nadie para obtener una sentencia reducida. Azule calculaba que estaría allí otros quince años a este ritmo.

—¿Marley va a volver? —preguntó su tía con un pequeño ceño fruncido—. Dijo que necesitaba un poco más para esas acciones que va a comprar. Le dije que eso era todo lo que tenía, pero...

—No te preocupes, tía. Dijo que tenía que ir a algún sitio —Azule sabía que pronto tendría que hablar con su tía sobre no darle más dinero a Marley, pero no era algo que le apeteciera. La mente de Lorna iba y venía como la marea. Sin importar lo que recordara sobre sus finanzas, que no era mucho, siempre tenía una excusa para su hijo menor. Tal como la había tenido para su marido, quien habría apostado hasta el último céntimo de sus ahorros si no hubiera muerto en medio de una partida de cartas poco antes de que Marley naciera. Ni siquiera había conocido a su padre, entonces ¿cómo había seguido Marley tan bien los pasos de su progenitor?

Azule negó con la cabeza. Eso era irrelevante, en realidad.

Si Marley no puede poner en orden su mierda, ese es su problema.

Ni siquiera había mencionado a Demetrius, el hijo de cuatro años de Marley. Al menos el niño tenía una madre maravillosa. Nia luchaba, pero se las arreglaba para dar tres comidas al día, mantener al niño limpio y tener un techo sobre sus cabezas. Nia había echado a Marley cuando Demetrius tenía solo tres años, y había sido una decisión acertada, aunque tardía. Azule les enviaba doscientos dólares cada dos semanas para ayudarles. Nia pensaba que venían de Lorna, y Azule prefería que fuera así.

—No fue suficiente, ¿verdad? —preguntó Lorna, sus dedos trabajando sin cesar, las agujas entrechocando—. Por la forma en que preguntó si podía conseguir más, ese chico se ha metido en un buen lío, ¿no?

—Marley es un hombre adulto, tía. Uno que no tiene por qué venir a rogarle dinero a su madre —respondió Azule.

La mujer mayor asintió y no dijo nada, las agujas chasqueando rítmicamente. Era un sonido relajante.

—Podría buscar algún trabajo.

—Tía, estará bien —dijo Azule, aunque no estaba del todo segura de ello.

—¿Por qué has vuelto tan temprano? —Lorna cambió de color y las agujas reanudaron su constante clic-clac.

—Jack me dijo que me tomara el día libre o trabajara desde casa.

—Hmm.

—Volveré mañana. Mientras tanto, ¿por qué no llamo a ver si ShayTwin Hair tiene un hueco para que una de nosotras se arregle el pelo y luego te llevo a almorzar? Hace tiempo que no

comemos algo que no hayamos cocinado nosotras —sugirió Azule—. ¿Te apetece algo de comida china en Sunny's?

Lorna sonrió, dejando su tejido y levantándose lentamente.

—He oído hablar de un sitio de comida soul que se llama Not Your Mama's. El padre del bebé de Janine trabaja allí como cocinero. Dice que los macarrones con queso son mejores que los míos.

Azule silbó.

—Bueno, eso tiene que ser mentira. Pero claro, iremos a probarlo. Ahora que lo mencionas, oí algo sobre un pastel de melocotón, y ya sabes lo que opino de los pasteles.

El día pasó rápidamente, y cuando regresaron, con el sol ya bajo en el cielo, Lorna estaba agotada. La mujer mayor se había sentado a tejer mientras Azule se hacía trenzas recogidas en la cabeza. Habían comido en Not Your Mama's y, aunque bueno, los macarrones con queso no llegaban a la altura de los de Lorna. El pastel, sin embargo, había sido excepcional.

Mientras cerraba la pesada puerta de seguridad tras ellas, los pensamientos de Azule volvieron una vez más a Jack Benton.

¿Qué estaba pasando allí arriba? Mañana por la mañana, contra viento y marea, iba a averiguarlo.

Fiebre Ardiente

Jack volvió a entrar y esperó junto a la ventana, observando cómo Azure se alejaba en coche. *Tengo veinticuatro horas para obtener algunas respuestas antes de que Azure venga y se las saque a esta chica.*

Se giró y le dedicó una sonrisa a Kaylee. —Se ha ido. Me imagino que volverá mañana con mil preguntas para mí. Az es una de las mejores, y verás a qué me refiero si, bueno, *cuando* la conozcas.

Kaylee se había acomodado de nuevo en su asiento en la mesa y picoteaba su desayuno sin ganas.

—¿Ya te has cansado de mi cocina? —preguntó él.

—Lo siento, no tengo hambre ahora mismo. —Apartó el plato—. Y cocinas de maravilla. ¿Podría tomar más agua?

Él tomó el vaso de ella, sus dedos rozando los de ella. Su mano estaba caliente al tacto, y de repente se dio cuenta de lo sonrojadas que se veían sus mejillas.

—¿Tienes fiebre? —Se acercó, ignorando su sobresalto, y le tocó la frente. Estaba ardiendo—. ¡Sí que tienes! Con razón no tienes ganas de comer. Necesitamos llevarte de vuelta a la cama.

—Jack, no puedo quedarme aquí. Yo... —Se tambaleó ligeramente, su piel palideciendo—. Necesito...

—Necesitas descansar, Kaylee. —Se acercó a su lado y la rodeó con un brazo protector.

Malcolm, cuyo plato estaba vacío, levantó la carpeta. Decía...

**JUGO
AGUA
DORMIR**

—¿Ves? Incluso Mal está de acuerdo. Vamos. Me aseguraré de que llegues arriba.

El calor que emanaba de ella era febril, y Jack se preguntó si debería llamar a un médico. Todas esas horas bajo la lluvia fría lo habían causado, estaba seguro.

Ella se apoyó en él, a pesar de sus objeciones de que estaba bien, y tropezó ligeramente, claramente inestable. Cuando llegaron arriba, prácticamente la estaba cargando. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo enferma que estaba esta mañana? ¿Cómo había pasado por alto las mejillas rojas y la piel húmeda y sudorosa?

Se sentía tan pequeña en sus brazos en lo alto de la escalera cuando la levantó del suelo.

Kaylee ni siquiera protestó, sus ojos parpadeando y luego cerrándose mientras él la llevaba los últimos metros hasta su habitación y la colocaba suavemente en la cama. Mostró signos de vida cuando intentó cubrirla con una manta, apartándola mientras se giraba de lado con una patada febril.

Se apartó de ella y casi chocó con Malcolm. Su hermano estaba allí en silencio, con la mirada en el suelo, dos pastillas extendidas en una mano y un vaso de jugo en la otra.

—Gracias, Mal. —Tomó las pastillas y el jugo de él y recordó a Azule. Por la expresión en su cara cuando había hablado con ella y le había dado una excusa tan débil, ella lo había visto a través. Azule conocía a Malcolm casi tan bien como Jack. Había llevado tiempo, pero Malcolm estaba mucho mejor ahora que aquel caparazón de chico que Jack había encontrado encerrado en la institución. Por qué papá lo había considerado necesario, nunca lo entendería, al igual que no podía soportar por qué mamá no se había opuesto. Mal nunca viviría lo que otros considerarían una vida normal —no habría niños ni una carrera en su futuro—, pero no merecía estar encerrado como un animal. Mal era todo lo que Jack tenía, al igual que Jack era todo lo que Mal tenía. Así eran las cosas. Azule lo entendía. Así que realmente, no era ninguna sorpresa que no se hubiera tragado su débil excusa para enviarla a casa. Estaba medio sorprendido de que ella realmente se hubiera ido cuando se lo pidió, en lugar de plantarse y exigir la verdadera razón por la que la enviaba lejos.

Agarró una almohada y la colocó bajo la cabeza de Kaylee, levantando suavemente sus hombros y luego extendiendo su palma con el Tylenol hacia ella.

—Necesito que tomes estas. Bajarán tu fiebre. Mal te trajo lo último del jugo recién exprimido.

Los ojos de Kaylee se abrieron ligeramente. Tomó temblorosamente las pastillas de la mano de Jack y se las metió en la boca antes de alcanzar el jugo. Todo su cuerpo temblaba ahora.

—Mal, ¿recuerdas dónde está el termómetro? —preguntó Jack, mientras estabilizaba el vaso en su mano. Segundos después, Mal presionó el termómetro en la mano de Jack.

Jack lo activó y lo sostuvo contra la frente de Kaylee. Su fiebre parecía haber aumentado en solo unos minutos. El termómetro parpadeó dos veces y luego emitió un pitido discordante. El número 102.9 brillaba, retroiluminado en rojo.

—Maldita sea.

Los ojos de Kaylee se cerraron mientras se hundía en la cama. —Debería, debería irme.

—Kaylee, tienes fiebre alta. Necesitas descansar. —Le tocó el hombro, sintió el calor de la fiebre en su piel, y se maldijo por no haberse dado cuenta antes de que estaba enferma—. Estás a salvo aquí. Ahora descansa.

Jack salió de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de él. Malcolm esperaba afuera, carpeta en mano.

Jack leyó la lista de palabras que su hermano le mostraba.

COMIDA SILENCIO YO VIGILO

Asintió, sorprendido por la última línea. Mal se mantenía apartado. Cada vez que había otros en la casa, se escabullía al sótano, se atrincheraba en su habitación y evitaba a los demás.

—Haré un pedido de comestibles para que lo entreguen más tarde esta tarde —dijo en respuesta—. ¿Estás seguro de que estás bien vigilandola?

Mal asintió. Fue casi imperceptible, pero Jack estaba acostumbrado a Mal. Su hermano comunicaba mucho, si solo sabías cómo ver las señales.

—Bien, necesito ponerme al día con el equipo y hacer algunas otras tareas. Voy a ir a la oficina. Avísame si me necesitan aquí, ¿de acuerdo?

Otro pequeño movimiento de la cabeza de Mal y Jack lo dejó allí. Cuando llegó al pie de las escaleras, miró hacia arriba y vio a Mal sentarse en una cómoda silla en el rellano a unos metros de la puerta, su carpeta en el regazo, sus manos ocupadas pasando las páginas.

Nunca he visto a Mal reaccionar así con nadie excepto Az y yo. Bueno, posiblemente Luke también. Pero nunca protector o preocupado.

Era la primera vez.

Jack caminó rápidamente hacia el extremo de la casa, luego salió al edificio al final del jardín. Aquí la arquitectura seguía siendo la misma, pero habían diseñado el edificio pensando en los negocios. Se integraba perfectamente con las líneas limpias de la casa, pero en el interior había un ambiente claramente empresarial.

Había cuatro oficinas, una pequeña cocina con estación de café, dos baños y una amplia sala de conferencias. No era frecuente que necesitaran la sala de conferencias, solo un puñado de veces al año, pero resultaba útil para reunirse con los clientes. Jack había agregado la parte trasera del edificio hace casi una década, eliminando el green de golf de su padre e instalando en su lugar un atrio con varios árboles frutales pequeños que llegaban hasta el alto techo acristalado. En el centro del atrio había un estanque que burbujeaba y fluía. Albergaba un grupo de peces y había asientos, varias mesas de bistró y juegos de sillas dispersos. Jack a menudo almorzaba aquí con Az entre semana.

Az volverá mañana con una avalancha de preguntas para mí, seguro.

Necesitaba ponerse al día con Jesse y Shane, que estaban en trabajos separados. Shane estaba ocupado con un jefe de la mafia menor convertido en informante de Atlanta, junto con la hiena de su esposa. Jack reprimió una sonrisa ante la descripción que Shane hizo de la mujer. Al parecer, sus protegidos habían estado peleando como perros y gatos desde que llegaron a la casa de seguridad y no mostraban signos de llamar a una tregua. El cliente debía comparecer ante el tribunal para testificar en un mes, y Shane estaba tan infeliz como ellos.

Proteger a los personajes más turbios como este jefe de la mafia menor pagaba por el otro trabajo y los clientes que no tenían dinero. Y desde lo de Allie, bueno, Jack sabía que estaba cubriendo una necesidad. Esposas maltratadas, adolescentes abusados y docenas de inocentes sin dinero ni opciones, recibían la ayuda que necesitaban desesperadamente. Si sus hombres tenían que cuidar a algunos jugadores más ruines para proporcionar el dinero inicial para marcar la diferencia en las vidas de los inocentes, entonces eso es lo que harían.

Jack variaba la clientela entre sus hombres. En este momento, tenía a Jesse protegiendo a una esposa maltratada y sus dos hijos pequeños en Mississippi mientras esperaban las audiencias de divorcio y custodia. El tribunal había liberado al marido de la cárcel sin supervisión dos días después de que hubiera enviado a su esposa separada al hospital y le rompiera el brazo a su hijo de seis años cuando el niño trató de proteger a su madre. El bastardo seguía en libertad mientras la oficina del fiscal se tomaba su tiempo para decidir si tenían suficiente para acusarlo.

Jack sacudió la cabeza, sus labios formando una fina línea de disgusto mientras leía sus correos electrónicos. Jesse había trasladado a la mujer y sus dos hijos a un lugar seguro, y las cosas estaban tranquilas por ahora. Había un mensaje de Shane informándole que el ex jefe de la mafia y su esposa se habían metido en una pelea a puñetazos. Los otros dos hombres en misión también habían reportado, sin nada que informar, y un tercero estaba de vacaciones. Había

enviado una foto de un bagre gigante que había pescado en el lago Powell en Arizona, donde Jack tenía una casa flotante.

Creía en pagar bien a sus hombres, contribuir a sus fondos de jubilación y dejarles hacer uso de las propiedades que tenía dispersas por todo Estados Unidos y el resto del mundo.

Demonios, ¿por qué no? Las casas estaban ahí sin más, después de todo.

Jack abrió el sitio web de Bristol Farms y comenzó a preparar un pedido. Era algo que Az normalmente manejaba, una tarea que siempre parecía sin esfuerzo cuando ella lo hacía, pero que a él le llevaba casi una hora. Pidió lo básico, junto con algunos quesos y carnes especiales, y envió el pedido. Segundos después, su correo electrónico sonó, informándole que lo entregarían después de las dos. Puso una alarma en su teléfono. Mal se negaba a responder a las notificaciones de la puerta, y el repartidor siempre necesitaba una firma.

Con las tareas generales de mantenimiento y el correo electrónico revisado, Jack ahora podía profundizar en Kaylee, si es que podía encontrar algo en absoluto.

Nombre falso, seguro, y probablemente no habrá nada en el escáner de la policía, pero debería verificar.

Se puso manos a la obra. Jack no era ni la mitad de eficiente de lo que habría sido Azule, pero se las arregló. Respondió a tres nuevas consultas para Benton Security Services. Una era para un servicio de guardaespaldas para niños ricos durante tres meses. Podría poner a Aidan en eso ya que el trabajo que estaba haciendo terminaría pronto. Rechazó el segundo por principios. ¿Un servicio de protección para un conocido pedófilo? Ni de coña. El tercero era una consulta general, y después de una buena cantidad de búsqueda en los archivos, encontró la lista de tarifas estándar y la adjuntó a una respuesta de formulario y la envió.

Entre correos electrónicos, Jack llamó a Teeny y le pidió que estuviera atento a cualquier caso de mujeres desaparecidas, accidentes de coche en la zona y asesinatos recientes.

—¿Dónde está Az? —preguntó Teeny, sonando sorprendido cuando escuchó la voz de Jack.

—Fuera hoy.

—Está bien, ¿no? ¿No está enferma ni nada? —insistió Teeny.

Jack arqueó las cejas.

—Eh, no. Está bien, Teeny —enumeró sus peticiones y Teeny prometió enviar un mensaje al teléfono de Jack con las listas en una hora.

Jack sonrió para sí mismo. Teeny sonaba un poco enamorado de Azule.

Justo cuando dejó el teléfono, apareció un mensaje instantáneo.

VUELVE

—Mierda —si Malcolm le pedía que volviera tan pronto, algo había pasado. Se levantó de un salto y se dirigió a la casa, subiendo los largos y bajos escalones de dos en dos.

—¿Mal? ¿Qué pasa? —gritó Jack mientras entraba corriendo en la casa, la puerta cerrándose detrás de él con un golpe. Vio al instante cuál era el problema. Kaylee estaba de pie en la puerta de su habitación, aferrándose al marco para sostenerse, con una chaqueta en una mano. Mal estaba a su lado, con las cejas fruncidas, en silencio, agarrando el teléfono móvil con una mano mientras sostenía a Kaylee con la otra.

Jack subió corriendo las escaleras, extendiendo la mano hacia la chica justo cuando se desplomaba.

—Lo siento —dijo débilmente—. Pensé, pensé que me sentía mejor.

Él presionó su mano contra la frente de ella. Su fiebre había bajado, pero aún estaba caliente

al tacto.

—Necesito irme —susurró ella.

—Kaylee, te prometo que te llevaré a donde quieras ir —Jack se inclinó y pasó un brazo por debajo de sus temblorosas rodillas. El calor que emanaba de ella era preocupante, y comenzaba a dudar de si mantenerla aquí era lo correcto. Quizás necesitaba un médico. No le hacía ilusión tener que explicar al personal del hospital las marcas en sus tobillos y muñecas. Ahora eran moretones intensos, de un color púrpura profundo y negro en algunas zonas, desvaneciéndose a un amarillo enfermizo en otras—. Pero por favor, déjame ayudarte ahora. Te prometo que estás a salvo conmigo.

No pesaba nada. Al menos, nada comparado con lo que levantaba tres veces por semana con su entrenador. Jack llevó a Kaylee fácilmente de vuelta a su cama y la depositó suavemente sobre el colchón. Al hacerlo, su nariz rozó el costado de su cuello y aspiró el tenue aroma a lavanda y sándalo.

—No es seguro que me quede aquí —susurró ella—. Tú no estás a salvo. Él no está a salvo —Sus ojos se desviaron hacia Malcolm antes de volver a los de Jack—. No puedo permitir que lastimen a nadie más —Las lágrimas se acumularon en sus ojos.

Jack limpió una lágrima perdida con su pulgar.

Está preocupada por mí. Por Malcolm. No por ella misma. ¿Qué le pasó a esta chica? ¿A quién ha perdido?

—Kaylee, escúchame, por favor. Estás a salvo aquí. Yo estoy a salvo, y Malcolm también. Te lo prometo. Pero si no te cuidas, si no podemos bajar esta fiebre, tendré que llevarte al hospital.

—Nada de hospitales.

—Ni hospital, ni policía, Kaylee... —Se detuvo, tomó aire profundamente. Detrás de él, escuchó a Malcolm hojear su carpeta y luego apareció a su lado.

DÍSELO

Kaylee también leyó las palabras. Una mirada de miedo cruzó su rostro. —¿Qué quiere decir Mal? ¿Decirme qué?

Kaylee ciertamente entraba en esa categoría. Quienquiera que fuera, de donde viniera y lo que hubiera pasado, todo era aún desconocido. Pero nada en esta chica le parecía ser otra cosa que una víctima en esta situación.

—¿Decirme qué? —repitió.

—Dirijo un servicio de seguridad, uno que protege a quienes más lo necesitan.

—¿Un negocio de guardias de seguridad? —La expresión en su rostro dejaba claro que no estaba impresionada.

Él contuvo una risa. —No, las personas que protejo suelen estar huyendo por sus vidas, Kaylee. Como tú. Mujeres que buscan escapar de maridos abusivos. Testigos de crímenes a quienes la policía no puede o no quiere proteger —Tomó su mano, la giró suavemente y trazó los moretones en su muñeca—. Alguien te lastimó, Kaylee. También puedo ver por tus muñecas que esta misma persona te mantuvo atada durante horas, posiblemente días. No confías en la policía, y realmente no confías en nadie. Considerando lo que has pasado, es completamente comprensible. Pero necesitas confiar en mí. Puedo ayudarte, Kaylee, así que por favor, descansa. Por favor, confía en que te mantendré a salvo. Y cuando te sientas mejor, me gustaría saber qué pasó.

Kaylee asintió lentamente. —De acuerdo.

Jack sonrió, aliviado de que no saltara de la cama y corriera hacia la puerta. Necesitaba descansar. Mal agitó el frasco de pastillas en su mano y lo golpeó contra el brazo de Jack. —Y eso es Mal recordándome que es hora de que tomes más Tylenol. Eso y un gran vaso de agua —añadió mientras Mal le metía dos pastillas y un vaso en la mano—. Al parecer, está preocupado de que estés deshidratada.

Kaylee le sonrió al hermano de Jack, con ojos cálidos. —Gracias, Mal —No pareció preocuparse cuando Mal se dio la vuelta y salió de la habitación. El silencio de Mal, una característica de su autismo, generalmente inquietaba a la gente, pero Kaylee no era como los demás. Y de alguna manera, eso hacía que Jack sintiera aún más curiosidad. ¿Cuál era su pasado? ¿Quién era ella?

Las preguntas seguían acumulándose. Eventualmente, tendría que confiar lo suficiente en él para responder algunas de ellas.

Sin Recuperación

Tomó el Tylenol y bebió el agua. A pesar de todo lo que le había sucedido en la última semana, Kaylee se sentía relativamente segura aquí. Más que nada, temía poner en peligro a más personas inocentes. ¿No había habido ya suficiente de eso? Saber que Jack lidiaba con situaciones peligrosas y podía proteger a otros había aliviado muchas de sus preocupaciones. Él había alejado a esos dos hombres ayer, y no habían regresado. Y luego su empleada esta mañana, lo que demostraba que podía ser discreto, pero las esposas maltratadas estaban muy lejos de los acuerdos comerciales internacionales y las actividades ilegales multimillonarias.

Quién era realmente la Corporación Oladni y qué papel podría haber tenido Julianna en ella, seguía siendo un misterio. Esto la hacía cuestionarse todo lo que creía saber sobre su madrastra. Sin mencionar qué papel tenía Cenac Shipping en todo esto. La empresa era suya, de su familia, y se suponía que debía dirigirla tal como lo había hecho su padre antes que ella.

El calor de su cuerpo se desvaneció, el Tylenol hizo efecto, y mientras se sumergía en el sueño, había dos pensamientos muy diferentes en su mente. Uno, qué parte tenía Julianna en todo esto. Dos, qué tipo de hombre era Jack Benton y por qué, oh por qué, lo encontraba tan atractivo.

Los recuerdos de los días posteriores al accidente se entremezclaron, y Kaylee cayó en un sueño lleno de memorias...

Adrienne se sintió aliviada cuando finalmente le permitieron entrar en la habitación de Rainier. Padre estaba en la UCI y el médico la había mirado antes de negar con la cabeza a Julianna, explicando que su condición seguía siendo crítica y que no permitían menores en ese piso. Su hermano estaba en el piso de abajo, recuperándose, y aún aturdido por la cirugía que había sido necesaria para recolocar los huesos de sus piernas. La enfermera de turno pareció apiadarse de Adrienne quien, según la política del hospital, debería haberse quedado en la sala de espera.

—Solo unos minutos, ¿de acuerdo? —Se inclinó y susurró—: Si ves pasar a un médico, agáchate. No puedes estar aquí sin un padre.

Adrienne susurró un agradecimiento igual de silencioso, pero la enfermera ya había desaparecido por el pasillo. La habitación estaba silenciosa y vacía excepto por la cama de Rainier. Se sentó en una silla en el lado más alejado, fuera de la vista. Era pequeña para su edad, y con la cama del hospital en la posición elevada en la que estaba, ni siquiera se veía la parte superior de su cabeza. Rainier se veía tan pálido, acostado allí en la cama, y Adrienne contuvo la respiración hasta que vio el ascenso y descenso constante de su pecho. Le habían inmovilizado ambas piernas con yesos de un verde lima brillante que iban desde los tobillos

hasta las caderas. Había una línea de pulcros puntos a lo largo del costado de su cara, y ella se preguntó cómo se lo había hecho. El médico había dicho que Rainier se había quedado en el coche, gracias a su cinturón de seguridad, pero que Padre había salido despedido del vehículo.

El terraplén había sido empujado, un descenso de unos cien pies o más antes de que los árboles los detuvieran. Adrienne había escuchado a los paramédicos hablar de ello mientras pasaban. Habían necesitado las pinzas hidráulicas para sacar a Rainier.

No era de extrañar que sus piernas se hubieran roto.

Sus pestañas revolotearon y Adrienne sintió que sus lágrimas se derramaban sobre sus mejillas, un torrente aliviado de ellas, cuando él abrió los ojos y la miró allí a su lado.

—Hola —graznó e intentó moverse en la cama. Sus labios se adelgazaron y él hizo una mueca.

—Hola —respondió ella y lloró con más fuerza.

—¿Está papá...? —Rainier se detuvo, hizo una mueca de nuevo, su rostro retorciéndose de dolor—. ¿Está... está bien?

—Está en la U... —Adrienne hipó y sorbió, alcanzando una caja de pañuelos—, ...la UCI. Está muy malherido. No me dejan verlo, pero le dijeron a Julianna que iba a sobrevivir. —Se secó las lágrimas, pero seguían cayendo, cada vez más rápido—. Estaba tan asustada, Rainier, y el médico dice que Padre podría no volver a caminar nunca. Y tú —dijo señalando sus yesos—, ¿vas a volver a caminar?

—Sí. Estaré bien. Solo duele mucho ahora mismo. —Adrienne pudo ver que Rainier también estaba llorando. Solo una lágrima solitaria trazando su camino por su mejilla, pero definitivamente una lágrima. Había visto a Rainier llorar solo una vez antes. El año pasado, cuando mamá murió.

—¿Qué pasó? —preguntó, luchando por entender cómo habían terminado en un accidente tan terrible.

Rainier se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No lo sé. En un momento papá me llevaba al ortopedista en Ponchatoula porque Julianna la había cagado y me había programado allí en lugar de Nueva Orleans donde normalmente voy. Papá dijo que tenía una reunión por allí y que me llevaría. Lo siguiente que supe fue que los frenos dejaron de funcionar. Estábamos en la Ruta 22, cerca de ese punto donde se vuelve toda sinuosa, y papá solo seguía pisando el pedal y maldiciendo. No podíamos reducir la velocidad. Y entonces la carretera dio un giro realmente brusco, y ya no estábamos en la carretera.

Otro par de lágrimas se escaparon de sus ojos y se las limpió furiosamente, como si su existencia en sus mejillas fuera simplemente inaceptable.

Rainier miró la habitación vacía en silencio antes de añadir:

—Apuesto a que ella hizo algo con los frenos. Apuesto a que quería que muriéramos.

—¡Rainier! Eso no es justo. Julianna es agradable —protestó Adrienne, sintiéndose a la defensiva de su madrastra—. Si no fueras tan malo con ella, lo verías por ti mismo.

Su hermano se mordió el labio.

—Eres solo una niña. Simplemente no lo entiendes.

No pasó mucho tiempo antes de que la amable enfermera regresara. Y con Adrienne ahora de pie, con las manos en las caderas y pareciendo lista para entrar en batalla, fue escoltada de vuelta a la sala de espera donde Julianna, con el rostro tenso y pareciendo enojada, había aparecido momentos después. Con un movimiento de su brazo, había agarrado la mano de Adrienne y la había arrastrado hacia el estacionamiento, Adrienne luchando por mantenerse al

paso de su madrastra.

—¿Julianna?

—Ponte el cinturón de seguridad, Adrienne.

Adrienne hizo lo que Julianna le indicó, el cinturón apenas en su lugar antes de que Julianna saliera marcha atrás del lugar de estacionamiento, los neumáticos chillando en protesta.

—¿Julianna? —preguntó de nuevo—. ¿Padre va a estar bien?

Su madrastra dio un tirón al volante y salió a toda velocidad del estacionamiento, haciendo que el coche se sacudiera al pasar por los topes, agitando una mano libre con desdén hacia un guardia de seguridad que le hacía señas para que redujera la velocidad. No respondió durante un largo rato. Para entonces ya estaban en la autopista, rumbo a casa, y Julianna había cortado el paso a varios conductores, provocando una cacofonía de bocinas en el proceso antes de escabullirse, pasando al carril rápido, y empujando el velocímetro más allá de los 120 kilómetros por hora y seguir acelerando, zigzagueando entre los coches mientras lo hacía.

—Tu padre necesitará cuidados, Adrienne. Necesitará atención de enfermería, ahora, y probablemente por el resto de su vida —pasó junto a otro coche, rozando su parachoques por centímetros, y Adrienne se encogió cuando el conductor bajó la ventanilla y le gritó al bonito coche deportivo rojo que casi lo había sacado de la carretera—. El médico está seguro de que nunca volverá a caminar. También habrá dolor. Probablemente severo, y por el resto de su vida. Gracias al daño nervioso —suspiró—. Parece que tendré que intervenir y hacerme cargo de la mayoría de sus negocios. Gracias a Dios que mi negocio familiar se maneja solo.

Como si de repente se diera cuenta de que estaba hablando con una niña de nueve años traumatizada por los eventos del día, miró a Adrienne. —Oh, querida, lo siento mucho. Ni siquiera pregunté por Rainier —redujo la velocidad del coche—. ¿Deberíamos volver?

—Lo vi —dijo Adrienne, soltando el agarre mortal que tenía en el costado de su asiento—. Tiene las dos piernas enyesadas.

—Bueno, ya es hora de cenar y dudo que hayas comido algo, ¿verdad? —Julianna asintió hacia la salida—. Nos detendremos a comer. Volveremos a la casa y veremos si puedes conseguir algo para mantener a Rainier ocupado por un tiempo. Va a estar postrado en cama durante semanas. Y tendré que contactar a un contratista para manejar las renovaciones.

—¿Renovaciones? —preguntó Adrienne, débilmente.

—Sí, la habitación grande en el lado este de la planta principal. La convertiré en una suite para tu padre. No podrá subir las escaleras, después de todo —continuó hablando, pero para Adrienne todo era estática. La habitación de la que Julianna estaba hablando había sido el estudio de arte de su madre. Todavía lo era. El sol había llenado la habitación con una luz natural por las mañanas, y mamá había pasado horas pintando y dibujando. Cuando habían regresado del hospital sin ella, había sido la única habitación en la que Adrienne pasaba horas, simplemente sentada, dibujando edificios y columnas, registrando los detalles de las ornamentadas tallas de madera sobre la chimenea, como lo hacía cuando mamá estaba viva. Nada había cambiado en esa habitación desde que mamá había muerto.

La mansión de estilo antebellum había estado en la familia durante casi medio siglo, y en la familia extendida durante un siglo antes de eso. Adrienne se sintió un poco enferma ante la idea de lo que Julianna podría querer decir con el término "renovaciones". ¿Qué pasaría con las obras de arte de su madre y sus suministros?

—¿Una suite? —preguntó, tratando de visualizar lo que Julianna podría querer hacer con la enorme habitación. La madera dentro de la habitación era toda original, las tablas del piso de

ciprés y roble. Su madre había tenido tanto cuidado, colocando un grueso hule para proteger los pisos, sus pinturas, pinceles y demás cuidadosamente colocados en los gabinetes.

—Sí. Necesitaré un baño instalado que sea completamente accesible para sillas de ruedas. Espero que no necesitemos quitar nada de la pared del lado norte para manejar las tuberías y el cableado —Julianna giró bruscamente hacia un estacionamiento frente a un restaurante de mala muerte—. Probablemente también necesitarán quitar esa monstruosa chimenea y repisa —los neumáticos escupieron grava antes de detenerse. Hurgó en su bolso, luego levantó la vista para ver la mirada de horror de Adrienne.

—Pero tú, no puedes, Julianna.

Una sombra cruzó el rostro de Julianna. Miró fijamente a Adrienne, inclinando la cabeza hacia un lado, y la expresión en su rostro perfecto heló a Adrienne. —¿Cómo dices?

—La, la, la habitación —intentó tartamudear una explicación—. Mamá me dijo que la chimenea es original y que la madera nunca ha sido pintada, no en más de 150 años. Es, es, es nuestro patrimonio —terminó en un susurro. Ya era bastante malo que fueran a despejar la habitación. En ausencia de mamá, al igual que cuando estaba viva, la habitación era un refugio, un lugar de paz. Un lugar en el que podía entrar y caminar silenciosamente, tocando las cosas que mamá había tocado, respirar el olor a pintura y aguarrás, observar la pintura que había volado hacia el hule debajo y lo había fijado en un rocío de berenjena, de rosa salmón y un sereno azul campestre.

¿Dónde recordaría a mamá? ¿A dónde iría cuando el mundo exterior se volviera demasiado complicado y ruidoso y sintiera que perdería su lugar en él? Y pintarla. Eso sería un pecado cardinal. Incluso padre nunca estaría de acuerdo si lo supiera.

Desde el momento en que había conocido a su madrastra, Julianna había sido amable. Adrienne nunca la había visto enojarse o frustrarse, ni siquiera frente al obvio desagrado de Rainier por su intrusión en su unidad familiar. La mirada en su rostro más temprano ese día, cuando el médico le había dicho cuán afortunado era que ni Rainier ni padre hubieran muerto, Adrienne ya se había convencido de que realmente no la había visto. Desapareció tan rápidamente, y podría haber significado cualquier cosa, realmente. Padre no se habría casado con cualquiera. No tan pronto después de perder a mamá. Julianna tenía su propio negocio, su propia riqueza, no necesitaba Cenac Shipping; ella también tenía su propio negocio.

Pero ahora, en el silencio del coche, Adrienne vio a alguien diferente. Esta no era la mujer que había reído y estirado la masa sobre el largo mostrador de mármol en la cocina. No era la que había compartido su lápiz labial una noche después de darle una manicura a Adrienne, a pesar de sus uñas mordidas y desiguales.

Y entonces, al igual que antes, la mirada desapareció, reemplazada por preocupación. Adrienne pudo escuchar una explosión de ruido proveniente del restaurante de mala muerte cuando la puerta se abrió de golpe, y una familia bajó apresuradamente los escalones, riendo y hablando, con una bolsa de sobras sostenida en las manos de uno de los adolescentes.

Julianna extendió la mano y tomó la de Adrienne entre las suyas. —Perdóname, Adrienne, no pensé. El arte de tu madre, sus materiales y... —dijo mientras cerraba los ojos, frotándose la frente con la mano libre—, ...hoy ha sido abrumador. Por supuesto que tienes razón, encontraremos una solución para que tu padre tenga un lugar que pueda acomodarlo sin cambiar la propiedad. Solo estoy entrando un poco en pánico. —Abrió los ojos y sonrió cálidamente a Adrienne, dándole un apretón afectuoso en los dedos—. Tengo hambre y estoy intentando resolver problemas. Nunca es una buena combinación. Comeremos y empacaré una bolsa para Rainier, con todas las cosas para que pueda entretenerse con sus videojuegos

mientras está postrado en el hospital, y hablaremos con alguien sobre la instalación de un elevador de silla. ¿Cómo suena eso?

Adrienne logró sonreír en respuesta. Este era un lado de Julianna que nunca había visto. Aunque, claro, su padre y su hermano casi habían muerto hoy.

Julianna está solo alterada, como yo. Excepto que ella no puede llorar o entrar en pánico, porque todos dependen de ella.

Aun así, la expresión en el rostro de Julianna continuó atormentándola mucho después de que terminaran de comer cangrejos de río, étouffée y gumbo en Big Sal's y regresaran a casa. Unas semanas después, tanto Rainier como Padre estaban en casa. Se sentía extraño. Rainier yacía en su habitación, confinado en casa, con solo las visitas del fisioterapeuta como compañía durante doce largas semanas mientras los huesos se soldaban lentamente.

Padre era un hombre cambiado. El empresario activo y siempre en movimiento reemplazado por una cáscara rota de un hombre. Rara vez usaba el elevador de silla, prefiriendo quedarse en el piso de arriba en la suite de habitaciones que compartía con Julianna. Adrienne pasaba por su puerta camino a su propia habitación al final del pasillo. Por lo general, lo encontraba mirando por la ventana, con el rostro flácido e inexpresivo.

Rainier pasó de la cama a una silla de ruedas y finalmente a muletas. La primavera dio paso al verano, y el verano se convirtió en otoño. Era casi hora de volver a la escuela, y Julianna le había prometido a Adrienne que la llevaría de compras para un guardarropa de otoño en Baton Rouge. Subió corriendo las escaleras para agarrar su bolso y se detuvo lentamente frente a la habitación de Padre. Rainier estaba allí en la puerta, observando, con los ojos preocupados.

—Toma demasiadas pastillas —murmuró. Padre estaba sentado, inmóvil, con la mandíbula floja y la mirada perdida.

—Julianna dice que lo ayudarán a sentirse mejor —protestó Adrienne.

—Claro, si quieres ser un zombi. —Frunció el ceño—. Ella le da demasiadas pastillas.

Adrienne permaneció en silencio. Una parte de ella pensaba que Rainier estaba equivocado, pero la persona en que se había convertido su padre la asustaba. Era como si aquel ejecutivo agudo hubiera desaparecido, reemplazado por el fantasma de un hombre que solo se parecía a su padre.

Al final, la voz de Julianna flotó escaleras arriba y Adrienne huyó, aliviada de dejar atrás a los fantasmas.

Hazte a Un Lado

Jack revisaba a Kaylee cada pocas horas durante la tarde y hasta bien entrada la noche. Su fiebre volvió a subir, respondiendo apenas a los medicamentos de venta libre.

Malcolm, que era confiable hasta la hora y el minuto, mantenía una vigilia en la silla fuera de la puerta de Kaylee, despertando a Jack cada vez que la temperatura de la chica superaba los 39 grados. Jack nunca había visto nada igual. Desde que Jack había traído a su hermano a casa hace diez años de la institución donde sus padres habían internado a su hijo menor, Mal había sido una presencia silenciosa en la casa destartada. Jack se había preguntado si Mal estaría mejor en un hogar grupal, rodeado de otros como él. Incluso le había preguntado a Malcolm si quería algo diferente, y su hermano menor había producido la misma respuesta cada vez.

NO FELIZ AQUÍ

¿Qué era la felicidad para Mal? Jack no podía detectar ni un ápice de ella en el rostro de su hermano. La única comunicación, la única señal, provenía del cuaderno de palabras magnéticas. A lo largo de los años, los cambios más pequeños en el patrón de Mal mostraban lo más significativo.

Cuando Alexandra, su último amorío a corto plazo, se había autoinvitado y hecho todo lo posible por mudarse, Malcolm había expresado su descontento deslizando las siguientes palabras al frente.

ELLA IR CASA AHORA

Ni siquiera se había molestado en cubrirlas. Cada mañana, sin falta, Malcolm le había mostrado las palabras a Jack hasta que, seis largas semanas después, Alexandra había puesto sus miras en un objetivo más fácil y mucho mayor. Había sido un alivio para todos los involucrados.

A Mal le agradaba Kaylee y mostraba preocupación por su bienestar. Bueno, eso era algo más que inusual. Era una buena señal, realmente. Y Jack asintió a su hermano mientras la última parte de la noche daba paso al brillante sol de la mañana. La temperatura de Kaylee seguía por encima de los 39 grados, y respondía lentamente a sus esfuerzos por hacerla beber más agua, apartándose antes de terminar el vaso.

El coche de Azure entrando en la entrada a las ocho y cuarto fue una sorpresa. Normalmente

llegaba unos minutos antes de las nueve, y Jack estaba seguro de que tenía que ver con la curiosidad de su asistente. A ella le importaba poco que la mantuvieran en la oscuridad sobre cualquier cosa.

Jack bajó las escaleras y la encontró en la puerta principal.

—Hazte a un lado, Jack —Reprimió una sonrisa. Azule tenía una personalidad enérgica. Si alguna vez se había preguntado quién era el verdadero jefe, reconoció la verdad entonces: era ella.

—Buenos días, Az.

—Bueno —dijo Azule mientras se giraba para mirarlo, con las manos en las caderas—, ¿quién es y dónde la tienes?

—Su nombre es Kaylee, y está arriba en la antigua habitación de Allie.

Azule asintió y se dirigió a las escaleras. Jack la siguió. En cierto modo, le aliviaba que Azule estuviera aquí. Ella sabría cómo bajar la fiebre de la chica o moriría en el intento.

Mientras Azule miraba a Kaylee, que seguía durmiendo, ajena a la atención que estaba recibiendo, la mujer mayor notó el termómetro y el vaso de jugo de naranja medio lleno. Malcolm entró, tablero en mano, y tocó a Azule con él.

FIEBRE ALTA TODA LA NOCHE HUYENDO NO HOSPITAL

Jack parpadeó. Era lo más que había visto comunicarse a su hermano en mucho tiempo. Y mostraba que también había estado al tanto.

Azule leyó las palabras y miró a Jack a los ojos. —¿En fuga...? —Negó con la cabeza—. ¿Y fiebre alta toda la noche? ¿Ustedes dos están tratando de matarla? —Hurgó en su bolso y sacó su teléfono celular.

—¿A quién estás llamando? —preguntó Jack, y ella le dirigió una mirada gélida, levantó la palma hacia él y se alejó al otro extremo de la habitación.

—¿Marley? Necesito a Diamond en la casa de Jack. Dile que se apure también. —Presionó el botón de Finalizar con la uña y sus ojos recorrieron la habitación—. Estará aquí en una hora.

—¿Quién? —preguntó Jack, desconcertado.

—El médico, por supuesto. —Azule se alejó—. Le dije que se apresurara, pero hay tráfico.

El hombre negro y bajo vestido con jeans raídos y una camiseta con Snoop Dogg estampado en el frente con las palabras "Pagué el costo para ser el jefe" no parecía un médico. A pesar de esto, instaló una vía intravenosa, completa con un soporte de suero plegable, con unos pocos movimientos rápidos y eficientes.

—Eh... —Jack dio un paso adelante mientras el hombre más pequeño envolvía una goma elástica alrededor del brazo de Kaylee.

—No se preocupe, estará bien. Estoy empezando con un cóctel de fluidos antibióticos —dijo el Doctor Diamond, su voz culta y tranquilizadora—. Una vez que esté despierta, haga que tome estos dos veces al día durante cinco días y llámeme si no ve mejoría para esta noche. Está recibiendo la primera ronda por vía intravenosa. —Dejó el frasco de pastillas en la mesita de noche. Jack pudo ver en la etiqueta que era un antibiótico común. El doctor cerró su maletín—. Serán mil por la visita a domicilio y los antibióticos. Dejé mi tarjeta allí por si me necesita de nuevo. Simplemente devuelva el soporte cuando pueda, Az, tengo repuestos.

Azule pasó junto a Jack y le entregó un pequeño fajo de billetes de cien dólares. —Gracias

por venir, D, dale mis saludos a tu mamá.

El hombre asintió y dijo: —Lo haré, Az. Oye, su cumpleaños es el sábado si puedes venir. Sé que realmente le alegraría el día si te pasaras. Estoy bastante seguro de que te quiere más que a cualquiera de nosotros, de todos modos. —Dirigió su mirada a Jack y le ofreció la mano—. Un placer hacer negocios con usted, Sr. Benton.

Jack estrechó la mano del hombre. —Gracias, Doctor. —Observó cómo el hombre salía de la casa, subía a una furgoneta que había conocido días mejores y se alejaba conduciendo.

—¿Quién diablos era ese, Az?

—Crecí con él —respondió Azule—. Lo conozco desde toda la vida. La casa de su mamá está justo al final de la calle. —Negó con la cabeza—. Diamond, él salió adelante, iba camino a ser un neurocirujano importante hasta que su primo fue y le pidió prestado el coche. Una semana después, detienen a Diamond. La policía quiere registrar su coche.

—¿Por qué querían registrar su coche? —preguntó Jack, interrumpiendo.

Azule le lanzó una mirada.

—Porque era negro, Jack. ¿Por qué más? Era negro, conducía un buen Mercedes en una zona elegante de la ciudad. Así que, por supuesto, querían registrar el coche. Y él pensó que no tenía nada que esconder, así que...

—Así que les dejó registrarlo, y...

Azule resopló.

—En realidad no tuvo elección; dijo que sí para que no le rompieran una luz trasera o algo peor —lo miró con una expresión que hablaba por sí sola y luego negó con la cabeza—. En fin, su primo había olvidado quitar toda la cocaína, o había intentado quedarse con parte del cargamento. Nunca supimos toda la historia porque el idiota murió de una sobredosis la semana después de que arrestaran a Diamond.

Jack parpadeó.

—¿Entonces tiene una condena por drogas?

Azule asintió.

—Cumplió cinco años, perdió su licencia, y ahora se encarga de la atención médica de personas que no pueden ir a un hospital sin levantar sospechas o hacer que las autoridades se involucren.

—Supongo que hace negocios con bandas.

Azule le lanzó otra mirada fulminante.

—Y con playboys millonarios que esconden a chicas guapas en sus casas de lujo. Diamond no hace preguntas; simplemente cuida de sus pacientes. Hace lo que le enseñaron a hacer: ser médico.

Jack asintió.

—Justo, Az —ella soltó un bufido y se echó el bolso al hombro.

—Lo saqué de la caja chica, para que lo sepas. Voy a ver qué más estropeaste en la oficina mientras estuve fuera. Ya sabes dónde encontrarme —salió de la casa sin mirar atrás, y él la vio dirigirse directamente a la oficina.

Miró a Mal. Los dedos de su hermano estaban ocupados con su tablero y carpeta llena de palabras.

**K MEJOR PRONTO
CANSADO
CAMA**

Jack asintió. Él también había dormido mal, pero Mal se había quedado en esa silla toda la noche.

—¿Quieres desayunar primero?

No hubo respuesta, ni siquiera un movimiento de cabeza. En su lugar, Malcolm bajó las escaleras, presionó el panel y desapareció dentro con un suave clic.

Jack volvió a mirar a Kaylee, dormida en la cama, con el goteo del suero en su brazo y los antibióticos en la mesita de noche.

No le estás haciendo ningún bien quedándote aquí mirándola como un maldito pervertido. Ponte a trabajar, Benton. Averigua quiénes eran esos tipos del otro día, sigue la pista, mantén a Kaylee a salvo y deja de pensar en ella. Es una cliente.

Eso es lo que se repetía a sí mismo, aunque ella no lo hubiera aceptado. Necesitaba ayuda, y eso es lo que él hacía. Kaylee no era una de esas modelos o aspirantes a actrices que podían oler el dinero a kilómetros. Estaba herida, traumatizada y ahora enferma. Una vez que se recuperara, la haría contarle por qué huía y de quién huía realmente. Y entonces podría ayudarla.

Cerró la puerta de la suite de invitados con suavidad. Ella había dormido durante la visita del Doctor Diamond, ni siquiera se había movido cuando la aguja penetró su piel, y él solo podía esperar que esto fuera lo que necesitaba.

Bajó las escaleras, deteniéndose en la cocina el tiempo suficiente para coger una manzana para calmar el hambre, y se dirigió a la oficina.

Azule lo estaba esperando. Parecía enfadada. Tenía las manos en las caderas y golpeaba el suelo con un pie mientras le soltaba sus preguntas. Eran las mismas preguntas que él se había estado haciendo durante los últimos dos días.

¿Quién era ella?

¿Cómo se hizo esas marcas en las muñecas?

¿De dónde venía?

¿Por qué ni policía ni hospital?

Jack levantó una mano, la falta de sueño le estaba pasando factura.

—Az, por favor, aún no tengo respuestas.

El pie de la mujer negra se movía cada vez más rápido hasta que prácticamente estaba dando pisotones.

—Bueno, ¿qué sabes?

Jack suspiró y se sentó en un sillón, cediendo el poder de la habitación a Azule, cuyos ojos ardientes mostraban que lo cuestionaba todo, incluyendo qué papel había jugado él en todo este lío.

—La encontré al lado de la carretera, a poco más de un kilómetro de la casa. Tenía moretones, rasguños y lesiones menores por un accidente de coche.

—¡Un accidente de coche! —exclamó Azule—. ¡Podría tener lesiones internas!

—Az, por favor, escúchame. Revisé si tenía lesiones. Está bien.

—Desde luego no parece estar bien, Jack —pronunció cada palabra, haciendo una pausa entre ellas para enfatizar. Jack no podía recordar la última vez que la había visto tan enfadada.

—La lluvia la empapó hasta los huesos. Hubo tormenta el sábado, ¿recuerdas? —Azule arqueó una ceja y no dijo nada—. Mira, probablemente pescó un resfriado por la exposición. No sé cuánto tiempo estuvo ahí fuera, pero había salido del accidente, subido el terraplén y estaba allí al lado de la carretera cuando pasé, ¿a la una o las dos de la madrugada?

Azule le hizo un gesto para que continuara y Jack lo hizo, explicando las primeras horas, su

pánico ante la idea de involucrar a la policía y los dos hombres que habían venido a la casa buscándola.

—¿Por qué no me contaste todo esto ayer?

—Estaba tan asustada cada vez, que solo necesitaba ganarme su confianza más que nada — Jack se encogió de hombros—. Parecía la mejor línea de acción.

—Pues no lo fue —dijo Azule, sus ojos aún enojados, con un destello de dolor filtrándose.

Y de repente, Jack lo entendió. Estaba preocupada por él, no solo por Kaylee.

Molesté a Az cuando la excluí y la mandé fuera. Mierda.

—Az, lo siento. Debería habértelo dicho. Debería haber confiado en ti y habérselo dicho también a Kaylee.

Azule levantó la barbilla, asintió y dijo:

—Disculpa aceptada.

Se sentó en la silla de su oficina con un suspiro.

—Me preocupé por esto todo el maldito día y noche, preguntándome qué estaba pasando para que no me dejaras entrar. Bueno, lo hecho, hecho está. Ahora tenemos que obtener esas respuestas, averiguar quién es esa chica, de dónde viene y qué demonios le pasó, antes de que alguien más venga husmeando y buscándola —golpeó sus largas uñas, pintadas de un verde metálico profundo, sobre la rica madera del escritorio—. ¿Crees que es de fiar?

Jack asintió, aliviado de que Az se centrara en Kaylee y no en él.

—Sí. Es joven, ¿quizás veinte o veintidós años?

Azule resopló.

—Esa chica no tiene ni un día más de diecinueve.

Jack se reclinó.

—¿Qué más notaste?

—Uñas manicuradas, cejas depiladas y su cabello podría estar teñido. Tiene las cejas oscuras, pero el pelo castaño con mechas rubias. Tendría que oírla hablar, pero apostarí a que viene de dinero, como tú.

Jack la miró boquiabierto.

—Vaya, Az, eso es mucho observar para solo unos minutos con ella.

—¿Qué llevaba puesto cuando la encontraste? —preguntó Azule, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Un vestido. Azul. Estaba bastante destrozado; lo tiré a la basura.

Azule se levantó y salió de la oficina sin decir palabra. Momentos después, estaba de vuelta.

—Gucci.

Jack se encogió de hombros; nunca se fijaba en las etiquetas ni en los precios.

—¿Y eso qué significa?

Azule le lanzó otra de sus miradas.

—La chica es una niña de papá, igual que tú, Jack Benton.

—¿Entonces, una víctima de secuestro? —reflexionó él.

Azule negó con la cabeza.

—No si tenía miedo de la policía.

Jack se frotó la frente. Se le estaba formando un dolor de cabeza y lo agotaba.

—No sé qué más podría ser entonces. Es demasiado joven para ser una esposa maltratada. Una víctima de secuestro no tendría miedo de la policía. Y está demasiado asustada para estar jugando o ser ella la que está tramando algo malo aquí.

—¿Y no te diré nada? —preguntó Azule, frunciendo el ceño.

—No, nada. Excepto que no quiere que me hagan daño —hizo una pausa—. Sus palabras fueron: "No quiero que nadie más muera por mi culpa".

Azule cruzó los brazos sobre su amplio pecho y miró al vacío.

—Necesitamos respuestas.

Jack asintió.

—Ciertamente las necesitamos.

En el Lugar Equivocado, en el Momento Adecuado

La habitación estaba en silencio, las voces que la habían llenado se habían ido. Kaylee abrió los ojos. La puerta estaba cerrada y las cortinas corridas. No estaba segura si era de día o de noche. Habían asegurado el tubo que iba desde la bolsa de suero hasta su brazo, y la bolsa estaba casi vacía. Consideró quitárselo. Sus dedos se movieron hacia el punto, listos para despegar el adhesivo, pero luego se detuvo. Si hubiera algo dentro destinado a mantenerla inconsciente, bueno, entonces no estaría despierta. Tal vez era para ayudar, no para lastimar.

Sus ojos se enfocaron en la botella junto a la cama y entrecerró los ojos para leer la etiqueta. Algo que terminaba en "cilina", lo que significaba un antibiótico. Debía haber estado más enferma de lo que pensaba.

Recordaba la presencia constante de Mal en el sillón fuera de su puerta. ¿Cuánto tiempo se había quedado allí? Había parecido una eternidad. Jack también había entrado y salido, hablándole, tranquilizándola. Kaylee se retorció incómoda ante ese recuerdo. Olía mal, estaba segura de ello, y eso no era nada atractivo. Quería levantarse, darse una ducha, sentirse limpia de nuevo.

Él era guapo. Varios de sus sueños lo habían incluido, y vaya, habían sido para mayores de edad.

¿Estoy realmente a salvo aquí?

Los hombres habían venido y él los había interceptado. Pero podrían volver. Se estremeció ante la idea. Era una situación imposible, de la que no parecía poder encontrar una salida. Si tan solo hubiera sabido esconderse o quedarse en silencio. Deseaba no haber escuchado lo que oyó, o no haber involucrado a Rainier. Si tan solo hubiera entendido la profundidad del peligro en el que esa conversación escuchada la pondría a ella y a la única familia que le quedaba en el mundo. Si tan solo hubiera comprendido cuánto estaba en juego.

Cerró los ojos mientras el recuerdo de ese momento volvía a ella. Todo comenzó, por supuesto, casi dos meses antes, con el funeral de su padre.

La mano de Julianna estaba cálida en comparación con la de Adrienne. La lluvia no había sido inusual, pero las temperaturas, normalmente cálidas a principios de mayo, habían sido inusualmente frías. Parecía apropiado para el lugar donde estaban, y Adrienne tembló bajo la carpa negra, moviéndose incómoda en la dureza de la silla de madera. Rainier estaba a su izquierda y Julianna a su derecha, el resto de los dolientes dispersos detrás de ellos, las sillas

medio vacías. La lluvia caía constantemente sobre la carpa, y Adrienne podía ver que la espalda del abrigo del ministro se estaba empapando mientras permanecía de pie, de espaldas a la lluvia, y ensalzaba las virtudes de un hombre que una vez había dirigido un imperio naviero. Julianna apretó la mano de Adrienne mientras el hombre, un extraño que no sabía nada de la lenta e inevitable caída en la adicción y la desesperación de la última década, continuaba hablando de "dedicación a su familia" y "visión de futuro" y todo lo demás.

—Basura, todo eso. ¿Quién es este tipo? —gruñó Rainier a su lado. Lo dijo en voz baja, pero fue lo suficientemente alto como para que Julianna lo escuchara, aparentemente. Su agarre sobre Adrienne se apretó.

Momentos después, el ministro los guio en una oración y Adrienne se secó los ojos e hizo todo lo posible por sonreír con gracia mientras los dolientes desfilaban, ofreciendo sus condolencias. ¿Qué importaba, realmente? Padre había estado prácticamente muerto desde el momento en que su coche se salió del acantilado hacía casi diez años. Mientras bajaban el ataúd a la tierra, podía sentir las lágrimas corriendo por sus mejillas. Por la muerte de su unidad familiar, la felicidad que una vez había llenado su hogar, y la pérdida ahora de ambos padres. Era huérfana.

Julianna le entregó un pañuelo y le frotó el hombro. Rainier lanzó una mirada oscura a la mujer y Adrienne se sintió mal. Incluso aquí, incluso ahora, su antagonismo hacia su madrastra era tan obvio. Para su mérito, Julianna nunca respondía ni se enojaba, y eso de alguna manera lo hacía todo peor a los ojos de Adrienne. Amaba a su hermano, pero ¿le mataría ser amable? ¿Ser educado?

Le lanzó una mirada a Rainier, y él apartó la vista. Los dolientes se habían dispersado y ahora los sepultureros esperaban, probablemente con la esperanza de que la lluvia amainara lo suficiente para que pudieran hacer su trabajo.

—Ven, están esperando que nos vayamos. Hay una recepción en la casa y los demás estarán esperando —Julianna tiró de la solapa de Adrienne, cerrando el abrigo negro a su alrededor—. Este clima nos enfermará a todos si nos quedamos aquí mucho más tiempo.

Adrienne se levantó y caminó con Julianna, solo para darse cuenta de que Rainier no estaba a su lado. Se volvió hacia atrás, y él negó con la cabeza.

—No voy. A ninguna de esas personas les importa. Apenas conocían a Padre.

Fue su mirada de angustia lo que pareció hacerle cambiar de opinión.

—De acuerdo, pero tengo un vuelo esta noche.

—Rainier, hay asuntos financieros que discutir. El testamento de tu padre y sus deseos —intervino Julianna.

—Los deseos de Padre eran que yo dirigiera el negocio después de su fallecimiento. Pero parece que tú lo manejas bien por tu cuenta, Julianna —Hizo un gesto con la mano cuando ella protestó—. Por favor, todos sabemos quién ha estado a cargo de Industrias Cenac desde el accidente, y probablemente incluso antes de eso. No quiero tener nada que ver con ello. Además, tengo exámenes finales la semana que viene.

Adrienne reprimió sus lágrimas. Lo había echado terriblemente de menos en los últimos dos años. El día que cumplió dieciocho años, apenas dos días después de la graduación, había sido el día en que se mudó. Se había matriculado en una universidad en la costa oeste, había elegido la biología marina como carrera principal y había evitado visitar su hogar durante las vacaciones dos años seguidos.

Se dijo a sí misma que era lo mejor. Había sido miserable desde que Padre se casó con Julianna, aún más después del accidente. Y aunque ella no había creído que su madrastra tuviera

algo que ver con el accidente, Rainier se había aferrado a esa idea, incluso había intentado que se investigara, lo que por supuesto no había llevado a nada.

Él había sido el más cercano a Padre. Y a medida que su único padre restante se desvanecía lentamente ante sus ojos, perdido en un mar de dolor y adicción a los analgésicos y su vida ahora severamente limitada, Rainier también se había alejado. Escapaba cada fin de semana a las casas de sus amigos y ya no quería que vinieran a la suya. Había sido difícil para ambos, pero mucho más difícil para Rainier.

—Rainier, por favor quédate esta noche —pidió Adrienne, con la voz entrecortada por la emoción—. ¿Por mí?

Su hermano miró al suelo. —Veré si pueden reprogramar el vuelo para mañana por la mañana. Pero no me quedaré para la lectura del testamento —lanzó una mirada fulminante a Julianna. Ahora estaban en el estacionamiento, y él se quedó quieto por un momento antes de mirar a Adrienne—. Te llevaré a casa, hermanita —había alquilado un coche que estaba a poca distancia del elegante Jaguar verde bosque de Julianna.

Julianna no dijo nada. Apretó el hombro de Adrienne y asintió, dándose la vuelta. Momentos después, siguieron su coche en silencio, con la lluvia aún cayendo y los limpiaparabrisas moviéndose constantemente.

—¿Cómo va la universidad? —preguntó finalmente Adrienne.

Rainier suspiró. —Va genial, en realidad. Me encanta estar allí. Deberías venir a visitarme este verano.

—Me gustaría. Mucho.

—¿Dónde piensas ir en otoño? —preguntó Rainier, sus dedos tamborileando un ritmo en el volante al compás de los limpiaparabrisas—. ¿Te decidiste por Cornell?

Adrienne tragó saliva, conteniendo las lágrimas que amenazaban con salir de nuevo. —No. Papá dijo que debería estudiar negocios en su lugar. Haré prácticas en Cenac este verano y entraré en Harvard en otoño.

Rainier frunció el ceño. —¿Y papá sugirió esto? ¿O fue Julianna?

—Bueno, por supuesto que fue papá, Rainier. Es decir, Julianna me lo dijo, pero solo estaba repitiendo lo que él había dicho.

—¿Y cuándo fue eso, Adrienne? —insistió su hermano, apretando los dedos en el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—No lo sé. Hace meses, supongo. Vamos, Rainier, sabes que todo lo que quiero crear es la era victoriana en edificios. Habría sido un desastre como arquitecta —se encogió de hombros—. Papá solo está cuidando de mí.

—Y Julianna consigue justo lo que quería —siseó Rainier—. Te está sacando del camino, igual que hizo con papá. Pasarás los próximos seis años en la universidad y volverás a un negocio que ni siquiera reconocerás.

—¡Al menos voy a volver a él, Rainier! Papá te quería a ti, no a mí. ¡Como si yo tuviera elección! ¡Como si a ti te importara! —Las últimas palabras salieron volando de su boca y se deshizo en lágrimas de nuevo. Lo último que quería era pelear con él. Rainier era la única familia que le quedaba. Por muy amable que fuera Julianna, no era mamá.

Entraron en el camino de entrada en silencio, y Adrienne secó sus lágrimas. Mientras se deslizaba fuera del asiento, Rainier dijo en voz baja: —No confíes en ella, Adrienne. No tiene tus mejores intereses en mente. No le importamos ninguno de los dos.

Un mes después, había entrado en Cenac, con su madrastra a su lado, por primera vez en años. Adrienne se había vestido con un traje de pantalón ajustado, uno de un nuevo guardarropa

completo. Julianna la había llevado de compras días después de que Rainier se hubiera ido sin decir una palabra más temprano por la mañana.

—Ahora, vamos a empezarte desde abajo, Adrienne. Una posición simple de chica para todo. Esto es solo por un corto tiempo, pero necesitas entender cómo funciona esta empresa, desde la base —dijo Julianna, radiante—. ¡Ese traje de pantalón te queda absolutamente encantador! Me alegro tanto de que fuéramos a White House Black Market; su línea te sienta bien.

Adrienne sonrió en respuesta. Se sentía incómodo, extraño. Había habido poco por lo que sonreír. La graduación del instituto se suponía que era el comienzo de todo, pero se había sentido tan anticlimática en su lugar. Sus amigos se iban a lugares lejanos, pero ninguno a Harvard, y ciertamente nadie estaba trabajando este verano como ella.

Una hora después, archivaba carpetas gruesas, todas alfanuméricamente, luego ayudaba al empleado de correo a entregar los sobres internos. Incluso había tomado notas en una reunión. En cierto modo, era justo lo que necesitaba. Recordaba con gran cariño cuando visitaba Cenac con su madre para almorzar con papá. Algunas caras eran familiares, pero mucho había cambiado en los años. El personal de apoyo, los guardias, los empleados de correo y la recepcionista de la entrada sonreían y le decían cuánto había crecido, pero las secretarías y muchos de los gerentes y otros altos cargos eran desconocidos, diferentes.

—¿Cómo fue tu primer día, Adrienne? —Julianna le sonrió desde el otro lado de la mesa. Era un pequeño bistró, uno que nunca había visitado antes. Julianna había pedido una ensalada de berros y pato asado. Adrienne se había decidido por un salmón a la plancha sobre arroz salvaje.

—Fue extraño volver allí. Solía ir a menudo con mamá y hacíamos un día de ello después de almorzar con papá —respondió Adrienne, picoteando su salmón—. Era familiar y a la vez no. Tantas caras desconocidas.

—La naturaleza de los negocios, querida. La gente viene, asciende, se va —dijo Julianna y se llevó un bocado de su ensalada a la boca.

—Papá solía decir que no creía que debiera haber nunca rotación. Mostraba que la empresa no estaba dispuesta a crecer con sus empleados, o viceversa.

Julianna parpadeó, y por un momento Adrienne vio un destello de algo moverse por su rostro. Desapareció al segundo siguiente cuando su madrastra sonrió y dijo: —Dios mío, no sabía que él había hablado del negocio contigo. Me alegra que recuerdes esa conversación. Augura un buen futuro para Cenac en tus manos, Adrienne. Una vez que hayas terminado tus estudios, por supuesto.

Adrienne le devolvió la sonrisa a su madrastra, las palabras de Rainier del día del funeral rebotando en sus pensamientos. Se concentró en su comida e intentó no pensar más en ello. Después de todo, Rainier nunca le había dado una oportunidad a Julianna, nunca se había encariñado con ella, y ciertamente no pasaba más tiempo en su presencia del que tenía que hacerlo. Tenía que estar equivocado. Simplemente tenía que estarlo.

La semana siguiente, sin embargo, lo cambió todo.

Adrienne se había movido de un departamento a otro, recibiendo breves resúmenes de cómo cada uno interactuaba con los demás. La emoción recorría su cuerpo. Esta sería su empresa algún día. Sus empleados. En general, todos eran amables y se tomaban el tiempo para responder sus preguntas, de las cuales tenía muchas. Los rostros desconocidos se encontraban predominantemente en posiciones de poder, y cuando preguntaba por sus predecesores, había pocas respuestas. Era como si simplemente hubieran desaparecido. Lo mencionó de nuevo con Julianna, solo para recibir un gesto desdeñoso y un comentario casual sobre cómo muchos

habían alcanzado la edad de jubilación. Tenía poco sentido. La mayoría de ellos tenían la edad de su padre y ciertamente no estaban listos para jubilarse. Y sus reemplazos tenían entre cuarenta y tantos y sesenta y tantos años, así que simplemente no cuadraba. Y si eso hubiera sido lo único diferente, Adrienne no le habría dado más vueltas. Pero la atmósfera en la empresa había cambiado drásticamente. Cuestionaba sus recuerdos una y otra vez, comparándolos con la realidad diaria mientras recorría los pasillos. Los gerentes eran educados, dispuestos a responder sus preguntas, pero podía sentir una reticencia, una pared casi invisible que se interponía entre ella y los demás. Era inquietante, y se preguntaba por qué su padre realmente había querido que ella ocupara su lugar aquí.

Era un jueves, a mediados de junio, cuando todo se vino abajo. Estaba trabajando en una pequeña oficina fuera de una sala de conferencias, archivando documentos, cuando escuchó las voces. Las reconoció al instante: ambos ocupaban altos cargos, y Julianna los había presentado como sus "manos derechas, porque en un mundo como este, ¡necesitas dos!"

—Hastings la cagó a lo grande, y si no nos ponemos al día con esto, estamos fritos —dijo Tom Denkins, con la voz quebrándose.

—Bueno, Julianna ya sabe que nosotros no la jodimos, así que hay esperanza —la segunda voz era áspera y pertenecía a Jerry Einsdale, el vicepresidente que su madrastra dijo que había contratado personalmente poco después del accidente de su padre.

Tom maldijo.

—Ella lo apresuró. Ordenó que se desechara, y pronto, y Hastings hizo lo que ella pidió, y ahora tenemos trescientos aldeanos muertos o muriendo con los que lidiar. Lo rastrearán de vuelta.

—No a nosotros. A Cenac —respondió Jerry con una risa corta y ladrante—. Ese era el plan desde el principio. Echarle toda la culpa a Gerard, entonces Julianna y el resto de nosotros salimos libres siempre y cuando nos deshagamos de la evidencia.

—¿Sí? ¿Y cómo diablos vamos a hacer eso? —preguntó Tom, elevando la voz—. La aldea está empapada en residuos tóxicos y las muertes van en aumento.

—La quemamos hasta los cimientos —respondió Jerry con calma, y Adrienne sintió que se le erizaban los pelos de la nuca—. Ataque táctico. Diremos que estaban escondiendo insurgentes, y los militares de ese país atrasado se encargarán del resto. ¿Por qué crees que ella donó millones a la campaña de Cruzar?

Adrienne no podía creer lo que estaba escuchando. Una parte de ella también temblaba de miedo. Si estaban dispuestos a matar a cientos de personas para encubrir algo, ¿qué harían si la encontraban?

—Entonces, ¿quemarla hasta los cimientos y eliminar el rastro que lleva a nosotros y a Cenac, y eso nos da tiempo? —la voz de Tom se había nivelado—. Maldición, eso es brillante.

Jerry se rio.

—No te metas con los mejores. Propondré el ataque, en caso de que ella no lo haya pensado ya, y el resto simplemente desaparecerá. Nadie va a construir una nueva aldea sobre los huesos de los muertos. Nadie descubrirá la fuente de los residuos tóxicos, y se disipará en el Pacífico lo suficientemente rápido. Luego volveremos al status quo por otros seis años, o más si esa chica es lenta en sus estudios.

Adrienne contuvo la respiración. Sintió que el frío se le colaba en los huesos. Estaban hablando de ella. Tenía que salir de aquí. Ahora. Miró alrededor de la habitación frenéticamente. Solo había una forma de entrar o salir, a través de la sala de conferencias que actualmente estaba ocupada por los dos hombres. Tampoco había dónde esconderse. Alcanzó su bolso, buscando el

teléfono en su interior. Tal vez podría llamar a la policía, o a Rainier, o... El cambio que había recibido por el refresco que estaba sobre el archivador tintineó. No era un sonido fuerte, y nada que debiera haber sido perceptible por encima de las dos voces... si todavía hubieran estado hablando. En cambio, el ruido había llegado en un momento de pausa en la conversación.

—¿Qué fue eso? —preguntó Tom, de repente alerta a su presencia. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Y Adrienne hizo lo único que se le ocurrió en ese momento.

Se deslizó los auriculares en los oídos, se dio la vuelta alejándose de la puerta, y se enfrentó al archivador tarareando como si estuviera en sintonía con la música. En los segundos antes de que la puerta se abriera de golpe, Adrienne rápidamente presionó Play en su música y metió el teléfono en su bolsillo, moviendo las caderas. Deslizó la carpeta en su ranura alfanumérica y, con el pulso acelerado, se giró para tomar la siguiente. Tom Denkins estaba allí mirándola fijamente y ella saltó ligeramente, luego se sacó el auricular que sonaba a todo volumen.

—¡Oh, hola!

Él la miró fijamente, y Jerry apareció detrás de él, con una sonrisa agradable pegada en su rostro. No llegaba a sus ojos.

Tom se había puesto pálido ligeramente, y ahora se sonrojó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Adrienne se forzó a poner una mirada vacía y medio aburrida en su rostro.

—Más de este aburrido trabajo de archivo. Es como... interminable —hizo una pausa y se esforzó por transformarse en una expresión confusa y algo molesta—. ¿Estaba, como, programada la sala o algo así? ¿Necesito volver más tarde?

Jerry sonrió más ampliamente, mostrando los dientes.

—No, no, para nada. Continúa.

—Está bien. Lo que sea —Adrienne se encogió de hombros, con el corazón martilleándole en el pecho, y se dio la vuelta, deslizándose el auricular en su oído y disimuladamente bajando el volumen a cero. Un momento después, los oyó irse. Se quedó allí durante segundos, tal vez minutos, tratando de calmar su ritmo cardíaco, de detener el temblor que se había apoderado de ella.

La fachada de trabajar para la empresa de su familia, el sueño de convertirse en su futura CEO se evaporó, y de repente todo lo que Adrienne quería era huir. Sacó su teléfono del bolsillo y marcó el número. Sonó tres veces antes de que se activara el buzón de voz. Esperó el pitido y dijo, con voz temblorosa:

—Rain. Tenías razón. Llámame de vuelta de inmediato —hizo una pausa por un momento, luego añadió—: Tengo miedo, Rain, te necesito.

Soñé Contigo

Sus labios rozaron los de ella, y ella le rodeó el cuello con los brazos. Tuvo que ponerse de puntillas para hacerlo, pero el calor de él y su aroma almizclado eran embriagadores. El beso se profundizó, y él gimió, su lengua entrelazándose con la de ella, sus manos recorriendo sus costados para agarrarla del trasero y levantarla, suspendida del suelo, empujada contra la pared fría y dura, su cuerpo tocando el de él. Ella podía sentirlo palpitando contra su vientre bajo.

—Adrienne —suspiró él, apartándose para mirarla a los ojos—. Te deseo.

Sus manos volvieron a sus caderas, la izquierda deslizándose por el borde de sus bragas, los dedos abriéndose camino hacia su clítoris mientras su boca se separaba de besarla, dirigiéndose hacia ese punto sensible detrás de la oreja. Ráfagas de sensaciones la atravesaban cada vez que sus dedos se movían y ella gimió, clavando sus uñas en su espalda mientras él continuaba acariciándola, provocando cada nueva chispa de sensación hasta que no pudo pensar en nada más allá de este momento, este hombre.

La sensación de su espalda fuerte y musculosa bajo sus dedos, sin un gramo de grasa, solo músculo puro, era embriagadora. Dejaba en ridículo a los chicos con los que había tonteado en el instituto. No le llegaban ni a la suela de los zapatos a Jack. Adrienne jadeó mientras sus dedos continuaban su búsqueda, empujándola cada vez más cerca del éxtasis.

El pájaro que aleteaba sus alas y graznaba ruidosamente cerca hizo añicos el sueño.

Kaylee parpadeó, se estiró y sintió un tirón en el brazo. La habitación estaba tenuemente iluminada; era el amanecer o el atardecer por lo que pudo ver a través de la abertura de la cortina, y la penumbra proyectaba largas sombras en la habitación. La puerta estaba cerrada, y notó con cierta alarma que había una bolsa de suero, ahora vacía, colgando de un soporte junto a su cama y un tubo que iba desde ella hasta un vendaje pulcramente colocado en su brazo.

¿Me drogó? Espera, esto ya estaba aquí cuando desperté antes, ¿no?

Su pánico disminuyó cuando leyó el lateral de la bolsa y examinó el frasco de pastillas. Antibióticos, un goteo salino, no drogas. Bueno, al menos, no malas, por lo que parecía. Quería quitarse el suero del brazo. Sus dedos sacaron suavemente la vía, luego la arrojó a un lado. Dolió más quitarse los vendajes, ya que se enganchaban en el vello fino de su brazo.

Se sentía... mejor. Menos aturdida, menos acalorada. La fiebre parecía haber pasado. ¿Habían llamado a un médico? Debieron haberlo hecho.

Necesito salir de aquí. Un médico hablará.

Balanceó las piernas fuera de la cama y se puso de pie. Una oleada de mareo la golpeó y se sentó de nuevo.

Bueno, así que no estoy completamente recuperada todavía.

El mareo disminuyó y en su lugar fue reemplazado por dos cosas: olor corporal y un estómago rugiente, ninguno de los cuales podía arreglar sentada al borde de la cama. Se puso de pie, tambaleándose un poco, pero sintiéndose menos mareada. Necesitaba una ducha. Afortunadamente, había una a solo quince pies de distancia.

Kaylee miró su ropa. Todavía llevaba puestos los pantalones y la camisa prestados. Esperaba que estuviera bien tomar prestado algo más. Momentos después, con la ropa descartada en un cesto, se apoyó contra los fríos azulejos de la ducha y dejó que el agua cayera en cascada sobre ella. El calor del agua era vigorizante, y se sentía mejor que nunca. Más fuerte. Era lo más cercano al éxtasis que iba a conseguir. Fuera del sueño que aún persistía en su mente, claro. Todavía podía sentir la boca de Jack sobre la suya. Sus dedos, su... Kaylee se estremeció de deseo. El hombre era innegablemente atractivo. En otro lugar o tiempo, ¿actuaría según sus deseos? Sin duda alguna.

Kaylee se mordió el labio inferior, cerró los ojos, y sus dedos viajaron hacia ese botón sensible, su propio dedo trazándolo suavemente, imaginando que era Jack allí en la ducha con ella. Frotó más fuerte, más rápido, y el agua continuaba cayendo por su cuello, formando una tienda sobre su mano, arremolinándose alrededor del desagüe. Vio los fuegos artificiales estallar detrás de sus ojos cuando llegó al clímax y los abrió, solo para encontrar a Jack allí de pie, con la boca abierta, sus ojos recorriendo su cuerpo de arriba a abajo por un breve segundo antes de girar sobre sus talones y darle la espalda.

Kaylee jadeó, alcanzando la pequeña toalla en el mango, como si eso fuera suficiente para ocultar su cuerpo de él.

—Me disculpo —dijo él, con la mano levantada en señal de defensa—. Acabo de despertar, escuché el agua corriendo y no estaba pensando. Yo, um, bajaré ahora mismo.

El rostro de Kaylee se sentía sonrojado y caliente. Él la había pillado en la ducha. Eso ya era bastante malo. Pero ¿pillarla masturbándose? Y, Dios mío, ¡masturbándose con su sueño sobre él!

Cerró el agua, salió de la ducha y agarró una toalla antes de asomarse por la puerta abierta. El dormitorio estaba vacío, la puerta del pasillo firmemente cerrada. Se secó con la toalla y eligió un atuendo del armario. Quien fuera que hubiera ocupado esta habitación antes que ella, había sido de la misma talla, incluso hasta el tamaño de zapato. Su mente brevemente se detuvo en un repentino pensamiento paranoico.

¿Tenía todo esto preparado para mí? ¿Es todo esto una elaborada artimaña de Julianna para descubrir lo que sé o qué evidencia podría poseer?

Y tan rápido como vino, se dio cuenta de que realmente estaba siendo paranoica.

¿Completo con un hermano autista y una casa que obviamente pertenecía a alguien con considerable riqueza? Claro.

Era mucho más probable que Jack fuera simplemente quien decía ser. Que era rico era obvio. Hablaba, caminaba y actuaba como todos los demás con los que ella había crecido. Mientras se ponía los pantalones de yoga, el top corto y un suéter ligero, se preguntó si esto era a lo que se refería cuando dijo que "solía" tener otros hermanos además de Malcolm pero ya no los tenía. ¿Estaba usando la ropa de una chica muerta? Sintió un escalofrío de incomodidad con ese pensamiento, pero luego sus pensamientos volvieron a él entrando al baño, viéndola desnuda, con sus dedos entre sus...

Me estaba mirando fijamente. Debería sentirme asqueada por eso, pero no lo estoy.

En su lugar, la dejó avergonzada y extrañamente excitada. Sus dedos se ralentizaron y se

detuvieron mientras se agachaba para atar los cordones de los zapatos que había encontrado pulcramente ordenados en los estantes inferiores del armario. Se sentía horriblemente cohibida. ¿Podría realmente bajar allí y mirarlo a los ojos? Quizás podría simplemente hacer una carrera hacia la puerta.

Muy bien. Sal corriendo de la casa de este hombre. Después de todo, este es probablemente el único lugar seguro en el mundo para ti ahora mismo. Pueden rastrearte con el primer uso de una tarjeta de crédito. La policía parece estar involucrada en esto, y todas las personas que amas están muertas.

Terminó de atarse los zapatos y se puso de pie. La verdad del asunto era que no sabía hasta dónde se extendía el alcance de Julianna. Y no estaba dispuesta a arriesgar las vidas de sus nuevos amigos para averiguarlo.

Acéptalo, chica. Ni siquiera puedes decirle tu verdadero nombre. Así de asustada estás.

Se levantó y se alisó la ropa, pasó los dedos por su cabello húmedo y dejó escapar un largo suspiro.

La persona que eras. Está muerta. Adrienne Cenac está muerta, o casi.

Todo lo que importaba ahora era sobrevivir. De alguna manera, tenía que desaparecer. Completamente. ¿Cómo iba a hacer eso sin acceso al dinero de su familia?

Kaylee se dio cuenta de que había estado parada allí, inmóvil durante varios minutos. Su estómago gruñó, y se encogió de hombros.

Hora de alimentar a la bestia y encontrar una salida a esto.

Caminó hacia la puerta, la abrió de golpe y recorrió el pasillo antes de perder el valor. Jack estaba en la cocina, con verduras chisporroteando en una sartén y tocino en otra. Sintió un rubor de calor subir por su cuello y rostro. Hizo una pausa en las escaleras, luego cuadró los hombros, bajó y se deslizó en un asiento en la barra del desayuno. Jack se volvió hacia ella.

—Kaylee, lo siento tanto...

Ella levantó la mano para detenerlo, sus ojos evitando los de él.

—Por favor, está bien, de verdad —pudo sentir su propio rubor comenzar de nuevo—. Olvidemos que alguna vez sucedió, ¿de acuerdo?

—Claro, está bien —se dio la vuelta, de regreso a la estufa—. Estoy preparando omelettes de nuevo. Honestamente, es la única comida que se me da bien.

Kaylee sonrió a su espalda.

—Haces un omelette excelente.

La sonrisa que le dirigió antes de volver a su trabajo la hizo sentir débil de las rodillas. Era traviesa y dulce, todo en uno. ¿Era de extrañar que hubiera tenido un sueño tan subido de tono con él?

—Me... me alegro de ver que te sientes mejor —dijo, mirándola de reojo. Sus mejillas ardieron. Él estaba actuando con normalidad, excepto por una torcedura de los labios, y ella se rió primero, con la cara entre las manos. Cuando miró hacia arriba, él estaba sonriendo de una manera que convertía sus entrañas en gelatina.

Antes de que pudiera detenerse, las palabras salieron de su boca.

—Tuve un sueño y tú estabas en él.

Él apagó los quemadores y se volvió lentamente hacia ella. Sus manos sostenían su peso mientras se inclinaba sobre la encimera, acercándose más a ella de lo que había estado desde aquella primera noche cuando la llevó dentro de su casa. Tan cerca, podía ver la sombra de vello en su mejilla, cuello y barbilla. Sus labios parecían tan besables como en su sueño, con una inclinación pícara en una esquina de su boca. Su sonrisa había desaparecido, reemplazada por

una mirada intensa que convertía sus entrañas en gelatina.

—¿Ah, sí?

De repente, parecía que no había suficiente aire en la habitación. Su cuerpo vibraba mientras observaba su mirada deslizarse desde su rostro hasta su top corto, antes de detenerse en el piercing de su ombligo. El que ella y Sydney se habían hecho el mismo día el verano pasado justo antes de que comenzara su último año.

No confiaba en sí misma para hablar. En realidad, no podía hablar. Sus ojos, marrón oscuro con motas doradas, provocaron una sonrisa sexy que se deslizó por sus labios.

Kaylee se preguntó si él iba a preguntarle si eso era en lo que estaba pensando cuando la atrapó allí en la ducha, pero no lo hizo. En cambio, dejó que el momento entre ellos se extendiera, se alargara y se intensificara. De repente, a Kaylee no le importaba un carajo quién la perseguía, o cómo habían sido los días antes de conocerse. Sus ojos se encontraron.

Él la había visto desnuda. Y no solo desnuda sino... tocándose. Se acercó más, a pocos centímetros ahora, y sus labios se entreabrieron ligeramente, revelando un conjunto de dientes perfectos y blancos.

—¿Qué dirías si te dijera que yo también tuve un sueño contigo?

El cuerpo de Kaylee reaccionó, el zumbido dentro de ella aumentando, buscando en su mente algo ingenioso o sexy que decir. Sentía, no, *sabía* que estaba fuera de su liga. Él le llevaba al menos diez, quizás incluso quince años, y sabía que innumerables mujeres probablemente habían calentado su cama. ¿En comparación? Ella se había puesto cachonda con solo dos chicos. Y habían sido chicos, no hombres.

Si el momento no hubiera sido interrumpido por dos razones muy anticlimáticas, Kaylee sabía que se habrían entregado a otras actividades mucho más deliciosamente pecaminosas. Pero justo cuando sus labios se cernían a milímetros de distancia, su estómago arruinó el momento gruñendo ruidosamente. La repentina aparición de Malcolm selló el trato cuando eligió ese momento para salir de su guarida en el sótano con un pequeño crujido y clic de la puerta.

Si el hermano de Jack notó lo rápido que Jack y Kaylee se apartaron el uno del otro, o lo rojas que se pusieron las mejillas de Kaylee, su rostro no lo demostró. Con su carpeta bajo un brazo, Malcolm se deslizó en su asiento habitual, colocó la carpeta en la barra del desayuno y comenzó a sacar palabras para agregarlas al frente magnético. Se lo deslizó hacia ella y le lanzó una mirada de reojo.

K MEJOR

¿SÍ?

Kaylee sonrió, tratando de enfriar sus mejillas ardientes con los dedos.

—Sí, Mal. Me siento mejor. Gracias por preguntar.

Jack, que había vuelto a cocinar, se volvió para darle una sonrisa de aprecio, asintiendo ligeramente, como si aprobara.

Las manos de Malcolm estaban ocupadas sacando palabras una vez que guardó las primeras.

¿K GUSTA JUEGO PALABRAS?

—¿Juego de palabras? —Kaylee se volvió hacia Jack, cuestionando, con las cejas levantadas.

—Mal quiere saber si te gusta jugar al Scrabble. Está loco por él. Está bien si no quieres; acepta bien el rechazo —explicó Jack mientras rompía huevos y los batía juntos.

Kaylee sonrió y aplaudió, volviéndose hacia Malcolm.

—Resulta que *adoro* el Scrabble, Mal. Solía jugarlo con mi madre y mi hermano. Me encantaría jugar una partida contigo más tarde.

Estaba captando las señales de Mal. No era fácil. Para la mayoría de la gente, podría parecer que no tenía expresión alguna en el rostro, pero el más mínimo destello de emoción se mostraba, si uno prestaba atención. Una diminuta chispa de sonrisa apareció y desapareció con la misma rapidez, junto con un asentimiento de cabeza casi imperceptible.

Kaylee sabía que debería pensar en marcharse de allí. Necesitaba un plan. Necesitaba encontrar un lugar donde esconderse, para empezar de nuevo, si era posible. Algún sitio donde nadie pensara en ella, donde nadie supiera quién era. Pero la idea era tan abrumadora, realmente aterradora. Había jugado al Scrabble con su madre y, más tarde, con Rainier. Era una serie de recuerdos felices que significaban mucho más para ella de lo que podía expresar con palabras. Debería pensar en irse de allí, antes de que el peligro se abatiera sobre todos ellos, pero en unos minutos, lo único en lo que Kaylee podía pensar alternaba entre besar a Jack y jugar una partida de Scrabble con Mal.

Jack deslizó un plato con una tortilla perfecta frente a ella. La miró a los ojos al hacerlo, y su estómago dio un vuelco ante la intensidad de su mirada. Casi lo había besado. Y ahora mismo, si Mal no hubiera estado allí, habría agarrado su camiseta de seda negra y se habría lanzado. Kaylee guardó ese deseo con esfuerzo y apartó la mirada de Jack, hacia la comida. Su estómago volvió a rugir.

—Esto se ve divino. Gracias, Jack —hundió el tenedor y trató de no reaccionar cuando él rodeó la mesa y se deslizó en el asiento junto a ella, rozando su hombro con los dedos al hacerlo. Ella tembló ligeramente en respuesta; sus nervios encendidos, sensibles al más mínimo toque.

—Azule llegará pronto —dijo él, y cortó un trozo de su propia tortilla con el tenedor—. Tenemos una reunión temprano. Una llamada de conferencia con una de nuestras oficinas en la Costa Este.

Kaylee se puso rígida, llenándose de ansiedad nuevamente. Dejó el tenedor.

Jack puso una mano sobre la suya para tranquilizarla.

—Puede que no lo recuerdes, pero Az se encargó del médico. Ella no dirá nada, y el médico tampoco. Te lo prometo.

—¿Ya sabe de mí? —preguntó Kaylee, con las últimas cuarenta y ocho horas siendo mayormente un borrón debido a la fiebre.

Jack sonrió, su mano aún sobre la de ella, cálida y fuerte.

—Sí, de hecho, te vio. Le molestó bastante que la enviara a casa el lunes en lugar de confesar —hizo una mueca—. No hay mucho de mi vida que ella no sepa. Su familia ha trabajado para la mía durante las últimas cuatro décadas, posiblemente más, y confío en ella implícitamente.

Sentada allí, con su mano envuelta en la de él, Kaylee se sentía dividida entre querer que la abrazara y la mantuviera a salvo, o que la besara e hiciera mucho más que eso. Su estómago gruñó de nuevo, y sus mejillas se pusieron rojas.

—Ay, Dios mío, en serio —fulminó con la mirada a su barriga y Jack se rio y le soltó la mano.

—Es una buena señal —dijo él, con los ojos brillantes— que hayas recuperado el apetito. Come.

Kaylee tomó el tenedor y cerró los ojos cuando el primer bocado de tortilla se deslizó en su boca. No pudo evitar preguntarse qué más podría hacer él además de servir tortillas deliciosas, tentadoras y perfectas.

Esas manos, por ejemplo. Unos dedos tan largos y diestros.

Las Paredes Tienen Oídos

Rainier no la llamó ese día.

Adrienne alegó tener una migraña a la mañana siguiente, con un paño frío sobre los ojos. Cuando Julianna tocó a su puerta, con las llaves tintineando en su mano, Adrienne se sintió como si de verdad estuviera interpretando un papel. No había dormido en absoluto. Le palpitaba la cabeza y el estómago se le revolvía mientras la puerta se abría con un chirrido.

—Oh, cariño, te ves fatal —dijo Julianna, su voz empalagosa de preocupación. Adrienne se preguntó si su madrastra siempre había sonado tan falsa y si simplemente no lo había notado, no había querido creerlo.

Que Rainier tenía razón desde el principio. Que es una mentirosa, que no le importo yo ni Rainier, ni siquiera papá.

Su mente la había llevado a lugares muy oscuros anoche.

—Quizás debería quedarme. ¿Tal vez llevarte al médico?

Eso era lo último que Adrienne quería.

—No, estaré... estaré bien. Solo necesito descansar —podía sentir las náuseas aumentando mientras Julianna se acercaba—. Estaba leyendo algunos programas de estudio para mis clases de otoño y supongo que no debería haber leído en la oscuridad. Es solo un horrible dolor de cabeza. Me tomé dos aspirinas hace unos minutos. Estaré... estaré bien en unas horas.

No podía ver la cara de Julianna, ya que la suya estaba cubierta con el paño húmedo, pero su madrastra pareció convencida. Retrocedió hacia la puerta.

—Te traeré una taza de té. Siempre me ayuda con mis dolores de cabeza. Vuelvo enseguida —Adrienne pudo oír los pasos de Julianna, decididos y rápidos, mientras se alejaba antes de que pudiera objetar. Unos minutos después, pudo oír a su madrastra subir las escaleras, hacer una pausa por un momento y luego caminar el resto del pasillo.

—Vamos, cariño, siéntate y bebe esto. Te garantizo que te ayudará.

Adrienne odiaba la idea de tener a Julianna en su habitación, pero estaba claro que su madrastra iba a insistir, así que se sentó y entrecerró los ojos, el dolor de cabeza intensificándose en la tenue luz. Julianna se había vestido de rojo de pies a cabeza. Adrienne recordó que tenía un conjunto importante de reuniones hoy. Lo había mencionado durante la cena, hablando sin parar sobre posicionamiento global y nuevos contratos. Estaba allí de pie, con una sonrisa en los labios, el lápiz labial rojo sangre a juego con su traje, y tacones de aguja para rematar.

No es de extrañar que papá se enamorara de ella. Del brazo, formaban la pareja de poder por excelencia.

Julianna le entregó la taza de té.

—Le añadí un toque de leche. Es una mezcla especial y te prometo que si te bebes esto, en un par de horas te sentirás como nueva —sonrió ampliamente, sus dientes perfectos y blancos deslumbrantes.

¿Estaba realmente involucrada? ¿Dirigiendo esto? ¿Realmente quería que todos esos aldeanos murieran? Parecía imposible.

Adrienne tomó la taza y dio un sorbo. Las notas florales sabían extrañas con la leche, y había un regusto amargo. Arrugó la nariz y Julianna se rio.

—No está tan mal, Adrienne. Son todas hierbas y flores chinas. Muy buenas para ti. Bébetelo todo.

Se sentó al lado de la cama y Adrienne se forzó a tragar otro sorbo. Sabía menos desagradable que el primero. Quería que Julianna se fuera para poder intentar llamar a Rainier de nuevo. Y era obvio que su madrastra no se iría hasta que se lo terminara todo. Tres grandes tragos más y terminó, quedando un fino sedimento blanco en el fondo. Adrienne lo removió con la cuchara y negó con la cabeza.

Julianna volvió a reír y le dio una palmadita en el hombro.

—Suficiente. Te sentirás bien. Volveré a casa al mediodía para ver cómo estás.

El calor del té estaba calmando su estómago y extendiéndose por el resto de su cuerpo en un suave resplandor. Adrienne se recostó sobre las almohadas, su cabeza ya sintiéndose confusa, lenta. Sus ojos se cerraron y los abrió para ver a Julianna observándola, las comisuras de su boca curvadas hacia arriba, satisfecha.

—Descansa un poco —dijo y colocó suavemente el paño húmedo sobre los ojos de Adrienne. Adrienne bostezó y oyó los tacones de Julianna resonar en el suelo de madera del pasillo mientras cerraba la puerta del dormitorio con suavidad y luego se alejaba.

Sus ojos se sentían pesados. Todo su cuerpo se sentía lento, confuso, y mientras los ojos de Adrienne se cerraban, pudo oír a Julianna hablando. No era con ella y no había nadie más en la casa. Intentó concentrarse en las palabras, trató en vano de abrir los ojos, de sentarse, pero no pudo. Mucho antes de que el sonido del Jaguar de Julianna cobrara vida y se alejara, Adrienne ya había caído en la inconsciencia.

Fue arrancada del sueño por la voz de Rainier y sus manos en sus hombros sacudiéndola.

—¡Adrienne! ¡Adrienne, despierta! —La luz del sol se derramaba por sus ventanas, y Adrienne parpadeó aturdida, confundida.

—¿Rainier? ¿Qué haces aquí? —Intentó sentarse y se inclinó hacia un lado, sus extremidades flojas, poco cooperativas. Su hermano la estabilizó.

—Me llamaste. Ayer.

—Sí —asintió lentamente. ¿Por qué lo había llamado? ¿Por qué se sentía tan cansada?—. Yo, um, escuché esta conversación, y... —¿Por qué se sentía tan aturdida? ¿Y confundida?—. ¿Qué hora es?

—Casi mediodía. He estado llamando y llamando desde que el avión aterrizó.

—Oh. No sabía que venías de visita —dijo Adrienne, sintiéndose espesa y estúpida. Apenas podía pensar y era imposible concentrarse—. Julianna volverá a casa para almorzar —estaba despertando más ahora, y sus palabras sonaban arrastradas, lentas.

Rainier se alejó de ella, recogió la taza de té vacía y la miró fijamente.

—¿Qué te dio?

—Té.

—Sí. Té y algo más. Maldita sea. Tenemos que irnos. Ahora —se levantó y caminó hacia su

armario y abrió las puertas.

Adrienne se incorporó. Se había inclinado en el momento en que él la soltó, mareada y cansada. Todo se sentía incómodo.

—¿Qué estás haciendo?

—Tratando de encontrar algo para que te pongas. Necesitas vestirte. Ahora, Adrienne. Tenemos que irnos.

Deseaba que él fuera más despacio. Era tan impaciente y se movía demasiado rápido. Arrancó un puñado de ropa de las perchas y se la lanzó. Adrienne intentó atraparla, pero cayó al suelo a unos centímetros de sus dedos.

—¿Podrías esperar un minuto? No puedo, no puedo pensar.

—No me sorprende —dijo Rainier, y le quitó las sábanas de encima y la puso de pie, agachándose para meter su ropa hecha un ovillo bajo el brazo—. Te tiene drogada hasta las cejas. Igual que hizo con papá. —Le tomó la mano y tiró de ella—. Vamos, puedes vestirte en el coche.

—¿Qué? Espera. Al menos déjame coger ropa interior limpia. —Adrienne podía oír su voz ahora, su cerebro despertándose más rápido que su cuerpo o su boca. Definitivamente arrastraba las palabras y estaba tan cansada que le costaba mantener los ojos abiertos. Se alejó de él y se tambaleó hacia la cómoda para coger un sujetador y unas bragas. Cuando se dio la vuelta, Rainier estaba de pie, con su ropa bajo un brazo y su bolso agarrado en la mano izquierda.

—Dios, vale, me cambiaré en el coche. —Puso los ojos en blanco. Todo parecía bastante dramático. Incluso si lo que Rainier decía era cierto, lo que fuera que corría por sus venas se sentía bien. Dejó que su hermano la apresurara por el largo pasillo, bajando las escaleras y hasta su coche de alquiler. El sol estaba alto en el cielo y el aire era caluroso y húmedo. Su dolor de cabeza había desaparecido. Al menos Julianna había tenido razón en eso. No se resistió cuando Rainier la metió en el asiento del copiloto y cerró la puerta. Su prisa por alejarse de la casa era evidente cuando el coche arrancó bruscamente y las ruedas giraron momentáneamente sobre el asfalto. Salieron a toda velocidad de la entrada, con Adrienne bien sujeta con el cinturón, sintiéndose bastante expuesta con solo su top corto y sus pantalones cortos de pijama cubriéndola.

—No miraré. —Rainier señaló el montón de ropa entre ellos—. Solo vístete. Te llevaré a un Starbucks, te daré algo de café para que expulses los medicamentos de tu sistema.

—¡Al menos frena primero! —protestó ella, e inmediatamente el coche redujo la velocidad cuando su hermano levantó el pie del acelerador—. ¿A dónde vamos, de todos modos? ¿Y por qué tuvimos que salir de la casa?

—Porque las paredes tienen oídos, hermanita. Y ya no estás segura allí. Tal vez nunca lo estuvimos realmente. —Mantuvo el volante estable mientras ella se quitaba el pijama y se ponía la ropa que él había agarrado de su armario. Tan pronto como se volvió a abrochar el cinturón, aceleró—. No quiero cruzarnos con ella en la carretera.

—¿A dónde me llevas, Rainier? —exigió Adrienne, sintiéndose más despierta a cada momento. Su cuerpo se sentía extraño, entumecido y como... flotante. ¿Qué diablos le había dado Julianna? Se preguntó si habrían sido algunos de los analgésicos de su padre. Todavía había un enorme frasco de ellos en la suite de Gerard y Julianna. Recordó cómo los pasos de Julianna se habían detenido por un momento y luego reiniciado por el pasillo, moviéndose más lento de lo normal. ¿O se lo había imaginado?

—Al aeropuerto —respondió él.

—¿Qué?

—¿Qué descubriste? ¿Era sobre papá? —preguntó, saliendo de la autopista hacia una

carretera secundaria que llevaba al Starbucks más cercano. Adrienne miró hacia abajo y se dio cuenta de que no tenía zapatos.

—¿Sobre papá? No. —Miró sus pies descalzos—. Tenemos que volver a la casa. No tengo zapatos.

Rainier miró sus pies descalzos y maldijo mientras giraba bruscamente el volante hacia el estacionamiento. Las ruedas del coche subieron a la acera y el vehículo se sacudió. —Te compraré zapatos de camino al aeropuerto. —Entraron en el autoservicio y él la miró—. ¿Lo de siempre?

—Hazlo venti en lugar de grande.

Sonrió y pidió para ambos, luego avanzó hacia la ventanilla.

—Entonces, ¿esto no es sobre papá? —insistió, pareciendo confundido.

—No. ¿Por qué sería sobre papá? —Adrienne frunció el ceño mientras esperaba que Rainier pagara los cafés y le entregara su vaso. Dio un sorbo suavemente mientras él se alejaba de la ventanilla, con su propio vaso precariamente colocado entre sus piernas.

—Porque sé que Julianna lo mató. Simplemente no puedo probarlo —dijo, conduciendo el coche fuera del estacionamiento y esperando una oportunidad para incorporarse a la carretera principal.

—¡Rainier, eso es una locura! —Dio un sorbo. Estaba caliente, pero el café alejó la sensación de aturdimiento que aún sentía. Sus extremidades y el resto de su cuerpo estaban saliendo de ese estado, pero todavía se sentía suelta, incluso drogada. Como aquella vez que había fumado marihuana con Sydney detrás de las gradas después de la escuela. Había odiado esa sensación, su cuerpo de repente descoordinado, su mente nublada y lenta.

Rainier le lanzó una mirada que gritaba "niña tonta" y se incorporó hábilmente a un espacio libre. —Bueno, entonces ¿qué descubriste?

Adrienne le contó sobre la conversación que había escuchado a escondidas y cómo lo había disimulado con los auriculares fingiendo escuchar música a todo volumen.

—Hmm. —Rainier pareció reflexionar sobre ello en su mente—. Esto tiene sentido, en realidad. Pensé que se había casado con papá por su dinero, pero ahora me pregunto si no fue por otra cosa.

Adrienne tomó otro sorbo del café caliente y deseó que la niebla se despejara. —¿El control de la empresa?

—Sí. Y la capacidad de usar Cenac como tapadera para algunos negocios mucho más oscuros. —Rainier asintió, pensativo—. Necesitamos llegar a California y hablar con Lincoln.

—¿Lincoln? ¿Quién es Lincoln? —Adrienne se sentía desconectada. Hubo un tiempo en que conocía a todos y cada uno de los amigos de Rainier. A menudo, las hermanas o hermanos menores de sus amigos también habían sido amigos de ella. Nunca había oído hablar de un Lincoln.

—Es un amigo. Un par de años mayor que yo. Acaba de graduarse con un título en Periodismo —explicó Rainier, mientras el coche se incorporaba a la rampa que llevaría al aeropuerto—. Me ha estado ayudando a investigar la muerte de papá.

—Pero papá murió por complicaciones del accidente de coche, Rain. —Adrienne sentía como si hubiera entrado en la Dimensión Desconocida. Seguro, Julianna estaba tramando algo malo en Cenac, podía verlo, pero ¿matar a alguien? Eso era extremo.

Rainier apretó los dientes. —Hermanita, te quiero, de verdad que sí. Pero eres irritantemente optimista. Antes de recibir tu llamada, Lincoln acababa de conseguir registros que muestran que Julianna tenía dos médicos diferentes recetando medicamentos a papá que podrían ser mortales al

mezclarse. Tenemos los frascos de las recetas, solo necesitaba esos registros, y Lincoln los encontró. Pero esto, lo que escuchaste ayer, lleva todo a un nivel completamente nuevo.

Adrienne se frotó los ojos. —Pero, Rain, ¿asesinato?

Rainier se estiró y le tomó la mano. —Ven conmigo a California. Te mostraré todo lo que Lincoln y yo hemos logrado reunir. Verás todo con tus propios ojos.

Entró en un estacionamiento junto a un edificio bajo con un gran letrero rojo de Avis en el frente.

—Necesito zapatos, Rain.

—La terminal del aeropuerto tendrá algunos, no te preocupes —le apretó la mano y estacionó el coche.

Julianna estaba sentada en su oficina cuando sonó su teléfono móvil. Lo miró por un momento, luego contestó al tercer timbre. —¿Sí?

—La casa está vacía. No hay nadie aquí —la voz del hombre era profesional, sin cortesías dadas ni esperadas.

—Debería estar inconsciente en su cama —espetó Julianna—. Le di suficiente para noquear a un hombre del doble de su tamaño.

La voz al otro lado se mantuvo impasible. —Todo lo que puedo decirle es que no está aquí. Revisé por todas partes.

Julianna sintió una oleada de furia recorrerla mientras presionaba el botón de finalizar llamada. ¿Dónde demonios se había ido Adrienne? ¿Y cómo? Ella había visto a la chica beber cada gota del té. Lo había mezclado con dos de las pastillas de Gerard. No había forma de que esa chica estuviera consciente, mucho menos que se hubiera ido. ¿Y a dónde podría haber ido? Recorrió sus contactos, buscando los nombres de los amigos de Adrienne. Tendría que llamar a cada uno. Sus dedos temblaban. Los llamaría a todos antes de volver a llamarlo para una actualización.

Y si no puedes encontrarla, sabes con quién tendrás que hablar después. Tendrás que llamarla a ella; sabes que tendrás que hacerlo.

Julianna sintió que se le formaba un grueso nudo de ansiedad en el pecho. De todas las personas a las que no quería llamar para admitir un fracaso, *ella* era una. Se le revolvió el estómago y cruzó los dedos por un momento antes de localizar a Sydney, la amiga de Adrienne, en su teléfono y presionar el botón de llamada. Encontraría a Adrienne, la llevaría de vuelta a la casa, se ocuparía de esto. No tendría que llamar a *ella* para admitir su fracaso. Cualquier cosa menos eso.

Juégueme al Scrabble

Jack golpeaba el pie con irritación, ansioso por que terminara la conferencia telefónica.

Azule había llegado unos minutos antes de las siete y le había echado un vistazo a Kaylee antes de apurar a Jack hacia la oficina. Mientras caminaban, ella seguía sonriendo, pero no decía nada, solo lo miraba de reojo con esa sonrisa exasperante.

—¿Qué? —finalmente explotó—. Es obvio que tienes algo que decir, así que dilo.

—No sé de qué está hablando, señor Benton —respondió Azule con una sonrisa burlona.

Ella nunca lo llamaba así.

—¡Maldita sea, Az! —gruñó, y ella se echó a reír, una risa profunda que la hizo doblarse por la cintura.

—Es una chica hermosa —observó, una vez que dejó de reír.

—No lo había notado —respondió Jack, impasible.

—No, por supuesto que no. —Azule tomó su asiento habitual en la sala de conferencias y se reclinó—. Bueno, ¿qué has aprendido sobre ella hasta ahora?

Jack se desparramó en la silla al extremo de la mesa.

—Que le gustan mis tortillas y parece dispuesta a jugar al Scrabble con Mal.

—Espera. —Az inclinó la cabeza—. ¿A Mal le cae bien?

—Sí, creo que realmente le agrada. —Jack levantó las manos—. A Mal no le cae bien nadie excepto tú. Apenas me tolera a mí.

—Sabes que es verdad —insistió, mientras Az ponía los ojos en blanco—. Es lo más extraño, en serio. Él realmente le pidió que jugara al Scrabble con él. Y ella ni siquiera pestañeó. La verdad es que parecía entusiasmada. No puedo pensar en ninguna mujer menor de cuarenta años a la que le guste el Scrabble.

Azule le lanzó una mirada hostil, su cabeza moviéndose de un lado a otro.

—¡Oh, no me has dicho eso!

Jack de repente recordó que había sido Azule quien había introducido a Mal al Scrabble. Eso fue lo que llevó a las letras magnéticas, que habían sido un avance que había sacudido su mundo.

—Excepto tú, Az, por supuesto. —Intentó recuperarse del desliz mientras la cabeza de Azule se movía como una gallina enojada, su cuello girando de un lado a otro—. ¿Cuándo empieza esa conferencia?

Ella lo fulminó con la mirada y arrastró la combinación de intercomunicador/teléfono y apuñaló los botones con una uña larga, afilada y perfectamente manicurada.

—Empieza en un minuto —espetó.

Jack se estremeció y esperó que no tardara mucho en perdonarlo.

Se reclinó en su asiento, sus pensamientos centrándose en su hermano. Mal era como una caja de rompecabezas. Se necesitaba a la persona adecuada, con la combinación correcta de inspiración e intuición, para entender los giros y vueltas laberínticos de la mente de su hermano. Mal permanecía encerrado dentro de su propia cabeza, gracias al autismo. En cierto modo, eso le había dado una pequeña ventaja. Como no hablaba, ni siquiera reaccionaba, de una manera que otros considerarían normal, a menudo las reacciones de la gente eran ignorar a Malcolm, como si fuera un mueble o algo incapaz de sentir. Solo por existir, Mal era un gran barómetro para medir el valor de una persona también. Cada una de las mujeres con las que había salido, incluso considerado vivir, o llevado a casa, había fallado esa prueba. Hasta ahora.

Jack se reclinó en su silla mientras la llamada se conectaba y deseó poder volver a la casa. Incluso estaría bien con una partida de Scrabble, especialmente si podía enfrentarse a una chica hermosa.

Recordó lo sucedido esta mañana, avergonzado y excitado por lo que había visto. ¿Qué demonios le había poseído para entrar en ese baño? Claro, no había tomado su café de la mañana, pero ¿qué esperaba encontrar? ¿Había tenido algún pensamiento en su cabeza en absoluto?

Al menos, no un solo pensamiento en la cabeza *más grande*.

Y la visión de ello, Kaylee de pie allí, el agua cayendo sobre ella, los ojos cerrados, sus dedos entre sus piernas, dándose placer. No se había quedado allí uno o dos segundos; se había quedado allí al menos dos minutos, congelado en el lugar, su pene más duro que el álgebra china, los ojos fijos en ella.

¿Qué clase de perverso soy, de todos modos?

Intentó centrar su atención en la conferencia telefónica. Era imposible. Simplemente no podía concentrarse. Por cada número o porcentaje que se mencionaba, su cerebro de mono inyectaba imágenes de "muslo desnudo" o "espuma rodando por sus pechos", abrumando cualquiera de los asuntos más mundanos y prácticos de dirigir un negocio de mil millones de dólares.

Por suerte, tenía a Azule, junto con un montón de gerentes inteligentes y reflexivos al otro lado. Az los había elegido personalmente, eliminando a los hombres blancos predominantemente anticuados y conservadores por hombres y mujeres jóvenes, con visión de futuro y trabajadores. Cruzaban etnias y reducían la edad media casi a la mitad. Algunos de ellos no parecían lo suficientemente mayores para beber, pero seguro que sabían cómo duplicar, triplicar e incluso cuadruplicar el negocio desde que se unieron. Tal como estaban las cosas, realmente no necesitaba estar allí. La reunión prácticamente se dirigía sola.

Jack se enderezó y Azule pareció confundida por un momento, luego indignada cuando Jack detuvo a la jefa de finanzas en medio de su informe.

—Mis disculpas a todos, pero, eh, tengo una reunión importante que olvidé por completo.

Ignoró el siseo de Azule, "¿Qué estás haciendo?" y se puso de pie.

—Los dejo entonces. Az me dará los puntos destacados. —Prácticamente corrió hacia la puerta, conteniendo la risa hasta que estuvo fuera de la puerta principal de la oficina y a mitad de camino hacia la casa.

La escena que lo recibió parecía normal y extraña al mismo tiempo. Si cualquier otra persona se hubiera encontrado con ellos dos, habría parecido que Kaylee y Malcolm estaban jugando una partida de Scrabble perfectamente normal.

Si es que alguien que juega al Scrabble voluntariamente puede ser considerado normal.

Para Jack, sin embargo, la escena era, como mínimo, extraña, si no completamente surrealista. Se quedó allí observándolos, y ninguno de los dos había notado su regreso. Kaylee estaba sentada en el sofá, inclinada hacia adelante para mirar el tablero y luego de vuelta a sus letras, y Mal también estudiaba el tablero en silencio, sin un atisbo de emoción.

Colocó una palabra corta, de solo cuatro letras, y Mal hizo su movimiento segundos después, expandiendo su palabra y alcanzando un triple de puntuación.

—¿Participar? Ugh, Mal, ¿estabas esperando con esa? ¿Puedes ver mis letras? ¡Juro que creo que también puedes leer mentes!

Lo dijo todo con una sonrisa en el rostro y era evidente que se estaba divirtiendo. En cuanto a Malcolm, para Jack era obvio que su hermano pequeño estaba más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Más feliz de lo que había estado desde que perdieron a Allie.

El corazón de Jack se estremeció de dolor. Habían pasado más de ocho años y no hacía ninguna diferencia. El recuerdo de su pérdida era tan doloroso hoy como lo había sido entonces.

Kaylee levantó la vista de repente y lo sorprendió observándolos. Se sonrojó de nuevo, y Jack reprimió el impulso de acercarse, levantarla sobre su hombro y llevarla a su dormitorio.

Espuma. Vapor. Manos entre sus...

—No te oí entrar, Jack —sonrió y señaló el tablero—. Mal me está dando una paliza en este juego. Creo que va 230 puntos contra mis 98.

Jack le devolvió la sonrisa y se sentó en el sofá junto a ella. Podía notar por la forma en que se estremecía que él la estaba afectando tanto como ella a él.

Me gustaría mucho saber sobre ese sueño que tuvo conmigo. No creo que me importara recrearlo.

—Me ganó la semana pasada con "perambular". Estoy convencido de que es psíquico o un tramposo, probablemente ambas cosas.

Mal abrió su carpeta y colocó palabras en el centro del frente magnético.

NO SOLO MEJOR

Jack y Kaylee se rieron mientras Kaylee señalaba el tablero.

—Tiene razón. Diría que podría ganar en competiciones —se volvió hacia Mal y preguntó—: ¿Qué me dices, Mal? ¿Te gustaría alguna vez jugar en un campeonato de Scrabble?

Observó cómo él formaba las palabras.

DEMASIADA GENTE DAR LA MANO NO

Kaylee ladeó la cabeza confundida por un momento.

—Oh, ¿te piden que des la mano al principio y al final de un juego? Entiendo. Eso sería difícil —no dijo nada por un momento, pensando, y luego dijo pensativamente—: Es algo que podrías aprender a hacer, Mal. Como cualquier cosa, se necesita práctica. Podrías practicar con Jack, o conmigo mientras esté aquí, o posiblemente con Azure —sus labios se curvaron en una sonrisa amable—. Creo que si lo quisieras lo suficiente, podrías vencer a un Gran Maestro, demostrarles quién es el verdadero jefe del Scrabble. Si puedo ayudar, solo házmelo saber, ¿de acuerdo?

Jack vio asentir a Mal. Un rápido movimiento, en realidad, pero mucho más de lo que solía hacer para reconocer a otro en una conversación. Y por imposible que pudiera parecer, también

parecía que un fantasma de sonrisa acababa de pasar por el rostro de su hermano pequeño.

—Oh, es mi turno, ¿verdad? —Kaylee se ocupó en sacar fichas de la bolsa de terciopelo antes de entregársela directamente a Malcolm. A Jack se le cayó la mandíbula al ver a Mal alcanzarla, rozando sus nudillos contra los de Kaylee. Malcolm normalmente no podía soportar el contacto con otra persona en absoluto. Había sido así desde que era un niño pequeño. Jack no había olvidado los gritos ensordecedores de un Malcolm mucho más joven que habían enviado a sus padres corriendo a un psicólogo del desarrollo. El diagnóstico había sido rápido, brutal y había puesto a los padres de Jack en el camino que los llevó a institucionalizar a Mal cuando tenía ocho años.

Las manos de Jack se crisparon ante el recuerdo. Allison había llorado hasta quedarse dormida durante días. Ella había sido la más cercana a él. Parecía incomprensible que la ausencia de Malcolm pudiera fracturar a la familia hasta tal grado, pero lo había hecho. Jack nunca había perdonado a su padre por ello. En cambio, había escapado a fiestas, coches rápidos y más. Cualquier cosa menos volver a un hogar desprovisto de su hermano menor silencioso.

—¿Jack? ¿Está todo bien? —La voz de Kaylee interrumpió sus oscuros recuerdos.

—¿Hm? Lo siento. Mi mente estaba a kilómetros de distancia —se dio cuenta de que el tablero ahora estaba vacío y Kaylee le estaba entregando un atril para fichas.

—Te estaba preguntando si jugarías también. Un tercer jugador puede hacer el juego aún más divertido. Solía jugar con mi madre y mi hermano todo el tiempo cuando era niña —su rostro se nubló momentáneamente al mencionar a su madre y hermano, y Jack se preguntó si alguna vez estaría dispuesta a compartir su historia con él. Podía sentir que se estaba acercando a ese punto, sin embargo, y momentos de normalidad, como este, solo podían ayudar.

—Por supuesto —dijo, tomando el atril de fichas de ella. Le guiñó un ojo—. Si hacemos trampa, creo que podríamos vencerlo juntos.

Kaylee se rio y negó con la cabeza.

—¡De ninguna manera, voy a vencerlos a los dos limpiamente!

Lo que siguió fue una maratón de juegos de Scrabble, interrumpida por un almuerzo rápido, antes de que todos se sumergieran de nuevo en otro, y otro, y finalmente Jack se puso de pie, se estiró y sintió que su espalda crujía.

—Estoy acabado. Si pierdo otro juego contra ti o Mal, me atormentará la inseguridad por el resto de mi vida —dirigió su mirada hacia Kaylee. Durante toda la mañana, a través de su almuerzo temprano y ahora a media tarde, había sentido que su conexión se construía, crecía, se estrechaba. Su mano había rozado la de ella varias veces y ella no se había estremecido cuando la abrazó la única vez que alcanzó un Triple de Palabra.

Era hora de actuar. Hora de tomarse un momento lejos de todo esto y estar a solas con ella. Tal vez podría obtener las respuestas que esperaba. Tal vez no. Pero sabía una cosa con seguridad, si no encontraba una manera de estar a solas con esta mujer, podría perder la oportunidad por completo.

La Práctica Hace al Maestro

—Desplaza tu cuerpo hacia la izquierda, apóyate en la planta del pie y mantén tu centro de gravedad —le ladró Nyra a su hermana. La chica le lanzó una mirada furiosa, pero obedeció.

—Y otra vez —ordenó Nyra, y atacó, blandiendo su bastón contra Zella, quien lo recibió con una sólida resistencia. Nyra fingió ir hacia la derecha y le golpeó los nudillos a la chica. Zella soltó un grito de dolor y arremetió con su bastón, moviéndose como un borrón mientras lo dirigía hacia el cráneo de Nyra, con la muerte reflejada en sus ojos.

Nyra se movió hacia la izquierda y sintió la brisa cuando el bastón rozó su hombro tras fallar su cabeza. Sonrió sádicamente.

—Mejor —luego agarró su propio bastón con una mano y lo clavó con fuerza en el estómago de Zella, dejándola sin aliento. La chica cayó de trasero con un leve "uf" de dolor, seguido de un siseo de rabia, y su bastón silbó por el suelo, golpeando la espinilla de Nyra.

Nyra se encontró en el suelo, mirando hacia arriba mientras Zella, ahora de pie, copiaba el movimiento que Nyra había hecho antes, arremetiendo hacia abajo en dirección al vientre de Nyra, con los ojos negros de furia.

Nyra le propinó un golpe en el costado de la cabeza a la chica, desequilibrándola, y cuando el impacto aturridor superó la sed de sangre de Zella, la joven se desplomó en el suelo. Nyra le arrebató el bastón de la mano a su hermana, se puso de pie y se irguió sobre ella.

—Nunca ganarás si dejas que la ira te domine, Zella Dean —se burló de la chica que yacía en el suelo sujetándose el cráneo—. Y desde luego nunca me ganarás a mí.

Zella murmuró algo y escupió sangre roja brillante en la tierra. Se levantó más lentamente de lo normal, pero Nyra pudo ver que la chica aún no había terminado. Nyra le sonrió y arrojó los dos bastones hacia los arbustos, haciéndole una señal con el dedo a su hermana. Zella cargó contra ella, con un grito mudo en los labios. Terminó, como solía ocurrir, con Zella en el suelo. Sin embargo, esta vez estaba inconsciente, y Nyra se rio y se alejó. La chica aprendería, tal como lo había hecho Nyra, y unos minutos en el suelo bajo el sol abrasador le servirían de lección.

Dejó a Zella allí y corrió el medio kilómetro de vuelta a la cabaña. Ya se había comido un sándwich y estaba leyendo cuando Zella finalmente regresó. El ojo derecho de Zella estaba hinchado y tenía el labio inferior partido, con la sangre seca y negra. También lucía una leve quemadura solar, que pronto se desvanecería y le daría a su piel un tono aceitunado aún más profundo.

Zella no dijo nada, pasando junto a Nyra mientras esta yacía en la hamaca. Nyra la oyó maldecir de nuevo y salir de la cabaña, prácticamente pisoteando al acercarse a menos de medio

metro de la hamaca. Nyra no levantó la vista. En su lugar, mantuvo su atención firmemente en las palabras de la página.

—¿Preparaste el almuerzo y no te molestaste en hacerme nada? —gruñó Zella.

—Las perdedoras se preparan sus propias comidas —dijo Nyra, y continuó leyendo.

Zella se alejó pisoteando, de vuelta al interior, y las ollas y sartenes resonaron ruidosamente mientras la chica preparaba su propia comida. Cuando se hizo el silencio, Nyra se incorporó y regresó a la cabaña. Zella la miró malhumorada desde su lugar en la mesa, luego volvió su mirada a su comida. Nyra se acomodó en la silla del lado opuesto de la mesa. No le gustaba sentarse de espaldas a la puerta, sin importar lo aisladas que estuvieran de los demás. Se frotó el tatuaje en la muñeca, recordando el día en que lo había recibido. Había sido un día muy parecido a este, solo que ella había sido la que yacía en la tierra después.

Zella miró el tatuaje y dio otro mordisco al gulasch, su labio partido sangrando. Hizo una mueca de incomodidad pero no dijo nada.

—¿Cuándo obtendré el tatuaje?

—Cuando crea que estés lista.

La hermana de Nyra gruñó con rabia.

—Bueno, entonces será nunca.

—Necesitas ser más paciente. No puedes simplemente actuar como una berserker; hay situaciones que requerirán delicadeza.

Zella puso los ojos en blanco.

—Lo próximo será que me hagas leer ese estúpido libro.

—Te vendría bien estudiar *El arte de la guerra*, hermanita.

—Este combate cuerpo a cuerpo es una mierda, de todos modos —refunfuñó Zella—. Dame una Glock cualquier día de la semana.

Nyra negó con la cabeza.

—Hay muchas ocasiones en las que necesitarás una alternativa más silenciosa. Una Glock es ruidosa y llama la atención cuando necesitamos silencio. Matamos y desaparecemos, ese es nuestro trabajo.

—Aun así, prefiero mi Glock. Y un silenciador hace maravillas —raspó el cuenco hasta dejarlo limpio, se levantó y lo llevó al fregadero.

Nyra observó sus movimientos. Ya no era la niña nerviosa y traumatizada que había sido hace un año. Pero el trauma se había transformado en una ira negra y turbulenta, y una furia hacia los hombres de tal magnitud que causaría olas si su empleador se enterara. La ira funcionaba por ahora. Había convertido a Zella en algo de una belleza mortal mientras su cuerpo, antes magullado, desnutrido y violado, se había tonificado, fortalecido y crecido más de cinco centímetros desde que habían llegado a este lugar desolado. Solo había habido un incidente, y Nyra se había encargado de ello. Es fácil hacer desaparecer un cuerpo en el desierto. Nadie había venido a buscarlo. No es que hubieran sabido dónde buscar.

Excavada bajo un saliente rocoso, la cabaña era un escondite perfecto. Fue aquí donde Nyra había insistido en venir cuando se enteró del incendio. Se había tomado una licencia de tres meses para asegurarse de que su hermana se recuperara del abuso que había sufrido en la casa de sus padres.

Cuando Nyra se había ido de casa a los quince años, Zella tenía nueve, y su padre ni siquiera la había mirado dos veces, no con su atención puesta en Nyra. Eso aparentemente había cambiado cuando Nyra se fue.

Zella había sido una sombra de la hermana que había dejado atrás. Si no hubiera sido por la

ira que había visto en los ojos de la chica, bien podría haberla dejado allí, de pie junto a los restos humeantes de su hogar de la infancia. Pero Zella había provocado el incendio, de eso Nyra estaba segura. ¿Y podía culparla? Su padre había sido un monstruo, su madre demasiado débil para detener las atrocidades que ocurrían, y Nyra había sido demasiado joven, demasiado desesperada por escapar ella misma como para llevarse a su hermana cuando huyó.

Sus años con los Indalo la habían moldeado hasta convertirla en una máquina de matar, una que tenía un rostro bonito, un cuerpo perfecto y era igual de perfectamente letal. Y pronto, los Indalo tendrían dos asesinas perfectamente entrenadas. Otro año, posiblemente dos, y Zella estaría lista, si Nyra podía enseñarle a su hermana a transformar su furia en precisión y sigilo.

—Delta quiere que tengas entrenamiento cruzado —dijo Nyra, deseando tener una forma de tomar la paciencia que había aprendido y metérsela a Zella. La interminable capacidad de su hermana para la ira y la violencia era agotadora.

Tal vez si la hubiera sacado de allí antes.

Pero no lo había hecho. Había sido necesaria la voz de Delta en el teléfono para enviarla corriendo de vuelta al agujero perdido de un pueblo en medio de Oklahoma. "Tu hermana incendió la casa familiar, Nyra". Delta había sonado tranquila, imperturbable. "Evalúa la situación y si es entrenable, tráela de vuelta". Cómo Delta había sabido esto, cuando las autoridades locales parecían ajenas, Nyra no estaba segura.

Un pueblo tan pequeño no tenía división infantil ni trabajadores sociales; todo eso estaba en el pueblo vecino. La vecina de al lado, encargada de Zella hasta que encontraran un lugar adecuado, no protestó cuando Nyra apareció en su puerta, especialmente cuando Nyra le entregó al marido de rostro delgado y nervioso un fajo de billetes de cien dólares con el consejo de reportar a Zella como fugitiva. Parecían aliviados de sacar a la chica de su casa, especialmente la madre, que mantuvo a su hija pequeña cerca todo el tiempo que Nyra estuvo en su sala de estar.

A Nyra se le ocurrió que si Delta hubiera visto a Zella primero, probablemente la habría dejado allí. Habría visto el torbellino de furia oscura que la chica llevaba dentro mucho más claramente que Nyra. En lugar de evaluar, Nyra había reaccionado instintivamente, impulsada por el miedo y la culpa. Había sacado a Zella de allí y se dio cuenta después de lo dañada que estaba.

Justo cuando Nyra estaba a punto de hablar con Zella, el teléfono, conectado a un cargador solar que colgaba en la pared exterior, con el cable serpenteando hacia el interior a través de un agujero tosco en la pared, sonó. El sonido casi la hizo saltar de sorpresa. Había estado en silencio durante tanto tiempo, meses y meses.

Había pedido tres meses, que se convirtieron en seis, luego nueve, y ahora un año. En todo ese tiempo, el teléfono que solo Delta usaba para llamar a Nyra había permanecido en silencio. Sin embargo, ahora no estaba callado, y tanto Nyra como Zella se volvieron para mirarlo. Zella lo tomó y estaba a punto de pulsar el botón de Aceptar llamada cuando Nyra la detuvo.

—No lo hagas. Esto no es para ti. Todavía no.

Le quitó el teléfono a su hermana y contestó.

—¿Sí?

Delta no perdió el tiempo. No preguntó cómo estaba Nyra, ni siquiera por Zella.

—Tengo una misión para ti. Los detalles están en el punto de entrega —hubo un clic y la llamada se cortó.

Nyra asintió y volvió a colocar el teléfono en su lugar, conectando el cable de carga una vez más. Miró a Zella.

—Bien. Nos queda comida para dos semanas, más si no vuelvo pronto.

—¿Adónde vas? —preguntó Zella, frunciendo el ceño—. ¿Y cuándo volverás?

—No lo sé. Sabré más cuando llegue al punto de entrega.

—Iré contigo —insistió Zella, y Nyra pudo ver la curiosidad que emanaba de ella.

—No —Nyra negó con la cabeza—. Hasta que no seas una de nosotras, no lo eres, y no estás involucrada. Delta fue clara en esto —giró sobre sus talones, saliendo de la cabaña sin nada más que la botella de agua en su mano.

El punto de entrega estaba a tres kilómetros al norte, al otro lado de las colinas bajas donde se refugiaban. Dos kilómetros más allá había un aeródromo privado. Los Indalo mantenían el máximo secreto, usando puntos muertos que detallaban el objetivo, junto con una base de necesidad de saber entre unos pocos seleccionados en el aeródromo. Y asesinos como ella eran anónimos y desconocidos, tal como Delta y los otros Indalo de alto rango preferían. Nyra recogió el paquete. Incluía billetes de avión, una identificación que la identificaba como Nancy Smith, y un fajo de billetes metido en los bolsillos de su atuendo discreto. Mientras el pequeño avión rodaba por la pista, con Nyra como su única pasajera, leyó el expediente de Adrienne Cenac.

Ya se habían encargado de uno de los dos Indalo que no habían logrado asegurar el objetivo. Nyra lo había conocido brevemente durante una misión en las afueras de Los Ángeles. El expediente detallaba la fuga de la chica de dos agentes Indalo cuya tapadera con el LAPD los mantenía informados. Y gracias a la vigilancia irregular de la zona circundante, todo lo que el expediente podía decirle era que Adrienne Cenac, de dieciocho años, probablemente aún estaba en el área donde se había encontrado su coche, o el coche de uno de los agentes Indalo de los que había escapado.

Nyra se recostó y cerró los ojos, consciente de que el piloto la observaba con curiosidad abierta. Tenía al menos dos horas hasta que llegaran a Las Vegas. Allí abordaría un vuelo a Los Ángeles, vestida de manera conservadora y armada con un nombre aburrido y una identidad poco memorable.

Me vestiré como una encuestadora y entraré en cada una de las propiedades a al menos un kilómetro y medio en cada dirección de donde encontraron el coche estrellado. Una encuesta solo para mujeres. Sí, eso funcionará bien. Algo relacionado con el maquillaje.

Escribió un mensaje de texto en el nuevo teléfono desechable y solicitó que enviaran un estuche de muestras de maquillaje MAC a la habitación del hotel reservada para ella en Los Ángeles. Hora de una siesta. Le daría la oportunidad de pensar en su enfoque si el ángulo de la encuestadora no funcionaba.

Un Paseo por el Bosque

—Ven a dar un paseo conmigo —dijo Jack, y Kaylee percibió una corriente de intensidad en sus palabras. La chispa entre ellos crecía, alimentándose de una conexión que ambos sentían. Una parte de ella quería quedarse donde estaba segura, aquí en la casa. Quizás retar a Mal a otra partida que sabía que perdería.

Esa habría sido la salida más segura.

En su lugar, se levantó del sofá y se puso los zapatos que había encontrado más temprano en un armario cerca de la puerta principal. Antes de que la puerta se cerrara tras ellos, echó una mirada atrás a Mal y lo vio guardando las piezas del Scrabble con la misma precisión con la que las había sacado.

Jack estaba cerca, sus labios rozando su oreja mientras hablaba:

—Quiero llevarte a mi lugar favorito en el mundo entero.

Kaylee se estremeció. Desde el momento en que casi se habían besado en el desayuno, diablos, incluso antes de eso, la presencia de Jack provocaba un suave zumbido de anticipación que recorría su cuerpo. A pesar de las complicaciones que creaba, encima de todas las otras complicaciones y tragedias de las últimas dos semanas, lo único en lo que podía pensar era en cómo su cuerpo había reaccionado a él más temprano.

La atracción entre ellos era innegable. Y de todos los hombres de los que podía enamorarse, alguien con su experiencia, sus habilidades, bueno, sabía que no lo mataría. Ya tenía suficientes muertes en su conciencia. Rainier, Lincoln, sus muertes seguían apareciendo en sus sueños y la perseguían también durante el día.

—¿Dónde estás? —la voz de Jack interrumpió sus pensamientos—. De repente te fuiste a un millón de kilómetros de distancia.

No había prestado atención a dónde caminaba, solo al hecho de que la mano de Jack estaba en la suya. La casa estaba ahora detrás de ellos, la mayor parte oculta tras la densa línea de árboles y arbustos. Él se detuvo, apretó suavemente su mano, y los pensamientos de Kaylee sobre los demás, cualquiera que no fuera Jack, se desvanecieron. Lo miró fijamente, hipnotizada. Era mayor que cualquiera con quien hubiera salido o coqueteado. Su cabello oscuro estaba salpicado de gris plateado, pero su cuerpo era atlético, esbelto, y la superaba en altura por al menos quince centímetros, probablemente más. Sus ojos marrones oscuros la miraban fijamente. La mirada en sus ojos elevó otro nivel el zumbido en su cuerpo y una parte de ella quería que la besara, ahora.

—Lo siento.

—No lo sientas. Solo parecía que llevaras el peso del mundo sobre tus hombros. —Levantó su mano libre, trazó suavemente la línea de su mandíbula y luego la retiró—. Prometí mostrarte mi lugar favorito, pero es una caminata un poco larga. ¿Estás lista para ello?

Los dolores corporales aún estaban ahí, pero no tan intensos como en los primeros días. Kaylee sabía que estaría bien, y estar al aire libre, lejos de los demás, solo ella y Jack, bueno, eso valía la pena un poco de incomodidad.

—Absolutamente.

Él sonrió, sus dientes blancos y perfectos, y tiró suavemente de su mano.

—Es por aquí.

El sendero estaba bien marcado, no solo por pies humanos, sino por ciervos y lo que parecía ser un perro enorme. Jack señaló una huella en particular, profundamente incrustada en el barro espeso que ahora se había secado, duro como el concreto.

—Puma —dijo Jack, y colocó su mano al lado para comparar. La huella era ligeramente más pequeña que su mano, y Kaylee jadeó. La almohadilla de la huella tenía tres lóbulos distintos y podía ver el indicio de marcas de garras sobre cada uno de los cuatro dedos—. Probablemente corriendo —dijo Jack—, normalmente no se pueden ver las garras de otra manera.

Le sonrió y le guiñó un ojo.

—No te preocupes, probablemente ya se haya ido hace tiempo.

Kaylee aún saltó un momento después ante un chillido inesperado.

—¿Qué fue eso? —Acortó la distancia entre ellos, y el brazo de Jack la rodeó protectoramente.

Jack se rio.

—Probablemente un loro; infestan Pasadena, pero los he visto aquí también.

Kaylee se sintió avergonzada.

—Oh. —Su brazo se deslizó lentamente de ella y miró al suelo, tratando de ignorar el zumbido de atracción que sentía hacia él, que se había intensificado aún más con tal proximidad.

—No falta mucho —dijo él, alargando su paso, y Kaylee aceleró el suyo para igualar.

Miró por encima de su hombro, pero la casa hacía tiempo que había desaparecido. El bosque no estaba en silencio, pero no podía oír un solo sonido de la ciudad, que sabía que estaba bastante cerca. Se sentía como si hubiera entrado en medio de una naturaleza salvaje, una que contenía solo a ella y a Jack, con los sonidos de los loros chillando, la suave brisa haciendo crujir suavemente los árboles y el aleteo de las hojas. Kaylee apenas podía distinguir el sonido de sus pies rozando el barro ahora endurecido.

Olía diferente aquí. El pantano de Louisiana tenía un olor pantanoso, casi penetrante, pero estos bosques olían a tierra y pino. Kaylee estaba tan absorta en los olores y mirando a lo lejos que no se dio cuenta del enorme árbol hasta que se detuvieron en su base.

Jadeó sorprendida. Habían entrado en un claro del bosque, uno impuesto por el gigantesco árbol con raíces que se curvaban hacia arriba desde el suelo al menos seis metros en cada dirección, sosteniendo un tronco que se dividía en varios troncos más pequeños, que a su vez trepaban hacia el cielo. Entretejida a través del árbol había una estructura, más de una, todas conectadas por puentes oscilantes. Los postes que lo sostenían todo estaban a intervalos regulares en el suelo, suavemente entretejidos entre las raíces del árbol de una manera que no lo dañaría ni lo desfiguraría.

—Es una higuera, nativa de Australia, y la plantaron a mediados de la década de 1880, según la leyenda familiar. —La boca de Jack se cernía sobre su oído, enviando un escalofrío por la columna de Kaylee—. Es aproximadamente tres metros más alto que Big Tree, en Glendora, y

tiene más de treinta metros de altura. Mi tatarabuelo lo plantó. Lo habían sentenciado a la colonia penal en Australia. Cumplió su condena y terminó siendo dueño de una flota de barcos de vela en aquella época. Se casó con una mujer de la tribu Serrano que le salvó la vida. Comenzando con mi abuelo, se construyó una serie de casas del árbol con cada nueva generación. Hemos tenido cuidado de no dañar el árbol, y el árbol sigue creciendo. Mi diseño está cerca de la cima. ¿Estás lista para subir?

La parte sucia de la mente de Kaylee visualizó sus dos cuerpos entrelazados muy arriba en las ramas del árbol.

La manera en que lo dijo fue intencionalmente seductora, emocionante, y el estremecimiento aumentó, inundando su cuerpo de deseo. Kaylee volvió a temblar y asintió, sin confiar en que su voz se mantuviera firme. Habían estado coqueteando, provocándose y danzando alrededor de esto desde que ella abrió los ojos por primera vez en su coche aquella noche. Ahora podía verlo claramente.

Había una pequeña serie de escalones hasta la primera plataforma, pero después de eso Kaylee podía ver que requeriría algo de esfuerzo llegar a su meta, la parte más alta de la estructura oculta por el árbol y la red de puentes de cuerda y madera y otras pequeñas plataformas y casas del árbol que rodeaban el tronco.

Jack dio un paso adelante, sus largas piernas lo llevaron escalones arriba hasta una pequeña plataforma. Se giró y extendió su mano, con una sonrisa pícaro en los labios. Su camisa abotonada y pantalones de lino no estaban pensados para trepar árboles, sin embargo, le quedaban perfectos. Era guapo y sexy como el infierno, y Kaylee sintió una oleada de deseo recorrerla. ¿Cómo sería como amante?

Sube al árbol y averígualo, chica.

Ignoró su mano extendida y alcanzó el primer asidero, una cuerda suavemente enrollada alrededor de una rama gruesa, y trepó.

Jack la siguió, y cuando ella miró hacia atrás, sus ojos estaban fijos en su trasero, justo donde ella quería que estuvieran. No era una flor delicada, podía cuidarse sola, y ahora que sus moretones se estaban desvaneciendo y su cuerpo se había recuperado de la fiebre, él necesitaba saber que no era solo una damisela en apuros. Quería encontrarse con él en igualdad de condiciones, no que pensara que era débil y necesitaba protección. Ese tipo de cosas solo eran interesantes por un tiempo, generalmente hasta que aparecía la siguiente damisela en apuros.

Se estiró y se esforzó, a pesar de los moretones que sanaban y las articulaciones adoloridas. Entonces resbaló, un pie se soltó de la red de cuerdas, su brazo se sacudió al sentir que el otro pie también resbalaba.

—Cuidado —su brazo rodeó su cintura, sus labios flotando cerca de su cuello. Una ola de deseo la invadió. Si no hubiera sido porque estaban a al menos nueve metros de altura y no en una posición segura, podría haber actuado según ese deseo. Tal como estaban las cosas, colocó sus pies en la red y continuó trepando. Dos redes, un puente de cuerda y madera bien construido, un vistazo rápido dentro de una casa del árbol, y varios momentos para que ambos recuperaran el aliento, y finalmente llegaron a la casa del árbol de Jack.

Fuera lo que fuera que Kaylee hubiera esperado, no era esto. Era pequeña, quizás de metro y medio por dos y medio, pero no infantil, para nada. El techo era transparente, y ella agradeció que el sol ya no estuviera en lo alto, de lo contrario habría sido sofocante adentro. Las paredes eran de madera, asentadas sobre lo que parecía ser una viga de acero. Una ventana a cada lado, una vez abiertas, proporcionaban una suave brisa. En el centro del suelo había una alfombra gruesa y una docena o más de almohadas suaves y mullidas. Un telescopio descansaba

acurrucado en una esquina; en otra, había una pila de botellas de agua.

—¿No hay contraseña secreta? —preguntó Kaylee, observando las líneas limpias—. ¿O mapa del merodeador?

Jack se rio.

—No, ya no —le entregó una botella de agua y una toalla de una estantería cercana—. Admito que se veía diferente cuando era más joven. Puede que haya habido una, eh, fase pirata. Izaba la bandera de la calavera y las tibias cruzadas; incluso tenía el candado antiguo más enorme que hayas visto jamás en la puerta. Perdí la llave y nuestro jardinero no estaba nada contento de tener que subir para abrirse paso cortando.

Cogió otra toalla, se secó el sudor de la frente y se desabotonó la camisa. Debajo de la camisa abierta, Kaylee pudo ver su pecho suave y sus abdominales marcados.

Encontró su mirada y sonrió.

—Hace unos años, hice reemplazar el techo por cristal. Cada año, una tormenta fuerte rompe algunos paneles de vidrio. Me sorprende que esté intacto después de la tormenta del fin de semana pasado.

Se quitó los zapatos, dejándolos en la esquina, y Kaylee lo imitó. Cuando los había colocado junto a los de Jack, se volvió hacia él y se dio cuenta de que estaba a centímetros de distancia.

Habían estado acercándose a esto, jugando una danza complicada, y ahora, aquí estaban, muy por encima del suelo, en lo profundo de un bosque, pero a minutos de una de las ciudades más grandes de América.

La respiración de Kaylee era irregular, más aún ahora que estaba tan cerca de él. Extendió una mano, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le acarició el costado de la cara. Deslizó sus largos dedos por su cuello mientras se acercaba más, invadiendo su espacio personal, sin apartar sus ojos de los de ella.

—No puedo dejar de pensar en ti, Kaylee. Me está volviendo loco —su mirada bajó, y le tomó la muñeca—. Quien te haya hecho esto, yo quiero... —apretó los dientes, y su mano se tensó brevemente en su muñeca mientras luchaba visiblemente con sus emociones—. Los acabaría si pudiera.

Kaylee sintió que el pulso de deseo se encendía, el estremecimiento de su cuerpo reaccionando al de él, y cerró la distancia, solo unos centímetros, entre ellos y colocó sus manos en su pecho. Su colonia, almizclada y rica, llenó sus sentidos. Se puso de puntillas para alcanzar sus labios.

Jack se inclinó para encontrarse con ella, sus labios suaves, dulces. Su primer beso casi casto. La rodeó con brazos poderosos que la levantaron, colocó una mano en la parte baja de su espalda, la otra bajo su trasero, y su beso se profundizó en intensidad.

Kaylee podía sentir que su deseo aumentaba, su cuerpo respondiendo a su toque. Había tenido alguna que otra sesión de besos, manoseos apresurados y cohibidos en fiestas y detrás de las gradas, pero nada la había preparado para esto. Sus manos vagaban sobre ella lentamente, tomándose su tiempo. Sin medias tintas, sin torpezas con la ropa. Aquí había experiencia, y la promesa de un placer que no terminaría en unos momentos apresurados y torpes.

Él caminó hacia atrás, guiándola suavemente con él, y bajaron al suelo suavemente acolchado. El sol ya estaba bajo en el cielo, y calentaba una ventana y dejaba el resto del interior en una ligera sombra. El beso se había intensificado, transformándose del beso suave a algo mucho más primario, exigente. Prometía más, tentaba y provocaba. Jack deslizó una mano hacia su camisa, deteniéndose en el primer botón.

—¿Estás bien con esto?

¿Que si estaba *bien* con esto?

Dios, sí, estoy bien con esto.

El remolino de atracción y deseo estaba en su sangre ahora, fluyendo por cada parte de su cuerpo. Sus labios se habían movido a su cuello, y ahora se detuvieron, esperando su respuesta.

—Sí —suspiró Kaylee, extendiéndose hacia él, deseando tenerlo más cerca. Su mano bailó sobre el pecho liso de Jack. Su camisa había desaparecido, arrojada a un lado, fuera de la vista. Podía sentir los duros relieves de sus músculos, el abdomen marcado cubierto de piel suave como el terciopelo.

Él se apartó, desabrochó los botones de la blusa de ella y se la quitó antes de reclamar el lóbulo izquierdo de su oreja, succionando suavemente la piel en su boca.

Kaylee gimió mientras él mordisqueaba el lóbulo, sus manos ocupadas quitándole el sujetador. Sin torpezas, sin medias tintas. Alcanzó la base de su cráneo, entrelazando los dedos en su cabello, y la atrajo suavemente hacia atrás sobre los cojines mientras su boca se alejaba de su oreja, bajando por su cuello hasta uno de sus erguidos pezones. Se detuvo de nuevo, con la mano cálida contra su cadera, un dedo enganchado en la cinturilla de sus pantalones cortos.

—¿Y esto?

¿Estaba pidiendo permiso? ¿Para tomar lo que ella estaba tan dispuesta a darle?

—Oh —jadeó ella cuando sus dientes mordisquearon suavemente su pecho—. Oh, sí.

Él se apartó, incorporándose, y la miró a los ojos mientras los dedos de ambas manos se extendían y le deslizaban los pantalones cortos fuera del cuerpo. Kaylee sintió un momento de timidez que se desvaneció al ver la mirada en sus ojos. La diferencia de edad entre ellos no le importaba a él, y ciertamente no le importaba a ella.

—Eres hermosa —dijo él, con la voz ronca de deseo. Se inclinó, lentamente, y levantó el borde de sus bragas con un dedo, deslizándolo por debajo, tomándose su tiempo mientras lo deslizaba entre sus pliegues, sonriendo ante su humedad cálida, y frotándolo contra su clitoris.

Kaylee inhaló bruscamente, su cuerpo vibrando. Las olas de placer la recorrieron. Se sentía tan bien. Nada de lo que había hecho antes se había sentido tan bien. Cerró los ojos y Jack extendió la mano, acarició su mejilla y dijo:

—Abre los ojos. Mírame.

Kaylee obedeció, y él mantuvo su mirada, su dedo girando y girando, hasta que fue demasiado para ella. Su respiración se entrecortó, un grito escapó de sus labios mientras alcanzaba el orgasmo, retorciéndose contra su mano, alcanzando la otra, entrelazando sus dedos con ella mientras se corría.

—Pero tú... —Kaylee no pudo decir más. Se estremeció de nuevo, y Jack sonrió.

—Tenemos tiempo.

La atrajo contra él y se recostó sobre los cojines. Kaylee aún podía sentir los pulsos de placer recorriéndola. El brazo izquierdo de él la rodeaba, enredado en su cabello, y su otra mano ahora vagaba, deslizando suavemente sus dedos por su piel, evitando hábilmente sus cortes y moretones en curación y encendiendo su piel con deseo.

Kaylee se dio cuenta de que él aún estaba medio vestido, aunque por el bulto que tensaba la tela de sus pantalones, al menos una parte de él ansiaba liberarse. Movié su mano por su pecho, descubriendo un sendero casi delicado de vello que desaparecía en sus pantalones. Kaylee rozó con sus dedos su entrepierna y sintió cómo su miembro se tensaba contra la tela. Frotó con más fuerza, bajando para acunar sus testículos con los dedos, su boca en sus pectorales, besando, lamiendo. Él gimió y se movió. Ella bajó y tiró de sus pantalones, y Jack se incorporó, se liberó de los finos pantalones de lino y se volvió hacia ella, con un gruñido de deseo escapando de sus

labios.

Hundió su rostro en sus pechos, moviéndose de uno a otro, reclamándolos como suyos, lamiendo, mordisqueando, hasta que ambos estuvieron erguidos y Kaylee anhelaba más.

—Jack, por favor, quiero... —Lo que quería era algo que nunca había tenido. Una parte de ella temía eso, la otra estaba desesperada por que sucediera.

Su mano se detuvo en su entrepierna y tiró de la prenda, quitándosela de un tirón rápido, antes de despojarse del último artículo de ropa en su cuerpo, unos bóxers de seda negra.

Se movió entre sus piernas, abriéndolas ampliamente, y embistió dentro de ella.

Solo hubo un poco de dolor. Se desvaneció con la siguiente embestida, y la siguiente, la humedad de su excitación y la de él facilitando el camino. Era primario e intoxicante, y sus caderas se elevaban para encontrarse con cada embestida mientras gemía al compás. Cuando él se detuvo, sus ojos se abrieron de golpe, confundidos. La giró, poniéndola de rodillas, su boca moviéndose sobre sus nalgas, luego lamiendo una línea por su columna antes de entrar en ella nuevamente, duro y profundo, su miembro embistiendo en sus húmedos recovecos, más rápido, más fuerte, hasta que no quedó nada más que hacer sino explotar.

¿A qué Precio?

El sol se había ocultado tras el horizonte, la luz se desvanecía rápidamente y las primeras estrellas comenzaban a asomarse. Los sonidos de su encuentro amoroso desde el interior de la casa del árbol finalmente se habían apagado, y las ardillas regresaban a sus nidos en las ramas, acomodándose para pasar la noche junto con los pájaros.

Ahora emergían las criaturas nocturnas. El ulular de una lechuza de granero, seguido por un pequeño grito de su presa, resonó en la noche. A pesar de su proximidad a Los Ángeles, la noche era razonablemente tranquila. Kaylee podía escuchar los débiles sonidos de una guitarra y, a lo lejos, el monótono rugido del tráfico. Cerca del centro de la ciudad, el tráfico era incesante, sin importar la hora del día.

Ella yacía envuelta en una manta suave y peluda, con la cabeza apoyada en el pecho de Jack.

—Las estrellas saldrán pronto —dijo él—, pero tengo linternas para nuestro descenso, y el camino también está iluminado con luces solares por seguridad.

—Me gusta estar justo aquí —dijo Kaylee, trazando un círculo con su dedo sobre el vientre de Jack.

Se quedaron allí en silencio. Ella estaba agradecida por ello. Le permitía ordenar sus pensamientos. Necesitaba contarle la verdad, sobre la semana pasada, sobre su vida, sobre todo. Sentía como si él estuviera esperando, pacientemente, a que ella hablara.

—Mi verdadero nombre es Adrienne. Adrienne Cenac. Mi familia ha sido propietaria de Cenac Shipping durante cinco, no, seis generaciones, si me cuentas a mí —comenzó.

El viernes pasado

Rainier se había encargado de comprar los billetes, y Adrienne lo miró confundida cuando pidió dos billetes de primera clase a Los Ángeles.

—Pensé que volaríamos a San José... ¿no es ese el aeropuerto más cercano a Santa Cruz?

Rainier negó con la cabeza.

—He estado quedándome en L.A. durante el verano, con mi amigo Lincoln.

—Oh —Adrienne aún se sentía aturdida por el té adulterado—. Vale. —Qué poco sabía de la vida de su hermano desde que se había ido de casa hacía dos años. De repente, la idea la entristeció. Él se había forjado una vida y no solo no sabía nada al respecto, sino que ni siquiera sabía si tenía novia o dónde vivía. Bajó la mirada hacia sus pies descalzos y Rainier siguió su mirada.

—Vamos a conseguirte unos zapatos, Addy —señaló a lo largo del pasillo con tiendas a

ambos lados—. Sé que vi algún lugar que vende calzado.

Que Rainier usara su apodo la animó, y se colgó el bolso al hombro después de que la agente de billetes le devolviera su identificación. Le resultó extraño que la mujer no la cuestionara. La última vez que había volado había sido hacía tres años, en un viaje a Nueva York con Sydney y sus padres. Aquello había sido como presenciar la Inquisición. ¿Una menor viajando con personas que no eran sus padres? Había sido un gran problema y la madre de Sydney había traído una carta firmada con la temblorosa letra de su padre, autorizando el viaje. ¿Ahora? La agente de billetes simplemente le había entregado los billetes. Sin preguntas, nada. Dieciocho años realmente era la edad mágica.

Unos minutos después, había encontrado unos horribles zapatos sin cordones que nunca habría considerado, pero que resultaron ridículamente cómodos. Juntos, ella y Rainier pasaron por seguridad y llegaron a la puerta de embarque sin incidentes. Una parte de ella se preguntaba si Julianna aparecería de repente y buscó su rostro, escaneando entre la multitud, antes de que Rainier pusiera su mano sobre su brazo.

—Yo también estoy atento por si aparece, hermanita, pero no te preocupes, incluso si te encontrara aquí, no podría impedir que te fueras. Tienes dieciocho años, eres adulta, y ella ya no tiene ningún poder sobre ninguno de nosotros —lo dijo con no poca amargura.

—¿Intentó detenerte? —preguntó, ocurriéndosele que él no había vuelto de visita, ni una sola vez, excepto para el funeral de su padre.

—Oh, sí. Bueno, no tanto detenerme como hacérmelo realmente difícil. Ella controlaba los cordones de la bolsa hasta que papá murió. Y por lo que supe en la lectura del testamento, ese sigue siendo el caso. Al menos hasta que ambos tengamos veintiún años —negó con la cabeza e hizo una mueca—. A mí me quedan nueve meses, pero tú, bueno, a ti aún te falta un tiempo.

Rainier fijó su mirada en la pantalla de información de su vuelo.

—Podemos embarcar ahora; nuestros asientos están juntos en la Fila Dos —se levantó y le entregó un gran bolso que había comprado para ella en el mismo lugar que los zapatos. Ella había metido su atuendo de repuesto, un vestido azul de verano, y se unió a su hermano en la fila para los pasajeros de primera clase.

Horas después, bajaron del avión y salieron de la terminal bajo el cálido sol de California. No habían hablado mucho durante el vuelo. Rainier había intentado hacerle preguntas, pero Adrienne simplemente había negado con la cabeza. No quería que otros la escucharan. Aún estaba procesando la idea. Le dejaba un sabor amargo en la boca y un nudo de inquietud en el estómago. Julianna había utilizado el negocio familiar, que tenía décadas de antigüedad, como tapadera para actividades nefastas. Le revolvía el estómago. ¿Qué quedaba del legado familiar frente a esto? Finalmente había dormido un poco, a pesar de haber dormido la mayor parte de la mañana. Cuando se despertó mientras el avión descendía, las drogas parecían haber abandonado finalmente su sistema. Se despertó aguda y enfocada.

Rainier gritó y saludó a un coche que pasaba lentamente. Este se desvió frente a un taxi y se detuvo. El taxista se enzarzó en una frenética serie de gritos y aspavientos mientras el hombre del interior lo ignoraba y devolvía el saludo a Rainier. El amigo de Rainier era guapo, de pelo oscuro y alto, con cálidos ojos marrones. Mientras se apresuraban hacia él, el taxi de atrás tocó la bocina con impaciencia y Rainier abrió las dos puertas de pasajeros e hizo que Adrienne entrara en el asiento trasero antes de saltar al asiento del copiloto.

Lincoln aceleró.

—Zona de prohibido aparcar, lo siento —dijo, con una sonrisa amistosa en el rostro, mientras se giraba y lanzaba una rápida mirada a Adrienne. Hacía calor fuera y dentro del coche,

y Adrienne bajó su ventanilla para al menos sentir una brisa. Tal como estaba, solo respiró más humos, y el tráfico avanzaba a paso de tortuga. El sol se deslizaba bajo en el cielo, una bola de fuego que iluminaba el aire contaminado en un despliegue de naranjas y rosas. Para cuando Lincoln aparcó su coche en un estrecho callejón detrás de un restaurante chino, el sol había desaparecido por completo y la noche había caído. El olor a ajo y salsa de soja la golpeó mientras seguía a Lincoln y Rainier a través de una puerta, subiendo un largo tramo de escaleras empinadas y estrechas, hasta un apartamento destartado sobre el restaurante.

—¿Aquí es donde has estado quedándote? —Adrienne miró a su alrededor. Era pequeño, espartano como solo puede serlo el piso de un soltero, y estaba pobremente iluminado. La música enlatada del restaurante de abajo se colaba, junto con los tentadores aromas del salteado.

Lincoln se rio de buen humor y le dio una palmadita en el brazo.

—Me gusta tu hermana. Tiene buen gusto, algo de lo que tú careces notablemente, Rainier.

—No me echas la culpa, Sorenson, ¿es tu apartamento! —Rainier se volvió hacia Adrienne—. Iré a buscar la cena y luego quiero escuchar lo que oíste, y te mostraré lo que Lincoln y yo hemos reunido. —No esperó su respuesta, simplemente desapareció por la puerta y bajó las escaleras.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Lincoln—. O, veamos, tengo algo de ron aquí y cola en la nevera. ¿Te gustaría un ron con coca?

Adrienne parpadeó ante su oferta. ¿Le estaba ofreciendo alcohol fuerte? Tal vez así vivían los veinteañeros, a base de alcohol y comida para llevar. —Eh, un ron con coca estaría genial, gracias.

Él le sonrió y se dio la vuelta, buscando, al parecer, un vaso limpio en la pequeña y sucia cocineta que tenía un fregadero lleno de platos. Finalmente encontró uno y sacó una lata fría de refresco de la nevera, y pareció verter el ron y el refresco en partes iguales antes de entregárselo y señalarle un lugar despejado en el sofá.

—Vaya, yo, eh, lo siento por el desorden. He estado hasta el cuello con registros financieros y más. —Agarró un montón de papeles y libros y los apiló, amenazando con derrumbarse—. Estoy investigando un par de anomalías en una elección reciente, indagando en una muerte súbita reciente entre las filas de la élite de Hollywood, y ayudando a Rainier con, bueno, con tu padre y todo eso. Supongo que necesito organizarme un poco.

Adrienne dio un sorbo a la bebida, haciendo una mueca por la cantidad de ron. Era mucho más fuerte que lo que había probado en las fiestas del instituto, que se componían principalmente de cerveza barata y ocasionales gelatinas con alcohol. Pudo oír a Rainier subiendo las empinadas escaleras fuera del apartamento segundos antes de que entrara, con bolsas de comida en las manos.

El ron ya estaba extendiendo su calidez por su cuerpo mientras devoraba el cerdo Mu Shu y el Chow Mein amontonados en su plato. Rainier y Lincoln engullían la comida, y nadie habló durante unos momentos, optando por concentrarse en la comida que tenían delante. Rainier terminó su comida primero y alcanzó el vaso de Adrienne, dando un gran trago antes de mirar con furia a Lincoln.

—¡Joder, Link, tiene dieciocho años! —balbuceó—. ¿Le pusiste algo de refresco a ese ron?

Lincoln se encogió de hombros y sonrió. —Lo siento, tío. Parecía que lo necesitaba. —No parecía nada arrepentido. Le guiñó un ojo a Adrienne.

Rainier frunció el ceño a su amigo, agarró la lata de cola medio vacía y la vertió en el vaso de Adrienne.

—Julianna la drogó esta mañana. Si no hubiera llegado cuando lo hice... —No terminó la

frase, solo se quedó mirando a Adrienne, las arrugas de su ceño fruncido profundizándose—. Un funeral es suficiente.

—No es tan malo como piensas, Rain, solo escuché algo sobre unos vertidos ilegales y... — La voz de Adrienne se apagó mientras todos los acontecimientos de los últimos diez años, y especialmente del último año, encajaban. Lo que había escuchado, todas las acusaciones de Rainier, y los artículos de periódico y especificaciones que vio sobre la mesa cuando entró en el apartamento. Rainier había estado investigando el accidente de hace diez años, el que casi los mata a él y a su padre. Había sospechado de Julianna desde el principio.

—Oh, Dios mío.

Lincoln habló: —Quizás deberíamos empezar con lo que hemos averiguado y darte la oportunidad de ver todas las pruebas que hemos reunido. Luego puedes añadir lo que sabes. —Se levantó, se acercó a la mesa y recogió las pilas de informes. Rainier despejó un espacio en la mesa de café y llevó los envases vacíos de comida a la pequeña cocineta, empujando montones de cajas de comida para llevar vacías, añadiéndolas al montón.

—Empecemos con el accidente que casi mató a Rainier y a tu padre. —Hurgo en la pila de papeles y encontró una carpeta con varias fotos nítidas dentro—. El investigador del accidente tomó estas. Murió repentinamente, menos de un mes después del accidente.

Las fotos se centraban en un cable. Rainier lo señaló con un dedo. —Ese cable fue cortado, no se rompió en el accidente.

—¿Qué es? ¿Qué hace? —preguntó Adrienne y dio otro sorbo al ron con coca. Era más fácil de beber ahora con la adición de la cola.

—Es la línea que suministra el líquido de frenos desde las reservas a los frenos, manteniéndolos lubricados. Sin él, los frenos se queman y dejan de funcionar —respondió Rainier, con los ojos intensos—. Alguien cortó esas líneas antes de que padre y yo nos pusiéramos en carretera. Nos habíamos detenido a desayunar porque nos habíamos quedado sin cereales esa mañana. ¿Lo recuerdas?

Adrienne pensó en aquella mañana. —¡Sí! Y tampoco había huevos.

Rainier asintió sombríamente. —La única mañana en que nos quedamos sin nada, y Julianna tenía una cita inesperada y no podía llevarme al médico. No solo eso, sino que nos había programado para la otra ubicación del consultorio, la que llevaba a padre fuera de su camino por una carretera mal mantenida que tenía muchas curvas y vueltas.

—Una tormenta perfecta de coincidencias —protestó Adrienne sin mucha convicción.

—O la tormenta perfecta de un asesinato planeado e intencional —comentó Lincoln secamente—. La navaja de Occam.

—¿Recuerdas que tuvieron una discusión unos días antes? —preguntó Rainier—. ¿Una sobre algunas irregularidades allí en Cenac Shipping?

—Sí —respondió Adrienne con vacilación—, más o menos.

—Bueno, yo lo recuerdo bien. —La mano de Rainier se cerró en un puño—. Padre tenía preguntas y Julianna parecía empeñada en explicarlo todo. Padre se preocupaba por las cuestiones legales, le inquietaba que se estuviera encubriendo algo, y luego, tres días después, ambos casi morimos.

Adrienne dio otro sorbo a su bebida. A pesar de la comida, le estaba dando una cálida sensación y la misma sensación de entumecimiento que tuvo después de beber el té que Julianna le había dado. —Este investigador del accidente, ¿cómo supisteis de él? ¿Cómo sabemos que tomó fotos del coche de padre?

Lincoln se golpeó el pecho. —Soy un periodista de investigación. Tengo contactos, y mis

contactos tienen contactos. Requirió algo de investigación, y una súplica apasionada de Rainier a la viuda del hombre, para conseguir estos documentos. Los originales habían desaparecido de los archivos de la policía, pero él había guardado las fotos en una memoria USB, y ella nos la dio. Estas imágenes, y las notas del informe del incidente, estaban todas en la memoria USB.

—Esto es evidencia de que intentó matarlos a ambos. ¿Por qué no han ido a la policía con esto? —preguntó Adrienne.

—Tenemos pruebas de que alguien cortó esa línea de frenos, pero no del cómo ni del porqué. Considerando la corta distancia que el coche habría podido recorrer con la línea de frenos cortada de esa manera, tendría que haberse hecho mientras estábamos dentro del restaurante, no en casa —respondió Rainier.

—Entonces, ¿no pudieron probar que fue ella? —preguntó.

—Aunque sabemos que fue ella —respondió Rainier sombríamente.

—También tenemos los análisis de sangre trimestrales —añadió Lincoln—, de los últimos años del historial médico de tu padre. Acabamos de recibirlos. Pero no son de tu padre, al menos no todos. No pueden serlo.

Adrienne lo miró fijamente, con el ceño fruncido. —¿Cómo lo sabes?

—Estos informes deberían mostrar opioides, analgésicos —explicó Lincoln—. Tu padre sufría de un dolor nervioso considerable y, por todo lo que sabemos, debería haber tenido altos niveles de esos opiáceos en sus análisis de sangre. —Hojeó el montón de papeles y sacó varias hojas, señalando un número rodeado con un círculo—. Mira, esto es de hace más de un año. Puedes ver que es una lectura alta, por eso aparece en rojo. Alguien se preocupó por las dosis altas. Tal vez Julianna recibió una llamada de un médico expresando esa preocupación. —Pasó a la siguiente página—. Esto fue un mes después. Ninguna lectura en absoluto. Es decir, ya no hay opioides en su sistema. Para nada.

Adrienne frunció el ceño y bebió un gran trago del vaso, vaciándolo. —¿Y no hay posibilidad de que ella haya cambiado sus medicamentos o realmente lo haya sacado de ellos?

Lincoln sonrió. —Serías una excelente investigadora; tienes una mente inquisitiva. Y esa fue la primera pregunta que hice, y luego revisé los informes de la farmacia. El medicamento en cuestión es oxycodona. Muestro una prescripción continua durante los últimos tres años. —Dejó caer un listado de fechas que ocurrían mensualmente y se extendían por varias páginas—. Pero también encontré este registro, el mismo medicamento, la misma dosis, y emitido por un Dr. A. Smith y surtido en otra farmacia durante casi el mismo período de tiempo. —Deslizó el otro informe hacia ella y lo sostuvo en sus manos, mirando fijamente los datos rodeados con un círculo.

—¿El doble de medicación? —Su voz tembló un poco, con una imagen clara en su mente de su padre sentado en su silla de ruedas frente a la gran ventana panorámica, su mirada nublada, sus reacciones lentas y a menudo inexistentes.

—Sí. Y en esas dosis, suficiente para matarlo. Es probable que por eso insistiera en cremarlo. —Gruñó—. Sabía que era extraño, cremarlo y luego ponerlo en un ataúd. No tenía ningún sentido.

Rainier encontró la mirada de Adrienne y su voz se suavizó, amable. —Julianna te mantuvo distraída. Creo que le gustabas lo suficiente como para dedicar tiempo y esfuerzo en mantenerte en la oscuridad. Especialmente después de que me fui, y sabía que necesitaría una figura decorativa para dirigir la empresa si padre muriera. —Resopló, sus labios se torcieron en una mueca de desprecio—. Padre había puesto las protecciones en su lugar, incluso antes de casarse con ella. Y después, había enmendado el testamento para incluir una pensión para ella, pero la

excluyó de cualquier posición de poder en la empresa si alguno de nosotros se presentaba para dirigirla.

—¿Por qué no me disuadiría simplemente de tomar el control después de regresar de la universidad, entonces? —preguntó Adrienne, desesperada por encontrar un lugar donde Julianna no fuera culpable de asesinato y más.

—El testamento establecía que si ninguno de nosotros tomaba el control de la empresa antes de nuestro vigésimo quinto cumpleaños, entonces debía ser vendida —respondió Rainier.

—¿Y si yo tomaba el control? —preguntó Adrienne—. ¿Qué pasaría entonces?

—Habrías sido una figura decorativa. Si realmente prestaras atención, tal vez notarás las irregularidades, bueno, entonces, tal vez terminarías como padre. —Rainier negó con la cabeza ante la expresión de shock de Adrienne—. Lo hizo una vez, ¿por qué no de nuevo?

—Adrienne. —Lincoln le entregó otro vaso lleno de ron con Coca-Cola—. ¿Por qué no nos cuentas lo que escuchaste?

Adrienne tomó un sorbo de la bebida. Era menos fuerte esta vez. Respiró hondo y luego les contó exactamente lo que había oído y cómo había escapado de la situación.

—Pensé que lo había logrado —dijo, tomando otro sorbo—, pensé que los había engañado. Pero tal vez le dijeron algo a ella. Y por eso Julianna me drogó con ese té. Quiero decir, no sabemos con certeza si drogó el té. Estuve despierta la mayor parte de la noche, tratando de entender lo que había escuchado, pero he pasado noches en vela antes y nunca me había quedado dormida así.

—Oh, te drogaron, hermanita. Estuve llamándote y tratando de despertarte por casi cinco minutos. Tú no duermes tan profundamente. —Rainier se volvió hacia su amigo—. ¿Qué piensas de todo esto?

Lincoln se recostó en el sofá. —Creo que Julianna estaba recurriendo al Plan B. El Plan A era instalar a Adrienne como figura decorativa en Cenac y ser el chivo expiatorio perfecto junto con tu padre muerto si se llegaba a saber sobre el vertido ilegal y el incendio provocado. Pero el Plan B era simplemente mantener protegido lo que había construido dentro de la organización, y si eso significaba eliminar a Adrienne, pues que así fuera.

Adrienne se estremeció y vació el segundo vaso de ron con Coca-Cola. Intentó ponerse de pie, y la habitación giró a su alrededor.

—Tranquila, hermanita.

—Tengo que hacer pis.

—Sí. —Rainier la rodeó con un brazo por la cintura y la llevó hacia una de las puertas entreabiertas—. Aquí mismo. —La sostuvo hasta que pudo encender la luz y luego la soltó para que pudiera cerrar la puerta—. Maldita sea, Link, la has emborrachado.

—Parecía que lo necesitaba —respondió Lincoln, riendo.

Adrienne cerró los ojos mientras el mundo se inclinaba y giraba. El baño estaba sucio. Era definitivamente un apartamento de soltero, y uno mal mantenido. Terminó el rollo de papel higiénico y se levantó, escuchando las voces murmurantes de su hermano y su amigo. Tiró de la cadena y se miró en el espejo agrietado y manchado. Habían pasado veinticuatro horas como máximo, y habían puesto su vida patas arriba. ¿Realmente Julianna había asesinado a su padre? ¿Qué había planeado hacer su madrastra con ella una vez que la había drogado? Tenía tantas preguntas y, sin embargo, temía las respuestas.

Presente

Kaylee se detuvo, con la boca repentinamente seca y el estómago revuelto.

Las manos de Jack sostenían las suyas. —Los hombres que te buscaban, los mataron, ¿verdad?

Kaylee asintió, sin palabras, con lágrimas cayendo sobre la piel suave de él. Se incorporó, alcanzó una botella de agua cercana y tomó un sorbo, limpiándose las lágrimas, con los hombros temblando.

—Todo sucedió tan rápido. Estaba dormida en el sofá. Creo que era alrededor de la medianoche, tal vez más tarde. Le dispararon a Lincoln y a Rainier. Solo un par de pequeños estallidos, no muy fuertes. Habría pensado que era una pistola de juguete, no real, pero entonces Rainier estaba en el suelo y había tanta sangre.

Antes de que pudiera gritar, antes de que pudiera hacer mucho más que tratar de defenderme, me ataron y me drogaron. Luego el grande me cargó sobre sus hombros. Creo que el otro se quedó atrás el tiempo suficiente para provocar el incendio. —Sus lágrimas caían con más fuerza—. Iban a matarme también. Estoy segura de ello, una vez que estuvieran seguros de que la evidencia se quemara en el apartamento y de que no hubiera hablado con nadie más.

La mano de Jack estaba en su espalda, cálida, reconfortante.

—Matarán a cualquiera que crean que sabe algo. Ahora estoy segura de eso. Si me encuentran, te matarán a ti, a Malcolm e incluso a Azule. No estás a salvo cerca de mí. Eso es lo que necesitas saber, Jack. No estás a salvo. Nadie lo está.

Estudio de la Presa

Jack consoló a Kaylee lo mejor que pudo. La sostuvo entre sus brazos y se sintió más impotente de lo que había estado en mucho tiempo. No había forma de borrar de su mente las experiencias que había sufrido, ni de retroceder en el tiempo para evitar el asesinato de su hermano y del amigo de este. Jack no podía devolverle a sus padres, al igual que no podía recuperar a los suyos. Se sentía tan impotente como cuando sostuvo a Allie por última vez, sabiendo que se había ido y que era incapaz de traerla de vuelta. Allie, que tenía toda la vida por delante. Allie, a quien había prometido proteger y había fallado por completo.

Kaylee, o Adrienne, no podía evitar pensar en ella como Kaylee. Ella también tenía toda la vida por delante. Y Jack juró en silencio que haría todo lo que estuviera en su poder para protegerla, para asegurarse de que tuviera esa vida por vivir donde otros no la habían tenido.

Las estrellas llenaban el cielo, incluso con la luz de Los Ángeles ocultando muchas de ellas. Aquí, en esta noche, podía ver tantas. Sin embargo, esta noche eran los planetas los que llamaban su atención. Señaló a Marte, a media altura en el suroeste, y a Saturno, con su tono amarillo claro en el sur-suroeste, a solo 30 grados de la mancha naranja que era el Planeta Rojo. Apenas podía distinguir a Mercurio al oeste-noroeste. La luna creciente colgaba justo encima.

Susurró todo esto al oído de Kaylee y poco a poco sus sollozos cesaron, y ella preguntó por la estrella más brillante de Virgo, tan cerca de Saturno. —Esa es Espiga, una de las veinte estrellas más brillantes del cielo —dijo Jack, con los labios enterrados en el cabello de Kaylee—. En realidad, son dos estrellas tan juntas que no podemos distinguirlas ni siquiera con un telescopio. —Su mano, inquieta, se movió a lo largo de ella, rozando con las yemas de los dedos los contornos de su cuerpo, deseando más de ella, pero también anhelando la simple conexión que el roce de su piel contra la suya creaba.

Se quedaron allí, mirando las estrellas, sin palabras. Jack intentó pensar en qué decirle, cómo tranquilizarla, cómo animarla a quedarse. No solo aquí, en este momento, sino por más tiempo. Era tan joven, más joven que Malcolm, y sin embargo, su presencia aquí se sentía bien y correcta. Como si siempre hubiera pertenecido aquí con él.

Kaylee se volvió hacia él y apenas pudo distinguir sus rasgos en la oscuridad.

—Jack, yo... —Él la detuvo antes de que pudiera decir nada más con un beso profundo e intenso. No quería que le dijera que tenía que irse. No quería oírlo, y no quería que le recordara el peligro que suponía su presencia en su vida, o en la de Mal. En cambio, quería hacerle el amor. Toda la maldita noche, si eso era lo que hacía falta para alejar sus miedos, o al menos silenciarlos hasta que pudiera demostrarle que estaba a salvo aquí.

Ella le devolvió el beso, igualándolo en entusiasmo y atracción, su cuerpo moviéndose bajo el suyo de la manera correcta. Sobre ellos, el cielo nocturno parpadeaba, la estación espacial pasaba por encima en un arco lento y perezoso, y los otros habitantes del enorme árbol escuchaban, o dormían, mientras los dos hacían el amor en la casa del árbol, repetidamente.

No había noción del tiempo, allá arriba en las ramas, lejos de cualquier reloj. Durmieron, con sus miembros entrelazados, sus cuerpos saciados, hasta que los pájaros los despertaron al amanecer.

Jack gruñó. Acolchada o no, la casa del árbol no era ni la mitad de cómoda que su cama, y le dolía el cuerpo. Un brazo se le había entumecido donde lo había envuelto alrededor de Kaylee. Ella se sentó lentamente, estirándose, con los pechos erguidos. Los cubrió, un pequeño rubor floreciendo en sus mejillas al notar su mirada.

Jack protestó, apartando su mano del pecho izquierdo y sentándose para capturarlo con su boca, sintiéndose endurecer. La atrajo hacia su regazo, su lengua abriéndose camino por su pecho hasta su cuello y oreja, antes de capturar su boca de nuevo.

Kaylee gimió y luego se retorció para alejarse. —Hay una cosa que falta en esta casa del árbol —dijo, alcanzando su ropa.

—¿Una cama decente? —preguntó él, haciendo una mueca mientras su espalda le recordaba que ya no tenía diez años y no podía dormir en cualquier superficie que eligiera.

—Bueno, entonces dos cosas. ¡Una cama de plumas y un baño!

Jack se rio y se volvió para buscar su propia ropa. Estaban mezcladas con las de ella, y se golpearon la cabeza dos veces tratando de ponerse apresuradamente sus atuendos descartados.

El descenso del árbol era difícil en algunos lugares, pero Kaylee pisaba con confianza. Era una natural y no le temía a las alturas. Si era posible que le gustara aún más de lo que ya le gustaba, fue su facilidad para descender lo que más le impresionó.

—No te dan miedo las alturas en absoluto, ¿verdad? —le preguntó mientras ella daba una serie de pasos retorcidos en una escalera de cuerda sin quejarse.

—Oh, no, estoy aterrada —respondió de inmediato—, pero estoy más preocupada por hacerme pis encima ahora mismo como para que me importe lo alto que estamos, siempre y cuando lleguemos al suelo ya.

Jack echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Ya casi llegamos. Podrías ir en el bosque si se pone muy mal.

—¿Qué, y limpiarme con hiedra venenosa? No, gracias. —El suelo se acercaba cada vez más.

—Por aquí hay más roble venenoso que hiedra, pero entiendo tu punto.

En el momento en que sus pies tocaron el suelo, Kaylee se apresuró por el sendero y Jack se reía tanto que no pudo seguirle el paso.

Jack observó cómo Kaylee entraba corriendo a la casa y sintió que su estómago rugía. No habían cenado anoche. Había estado demasiado ocupado para notarlo hasta ahora. Sintió una punzada de culpa al pensar en Malcolm. Su hermano pequeño no era indefenso, sin embargo. Había muchas comidas preempaquetadas abajo en la segunda cocina, y Mal podía cocinar si era necesario. Jack normalmente le avisaba de alguna manera, en lugar de simplemente desaparecer. Tendría que preparar algo además de tortillas. Después de cuatro días seguidos, necesitaba hacer algo más; todo lo que había hecho era alimentarla con tortillas y comida para llevar. Mientras subía las escaleras hacia su propia habitación, podía oír las tuberías de agua. Ella se estaba duchando, y se detuvo, recordando cómo la había sorprendido duchándose. ¿Había sido solo hace dos días? Cubierta de jabón, con el vapor elevándose sobre las paredes de cristal

transparente de la ducha. Ojos cerrados, sus dedos...

—Oye. —Los ojos de Jack se abrieron de golpe y vio a Kaylee de pie allí con una bata esponjosa, una media sonrisa en su rostro. Inclino la cabeza hacia el baño—. ¿Te unes a mí?

No necesitó que se lo pidiera dos veces. Ya se había quitado la camisa, junto con los zapatos, y ella se rio, dejando caer su bata dentro de la puerta. Una oleada de calor húmedo lo recibió dentro del baño y se quitó el resto de su ropa y se unió a ella dentro.

Cuando Kaylee alcanzó el champú, él extendió su mano. —Aquí, déjame. —Vertió una cantidad generosa en su mano y la giró para que su espalda quedara hacia él. Ella se estremeció mientras él trabajaba el champú en su cabello, hundiendo sus uñas en su cuero cabelludo lentamente—. ¿Tienes frío?

Kaylee suspiró. —No, es solo que... se siente tan bien.

La acercó más al agua, el rocío de los múltiples chorros hacía que la espuma y el champú giraran en un vórtice. Sus dedos se aseguraron de que cada burbuja se enjuagara antes de que su boca recorriera el esbelto cuello de ella, con los ojos cerrados bajo la lluvia de agua. Kaylee arqueó la espalda, amoldándose a él, sus caderas meciéndose como si siguieran un ritmo silencioso. Jack podía sentir cómo se le endurecía el miembro, su cabeza más pequeña completamente despreocupada por la falta de sueño o el dolor de espalda. La giró para que quedara frente a él y la presionó contra los fríos azulejos que recubrían la pared del fondo de la ducha, ignorando el agua, capturando su boca con la suya. Ella jadeó cuando él la levantó y luego la penetró, enterrándose hasta el fondo en sus sedosas profundidades. Se quedó así un momento, deleitándose en la calidez, en la oleada de sensaciones, y cuando ya no pudo soportarlo más, embistió dentro y fuera, más fuerte, más rápido. Kaylee se aferró a él, sus dedos clavándose en sus hombros. Las manos de Jack acunaban sus perfectas nalgas redondeadas, sus ojos observaban cómo la boca de ella formaba una perfecta 'o' de éxtasis. Gemía con cada nueva embestida y luego, al acercarse el orgasmo, sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Oh, Jack! —Una oleada de calor, sus caderas sacudiéndose, y con una última embestida él se corrió tan fuerte que vio estrellas.

Permanecieron así durante lo que pareció una eternidad, con el corazón de él martilleando en su pecho y su rostro acurrucado en el hombro de ella, el agua corriendo sobre ellos. La soltó suavemente, su cuerpo deslizándose por los azulejos hasta que sus pies tocaron el suelo.

Cuando su ritmo cardíaco volvió a la normalidad, le robó un último beso y luego se apartó. —Debería ocuparme del desayuno.

—Puedo prepararnos algo, si quieres —dijo Kaylee, alcanzando su toalla mientras nubes de vapor pasaban junto a ambos—. Jul... bueno, mi madrastra, me enseñó mucho. Solíamos hornear algo especial cada fin de semana. —Se envolvió con la toalla y sonrió—. No es exactamente un desayuno, pero puedo hacernos unos beignets, o incluso un hash de batata y jamón si prefieres una opción más saludable.

Se decidieron por los beignets, aunque solo fuera porque él no tenía batatas en la cocina. Malcolm tenía debilidad por los dulces, y Jack supuso que eso superaría su habitual petición de tortilla de aguacate. Se dirigió a su propia habitación, con una toalla de repuesto envuelta en la cintura, y se vistió rápidamente.

Mal estaba sentado en su lugar habitual cuando Jack llegó. Había estado esperando a Jack y su tablero magnético decía:

**MUJER AQUÍ AYER
HIZO PREGUNTAS**

BUSCANDO A K HABLA CON A

Jack leyó las palabras y miró fijamente a su hermano menor. —¿Estás seguro de que estaba buscando a Kaylee? —Mal asintió levemente y señaló la última línea—. ¿Az habló con ella? —Hubo otro pequeño asentimiento.

Jack sintió que se le formaba un nudo en el estómago, y no era por el hambre. Algo no encajaba en todo esto. Miró alrededor de la habitación.

Toda la planta baja tenía un diseño abierto con techos altos y grandes ventanales. Si esta mujer había pasado la puerta principal, ¿qué habría visto si hubiera estado justo fuera de la casa?

Los ojos de Jack se posaron en la chaqueta ligera que Kaylee había llevado ayer por la tarde. Estaba sobre el respaldo del sofá, de un delicado rosa y azul.

Mierda.

Rodeó la isla de la cocina y alcanzó su Samsung Galaxy, que estaba cargándose en la encimera. Lo cogió, tocó algunas teclas y encontró un mensaje de Azule.

Azule R: Una mujer estuvo aquí. Dijo que hacía encuestas. Pelo negro, delgada, musculosa. Su sonrisa no llegaba a los ojos. Veintipocos años como mucho. Preguntaba por mujeres entre 15 y 25 años. Me puso los pelos de punta. Miraba mucho alrededor. Dijo que la puerta estaba abierta. LLÁMAME.

Doble mierda.

Jack se volvió para ver cómo el rostro de Kaylee palidecía ante las palabras en el tablero de Mal.

—¿Podría ser tu madrastra? ¿Julie...?

—¿Julianna? —Frunció el ceño—. No la veo haciendo algo así, pero tampoco sospeché que matara a mi padre y estoy bastante segura de que lo hizo. —Miró por encima del hombro de él el mensaje—. ¿Pelo negro? ¿Delgada y musculosa? No, definitivamente no es ella.

Jack le leyó el mensaje y Kaylee volvió a negar con la cabeza. —No, no es ella.

Presionó el botón de llamada y el teléfono sonó una vez antes de que Azule contestara. —Volviste a dejar el maldito teléfono en la encimera, ¿verdad? —No esperó respuesta—. He estado pensando en ello toda la noche. Y no me gusta. Activó todas mis alarmas.

Jack se habría reído si no fuera porque en ese momento todas sus propias alertas se estaban disparando. Si Azule sentía que algo no encajaba, entonces confiaba en ello. Az era una mujer con una intuición excelente. Echó un vistazo alrededor, examinando la planta abierta con los grandes ventanales y la semi-privacidad con ojos nuevos. Kaylee no estaba a salvo aquí. Ninguno de ellos lo estaba.

—Bien. Az, esto es lo que necesito que hagas... —Antes de que pudiera continuar, sintió más que oyó la ráfaga de aire primero y el crujido del cristal sonó inmediatamente después. La bala cortó el aire entre ellos, haciendo añicos los azulejos de cristal de la cocina detrás de ellos. Jack rodeó la cintura de Kaylee con un brazo y la tiró al suelo, gritándole a su hermano que se cubriera mientras la segunda, tercera y cuarta balas impactaban en el refrigerador, hacían explotar la cafetera y rozaban la encimera mientras Jack empujaba a Kaylee contra el lavavajillas, esperando que la protegiera aún más del tiroteo. Luego se lanzó de lado y agarró a Malcolm por la parte trasera de su camisa, acercándolo. Malcolm forcejeó. Incluso ahora, frente al peligro, su hermano no podía soportar el contacto de otro. Luchó por alejarse de Jack, gritando sin palabras. Jack hizo una mueca cuando la mano libre de Mal se cerró en un puño y le dio un golpe de refilón en un lado de la cabeza.

Kaylee parecía pálida, aterrorizada, con los ojos muy abiertos.

—El sótano es una habitación segura. Tenemos que llegar allí. —Su mirada recorrió lo poco que podía ver por encima de la isla de la cocina hasta la puerta en la pared a solo quince pies de distancia—. Mal, ¡deja de pelear conmigo! Te soltaré, pero tienes que ir con Kaylee. —Soltó a Malcolm y su hermano dejó de forcejear, alejándose de Jack tanto como pudo mientras permanecía en el suelo. Por ahora estaba fuera del alcance de las balas. Habían cesado, y Jack sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que quien estuviera disparando se acercara más. A unos metros de distancia podía oír la voz de Azure llamando por teléfono, pero no había tiempo, ella no podía ayudarlos.

Cuando los segundos cuentan, la policía está a minutos de distancia.

Jack metió la mano en un armario, pasando los rollos de papel de aluminio, y sus dedos se cerraron sobre la empuñadura del Smith & Wesson. Tiró de la corredera hacia atrás y quitó el seguro. Los ojos de Kaylee se abrieron aún más.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

—Ganándoles tiempo. Tú y Mal tenéis que llegar al sótano. Preparaos para correr.

—¿Y tú?

—Iré justo detrás de vosotros. —Echó un vistazo por encima de la isla de la cocina y vio una figura esbelta corriendo hacia la casa—. Id ahora.

Kaylee se puso de pie y corrió con Malcolm detrás de ella, llevando su carpeta en los brazos. Mientras corrían, Jack disparó hacia la ventana contra su atacante. El ventanal se desintegró en un estruendo de cristales rotos, el fuego adicional de las armas abrumando la extensión ya dañada por las balas del intruso.

La figura se lanzó hacia un lado y ahora podía ver que era una mujer, con su cabello oscuro y largo pulcramente trenzado en una larga línea por su espalda. No se quedaría abajo por mucho tiempo, y él no estaba listo para esconderse en el sótano y esperar que la policía llegara a tiempo. La pantalla de su teléfono se había oscurecido, y sabía que Azure ya estaba llamando a la policía. No tenía esperanzas de que llegaran a tiempo para salvarlos. Jack tendría que detenerla.

Echó un vistazo. Kaylee y Malcolm habían llegado a la puerta y se habían deslizado dentro. Malcolm la había cerrado dejando solo una rendija por la que se veía su rostro. Jack miró a los ojos de su hermano y dijo:

—Cierra con llave.

Se dio la vuelta incluso mientras oía a Kaylee objetar y la puerta se cerraba, los cerrojos deslizándose en su lugar. Nadie podría entrar allí. No sin explosivos potentes.

Ella se estaba moviendo de nuevo. Pudo verla saltar a través de la herida abierta que era el ventanal, disparando mientras entraba en su casa.

Hora de Morir

La tarde anterior...

Nyra saltó fácilmente la verja y se dirigió por el largo y sinuoso camino hacia la casa. Dibujó su sonrisa más encantadora al acercarse a la entrada principal. Una mujer negra voluptuosa estaba de pie en el camino, con los ojos entrecerrados con sospecha.

—¡Hola! Estoy realizando una encuesta sobre elección de maquillaje de marca, ¡y tengo muestras gratis para quien coincida con mi perfil demográfico! —gritó Nyra, forzando un tono alegre en cada centímetro de su voz.

—¿Cómo entraste aquí? —La mujer tenía las manos en las caderas y las cejas arqueadas.

—Yo, eh. —Nyra bajó la mirada al suelo—. Mire, soy nueva y me asignaron todo este cuadrante y *todas las entradas* están valladas y cerradas. ¡Si no regreso con algo, me despedirán! —Le lanzó una mirada angustiada a la mujer—. Sé que salté la cerca, pero en serio, solo estoy tratando de mantener mi trabajo.

La mujer le dirigió una mirada evaluadora, y Nyra pudo ver que no estaba convencida.

—¿Qué grupo de edad necesitas?

—Mujeres de quince a veinticinco años. Transgénero y no binarias también son bienvenidas —recitó con soltura—. ¡Tengo unas preciosas sombras de ojos y colorete de MAC, muestras de tamaño completo!

Había maniobrado su acercamiento para poder ver tanto a la mujer como el interior de la casa lo máximo posible. No había nadie a la vista, nada fuera de lugar, excepto...

—No hay nadie aquí en ese grupo demográfico, señorita.

Nyra notó una mancha de color en el sofá blanco. Un suéter rosa pálido y azul, definitivamente femenino. Frunció el ceño, haciendo un pequeño puchero de decepción fingida.

—¿Está segura?

Las cejas de la mujer se elevaron aún más, y su boca se comprimió en una sola línea de desaprobación.

—Completamente segura. Déjame acompañarte a la puerta. Puede que tengas mejor suerte si te diriges al norte.

Nyra no tuvo más remedio que caminar con la mujer de vuelta a la verja. No importaba. Exploraría el resto del área en las últimas dos horas de luz del día, solo para estar segura, pero tenía un fuerte presentimiento sobre esta casa. De todos modos, podría volver a escondidas más tarde para averiguar más. Expresó efusivamente su agradecimiento y se alejó por el sinuoso camino. Una vez que estuvo fuera de la vista de la puerta, sacó su teléfono, localizó el número

correcto y presionó Llamar.

—Lucif... quiero decir, soy Luce... —tartamudeó la chica al otro lado.

Nyra sonrió.

—Lucifer, soy Nyra.

—Oh, hola Nyra, ¿qué pasa? —La voz de la chica al otro lado se animó.

—¿Puedes buscar un número de matrícula para mí? ¿Y también una dirección?

—Claro, eh, espera un segundo. —Se oyó un breve revuelo de fondo y luego Lucifer volvió —. Dímelos.

Nyra le dio ambos números.

—Necesito la propiedad de ambos.

—Me pondré a trabajar en eso ahora mismo. Oye, ¿cómo está tu hermana? —Nyra podía oír a Lucifer tecleando en su computadora, ya en la tarea.

—Está bien. Un par de semanas más y se hará su tatuaje, se convertirá en una de nosotras.

—¡Eso es genial! ¡No puedo esperar para conocerla! —Nyra sonrió ante esa respuesta; era la clásica Lucifer. La chica parecía aterradora con su maquillaje gótico, piercings y tatuajes. Nyra sabía que no era así. Había conocido a Lucifer cuando se unió por primera vez, hace poco más de un año, todavía con ojos grandes e inexperta, una chica de pueblo pequeño en una gran ciudad. A Nyra se le había encargado enseñarle a Lucifer algunas técnicas básicas de combate cuerpo a cuerpo, lo estándar. Nada del "golpe de los cinco dedos de la muerte" avanzado, como lo llamaba Lucifer.

Habían entablado una especie de amistad. Al menos, tanto como cualquiera podía tener cuando trabajabas para el Indalo. La fraternización no se fomentaba particularmente.

La realidad era que Lucifer y Zella probablemente nunca se conocerían. Lucifer aún no entendía eso realmente. No se detenía a pensar por qué Nyra necesitaba la información o qué haría con ella. Y dependiendo de lo bien que lo hiciera, puede que nunca lo supiera. Lucifer era buena, muy buena hackeando, y por lo tanto muy valiosa en su trabajo. Que no cuestionara era aún mejor, porque cuanto más te adentrabas en el Indalo, menos querías cuestionar.

—Vale, tengo algo sobre la dirección —dijo Lucifer—. Pertenece a un tal Jack Benton. ¡Ooh la la! Está forrado. Estoy viendo páginas de sociedad, un accidente aéreo que mató a sus padres hace diez años, y, hum, fundó Benton Security Services hace unos ocho años. Parece que ofrecen protección, servicio de guardaespaldas de alto nivel, ese tipo de cosas.

Bingo.

—Gracias, Lucifer, eso es todo lo que necesito.

—Oh, bueno, oye, ¿qué hay de la matrícula?

—No es necesario. Tengo lo que necesito. Gracias, Luce.

—De acuerdo, entonces. Pero oye, llámame alguna vez. Me mantienen en la oscuridad y me alimentan con mierda como si fuera un hongo. Creo que podría conseguir un perro para que me haga compañía. Uno grande, como un Gran Danés... ¿tienes alguna buena idea para nombres?

—Llámala Annabelle —dijo Nyra, el nombre saliendo de su cerebro sin pensarlo mucho. Había sido el nombre de su primer objetivo, Annabelle Bouchard.

Nunca olvidas el nombre de tu primera víctima.

—Me gusta.

Nyra no se despidió, simplemente apretó el botón de Finalizar llamada cuando llegó al final del camino y giró a la izquierda hacia el norte. Había montado un espectáculo, mantenido a la mujer negra mayor adivinando, y con suerte la había convencido de que era quien decía ser. Una vez que visitara otras dos casas, volvería y exploraría la propiedad.

Repartió muestras a dos chicas, una de once años que mintió descaradamente y dijo que tenía dieciséis. Nyra ocultó su diversión y escribió tonterías inútiles en la lista de verificación que había creado para ir con el atuendo de encuestadora antes de alegrarle el día a la niña dándole toda la bolsa de maquillaje. El sol desapareció detrás de los árboles, pero Nyra esperó hasta el anochecer para volver a trepar la cerca.

Estaba la casa principal y luego otro edificio que era casi tan grande como la casa principal. Se mantuvo en las sombras y lo investigó. La puerta estaba cerrada, pero eso era bastante fácil de sortear. El entrenamiento de Nyra no se había limitado a técnicas de combate y formas ingeniosas de asesinar a alguien; también había aprendido a abrir la mayoría de las cerraduras. La puerta de este edificio no había requerido más que una tarjeta de crédito para abrirla. Contenía oficinas, una sala de conferencias, y disfrutó viendo los peces en el invernadero. Inspeccionó la casa y debatió si entrar y esperar dentro a que este Jack Benton regresara. Fue bastante fácil encontrar un lugar cómodo en los arbustos que bordeaban el invernadero y esperar a que el multimillonario regresara de donde fuera que hubiera ido.

Nyra se colocó de manera que fuera completamente invisible para cualquiera dentro del complejo o para quien llegara por el camino exterior. Cruzó las piernas, centró su mente y pensó en Zella. La ira de su hermana era profunda. Para Nyra, la distancia de varios años lejos había significado que tuvo tiempo para procesar el abuso que su padre había practicado sobre su cuerpo. Zella había hecho lo que Nyra no pudo: matarlo, y los pensamientos de Nyra volaron brevemente hacia su madre. Ella no había hecho nada para detener a Jeffery Dean de abusar y violar a sus hijas. Se había quedado en su cama sin mover un dedo, sin siquiera reconocer lo que estaba sucediendo en su propia casa.

Y por eso, merecía lo que obtuvo.

Lo que sorprendió a Nyra fue que Zella no la odiara por irse. Podría haberlo hecho, y con razón, pero no lo hizo. El odio negro de Zella hacia los hombres no se había desvanecido en el último año, y era por esa razón que Nyra había retrasado decirle a Delta que su hermana estaba lista para unirse a los Indalo. Su ira la hacía actuar con un descuido imprudente por su seguridad o la de otros. Y aunque Nyra estaba segura de que Zella podría matar fácilmente a sus objetivos, parecía matar indiscriminadamente y sin preocuparse por las repercusiones. La mayoría de las asignaciones de Nyra conllevaban la expectativa de finura. Si Zella no podía controlar sus emociones, rápidamente pondría una diana en su propia espalda, y en la de Nyra. Después de todo, todas eran prescindibles.

La noche estaba despejada para Los Ángeles. El smog estaba ausente, y las estrellas habían aparecido en el cielo, joyas brillantes que parecían guiñar, incluso moverse, a través de un telón de fondo de terciopelo.

Sus piernas dolían después de varias horas manteniendo la misma posición. Su tobillo, el que Zella había golpeado con tanta precisión, se sentía especialmente sensible.

Era en momentos tranquilos como estos que se preguntaba qué habría hecho una persona para estar en la lista negra de los Indalo. Esta Adrienne Cenac apenas había salido de la escuela secundaria, y una prestigiosa además. No parecía tener mucha experiencia, y Nyra cerró los ojos por un momento y visualizó el rostro de la chica. Habían tomado la foto de su anuario escolar, por lo que parecía. Tenía una sonrisa fresca y alegre que llegaba hasta sus ojos.

Lo que sea que hubiera pasado en la vida de Adrienne Cenac, no podía haber sido tan malo. Era rica, bonita y tenía toda la vida por delante. O al menos la tenía hasta que le entregaron su expediente a Nyra. Ahora estaba muerta, o tan buena como muerta. Sin importar el hecho de que se hubiera escapado de Stephan y Rohan. Eran policías, después de todo. En los bolsillos de los

Indalo, seguro, pero policías.

A medida que pasaban las horas, la franja de luna cruzó el cielo y desapareció de la vista, y el horizonte brilló cuando el sol se elevó detrás de él. Nyra escuchó voces que venían de detrás de la casa y en segundos, apareció una chica, corriendo hacia la puerta. Entró corriendo y subió las escaleras.

Cabello rubio miel, con solo el lado de su rostro visible mientras pasaba corriendo. Parecía coincidir con la foto del anuario. Pero Nyra quería estar segura. Delta fruncía mucho el ceño ante los daños colaterales. Además, tenía tiempo, incluso con el sol arriba. La mujer negra era obviamente una empleada. Se había ido a las cinco de la tarde anterior y probablemente regresaría a las nueve hoy. Nyra tenía más de tres horas para cumplir su misión y desaparecer en los bosques que rodeaban la propiedad. Para cuando las fuerzas del orden procesaran la escena, ella estaría de vuelta con Zella en su escondite del desierto.

Se puso de pie, estiró las piernas y ajustó el silenciador en su pistola. Nyra se maravilló de la idiotez de los ricos. ¿De qué servía una cerca alta sin alarmas de sensores? Y tener arbustos para sentir que estaban lejos de miradas indiscretas solo le daba a un intruso un lugar donde esconderse.

Menos de un minuto después de que la chica entrara corriendo, un hombre atractivo de unos treinta y tantos años apareció por detrás del edificio y entró. Ese era obviamente Jack Benton. Lucifer le había enviado a Nyra varias fotos de él con diferentes números de signos de exclamación después de cada imagen, aparentemente mostrando niveles de atractivo. Y era guapo, sin duda. No el tipo de Nyra. Sus intereses estaban en las mujeres. Ya había tenido suficiente de los hombres antes de irse de casa. Nyra lo observó mientras subía las escaleras. Apenas podía ver un segundo par de pies antes de que la gran ventana diera paso a la pared. Vio una interacción de pies y luego los de Jack siguiendo a la chica fuera de la vista.

Eran amantes, entonces. Interesante. Ella había escapado de Stephan y Rohan el sábado por la noche y probablemente había llegado aquí en algún momento tarde el sábado o temprano el domingo. ¿Y estaba en la cama del hombre para el miércoles por la mañana? Sacudió la cabeza.

Los hombres no son más que erecciones ambulantes.

Los minutos pasaron, y finalmente vio los pies de Jack dirigirse a una habitación en el extremo más alejado del pasillo de arriba y desaparecer por unos minutos antes de reaparecer y bajar las escaleras. Mientras lo hacía, a Nyra le sorprendió ver una copia más joven de Jack Benton sentado en la barra del desayuno con una gran carpeta abierta frente a él. Su cabello era oscuro, largo y bastante desaliñado. ¿De dónde había salido este hombre más joven? Su vigilancia la noche anterior había mostrado solo dormitorios en el nivel superior, y no vio nada que indicara que hubiera un sótano o nivel inferior más allá de la planta principal. Miró a través de su monocular. Demasiado mayor para ser hijo de Jack, ¿posiblemente un hermano? La información de Lucifer no incluía datos sobre un hermano, pero Nyra no le había pedido un historial familiar, solo los registros de propiedad estándar. No importaba. Estaban hablando ahora, o al menos Jack estaba hablando. El hombre más joven estaba de espaldas a la ventana y tan inmóvil como una piedra. Parecía que Jack estaba frunciendo el ceño y ella lo observó mientras alcanzaba su teléfono, leía algo en la pantalla y luego miraba hacia arriba y hacia afuera. Nyra sintió un hilo de ansiedad pulsando a través de ella.

Quizás tenga menos tiempo del que pensé originalmente.

¿La empleada con la que se había encontrado le había dicho algo? Nyra observó cómo marcaba el teléfono, se lo llevaba a la oreja y esperaba una respuesta. Estaba tan concentrada en mirar su rostro, en tratar de leer sus labios, que al principio no notó el acercamiento de la chica.

Nyra la examinó a través del monocular en su mano. Su cabello estaba húmedo por la ducha, pero el rostro de la chica coincidía. Adrienne Cenac estaba aquí. Expuesta en esta casa de cristal, se estaba escondiendo de los Indalo a menos de tres kilómetros de donde se había encontrado el coche.

Deberías haber huido, Adrienne. Ahora es hora de morir.

Nyra apuntó su arma cuidadosamente. Adrienne se había acercado a Jack, una mano delgada en su manga, su rostro tenso de preocupación.

Nyra disparó y sintió una brisa mal cronometrada exactamente en el mismo momento en que la bala salió de la cámara. El disparo, alineado perfectamente teniendo en cuenta la distancia, se desvió, golpeando el azulejo entre Adrienne y Jack. Disparó de nuevo mientras desaparecían de la vista. Primero Adrienne y Jack, y luego el hombre más joven, su carpeta aún aferrada en sus manos mientras desaparecía de la vista. Nyra podía ver sus piernas pateando hacia un lado, como si estuviera luchando contra el hombre mayor. Siguió la primera bala con tres más. Dejaron agujeros con un patrón de estallido alrededor de cada uno, pero la ventana resistió. Tenía que acercarse más.

Se puso de pie y corrió, disparando mientras lo hacía. Nyra vio aparecer el pequeño y oscuro cañón de una pistola que disparó, haciendo añicos la ventana por completo. Esquivó de lado a lado, acortando la distancia, y devolvió el fuego mientras veía a la chica y al hombre más joven correr una distancia antes de desaparecer en lo que parecía una pared. Nyra maldijo en silencio.

Una habitación segura, posiblemente. De ahí salió el hombre más joven. ¡Maldita sea!

Una bala le pasó rozando la oreja mientras se acercaba a lo que ahora era una herida abierta en la casa y Nyra se echó a la izquierda en el peor momento, otra bala le entró en el pecho, atravesándola como un asador caliente. Le quitó el aliento, y medio se deslizó dentro de la casa, jadeando por aire mientras se desplomaba sobre el borde de la ventana abierta y contra un sofá blanco.

Que la bala la hubiera alcanzado era impactante. En los últimos tres años, ni siquiera había sido rozada por un cuchillo, mucho menos recibido un disparo. Nyra yacía contra el sofá, con el pecho ardiendo y la respiración burbujeando en su pecho. Escupió un coágulo de sangre de su boca y buscó una solución. Ninguna era buena, ninguna terminaba bien. Sin importar lo que sucediera a continuación, ya fuera que tuviera éxito en su misión o no, su futuro, su vida, era algo que podía medir en segundos y minutos.

Debería haber usado el chaleco antibalas. Estúpida.

Jack Benton estaba de pie sobre ella ahora. Se inclinó y le arrancó el arma de la mano a Nyra y luego dejó la suya, su mano derecha en el cuello de ella, comprobando su pulso.

Nyra susurró las palabras. No era difícil fingir que se estaba muriendo, porque sabía que lo estaba. Reunió sus energías mientras él se acercaba. Su cuchillo estaba en su bota, su pierna doblada debajo de ella en el suelo.

Acércate más. Te daré algo para que me recuerdes.

Él se acercó más, y ella atacó, cortando con lo último de sus energías su vientre. No era su objetivo; él no era su misión. Pero eso estaba bien.

Un imbécil rico menos que no puede pensar más allá de su polla.

Y mientras Jack se alejaba de ella, agarrándose el costado, su sangre uniéndose a la de ella, Nyra se deslizó hacia el abismo.

El Precio que Pagas

Jack se esforzó por ponerse de pie, con la mano izquierda presionada fuertemente contra la herida abierta, la sangre brotando por todas partes. La cabeza le daba vueltas. Tenía que buscar ayuda. Tenía que proteger a Kaylee. Estas dos prioridades luchaban en su mente y, peor aún, el mundo no se quedaba quieto. No dejaba de inclinarse hacia los lados. Sacudió la cabeza, lo que no ayudó en absoluto.

Pudo oír un coche que frenaba bruscamente fuera y se giró, su cuerpo moviéndose como si atravesara barro hasta la cintura. No podía hacer que sus pies funcionaran correctamente y buscó el arma que había dejado en una silla cercana. Si era otro como este, tenía segundos, quizás minutos antes de que la pérdida de sangre lo incapacitara. Podía ver una figura corriendo hacia la casa, pero todo estaba borroso.

—¡Jack! ¡Jack! —La voz de Azure. Estaba más cerca ahora, eligiendo entrar a la casa por el mismo camino que la mujer muerta en el suelo, a través de los restos de la ventana panorámica.

—Oh no, Jack, aguanta. La policía viene justo detrás de mí. La ambulancia también, por lo que se oye.

—Mantenla a salvo, Az —incluso sus labios se sentían entumecidos, su lengua pesada—. No dejes que la policía la vea. No dejes que sepan que está... aquí.

Sus pies no funcionaban, y el suelo se movía de nuevo. Jack cayó sobre la alfombra, sus ojos cerrándose mientras oía a Kaylee gritar.

Más tarde, mucho más tarde, Azure cuestionaría sus decisiones de vida, extensamente y con muchas maldiciones sobre los ricos blancos y sus líos. Por ahora, estaba empeñada en hacer exactamente lo que Jack había pedido. Con sangre por todas partes, tan pálido como si hubiera perdido la mitad de la sangre de su cuerpo, Azure dirigió su atención a Kaylee, que había irrumpido a través de la puerta de la habitación segura y corría hacia ellos.

—¡Chica! Si sabes lo que te conviene, que obviamente no lo sabes, volverás allí ahora mismo. Jack no quiere que te vean, y maldita sea, vas a escuchar.

Kaylee jadeó, deteniéndose justo antes del desastre, con la boca abierta y las manos apretadas contra ella.

Una niña como esta trayendo el desastre sobre nosotros.

—Vuelve a la habitación segura. Ahora. Antes de que llegue la policía —le lanzó una mirada severa. Las sirenas estaban cerca—. Estoy haciendo presión en la herida. No hay nada que puedas hacer aquí, excepto conseguir que te maten. Jack ya está pagando el precio, ahora vete.

Malcolm apareció en la puerta también. Logró dar una docena de pasos en la habitación

antes de que su mirada se deslizara sobre la sangre que manchaba el sofá y el suelo y los dos cuerpos. Abrió la boca y gritó sin palabras. Era un aullido agudo y lamentoso. Se quedó allí de pie y gritó mientras Kaylee corría de vuelta hacia él e intentaba tomarlo del brazo. Las sirenas estaban en el camino privado; se les acababa el tiempo.

—Deja a Mal, yo me ocuparé de él. ¡Ve, Kaylee! ¡Ahora! —bramó Azule, y Jack gimió cuando ella presionó con más fuerza sobre su herida.

Mal continuó con su terrible lamento mientras llegaba la policía, con las armas desenfundadas, y Azule hizo todo lo posible por mantener la calma.

—¡Al suelo, ahora!

—Si suelto la presión, se desangra. El que grita allí es su hermano, es autista, no verbal e inofensivo. Soy Azule Roberts, la asistente personal del Sr. Benton, y yo hice la llamada.

El policía más alto era un hermano, algo que le dio a Azule cierta esperanza de que escucharían. Fue el primero en enfundar su arma y levantó una mano hacia el otro, un chico blanco nervioso y delgado que aún tenía acné. Segundos después, la entrada se llenó de personal médico cuando llegaron la ambulancia y los bomberos.

Antes de que Azule pudiera detenerlos, sedaron a Mal, y el hermano de Jack cayó como una piedra. Los paramédicos invadieron la habitación, y Azule pudo levantarse y tambalearse hasta el fregadero para lavarse algo de la sangre de Jack. Miró su chaqueta y se sintió enferma. Había tanta sangre, no sabía cómo podía perder tanto y estar bien.

Lo estaban acomodando en la camilla, con una vía intravenosa en el brazo. —Lo llevamos a Sinai —dijo un hombre—. ¿Debería llamar una ambulancia para transporte psiquiátrico para el hermano? —preguntó al oficial de policía, quien inmediatamente miró a Azule.

—No, no será necesario. Malcolm estará bien aquí. Limpiaré esto antes de que se pasen los sedantes.

—Necesitaremos tomar su declaración primero, señora —dijo el oficial mientras observaba la ambulancia alejarse por el camino, con las sirenas aullando.

—Por supuesto. Si pudiera hacer algunas llamadas primero. Será solo un momento.

Tenía que llamar a uno del equipo de seguridad y a los limpiadores. Azule buscó en sus recuerdos. Luke había conocido a Malcolm y había sido paciente, además estaba entre asignaciones. Tendría que servir. Mientras el teléfono sonaba, hizo gestos al oficial indicando que iba a entrar al baño para tener privacidad. Allí evitó mirar el desastre sangriento en el frente de su ropa en el espejo y se concentró en explicarle a Luke que necesitaba venir inmediatamente. La segunda llamada fue a una empresa de limpieza de escenas del crimen que prometía servicio en toda el área metropolitana en una hora. Tenía que limpiar el lugar antes de que Malcolm lo viera.

Y la tercera llamada fue a Nia, la ex de Marley. —Nia, sé que es tu día libre, pero necesito que me hagas un favor y traigas un conjunto limpio a mi trabajo. Te enviaré la dirección por mensaje.

Con todo eso resuelto, y rezando para que Kaylee se quedara donde estaba, Azule salió del baño y volvió con el oficial que esperaba. Estaba en su segunda repetición de la secuencia de eventos cuando la entrada se llenó de vehículos, el equipo de limpieza de la escena del crimen, Luke y Nia, todos llegando al mismo tiempo.

Nia tenía a Demetrius en el asiento trasero y no quería alarmar al niño. —Por favor —dijo, volviéndose hacia el oficial—, ¿podrías pedirle a mi prima en ese pequeño Civic azul que entre y deje a su hijo en el coche un momento?

Él sonrió y asintió. —Claro.

Era atractivo, y Azule observó cómo le sonreía a Nia. La chica era bonita, con su piel color cacao claro y el cabello perfectamente peinado. Él le abrió la puerta del coche y ella salió, dando una larga mirada a la ventana rota, antes de entrar a zancadas en la casa, con el oficial paseándose detrás de ella, sin duda disfrutando de una magnífica vista.

—Az, ¿qué demonios...? —Nia se detuvo en seco, con la boca abierta mientras miraba el sofá blanco y las sillas salpicadas de sangre y el cuerpo que yacía bajo una sábana—. ¿Es ese tu jefe? —Los ojos de Nia se agrandaron al ver la ropa ensangrentada de Azule—. ¡Oh, Dios mío, Az!

—Está bien, todo estará bien. No es mi sangre. Y no, ese no es mi jefe —extendió las manos para tomar la gran bolsa que Nia sostenía—. Por favor, no le digas nada a la tía L., no quiero que se ponga toda alborotada.

—Pero, Az...

Azule puso un billete de cien dólares en la mano de Nia. —Vamos, Nia, ve a buscar algo de comer para ti y Demetrius.

Nia cerró la boca, asintió y, con una débil sonrisa medio coqueta dirigida al oficial, se encaminó hacia su coche. Lo cual fue lo mejor, ya que Demetrius estaba armando un escándalo, furioso porque no había podido seguir a Nia al interior. Los vio alejarse en el coche, mientras el sonido de los gritos enfurecidos del niño flotaba en el aire.

Luke examinó los alrededores. Sus brazos musculosos lucían atractivos en una camisa a cuadros y vaqueros. Parecía fuera de lugar aquí, como siempre. Luke era un hombre que se sentía en casa en una cabaña de madera, vistiendo franela y cortando leña. Azule agradeció que hubiera dejado su pistola fuera de la vista. El cuchillo de caza en su cadera ya había hecho que el policía blanco arqueara las cejas.

—¿En qué puedo ayudar?

—Solo vigila a Malcolm por ahora. Lo sedaron. No pudo soportar ver tanta sangre.

Luke asintió y señaló con el dedo hacia arriba, pidiendo permiso en silencio. Cuando Azule asintió, se echó a Malcolm al hombro y llevó su cuerpo aún inconsciente al piso de arriba, a la habitación de Jack.

Azule dirigió al equipo de limpieza de la escena del crimen para que hicieran lo que pudieran con las manchas de sangre en el sofá y la alfombra, y se escabulló al baño para cambiarse. Cuando salió, el apuesto hermano del oficial estaba terminando sus notas.

—Creo que eso es todo, señora. Tenemos su información si tenemos más preguntas. También acabo de recibir noticias de Sinai, y han llevado al señor Benton a cirugía. Le han hecho una transfusión y estaba estable —cerró su libreta—. El resto de nuestras preguntas tendrán que esperar a que él pueda responderlas.

Se volvió hacia su compañero.

—Adelántate, estaré allí en un minuto.

El policía blanco y delgado se encogió de hombros y asintió a Azule antes de salir por la puerta.

—Vivo en el vecindario —dijo el hermano alto, presionando una tarjeta en la mano de Azule—. Fui a la escuela con Nia, parece que hace mil años. ¿Le pedirías que me llame? —Sonrió entonces; sus dientes blancos contrastaban con su piel marrón oscura.

—Ajá, se lo haré saber a Nia —una esquina de la boca de Azule se torció.

—Gracias, señorita Roberts —otra sonrisa deslumbrante y la puerta se cerró tras él.

Azule le dio vueltas a la tarjeta en su mano. El nombre del oficial Tyrone Hendricks estaba pulcramente impreso junto al escudo del LAPD. Conocía a muchos Hendricks en Compton.

Había todo un clan extenso de ellos a dos calles de distancia. Tyrone. Hum, Janae tenía un chico llamado Ty que se había unido a la policía.

Sonrió ante la idea de Nia enrollándose con un policía. Marley no vendría merodeando tan a menudo si ese fuera el caso. Tenía antecedentes penales kilométricos. Solo ver a un policía lo ponía nervioso e inquieto. Y el pequeño Demetrius necesitaba un modelo masculino positivo en su vida.

Dios sabe que no lo está consiguiendo con Marley como padre.

Azule miró la pared que ocultaba la habitación segura. No era conveniente abrirla mientras los de la limpieza estuvieran aquí. Kaylee tendría que esperar un poco más.

Pareció una eternidad, pero el equipo de limpieza se marchó unos minutos antes del mediodía, justo cuando Luke indicó que Malcolm estaba despertando. Azule firmó el papeleo y ahuyentó al último por la puerta. El jardinero cubrió el enorme agujero lo suficientemente grande como para que pasara un coche, donde había estado la ventana de cristal. Informó a Azule con una estimación de cuánto tiempo tardaría en reemplazarse el cristal y luego giró sobre sus talones y caminó rápidamente hacia la entrada para ordenar a la furgoneta de noticias que se marchara de la propiedad. Azule lo observó intimidar al conductor hasta que la furgoneta se alejó a toda velocidad, después de haber tomado un par de fotos de la ventana rota. Estaba segura de que acamparían fuera de Sinai y esperarían a que alguien les diera una primicia sobre el multimillonario que estaba siendo tratado en el interior.

Buitres.

Azule esperó hasta que el último de ellos desapareció por el camino, con las puertas cerrándose tras ellos, antes de volverse hacia la puerta de la habitación segura. La puerta estaba desbloqueada y se abrió en silencio; la pesada puerta perfectamente equilibrada, sin esfuerzo para abrirla. Dos docenas de escalones hacia abajo en la suite y Kaylee estaba esperando, sus ojos rojos, la cara manchada.

Las chicas blancas se ven lamentables cuando han estado llorando.

—Az, ¿sabemos algo? ¿Está Mal bien? ¿Cómo lograste calmarlo? Por favor, dime que Jack está bien. ¿Lo está?

Azule levantó la mano.

—Chica, necesitas parar y respirar por un momento. Siéntate y te diré lo que sé.

Kaylee tragó saliva, asintió y se sentó en una silla cercana. A su alrededor había estanterías repletas de libros de ciencia ficción.

También había una pequeña mesa con sillas junto a una cocineta. Un largo pasillo con varias puertas se extendía en la dirección opuesta. Malcolm dormía en una habitación y Azule sabía que había al menos otro dormitorio para invitados aquí abajo, junto con una sala de ejercicios y otra que contenía suficientes armas como para detener a un ejército de invasores. Sacudió la cabeza y se preguntó por qué diablos Jack no había corrido al interior de la suite de pánico detrás de Mal y Kaylee. Era típico de él jugar al héroe y casi matarse.

Azule agarró otra silla y se sentó frente a Kaylee, abriendo la boca para hablar justo cuando sonó su teléfono móvil.

Había una sonrisa en su rostro cuando terminó la llamada.

—Ha salido de cirugía y los médicos esperan que se recupere por completo.

Kaylee estalló en un nuevo conjunto de lágrimas y enterró la cara entre sus manos.

—Todo esto es mi culpa.

—Qué curioso, pensé que la zorra muerta había apuñalado a nuestro chico, no tú —dijo Azule secamente—. ¿Ordenaste el ataque contra ti misma? —Kaylee la miró sorprendida—.

Chica, no tenía que decirme que estabas en problemas, tienes la mirada. Dice que te queda mucho por correr si no consigues ayuda.

—Jack intentó ayudar y mira dónde lo llevó —protestó Kaylee.

—Jack metió la pata —le espetó Azule a la chica, sus labios se aplanaron con disgusto—. Ese es el precio que pagas por pensar que un jugador está fuera del juego cuando no lo está. Bajó la guardia, y eso es culpa suya, Kaylee, no tuya —examinó el dedo anular de su mano izquierda. Se había astillado la uña en su prisa por llegar aquí. Azule iba por la mitad del camino a la casa en la 101, casi dos horas antes de su turno de trabajo, cuando Jack contestó. Al escuchar los disparos y los gritos, había golpeado las teclas con tanta fuerza que casi la rompió—. Además, si ese chico blanco termina muerto, tendré que ir allí y matarlo dos veces. Nunca encontraré un trabajo tan bueno como este.

Oyó algo que sonaba sospechosamente parecido a un resoplido de Kaylee y se volvió para captar la media sonrisa de la chica.

—¿De verdad crees que va a estar bien?

—Sí, lo creo —respondió Azule con firmeza, sus ojos marrones conectando con los de Kaylee.

El labio inferior de la chica tembló, las lágrimas se acumulaban de nuevo, y Azule se acercó y sacudió ligeramente los hombros de Kaylee.

—Contrólate, chica, Malcolm te necesita calmada. Ya puedo ver la diferencia que estás haciendo. Ese chico no soportaba a ninguna de las mujeres que Jack ha traído a casa, ¿pero tú? Te necesita serena y con la cabeza fría.

—¿Dónde está?

—Arriba —la voz provenía de Luke, que ahora estaba de pie a mitad de las escaleras, inclinándose lo suficiente para mostrar su rostro—. Está pidiendo a una "K".

—Esa soy yo, em, Kaylee —miró a Azule con una expresión de pánico, como si de repente le preocupara haber dicho demasiado.

Azule asintió. —Ese es Luke. Trabaja para Benton Security Services —agitó la mano hacia Kaylee—. Ve a pedirle que juegue al Scrabble. Algo, cualquier cosa, para que vuelva a centrarse. Yo iré al hospital. Dijeron que despertaría pronto.

Se volvió hacia Luke. —Añadiré seguridad extra, pero una vez que ambos logren calmar a Mal, bájenlos aquí. Sé que es lo que Jack querrá. Hay comidas aquí abajo, todo lo que puedan necesitar.

Azule respiró hondo mientras los veía a ambos desaparecer escaleras arriba. Había capeado el temporal. No estaba segura de cómo, pero lo había logrado.

Le voy a cobrar por mi atuendo. Era mi favorito.

La Madriguera

Kaylee apodó al sótano la madriguera e hizo todo lo posible por mantenerse ocupada durante los doce largos días que tardó Jack en regresar del hospital.

La suite tenía tres grandes dormitorios; uno era el de Malcolm, otro una habitación de invitados, y el tercero había sido convertido en un gimnasio. Luke bajó un montón de ropa de la habitación de arriba donde ella se había estado quedando y llenó el armario con ellas. Él dormía en el sofá e insistía en que se encerraran con llave cada vez que necesitaba salir, lo cual era a menudo, ya que aparentemente estaba supervisando la instalación del nuevo sistema de seguridad.

Si Kaylee hubiera sido más del tipo aventurero, se habría enamorado de este Adonis rubio y alto vestido de franela. Tal como estaban las cosas, era agradable a la vista, y aparentemente a Malcolm le gustaba cómo Luke cocinaba los filetes porque los pedía para cenar cada noche mientras él y Kaylee se inclinaban sobre el tablero de Scrabble. Otras veces ella leía *Voyage from Yesteryear* y *Podkayne From Mars*, ambos libros de ciencia ficción de Rainier que recordaba haberlo visto leer. Llegó al punto en que las fichas del Scrabble y la ciencia ficción habían entrado en sus sueños por la noche, pero Kaylee persistió. Al principio y al final de cada partida de Scrabble, convencía a Malcolm de practicar el apretón de manos.

—Necesitarás saberlo, Mal. Es lo que se espera.

Entre partidas, Mal miraba obsesivamente los videos de YouTube de los Campeonatos Mundiales de Scrabble. Había progresado tanto que incluso Kaylee se había memorizado jugada por jugada los dos últimos juegos ganadores del campeonato anual.

La primera vez que lo había convencido de darle la mano, Mal había gemido, como si el contacto con otra persona realmente le doliera. Le había tomado casi una semana perfeccionar un agarre firme y otra semana lograr un breve contacto visual directo. Duraba menos de dos segundos, pero Mal estaba mejorando, y Kaylee sintió que la inundaba una sensación de orgullo. Podía ser mayor que ella, incluso mayor de lo que había sido Rainier, pero se sentía como un hermano menor.

Luke observaba el intercambio y no decía nada, a menudo una pequeña sonrisa se deslizaba por sus labios. Tenía poco que decir, y Kaylee se sentía como si se estuviera volviendo loca de aburrimiento. Había estado en la madriguera durante casi dos semanas y, excepto por Azule, cualquier conversación que tuviera con Luke o Mal se sentía unilateral, incluso con Luke.

Cuando se oyó un golpe en la puerta, Kaylee ni siquiera levantó la mirada. Se estaba mordiendo el labio y mirando fijamente el tablero de Scrabble, haciendo su mejor esfuerzo por

descifrar cómo superar la última jugada de Mal. Era imposible, sin embargo. Sus habilidades habían superado las de ella con su constante estudio de los videos del campeonato.

—Hola —la voz de Jack se entrometió en sus pensamientos.

Kaylee saltó, enfocando sus ojos en los de Jack, y se puso de pie de un brinco. —¡Dios mío, Jack! ¡Pensé que no te darían el alta hasta mañana! —Corrió hacia él y lo abrazó, enterrando su rostro en su hombro.

Jack soltó un pequeño "uf" de incomodidad y ella inmediatamente lo soltó. Él le sonrió. —Me dieron el alta temprano por buen comportamiento.

—No le creas ni por un segundo. —La voz de Azule flotó desde las escaleras—. Fue un paciente terrible. Si no fuera porque es rico y atractivo, las enfermeras lo habrían asfixiado mientras dormía en lugar de pasar otro día escuchándolo.

—Vamos, Az, ¿por qué tienes que arruinar mi imagen? —Jack gritó por encima de su hombro.

Azule resopló. —Me parece que la chica necesita saber en qué se está metiendo.

Kaylee se rio y, estando tan cerca de él, recordó cómo se veía tirado allí en el suelo, su sangre manchando la alfombra. Las lágrimas se acumularon en sus ojos.

—Oh, Jack.

—Shh, estoy bien. Un poco adolorido, pero nada de lo que no me recuperaré. Vine a ver si estás lista para salir de tu madriguera.

Kaylee resopló. —¿Lista? Um, sí, muchísimo.

Volver al piso principal por primera vez en casi dos semanas trajo de vuelta cada recuerdo abrasador de aquel día. Habían reemplazado las ventanas de cristal rotas y los muebles y la alfombra. Los había escuchado trabajar arriba durante las últimas dos semanas, golpes y ruidos distantes y el zumbido de la maquinaria. Por lo que Azule le había dicho, habían aumentado la seguridad hasta el punto en que, como Azule lo expresó irónicamente, "Un ratón no podría tirarse un pedo a cien metros sin que el SWAT descendiera sobre la casa en menos de tres minutos".

Kaylee miró fijamente la gran ventana panorámica y Jack siguió su mirada, diciendo: —La han reemplazado con vidrio a prueba de balas.

—Lo siento mucho, Jack. Esto es mi culpa.

—Kaylee, te prometí que estarías segura aquí, y me equivoqué. Esto es mi culpa. Estoy en el negocio de la seguridad y la protección y nunca tomé las precauciones adecuadas con mi casa.

—Especialmente después de que ese tal Shane te mostrara lo mala que era, también —comentó Azule secamente.

Kaylee no estaba segura de quién era Shane, o a qué incidente se refería, pero la mirada en el rostro de Azule le dijo que esto era algo que Azule había estado presionando a Jack durante algún tiempo.

Kaylee miró a Azule, quien llevaba un hermoso traje pantalón azul. —Se ve hermoso, Az, ¿es nuevo?

Azule sonrió radiante. —Lo es. Nuevo de Eloquii, cortesía de Jack, quien arruinó mi vestido favorito y la chaqueta a juego con toda esa locura del otro día. La tintorería dijo que nunca podría sacar la sangre.

Jack arqueó las cejas hacia ella y no dijo nada.

Malcolm pasó junto al grupo y se sentó en la sala de estar, encendiendo el televisor. Kaylee se dio cuenta de que era hora de *Jeopardy*. Y siendo Malcolm la criatura de hábitos que era, no iba a perderselo. Sin embargo, el televisor no estaba en su canal habitual, y en ese preciso

momento, un titular de noticias apareció en la pantalla.

Kaylee jadeó audiblemente; sus ojos pegados a la pantalla.

—¿Qué pasa? —Jack se volvió para ver, pero Mal ya había presionado el botón y cambiado el canal. Alex Trebek estaba en la pantalla. Se volvió hacia Kaylee—. ¿Qué sucede?

Se sentía mareada, enferma. —Es... era... Julianna. —Sabía que era mejor no pedirle a Malcolm que lo cambiara de vuelta; *Jeopardy* ya había comenzado e interferir con su rutina causaba una reacción negativa, sin importar cuánto pareciera disfrutar de su compañía. Había aprendido a trabajar dentro de su mundo y sacarlo gentilmente del suyo en incrementos. Cambiar el canal probablemente lo haría aullar de consternación—. Necesito ver las noticias, especialmente de Louisiana.

Unos momentos después, tras una rápida búsqueda en la laptop de Jack, jadeó y apuntó a la pantalla con su dedo. —¡Ahí, lee eso!

Jack leyó el artículo y luego miró a Kaylee. —¿Esa es tu madrastra?

—Sí —susurró, con los ojos llenándose de lágrimas—. Sé lo que Rainier pensaba de ella, pero fue amable conmigo.

—Excepto por drogarte —señaló Jack, frunciendo el ceño.

—Bueno, sí, excepto por eso. Pero Jack, creen que tuve algo que ver con todo esto.

—Sí, vi eso hacia el final del artículo. —Señaló un enlace—. Y parece que las muertes de Rainier y Lincoln fueron declaradas homicidios y... —hizo clic en el artículo—, ...también te mencionan como persona de interés en esos casos.

Los ojos de Kaylee se abrieron de par en par por la conmoción.

—¿De verdad creen que maté a mi hermano y a su amigo? ¿Y a mi madrastra?

Jack no levantó la mirada, sus labios se movían mientras leía otro enlace de un artículo.

—Más de 100 millones de dólares en fondos fueron transferidos de Cenac Shipping a una cuenta en el extranjero a tu nombre, bueno, al de Adrienne Cenac. —Levantó la mirada—. Te han incriminado perfectamente. Pasarías años intentando probar tu inocencia en los tribunales.

—Si es que viviera tanto tiempo —intervino Azule, sentada frente a su propia laptop en la barra de la cocina, con los ojos fijos en la pantalla.

—Az, cuida tus modales —replicó Jack, arrugando la frente—. Todo estará bien, Kaylee, te lo prometo.

—No —dijo Kaylee, sintiendo que se le caía el alma a los pies—. No lo estará. —Se pasó los dedos por el pelo, notando que le temblaban—. Ellos, quienesquiera que sean, no van a dejar esto así. No hasta que esté muerta. Y todos los que me están protegiendo también están en riesgo.

—Lo resolveremos, Kaylee —le prometió Jack, obviamente preocupado, y aun así tan seguro de que podía ayudarla.

—No, no lo haremos —dijo Kaylee, igualmente segura. Lo miró—. Necesito desaparecer. Ayúdame a desaparecer, Jack.

Azule añadió su opinión a la mezcla.

—Tiene razón, Jack. La chica necesita desaparecer, no estar en primera fila contigo.

Kaylee observó cómo la mandíbula de Jack caía y una expresión de traición inundaba su rostro.

Azule insistió.

—Nunca podrá estar segura aquí. Tú vives en el centro de atención. ¿Qué vas a hacer, esconderte en esa madriguera hasta que los malos simplemente se encojan de hombros y se rindan? La chica necesita una identificación, un nuevo aspecto, y entonces se mezclará en cualquier campus universitario. Tan segura como un bicho en una alfombra.

Kaylee encontró la mirada de Jack y pudo ver que se libraba una guerra interna. Él la quería, y Dios, ella lo quería a él, pero verlo allí en el suelo, sangre por todas partes, casi muriendo por su culpa... No podía soportarlo, no si significaba arriesgar su vida y...

—No puedes estar a mi lado, Jack. Hay que pensar en Mal. Te necesita. Sabes que sí. — Apartó la mirada, con el corazón roto. Había perdido a todos los que alguna vez amó. Mamá, papá, Rainier, y demonios, incluso Julianna. Sin importar si ella estaba detrás de la mayor parte de esto o no, Julianna había sido amable con ella. Y ahora, encima de todo eso, todo el horror de las últimas semanas, tenía que despedirse tanto de Jack como de Mal, a quienes amaba. Mal, que iba por buen camino para estrechar las manos de la gente y poder calmarse lo suficiente como para participar en un campeonato de Scrabble en el futuro. Quería eso para él, quería estar allí entre el público cuando ganara.

Kaylee no se atrevió a mirar a Jack. Era todo lo que podía hacer para no pensar en él sosteniéndola en sus brazos, haciéndole el amor en la ducha, o en lo alto de su casa del árbol bajo las estrellas. Se sentía segura en sus brazos; se sentía amada y deseada. Kaylee pronunció las palabras, rápida y claramente, antes de que la verdad la detuviera y le pidiera quedarse.

—Quiero irme, Jack, y necesito vivir mi vida como Kaylee. Necesito ser esa persona por dentro y por fuera. En algún lugar lejos de aquí, en la universidad. Sabes que no puedo estar contigo. —Entonces encontró su mirada—. Ayúdame a convertirme en alguien más y luego déjame ir a vivir mi vida.

Su estómago se retorció incluso mientras mantenía su rostro inexpresivo. Él la miró fijamente, devastado por sus palabras, antes de asentir y darse la vuelta, desapareciendo por la puerta principal y fuera de su vista.

Tu Nueva Vida

La habitación del hotel tenía vistas a los rascacielos más altos y elegantes del centro de Atlanta, pero en ese momento, ninguno de los dos estaba interesado. Tan pronto como la puerta se cerró, Kaylee presionó su cuerpo contra el de él, poniéndose de puntillas para capturar sus labios con los suyos. Jack apenas había tenido tiempo de dejar la bolsa. Sus labios se abrieron a los de él, sus lenguas entrelazándose. Él retrocedió hacia la cama, el cuerpo de ella en perfecta sincronía con el suyo, hasta que sintió el borde de la cama contra la parte posterior de sus piernas. Cayó hacia atrás, con los pies en el suelo y la espalda hundiéndose en el suave colchón.

Se habían contenido durante semanas, Kaylee preocupada de que cualquier actividad extenuante pudiera lastimar la herida de la puñalada. Y él la había deseado, había estado hambriento de ella, incluso cuando yacían abrazados en la cama cada noche.

Pero hoy, bueno, hoy era diferente. Hoy era su último día juntos.

Él había accedido a sus deseos, aunque cada parte de su ser luchaba contra la realidad. Le había conseguido una nueva identidad, una que resistiría casi cualquier escrutinio. Ella se había cortado el pelo, y Azule la había llevado a que se lo peinaran, permanentaran y tiñeran. Las lentillas de color hacían que sus ojos fueran de un verde bosque. Era un cambio impresionante, los ojos verdes y una melena rizada y pelirroja. Se veía tan diferente que él había hecho un doble take, sorprendido por la transformación. Aún podía ver a la chica de la que se había enamorado, especialmente cuando ella le sonreía, y por un momento desesperado esperó que su nuevo aspecto fuera suficiente, aunque sabía que no lo sería. No quería perderla, pero todos estarían en peligro si ella se quedaba.

Ella se sentó a horcadas sobre él en la cama, quitándose la blusa de un solo movimiento y arrojándola a un lado. Se inclinó y lo besó de nuevo, sus dedos ocupados con los botones de su camisa, sus uñas rozando su piel ahora desnuda mientras apartaba la tela y las deslizaba suavemente sobre la cicatriz en su abdomen. Le dio un ligero tirón. Unas semanas más de recuperación y estaría bien, pero la cicatriz aún estaba enojada y roja. Se desvanecería con el tiempo. No estaba tan seguro de si la cicatriz que se estaba formando en su corazón se desvanecería en absoluto.

—Kaylee...

—Shh, nada de hablar —le desabrochó el cinturón, y en unos movimientos eficientes le bajó los pantalones hasta los tobillos. Él se los quitó de una patada, junto con sus zapatos náuticos de lino y cuero, y gimió cuando ella se acomodó entre sus piernas y lo tomó en su boca, su boca y lengua trabajando arriba y abajo de su eje, lamiendo, chupando. Su aliento era cálido y le hacía

cosquillas en el vello. Cerró los ojos, abrumado por la sensación de su tacto, inmerso en un mar de sensaciones mientras Kaylee tomaba más de él en su boca, envolviéndolo en éxtasis.

Cuando lo soltó y se retorció para quitarse la falda y las bragas, él estaba medio fuera de sí. Intentó incorporarse, pero Kaylee lo empujó de vuelta a la cama.

—Ah, ah, te quedas quieto —en su lugar, se sentó a horcajadas sobre su cintura una vez más mientras él frotaba la punta de un pezón hasta que estuvo duro y tenso. Ella se bajó lentamente sobre él y cerró los ojos de placer mientras se deslizaba arriba y abajo, llevándolo profundamente a sus sedosas profundidades, luego casi liberándolo, antes de hacerlo de nuevo, y otra vez, y otra vez.

Jack quería perderse en ella. Quería que el momento durara una década, un siglo, y que esta no fuera la última vez, sino la primera. Gimió de placer mientras ella se deslizaba arriba y abajo, el tempo aumentando suavemente, sus manos posándose en sus caderas mientras la levantaba y luego la bajaba, enterrándose profundamente dentro de ella solo para alejarse de nuevo, y luego regresar.

No quería estar aquí. Jack deseaba poder desaparecer con ella. Quería llevarla a Lake Tahoe, a la villa de su familia en el sur de Francia. Quería hacerle el amor a la luz de la luna en lo alto de la casa del árbol y nunca más pensar en las personas que habían intentado matarla, o a él.

En su lugar, dejó que el impulso creciera. Guiando sus caderas arriba y abajo, sus dedos hundiéndose en sus nalgas mientras ambos se acercaban, un crescendo de calor, sensación y luz explotó cuando primero Kaylee, y luego él estallaron en un orgasmo. Cayeron juntos, Jack aún dentro de ella, y rodaron hacia sus costados mientras los últimos temblores los sacudían a ambos.

Jack la rodeó con sus brazos. Tal vez si la abrazaba, justo así, ella vería cuánto necesitaba que se quedara, cuánto lo necesitaba a él. Sus respiraciones aún eran rápidas, y Jack podía sentir su corazón doler en su pecho. No era solo el acto de amor; era el temor de tener que decir adiós.

Ella se había quedado con él todo julio y la mayor parte de agosto. Nadie los había molestado, ningún otro asesino había intentado terminar lo que la mujer solitaria había comenzado, y Jack había sentido esperanza. Irracional y desesperada como era, había esperado que quienquiera que estuviera tratando de matarla finalmente se hubiera rendido. Que tuvieran un futuro juntos.

Ella era todo lo que él quería, todo lo que nunca supo que necesitaba, y su corazón dolía ante la idea de perderla incluso mientras luchaba por convencerla de que se quedara.

Habían pasado las últimas seis semanas trabajando en los detalles de su nueva identidad. Era huérfana, criada en hogares de acogida después de que sus padres murieran en un accidente de coche cuando tenía quince años. Sin familia, había calificado para un programa que pagaría por completo su alojamiento, comida y matrícula. En realidad, los fondos habían venido de Jack, una cantidad insignificante para él, que Kaylee había aceptado con gratitud.

Heredera de una empresa multimillonaria. Si mostraba su rostro, corría el riesgo de ser arrestada, acusada y luego detenida en custodia hasta su juicio. Las posibilidades de que sobreviviera a la cárcel y al alcance asesino del Indalo eran pequeñas, como Azule había señalado astutamente.

Lo que los llevó aquí, a esta habitación de hotel, el día antes de la Orientación en Georgia Tech.

Yacían allí en silencio, con los ojos cerrados, y Jack podía escuchar los sonidos de la ciudad en las calles debajo de ellos.

Era ahora o nunca.

—Kaylee —suspirió Jack, sintiendo como si su corazón se estuviera rompiendo en su pecho

—, por favor, quédate.

Ella suspiró, larga y tristemente.

—No puedo, Jack. Simplemente, *no puedo* —no podía mirarlo, o no quería. El resultado era el mismo.

Él lo intentó de nuevo.

—Adrienne...

Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—No. Adrienne está muerta. Murió con su madre, con su padre y Rainier y Lincoln. Todo lo que tenía, todo lo que era, se ha ido —miró sus manos capturadas en las de él—. Además, siempre seré Kaylee para ti. Me gusta Kaylee.

Cambió de tema.

—Mal está listo para su primer torneo. Sé que puede vencer a algunos de los mejores jugadores de Scrabble; es así de bueno.

Jack quería discutir con ella, decirle que Mal sufriría con su ausencia, pero no pudo reunir las palabras. Lo habían discutido una y otra vez en las últimas cinco semanas hasta que no quedaron más argumentos que pudiera usar, nada más que pudiera decir.

—¿Me prometes que lo inscribirás en el torneo de Mendocino? ¿Por favor?

Jack asintió, sin confiar en su voz.

—Bien —Kaylee apoyó la cabeza en su pecho, con los rizos rojos esparcidos sobre su mejilla. Sin duda, era un buen aspecto. Nadie la miraría dos veces. Bueno, sí la mirarían dos veces, era increíblemente hermosa, pero no verían a Adrienne Cenac. Verían a Kaylee. Estaría a salvo, y seguiría estándolo si él mantenía la distancia. Pero, Dios, cómo odiaba la idea. Ella pertenecía a sus brazos, a su vida y a su cama.

—¿Jack?

—¿Sí?

—Te voy a echar de menos. Más de lo que crees.

—Más te vale —Ella respondió con una suave risa y se acurrucó más cerca.

La noche anterior había sido solo dar vueltas en la cama toda la noche. Y ahora, en el calor de la mañana tardía, con los rayos del sol colándose y calentando la cama, Jack sintió que sus ojos se cerraban. Tenía todo lo que necesitaba en sus brazos y cayó en un sueño profundo y tranquilo.

El beso de Kaylee lo despertó de golpe. La luz en la habitación había cambiado, se había movido, y pudo ver que el sol estaba más bajo en el cielo de lo que había estado. Sus rizos enmarcaban su rostro y, en las sombras, pudo ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Jack se dio cuenta de que ella estaba vestida. Su blusa abotonada, su falda corta acampanada en su lugar, y por la humedad de sus rizos, adivinaría que también se había duchado. Todo mientras él había dormido como una piedra, desperdiciando estas últimas horas preciosas.

—Te veías tan tranquilo —dijo ella, acariciando suavemente su mejilla—. No quería despertarte.

No había dormido bien durante días, semanas, en realidad. La idea de que ella se fuera había puesto en espera todo lo que había soñado hacer con ella. Barcelona, el apartamento en Nueva York, tantas cosas. En su lugar, se habían atrincherado, con guardias en las puertas, y ella había practicado darse la mano con Mal cada mañana, tarde y noche entre interminables partidas de Scrabble. Entre esas actividades había estado la selección de la universidad perfecta, su llamada para pedir un favor a través del amigo de su padre, el Decano Mahoney, para conseguirle una plaza en Georgia Tech cuando su cupo ya estaba al máximo. Kaylee había elegido una

especialización en administración de empresas y una secundaria en arquitectura.

El cambio en su apariencia había sido relativamente simple. El corte de pelo, la permanente y el color habían cambiado todo el aspecto de su rostro, al igual que las lentillas. Ya no era Adrienne Cenac. Y como decía Kaylee, esa chica estaba muerta, junto con el resto de su familia. El certificado de nacimiento de una niña nacida muerta con el apellido Stromm y nacida solo tres meses después de Kaylee, esa había sido la última pieza de su nueva identidad.

Fueron los contactos de Azure y Teeny los que lo hicieron posible, los esfuerzos combinados de arte y fraude que resistirían la mayoría de las inspecciones, especialmente una vez que tuviera sus títulos para respaldarla.

—Vamos, vístete. Encontré un lugar que me recuerda a casa. Tienen una fusión de cocina de Luisiana, México Central y Belice. No he comido pargo rojo en meses —Su sonrisa vaciló por un momento, y Jack se preguntó si estaba recordando una comida con su familia o amigos. Hace solo unos meses, su vida había sido relativamente simple, agradable, y luego todo se había desmoronado.

—¿Quieres salir? —Se sentó y alcanzó su camisa, poniéndosela lentamente—. Me encantaría comer aquí.

—Está de camino al aeropuerto. Tienes esa reunión mañana. Az lo mencionó cuando nos íbamos.

A él no le importaba un comino la reunión, no si significaba que tenía que irse esta noche.

No quiero dejarla aquí. Ni por un minuto, ni por un día, y seguro que no para siempre.

Se vistió en silencio y salieron a la luz menguante del día. Cenaron en Lemon Butter Seafood, que sonaba más a un plato del menú que al nombre de un restaurante. Fue sorprendentemente bueno.

—Definitivamente tendré que volver aquí —dijo Kaylee, devorando su pargo rojo mientras Jack picoteaba su filete de pescadilla. Ella mantuvo una alegre charla de comentarios, en parte por nerviosismo, en parte por un intento de parecer feliz. Habiendo pasado los últimos dos meses en su compañía, la conocía mejor que eso. Estaba miserable y ansiosa, tanto como él.

El taxi esperaba detrás de ellos mientras se despedían. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, luego se deslizaron por sus mejillas. —Te echaré de menos, Jack, más de lo que puedo expresar.

—Si necesitas algo —dijo él en respuesta, y ella asintió—. Y prometo llevar a Mal al torneo de Scrabble.

Ella sonrió a través de sus lágrimas. —Te lo recordaré, Jack Benton. Espero ver a Malcolm en un vídeo de YouTube antes de que termine el año.

Ambos rieron entonces, y ella se puso de puntillas para besarlo una vez más. La suavidad de sus labios contra los suyos hizo que su cuerpo se estremeciera de deseo y doliera de soledad, incluso con ella de pie frente a él.

Ella se alejó entonces y no miró atrás. Jack se quedó de pie y la vio irse, ignorando al piloto hasta que el taxi desapareció en el tráfico vespertino, sus faros uno de las docenas de pares en la oscura noche.

Jack se sentó en el avión y buscó su teléfono en su bolsa. Lo había mantenido apagado todo el día. Jack no quería hablar con nadie, preocuparse por ningún problema o asunto. Solo quería pasar el poco tiempo que le quedaba con Kaylee. Notó varias páginas dobladas cuidadosamente colocadas junto a él en el bolsillo profundo. Al sacarlas de la bolsa, percibió el aroma del perfume de Kaylee. El rico aroma impregnaba los papeles. Los desdobló y vio que eran del hotel, con Crowne Plaza grabado en la parte superior de cada página, cubiertos con la letra cursiva de

Kaylee.

La guapa azafata le trajo un whisky con hielo y el pequeño jet privado despegó, apuntando de nuevo hacia el oeste, hacia casa. No llegaría a casa hasta pasada la medianoche. Hizo una pausa, pensó en cómo se había sentido su piel en sus manos, su suave calor, cómo había sentido su orgasmo segundos antes del suyo propio.

Podría decirle al piloto que diera la vuelta ahora mismo. No quiero leer esta carta de despedida que ha escrito. No quiero que esto sea una despedida.

Alejó el impulso y leyó.

Querido Jack:

Te ves tan tranquilo ahí en la cama, como si todas tus preocupaciones se hubieran desvanecido. Te he visto dormir antes, ¿sabes? No me digas que soy espeluznante, por favor, porque no pude evitarlo. Duermes PROFUNDAMENTE como si fuera doloroso. Quizás lo sea. Quizás, como yo, piensas en todos los que has perdido y te persiguen en tus sueños como lo hacen en los míos. Pero hoy, acostado ahí, eres diferente, contento, tranquilo.

Desearía que pudiéramos tener eso. Pero ahora mismo, no podemos. Honestamente no podemos.

Dios, duele incluso escribir eso. Porque, aunque nos conocemos desde hace tan poco tiempo, estoy enamorada de ti. No me atrevo a decirlo en voz alta, ni a tu cara, así que en su lugar, lo pongo aquí en papel, donde lo encontrarás más tarde después de que nos hayamos despedido.

Gracias por todo lo que has hecho por mí. Tengo la oportunidad de tener una vida normal. No es la que había planeado, ni la que esperaba o para la que fui criada, pero puedo verla, justo en el horizonte, esperándome. Quiero perderme en un salón de clases, ir a fiestas, tal vez unirme a una hermandad. Quiero ser normal, aunque sea solo por un rato.

Creo que puedes entender eso, o al menos aceptarlo.

Pienso también que tú y yo no hemos terminado. Por ahora, tomamos caminos separados y espero que llegue el momento en que sea seguro para nosotros estar juntos de nuevo. Jack, deseo tanto para mi vida, para la tuya, incluso para la de Mal. Quiero ver su nombre en la lista de campeones, y espero vernos a todos felices y seguros, y algún día... algún día... quiero besarte otra vez.

Te amo, Jack. Sin importar lo que pase en los años venideros, espero que recuerdes eso.

-K.-

La Situación en Cuestión

Cinco años después...

Habían sido cinco días de puro infierno desde la llamada telefónica de Kaylee. Cualquier cosa que hubiera esperado lograr esa semana se había visto descarrilada por pensamientos sobre ella. Su voz, su rostro, el recuerdo de su piel contra la suya: todo eso consumía sus horas de vigilia y llenaba sus sueños por la noche.

Las actualizaciones de Shane habían hecho poco para distraerlo, y la situación se había desarrollado rápidamente allí en Kansas City: asesinos a sueldo con un tatuaje demasiado familiar habían puesto sus pelos de punta. Kaylee también se había quedado en silencio, y no podía evitar preguntarse si estaba bien.

Era media mañana del viernes cuando irrumpió en la oficina de Azule.

—Az, necesito un vuelo a Kansas City, por favor.

Azule levantó una ceja y dejó su café lentamente.

—Supongo que lo necesitas para hoy, ¿verdad?

—Sí.

Una sonrisa se le escapó entonces.

—Dame unos minutos y conseguiré el jet privado —se dio la vuelta, con el teléfono en la oreja, sus largas uñas tecleando en la computadora. Jack caminó hacia el atrio, esperando que los sonidos de la cascada aliviaran su angustia. Se había sentido al límite desde la llamada de Kaylee el lunes, y escuchar a uno de sus mejores empleados acostándose con una clienta, sin importar lo atractiva que fuera, no había ayudado. Fuera lo que fuera que estuviera pasando con Shane, Jack estaría mejor lidiando con ello en persona.

Observó a los peces koi mientras se movían, sus bocas redondas succionando la superficie, buscando golosinas. Cada noche desde su llamada, había soñado con ella. Los sueños habían sido cada vez más perturbadores. Primero ella besando a otro hombre mientras él entraba, otro donde ella le decía que no podían estar juntos, y los más recientes incluían a ella corriendo, herida y disparada.

Debería haber volado el lunes. Podría haber lidiado con este asunto de su amiga yo mismo, o haber involucrado a Jesse.

Jesse había estado de vacaciones hasta el miércoles, sin embargo, y Jack había estado seguro de que Shane podría manejarlo. Shane nunca se había involucrado con una clienta. Y Jack estaba furioso por este giro de los acontecimientos. Pero, por otro lado, había visto una foto de la joven, Lila. Una chica atractiva. Pero la mente de Jack estaba llena de pensamientos sobre Kaylee. Sus

labios suaves, su cabello castaño miel, y...

—Tienes un vuelo que sale a la una, Jack —la voz de Azule detrás de él interrumpió su ensueño, y se volvió para mirarla. Su asistente le sonreía con aire de suficiencia.

—Pareces un gato que acaba de comerse al canario, Az —comentó mientras tomaba la nota Post-it que ella le ofrecía.

—He estado esperando toda la semana para reservarte ese vuelo, jefe.

—¿Ah, sí? —Maldita Az y su sonrisa de gato de Cheshire.

Azule resopló.

—Claro que sí. Lo vi en tu cara en el momento en que escuchaste su voz. Dale un abrazo de mi parte, ¿quieres? —Guiñó un ojo entonces, una sonrisa juguetona apareció en su rostro—. O tráela de vuelta para que pueda abrazarla yo misma.

Jack se había estado diciendo toda la mañana que necesitaba ir a Kansas City para lidiar con el desastre del tiroteo en One Kansas City Place y las deficiencias de su empleado, pero había sido una mentira. Podía verlo ahora, mirando la expresión satisfecha y complacida de Azule. Iba allí por Kaylee. Y si tenía algo de sentido común, demonios, si ella todavía lo amaba, entonces no volvería hasta tenerla en sus brazos. Entró para hacer una maleta y dejó una nota para Malcolm.

El avión aterrizó después del anochecer cerca del centro de Kansas City. Mientras lo hacía, su teléfono vibró y vio que tenía un mensaje. Lo leyó y luego hizo una llamada a Azule mientras el avión rodaba hacia el edificio de poca altura junto a una autopista concurrida.

—Az, ¿podrías buscar a un tal Liam Sorenson? Parece que podría estar aquí en KC —esperó pacientemente su respuesta antes de agradecerle y terminar la llamada. Parecía que tendría que reunirse con este chico mientras estuviera aquí. Cuando el avión se detuvo y la puerta exterior se abrió, sus dedos volaron sobre la pequeña pantalla y escuchó el correo electrónico alejarse.

Horas más tarde, sin embargo, Jack se enfrentó a un pequeño ejército de policías que rodeaban la casa en la colina. Su clienta, Lila, temblaba bajo una manta en la parte trasera de la ambulancia. Ellis estaba ahora de pie afuera con los paramédicos mientras le vendaban el brazo.

—Tendremos que tratar esto en el hospital —declaró el paramédico más alto y corpulento—. Y probablemente deberíamos revisarla a usted también, señorita —dijo, mirando a Lila—. Sus pies realmente recibieron una paliza.

Lila escondió sus pies sucios y arañados bajo la manta y respondió:

—Estoy bien, de verdad, pero no voy a dejar a Shane.

Shane la miró fijamente y luego se rio, sobresaltando al paramédico que le vendaba el brazo.

—¿Ahora estás siguiendo el Código?

—Más vale tarde que nunca —eso lo hizo reír aún más fuerte. Ella también se rio. Jack, sin embargo, no lo hizo.

Jack le lanzó una mirada a Shane. Entre la llamada accidental que había atrapado a Ellis en una posición más que comprometedoras con su clienta, y un tiroteo que había terminado con un cadáver en el sótano de su propiedad, Jack estaba menos que complacido.

En los últimos seis años, Shane Ellis había demostrado ser uno de los mejores guardaespaldas de Jack, a pesar de sus orígenes. Jack se había preocupado de que su falta de entrenamiento militar fuera un problema, pero Shane se había manejado bien y se había convertido en un miembro valioso de Benton Security Services. Al menos, hasta que conoció a Lila Benoit.

Shane reaccionó ante la mirada de desaprobación de Jack, sacudió la cabeza al paramédico y se apartó.

—Estoy bien, de verdad. La bala solo me rozó.

Un oficial de policía se acercó.

—Después de que la revisen en el hospital, señorita Benoit, necesitaremos hablar con usted en la comisaría.

Shane extendió su mano ilesa y tomó la de ella, mirando a Jack mientras lo hacía.

Jack intervino:

—Entiendo que Rob Stone está dirigiendo la investigación del tiroteo en Kurgan Real Estate. Creo que los eventos de esta noche están relacionados con eso. Le pediría que se pusiera en contacto con el detective y estaremos encantados de responder a sus preguntas después de que mi empleado y mi clienta sean revisados en el hospital.

La ambulancia estaba llena, pero los paramédicos permitieron que Jack acompañara a Shane y Lila al hospital. El oficial de policía los seguía en un coche patrulla. Sin embargo, cuando llegaron al hospital, Jack se adelantó y puso una mano en el hombro de Lila.

—Señorita Benoit, si me permite, atenderán al señor Ellis y le darán puntos, y usted y yo necesitamos hablar con el detective cuando llegue —. Cuanto antes hablara con la clienta, antes podría localizar a Kaylee. Jack miró alrededor de la gran sala de espera y encontró un rincón vacío, hacia el que guio a Lila. El oficial de policía los siguió, sentándose frente a ellos, con los ojos atentos mientras observaba la sala. En ese momento sonó su teléfono, y se levantó para contestar.

—¿Puedo traerle un café o un té, señorita Benoit? —preguntó Jack. Lila seguía temblando.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo frío... son los nervios, supongo.

—Perfectamente comprensible —. La observó por un momento, sin decir nada.

El silencio se extendió entre ellos.

Finalmente, Lila preguntó:

—Entonces, ¿conoces a Kaylee?

—Así es.

—¿Cómo?

Él sonrió.

—Esa no es mi historia para contar, señorita Benoit.

Lila hizo una mueca.

—Claro.

El oficial de policía regresó de su llamada telefónica.

—Señorita Benoit, voy a tener que pedirle que me acompañe a la comisaría. Hablará con el detective Peisker, y él tomará su declaración sobre los eventos de esta noche.

—Pensé que iba a hablar con el detective Stone —dijo ella y se volvió hacia Jack—. ¿No es ese el detective asignado al tiroteo en Kurgan?

Jack frunció el ceño, pero antes de que pudiera hablar, el oficial respondió:

—Sí, señora, lo era, pero el detective Peisker también está trabajando en ese caso.

Jack se puso de pie.

—¿Ha dicho era, oficial, como en ya no lo es?

El oficial parecía sombrío.

—Realmente no tengo libertad para decirlo, señor Benton, pero debo insistir en que vayamos directamente a la comisaría. Si desea acompañar a la señorita Benoit, está bien, pero Peisker la interrogará en la comisaría.

Fue un breve viaje a la comisaría, y el oficial los condujo a ambos a la sala de

interrogatorios.

Jack tenía un mal presentimiento sobre todo esto. Lila Benoit no solo necesitaba su protección; también podría necesitar sus servicios legales. Se volvió hacia Lila.

—Señorita Benoit, ¿tendría un dólar que pudiera darme?

Lila parpadeó sorprendida, luego buscó en su bolso y le entregó el único billete en su cartera, un billete de diez dólares.

—Gracias, señorita Benoit —. Jack Benton le sonrió, dobló cuidadosamente el billete y lo colocó en el bolsillo del pecho de su chaqueta de diseñador justo cuando un hombre alto y corpulento entró y cerró la puerta.

—Señorita Benoit, mis disculpas por hacerla esperar. Soy el detective Peisker.

Jack preguntó:

—¿Dónde está el detective Stone?

Peisker suspiró.

—Rob Stone ha sido asesinado.

Lila jadeó, llevándose la mano a la boca.

—Dios mío.

Jack preguntó:

—¿Es posible que esté relacionado con su caso actual?

—No lo sé, señor Benton, pero estamos explorando todas las pistas —. Se frotó los ojos—. Rob y yo trabajamos juntos durante casi una década. Era un buen hombre, un buen compañero y un padre devoto. El KCPD no descansará hasta que descubramos qué le pasó a uno de los nuestros. Mientras tanto, señorita Benoit, me gustaría interrogarla sobre los eventos ocurridos el pasado lunes y esta noche.

—Antes de decir nada, ¿sabe si el detective Stone encontró la tarjeta SD? —preguntó Lila, retorciéndose las manos—. El archivo que vi estaba en una tarjeta SD y estaba ahí en mi portátil. También lo copié en una memoria USB para mi jefe, el señor Endon.

Max negó con la cabeza.

—Lo siento, señorita Benoit, pero no había ninguna tarjeta SD en su portátil.

—Pero...

—Y el señor Endon entregó la memoria USB. Estaba vacía.

—Eso —dijo Lila—, eso no es posible.

—El señor Endon declaró que la memoria USB estaba en blanco y que no sabía nada de ninguna tarjeta SD. Lo siento, señorita Benoit, pero no podemos encontrar ningún rastro de esos archivos sospechosos que cree haber encontrado.

El detective Peisker miró fijamente a Lila.

—Entonces, ¿hay algo que no me esté contando? ¿Alguien a quien pueda deber dinero? ¿Algún delito que pueda haber visto cometer o —hizo una pausa antes de continuar— posiblemente haya participado en cometer?

Lila se puso de pie de un salto.

—¿Qué? ¡No puede estar culpándome seriamente por esto! ¡Me atacaron, no una sino tres veces! ¡Me han disparado! ¡Ese hombre al que maté esta noche era el del estacionamiento! — Lila temblaba, asustada.

Jack extendió la mano y tocó suavemente su hombro.

Max esbozó una sonrisa cansada y a medias.

—Mis disculpas, señorita Benoit. Estas son preguntas que le haría a cualquiera en su situación. Ahora, si pudiera sentarse...

Lila hizo lo que el detective le pidió. Jack la observó mientras cerraba los ojos y tomaba dos respiraciones profundas y lentas.

Jack intervino.

—La señorita Benoit ha tenido algunas experiencias aterradoras esta última semana, detective.

Max se volvió hacia él y frunció el ceño.

—Es muy irregular tenerlo aquí, señor Benton. Entiendo que estaba en comunicación con mi compañero, el detective Stone, pero creo que sería aconsejable que esperara afuera hasta que haya hablado con la señorita Benoit durante unos minutos a solas.

Jack asintió.

—Entiendo cómo puede sentirse así, pero me temo que malinterpreta la situación aquí. La señorita Benoit es una clienta.

Max espetó:

—Sí, señor Benton, sé que contrató los servicios de seguridad personal de Benton Security Services, aunque eso funcionó tan bien que ella misma tuvo que matar al atacante.

Jack sonrió.

—En realidad, detective, ella no contrató los servicios de mi empresa de seguridad; se los proporcioné sin costo alguno —. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y puso sobre la mesa metálica una tarjeta simple pero elegante—. Soy abogado. Lila es mi clienta.

A Lila se le cayó la mandíbula.

Max Peisker no parecía complacido. —Ya veo. Señorita Benoit, ¿desea que su asesor legal permanezca aquí con usted mientras hablamos?

Lila respondió rápidamente: —Sí, gracias.

El detective hizo una mueca y comenzó su interrogatorio. Jack descartó algunas de las preguntas más extravagantes que Peisker hizo, mientras que otras permitió que Lila las respondiera. Las horas pasaron mientras ella relataba los incidentes de la semana pasada que la habían llevado a disparar al asesino de cabello oscuro esa noche. Para la segunda repetición, Lila parecía tener dificultades para hilvanar sus palabras. Era pasada la medianoche, y ella estaba encorvada, con la cabeza entre las manos. Su piel estaba pálida y parecía exhausta.

—Detective, debo insistir en que continuemos esta línea de interrogatorio después de que mi cliente haya descansado —dijo Jack, poniendo su mano una vez más sobre el hombro de ella—. Supongo que es libre de irse, ¿verdad?

—No tenemos pruebas de la existencia de esos archivos sospechosos que la señorita Benoit afirma haber encontrado, pero creo que, hasta que hayamos discutido esto en su totalidad, sería mejor que permaneciera bajo custodia protectora. No en una celda —aclaró al ver la expresión en el rostro de Jack—, sino bajo protección policial.

—Bien —dijo Jack—, pero me gustaría que uno de mis hombres estuviera allí también.

—Me temo que eso no será posible, señor Benton —dijo Peisker, negando con la cabeza—. Nada de civiles.

—Jesse Bardin es uno de los suyos, detective, un miembro del KCPD que ha trabajado a tiempo parcial para mí durante los últimos dos años.

Max apretó los dientes. —Está bien, señor Benton, que sea a su manera. —Se puso de pie—. Haré los arreglos y retomaremos esto por la mañana.

—Por la tarde.

—¿Qué?

Jack sonrió. —Creo que a la una de la tarde será lo suficientemente temprano, considerando

que ya es de madrugada.

El detective Peisker lo fulminó con la mirada y salió de la habitación.

Jack se rió para sí mismo.

—Gracias, señor Benton —dijo Lila, poniéndose de pie—. ¿Ha tenido noticias de Shane?

—Sí, está bien y lo dieron de alta del hospital. Recibí un mensaje de texto suyo hace una hora. Y ahora, si me disculpa, necesito contactar a Jesse y arreglar que se quede con usted en la casa de seguridad. Francamente, es el único miembro del KCPD en quien confío para esto en este momento. La llevaremos a un lugar seguro, señorita Benoit. Después de que haya tenido tiempo para descansar, discutiremos qué sucede a continuación. ¿Suenan bien?

Lila asintió, y Jack golpeó la puerta y esperó hasta que la abrieron. Era tarde, demasiado tarde para ver a Kaylee ahora, pero tenía llamadas que hacer. Jesse, por un lado. Y Azure, quien había insistido en ser actualizada lo antes posible. A pesar de la hora tardía, sabía que ella esperaría para saber de él. Sacó su teléfono y marcó.

No había tiempo para dormir. Tenía que hacer algunas investigaciones antes de reunirse con este Liam Sorenson más tarde por la mañana.

Adonde Tú Vayas, Yo Voy

La reunión de Jack con Liam, y el subsiguiente descubrimiento del archivo guardado por error en el Dropbox personal de Lila, habían sido la evidencia que necesitaban para golpear a Indalo donde más dolía. Caminaba más ligero, sabiendo que alguien pagaría por el intento contra la vida de Lila. Con ese asunto resuelto, y el FBI poniendo a Lila bajo protección de testigos, Jack era libre de marcharse, sabiendo que la amiga de Kaylee estaba a salvo.

Aparcó frente a la casa en la estrecha calle. ¿Cuántas veces había mirado esta dirección en Google y pensado en subir y llamar a la puerta? Más de las que le gustaría contar.

Había un frío mordaz en el aire, la temperatura ya estaba cayendo en picado, y los cielos grises se cernían sobre él. Se acercaba una tormenta invernal, y Jack pensó en su casa en Lake Tahoe. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su última visita? Demasiado. Había nevado allí hace unos días, temprano para la temporada. Podía imaginarlo en su mente. La casa angular de madera y cristal en la colina, enmarcada por pinos y álamos, la enorme chimenea resplandeciente y cálida. Cada invierno de su juventud lo había pasado allí: primero retozando en la nieve, construyendo muñecos de nieve y deslizándose en trineo, luego esquiando y finalmente haciendo snowboard. El accidente aéreo había puesto fin a esa tradición anual. Se preguntó qué pensaría Malcolm de la nieve. ¿Le gustaría o se quedaría acurrucado en el interior jugando al Scrabble con quien estuviera dispuesto?

Ella había dicho que quería vivir su vida sin miedo. Una imposibilidad, dado lo que sabía, lo que había aprendido. Pero él lo había respetado. Había pagado por la mejor identidad nueva que el dinero podía comprar. Se había asegurado de que tuviera una beca completa en Georgia Tech, y no la había llamado, ni una sola vez, tal como ella había pedido.

Pero ¿estaba a salvo? ¿Realmente? Indalo no era pequeña. Si lo fuera, alguien en Kurgén, que claramente estaba controlada por Indalo, la habría reconocido como la heredera de Cenac Shipping. Eso no significaba que estuviera a salvo aquí, aunque Kurgén fuera cerrada. Y ese archivo que Lila Benoit había encontrado, y por el que casi paga con su vida, contenía más que solo propiedades inmobiliarias. Dejaría que Liam y Teeny profundizaran en ese archivo y descubrieran más.

La idea de que ella viviera aquí, en esta casa, sin nadie que la protegiera, nadie que la mantuviera a salvo, era una de las razones por las que estaba aquí, ahora. Jack se frotó la cara con la mano. Pero la verdadera razón era mucho más simple. No la había superado. Habían pasado más de cinco años desde que la encontró, empapada, semiconsciente, al lado de la carretera. Mujeres habían ido y venido desde entonces, y ninguna de ellas le había llegado ni a

los talones. Ni una sola se había acercado siquiera.

Vio una camioneta traquetear por la carretera y detenerse tarde, casi siendo golpeada por el tráfico que venía en sentido contrario. Un coro de bocinazos de ida y vuelta entre la camioneta y un pequeño coche de pasajeros se hizo oír.

¿Qué estoy haciendo aquí fuera, de todos modos? Ve a llamar a la maldita puerta o vuelve al aeropuerto. Una opción u otra, Benton.

Abrió la puerta y se deslizó fuera de su asiento, con la mente finalmente decidida. La casa era una mezcla única de madera y piedra caliza muy común en la zona. El jardín estaba ahora desnudo, el verde desvaneciéndose en marrón, pero lo había visto lleno de flores en las fotos de Google, cuidadosamente atendido y repleto de arbustos y flores en flor. La puerta era de madera pesada, tachonada de metal. Tenía una pequeña ventana de cristal incrustada en la parte superior. Podía imaginarla de puntillas mientras miraba hacia afuera. Debajo de la ventana había un llamador de metal a la antigua, que ahora alcanzó, dejándolo golpear la placa de impacto dos veces antes de soltarlo. La casa estaba bien construida. No podía oír nada desde dentro, ni siquiera un susurro de pasos, antes de que la puerta se abriera.

Ella le sonrió, y su corazón latió con fuerza en su pecho.

—Hola, Jack. Me preguntaba cuándo llegarías —abrió más la puerta, y él entró, echando un vistazo alrededor. Había buscado fotos de la casa en Trulia cuando se puso a la venta por primera vez. Ella había hecho algunos cambios. Los muebles, para empezar. Una mezcla de piezas antiguas y de mediados de siglo que se mezclaban perfectamente con los cálidos tonos de pintura que había elegido para las paredes. Donde los propietarios anteriores habían pintado todo, incluida la carpintería, de un blanco crudo, Kaylee había devuelto la casa a sus tonos de madera originales y luego los había combinado con suaves verdes y azules y rojos rosados, reservando los colores más vibrantes para las telas de los muebles.

La puerta se cerró suavemente detrás de él, junto con varios cerrojos.

Se volvió para mirarla. Se había cortado el pelo en un lindo corte pixie. Seguía siendo pelirroja, aunque había dejado de usar permanente y ahora lo llevaba liso. Las lentillas seguían haciendo que sus ojos fueran del mismo verde bosque. Aparte de eso, se veía muy parecida a como estaba hace cinco años. Tan hermosa como la recordaba.

—No estaba seguro de si querías verme —las palabras prácticamente se le atascaron en la garganta. ¿Y si había cometido un error al venir aquí? ¿Y si solo estaba siendo amable?

Su expresión cambió, se suavizó, y extendió una mano para tocarle la cara.

—No puedo pensar en nadie a quien prefiera ver ahora mismo.

—Mal te echa de menos.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba.

—Te dije que era un campeón. Vi la competición en directo; su combinación de letras de "lascivo" fue devastadora con el triple valor de palabra... ¡fue increíble!

Jack sonrió.

—Lo fue. Lo primero que preguntó después de ganar fue si lo habías visto. Le dije que estaba seguro de que lo habías hecho —su estómago daba vueltas solo por estar de pie en su casa, mirándola—. Te he echado de menos más de lo que puedo expresar.

Dos pasos. Eso fue todo lo que hizo falta. Sus brazos la rodearon, levantándola, su boca sobre la de ella. No se molestaron con palabras o explicaciones o preguntas. Era necesidad, y deseo, y amor, y un anhelo que había esperado cinco años para ser reconocido. La besó, profunda y hambrientamente. Ella le igualó en urgencia. Sus dedos ocupados en los botones de su camisa, su mano acunando su trasero exuberante y tonificado, sus piernas rodeando su cintura mientras

caían sobre un largo sofá tapizado de terciopelo, su cuerpo hundiéndose en los cojines mientras ella se sentaba a horcajadas sobre él. Su camisa se abrió a medias fuera de sus pantalones y él deslizó su mano por debajo de su suave suéter hasta su piel suave y cálida.

Ella apartó su boca de la de él y le besó a lo largo de la mandíbula, hasta su oreja, y luego se metió el lóbulo en la boca y lo mordisqueó suavemente. Sus manos se deslizaron hacia abajo, agarraron los bordes inferiores de su suéter y se lo quitaron, capturando sus labios con los suyos de nuevo, su lengua sondeando, provocando.

Le deslizó los pantalones de yoga por el trasero y los bajó por una pierna, luego por la otra mientras Kaylee sacaba los faldones de su camisa de los pantalones y desabrochaba los últimos dos botones. Sus manos no se detuvieron ahí. Se deslizaron sobre su polla abultada y se encargaron rápidamente del cinturón, el botón y la cremallera de sus pantalones. Él se apartó, se puso de pie y se quitó los mocasines y los pantalones. La mirada de ella se dirigió a sus calcetines y soltó una risita mientras él luchaba por quitárselos. La contempló allí tendida, vistiendo solo un sujetador y unas bragas de seda, con el pelo revuelto y esparcido sobre los cojines de terciopelo, esperando a que volviera a ella. Sus ojos habían regresado a sus bóxers y a la bestia que había despertado en su interior. Ya no era una adolescente inexperta, apenas con dieciocho años y virgen. Eso lo alivió. En los meses y años después de que ella se marchara, se había preguntado si acostarse con ella había sido un error. Si se había arrepentido de que él fuera su primero.

Su polla palpitó, casi cuestionando, mientras permanecía allí de pie, observándola, observándolo. Entonces ella sonrió y deslizó lentamente las manos por sus costados. Una se detuvo en un pecho, la otra se dirigió entre sus piernas. Sus ojos se cerraron por un momento; una delicada lengua se asomó por la comisura de sus labios. Su polla palpitó de nuevo, ya sin cuestionar. Enganchó los bordes de sus calzoncillos, se los bajó y la liberó.

Kaylee sonrió, con los ojos entrecerrados de placer mientras él se inclinaba y apartaba el satén y el encaje, posando su boca sobre su pecho, sintiéndolo endurecerse en su boca mientras lo chupaba, lamía y mordisqueaba. Cada vez que lo hacía, ella jadeaba de deleite. Una delicada mano lo acariciaba, manteniéndolo duro mientras ella se retorció en el sofá debajo de él. Tiró de las bragas, bajándolas por sus piernas y arrojándolas lejos antes de separarle las piernas y empujar dentro de ella.

Kaylee gimió su nombre mientras él salía y empujaba de nuevo, con la boca en su pezón izquierdo. Se sentía tan bien que veía estrellas. Ella le agarró el brazo, se incorporó y retorció su cuerpo hasta que él perdió el equilibrio y se desplomó en el sofá. Entonces Kaylee se puso a horcajadas sobre él, levantándose y montándolo, meciéndose mientras subía y bajaba, subía y bajaba. La visión de ella, con el pelo cayendo hacia delante, los tirantes del sujetador deslizados por sus brazos y los pezones erectos, duros donde habían escapado de la fina tela sedosa, su boca abierta en una redonda 'o' de éxtasis mientras la veía llegar al clímax. Sintió su clímax. Él empujó sus caderas, penetrando más profundamente en ella, y se corrió dentro, gritando su nombre.

Su respiración se había convertido en suaves jadeos, sus manos a cada lado de su rostro, los dedos acariciando, y se apartó lo suficiente para susurrar:

—Nunca debí haberte dejado.

Él respondió en un susurro igual:

—Nunca debí haberte dejado ir.

Más tarde, horas después de que el sol se hubiera ocultado y se hubieran trasladado a su dormitorio, decorado con buen gusto en colores ricos, él yacía en su cama y miraba alrededor.

Solo entonces se le ocurrió que ella podría estar involucrada con alguien. Tal vez incluso saliendo, poniéndose seria, y aquí estaba él, habiendo irrumpido de nuevo en su vida.

Kaylee captó su mirada.

—No ha habido nadie, en realidad. Un par de aventuras, aquí y allá, tipos que querían quedarse, llevar las cosas más lejos, pero yo... —Extendió las manos; sus ojos se centraron en los de él—. Supongo que siempre volvía a ti.

Él apretó los dientes ante la idea de que cualquier otro hombre se acercara, la besara, tal vez incluso la follara en esta misma cama. Sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, gruñó, y ella se rio y lo besó.

—No estés celoso, Jack. Te saldrán arrugas si sigues frunciendo el ceño así.

Él la besó de vuelta, más fuerte de lo que pretendía, y ella respondió, su boca hambrienta contra la suya. Pero el desagradable asunto en cuestión, la razón por la que estaba aquí en primer lugar, lo trajo de vuelta al presente.

—Se hacen llamar los Indalo —dijo, apartándose de ella y alcanzando el bolsillo de sus pantalones, donde había una tarjeta con la imagen de un hombre palo con los cielos arriba dibujada a mano.

—He tenido a Teeny trabajando en ello, y acabo de contratar a un chico cuyas habilidades de hacking nos van a llevar al corazón de esto. Están en todas partes. Utilizan grandes empresas, como Kurgen Real Estate, para participar en el lavado de dinero, o Cenac Shipping para sus esquemas ilegales de vertidos y sobornos a nivel gubernamental.

Kaylee contuvo la respiración, su cuerpo tensándose.

—Están aquí en Kansas City, Luisiana, Centroamérica, Los Ángeles, ubicaciones clave en todo el mundo. Ningún lugar es seguro, y por eso necesitamos permanecer juntos. —Entrelazó sus dedos en su pelo—. Estarás a salvo a mi lado. De una forma u otra, podemos derribarlos, pero si te quedas aquí, yo también lo haré. Porque la idea de que estés sola... me mataría si algo te pasara, Kaylee.

Metió la mano en el otro bolsillo de sus pantalones y sacó los restos raídos de su nota, la que ella había escrito en Atlanta y había escondido en su bolsa para que la leyera después de que se separaran.

—Si todavía sientes esto por mí, Kaylee, entonces ven conmigo, o déjame quedarme aquí contigo. He estado enamorado de ti desde el momento en que te encontré allí al lado de la carretera bajo la lluvia y nadie, *nadie*, ha estado nunca cerca de poseer mi corazón como tú lo haces.

Sus ojos brillaron con lágrimas contenidas y asintió antes de que su boca se encontrara con la de él y lo atrajera sobre ella. Las piernas de Kaylee se envolvieron alrededor de él y se deslizó dentro de ella, maravillándose de lo bien que sus cuerpos encajaban juntos. Sus caderas se elevaron para encontrarse con las suyas mientras él entraba y salía de sus cálidas profundidades, sus gemidos haciéndose más rápidos mientras su cuerpo se retorció debajo del suyo. Quería todo de ella, cada parte de su cuerpo, su corazón, su mente. Mientras se corría dentro de ella, gritando su nombre, supo que nunca más se apartaría de su lado.

Llamando a Todos los Cazadores

El teléfono de Zella Dean sonó. Miró fijamente la identificación de la llamada. Estaba ocupada. Podía irse al buzón de voz. Después de cuatro timbres se detuvo, luego comenzó de nuevo.

Maldita sea.

Se limpió la sangre de las manos y apretó el botón verde. —¿Qué?

—¿Estoy interrumpiendo? —La voz de Delta siempre le hacía pensar en terciopelo envuelto en acero.

—Estaba terminando —respondió Zella. Miró a su alrededor. Con esta cantidad de sangre, estaría aquí durante horas limpiándolo todo. Sus órdenes eran hacerlo desaparecer, pero el estúpido imbecil le había mirado las tetas, y realmente, eso era todo lo que se necesitaba.

—Quería que supieras que el objetivo que mató a Nyra ha reaparecido.

Zella se quedó inmóvil, su piel se tensó y apretó los dientes.

—¿Quieres que te envíe esa información? —preguntó Delta después de un momento de silencio—. O, podría...

—La tomaré —respondió Zella, sus palabras cortantes, la furia surgiendo a través de ella. Finalmente, sabría quién se había atrevido a matar a su hermana.

—Excelente. La enviaré al lugar de entrega habitual —Delta sonaba complacida—. Oh, y Zella, hazlos sufrir. Tu hermana era única, talentosa y, bueno, la extrañamos. Incluso ahora.

Zella terminó la llamada. El triunfo de que finalmente se le permitiera su venganza fluyó a través de ella. Sonrió, luego volvió al trabajo con el cuerpo en el suelo frente a ella. Los haría pagar de formas que no podían imaginar, ni en sus peores pesadillas.

Nota del Autor

¡Gracias por leer Humo y Acero! Hay un libro más listo y esperándote, Código Roto, y espero que hayas disfrutado los dos primeros lo suficiente como para considerar leerlo. Este libro ha sido traducido al español utilizando ScribeShadow y Claude Sonnet 3.5. Estos desarrollos de IA han dado a autores pequeños como yo la capacidad de llegar a más lectores en diferentes países e idiomas. Sin embargo, solo tengo un conocimiento rudimentario del español, así que he editado lo mejor que he podido y espero que sea lo suficientemente preciso.

Si hay alguna inconsistencia, por favor envíenme un correo electrónico a shuckchristine@gmail.com y haré las ediciones necesarias. ¡Quiero que mis lectores tengan la mejor experiencia posible!

¡También tengo otros libros y series disponibles para ti, espero que los revises!...

Ciencia Ficción

G581: La Partida

G581: Marte

G581: Tierra

G581: Cuentos de la Plaga

G581: El Mundo de Zarmina (¡próximamente!)

Ficción Distópica

El Fin de la Guerra: La Tormenta

El Fin de la Guerra: Un Mundo Feliz

El Fin de la Guerra: Historias del Colapso

Ficción Independiente

El Hijo del Invierno

La Carretera del Destino

No Ficción

Organízate, Permanece Organizado

La Guerra contra las Drogas, un Cuento de Viejas

Éxito en Alquileres de Corto Plazo

¡Asegúrate de visitar mi sitio web en christineshuck.com donde puedes leer los primeros capítulos de todos mis libros, aprender más sobre mí y suscribirte a mi boletín!

¡Gracias nuevamente por leer la serie Servicios de Seguridad Benton!

- Christine -